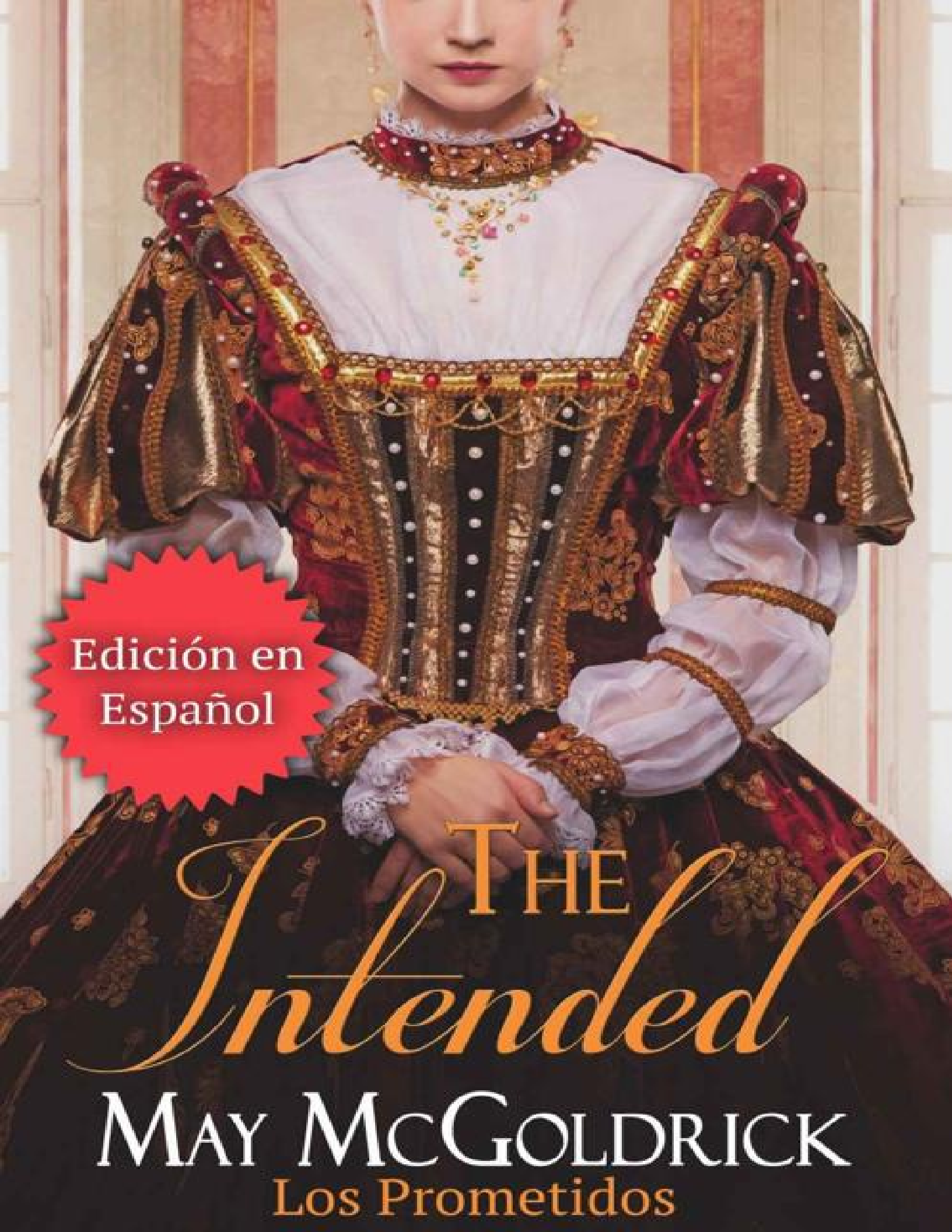




Edición en
Español

THE *Intended*

MAY MCGOLDRICK
Los Prometidos

The Intended

Los Prometidos

May McGoldrick

Book Duo Creative

Derechos de autor

Gracias por leer. En caso de que te guste este libro, por favor, considera compartir las buenas palabras dejando una reseña, o ponte [en contacto con los autores](#).

LOS PROMETIDOS (THE INTENDED) © 2015 POR NIKOO K. Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 DE NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por Topaz, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc. marzo de 1998.

Portada de Dar Albert. www.WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James](#)

[Sobre el autor](#)

Para Larry y Gail

Capítulo Uno

La Isla de Skye, Escocia Abril de 1539

POR BRILLANTES QUE FUERAN, las joyas del vestido de novia no podían igualar el brillo de los ojos de la novia.

Los sirvientes correteaban por la habitación entre baúles desembalados, pero Jaime Macpherson permanecía, silenciosa y quieta, junto a su cama, incapaz de apartar la mirada del magnífico vestido blanco ni de apartar de su mente el glorioso sueño. Había esperado toda una vida por él y ahora la espera había llegado a su fin. Por fin estaba donde debía estar. Por fin iban a casarse.

El golpecito en la puerta abierta y luego la voz apenas tenue de su criada Caddy devolvieron a Jaime a las tareas que tenía entre manos, y al caos que la rodeaba.

"Os perderéis la boda si no nos damos prisa, milady", dijo la anciana sin aliento, con el rostro enrojecido por el esfuerzo de darle la noticia a su señora.

"¿Puede ser hoy?" Jaime intentó contener su excitación. "Acabamos de llegar. ¿Cómo sabía Malcolm que llegaríamos a tiempo?"

Caddy agitó una mano para llamar la atención de su joven ama. "No hay tiempo, milady. Lord Malcolm ya se ha ido al Priorato. Todo el mundo lo ha hecho".

A Jaime se le revolvió el estómago de emoción al ver cómo Caddy se hacía cargo de la habitación. Había llegado el momento. Malcolm había sido fiel a su promesa y la tomaba por esposa. Se agachó, cogió la bata entre sus brazos y giró excitada por la habitación. Pero entonces se detuvo de repente.

"¿Cómo voy a llegar hasta allí?"

"Eres la novia, por el amor de Dios. Han visto llegar nuestro barco", reprendió la mujer mayor mientras empezaba a dar órdenes a los demás sirvientes. "El mayordomo me ha dicho que la boda está fijada para las vísperas. Dentro de poco saldrá de Dunvegan una escolta de hombres de lord Malcolm, así que debemos darnos prisa. Su *misión* es llevarte a tu destino. Pero debemos darnos prisa, milady".

"Sí, debemos hacerlo", susurró Jaime con entusiasmo.

Malcolm MacLeod, el laird del clan MacLeod y señor de la isla de Skye y las Hébridas, miró en

dirección a la puerta recién abierta. Apartándose del grupo de hombres reunidos en el gran salón, hizo un gesto a su mensajero para que se acercara.

"Su barco ha atracado, mi señor", anunció el joven.

"¿Te has reunido con la señora Jaime?" preguntó Malcolm, con evidente impaciencia en su tono. "¿Le diste la noticia?"

El hombre se movió incómodo de un pie a otro. "Sí, mi señor. Quiero decir, no, mi señor. No cara a cara. Pero vi a vuestro mayordomo David hablando con la mujer de Ama Jaime. Le estaba diciendo, milord... y... y...".

La mirada de Malcolm contempló el rostro avergonzado y los ojos desviados del mensajero. Tenía que admitir que era demasiado para el joven. Debería haber vuelto él mismo, pero con todo lo que quedaba por resolver aquí, no había habido tiempo suficiente.

"Muy bien. Me ocuparé de ello". Malcolm se detuvo cuando el jefe del clan MacDonald volvió a centrar su atención en lo que tenía entre manos.

"Estoy muy emocionada, Caddy", dijo. "Me siento mareada".

"Me alegro mucho de oírlo, señora", replicó la criada con acritud. "Pero si te desmayas antes de que te pongamos este vestido...".

Al oír a alguien gritar, ambos se volvieron a tiempo de ver perlas esparcidas por todas partes en el suelo cubierto de juncos. La sirvienta miraba horrorizada cómo las cuentas blancas rebotaban y rodaban por todos los rincones y grietas sombríos. La mirada de la joven se dirigió al rostro de Jaime mientras se arrodillaba y rompía a llorar. "Lo siento mucho, ama. La cuerda..."

Jaime se puso en pie de inmediato y atravesó la cámara hasta la mujer que sollozaba en el suelo. "La cuerda era demasiado vieja, muchacha. Podría haberlo hecho yo misma".

"Pero... mi señora".

"No pienses más en ello", susurró Jaime tranquilizadamente. "Recojamos juntos estas cuentas, ¿por qué no?".

La joven sirvienta levantó la vista, agradecida, con las lágrimas aún en las mejillas.

"Entonces puedes ayudarme a tejer estas flores en mi pelo. Creo que quedarán mucho mejor con mi vestido que esas perlas, ¿no crees?".

De los confines del pequeño cementerio donde Malcolm se había arrodillado hacía unos instantes ante la tumba de su madre, surgió el jefe guerrero y se enfrentó a las alegres nuevas de la multitud congregada. El sonido de las gaitas llenaba el aire, y los aldeanos y la gente del clan reunida, vestidos con sus mejores ropas, se agolpaban en el patio del Priorato.

El joven laird miró con orgullo la felicidad que le rodeaba. Esto era seguramente como debía ser, pensó, caminando hacia la capilla.

Un silencio se apoderó de la multitud y los gaiteros cesaron sus melodías cuando la novia y los guerreros que la escoltaban entraron por las puertas del Priorato. Todos miraron con aprobación

cómo un caballero armado ayudaba a la joven a descender de su magnífico caballo bayo ante los escalones de la capilla.

Entonces, cuando se dirigían hacia las puertas abiertas, ella se tambaleó en el último escalón. La multitud se agolpó a su alrededor.

"Ama, ¿te encuentras bien?", preguntó el caballero, con evidente preocupación en su voz.

"Sí", susurró la novia. "Es sólo la emoción. Llévame dentro".

Hojas de luz dorada procedentes de las pequeñas rendijas de las ventanas cortaban brillantemente las nubes arremolinadas de incienso. En el altar de la capilla del Priorato, a la vista de una congregación repleta de isleños y familiares, los novios intercambiaron miradas expectantes y escucharon al anciano sacerdote que permanecía en el altar de espaldas a ellos.

Formaban una pareja magnífica. Ella, joven y hermosa, su pálida piel resplandeciente -la luz brillaba en los hilos dorados que se entretejían con las flores blancas en su cabello oscuro-. En sus manos, ramas doradas de rosario -símbolos de amor y fidelidad- se entrelazaban con cuentas de oración, mientras su vestido blanco resplandecía bajo los rayos dorados de la luz.

Y él también irradiaba la magnificencia del momento. Una cinta de oro ataba su largo cabello castaño a la altura de la nuca, y el ornamentado broche que designaba su posición como jefe del poderoso clan MacLeod mantenía en su sitio el tartán que cruzaba el blanco impoluto de su camisa de seda. Al girarse ligeramente para mirar a su novia, la tela escocesa oscura de sus faldas escocesas se movía sobre unas botas altas y suaves. Al ver que ella se ruborizaba ligeramente ante su mirada, Malcolm esbozó lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora y se volvió hacia el sacerdote.

Detrás de ellos, la multitud reunida se agitaba inquieta en la pequeña capilla, esperando con impaciencia el intercambio de votos. Los habitantes de Skye estaban bien representados, con miembros de los clanes MacLeod y MacDonald, ataviados con sus galas más vistosas, que constituían la mayoría de la multitud reunida. Pero el clan Macpherson también destacaba entre el grupo de la capilla. Alec Macpherson, antiguo laird de estas tierras, estaba de pie junto a Malcolm y miraba con afecto paternal al joven que él y su esposa Fiona habían criado como propio.

La voz del sacerdote subía y bajaba en las cadencias medidas de la mezcla de latín y gaélico. Desde detrás de la reja de bandas de hierro, a la derecha del altar, se oía el sonido de voces femeninas -las monjas del Priorato- que respondían a las plegarias.

El sacerdote levantó las manos en ofrenda, y luego se volvió y precedió a sus acólitos a bajar del altar. Era la hora, y el joven laird se volvió para mirar a su novia. Sus ojos negros brillaban de emoción. Estaban empañados, reflejando su alegría por su inminente unión. Malcolm tomó sus manos entre las suyas.

El sacerdote se detuvo un momento y la congregación pareció contener la respiración. El silencio de la capilla era profundo, tanto que la mirada de Malcolm fue atraída hacia arriba por el crepitante silbido de una vela en la pared del fondo. El incienso ascendía en una espiral perezosa, y la mente del joven laird se agitó al pensar en el paso que estaba dando. Un paso importante, y sabía que hacía tiempo que debía haberlo dado. No, pensó. Para cada propósito hay una estación. Volvió a mirar el hermoso rostro de su novia.

La vela de la pared del fondo volvió a parpadear y Malcolm se percató de un ruido en la entrada de la capilla. Al girar la cabeza, vio que la gran puerta de roble se había abierto

parcialmente, pero no pudo ver quién entraba, sólo que las personas que estaban junto a la puerta retrocedían con miradas que pasaban rápidamente de la mera sorpresa a la conmoción.

Y entonces vio a una joven entrar insegura en la capilla, con su vestido de novia resplandeciente a la luz de las mil velas encendidas. Como todos los demás, el joven laird permaneció de pie, inmóvil, estupefacto ante la visión de la hermosa mujer, cuyo rostro ahora se había quedado sin sangre, casi a juego con la blancura de su elegante vestido.

No pudo evitar que su cuerpo temblara. Apretando las manos contra la cintura, Jaime apoyó su cansado cuerpo contra la puerta. Sus piernas parecían funcionar por sí solas, pues no conseguía que sostuvieran su peso ni que la impulsaran hacia la puerta. Todas las miradas del pasillo se habían vuelto hacia ella y sentía que la quemaban. Dolorosamente, se tragó las lágrimas, luchando contra la angustia que amenazaba con hacer estallar su corazón en mil pedazos. Una vez más, sus ojos siguieron el camino abierto desde donde se encontraba hasta el altar, donde él estaba de pie, cogido de la mano de otra.

"Te odio, Malcolm MacLeod", susurró. "Hasta el día de mi muerte".

Al encontrar por fin las piernas, Jaime tiró de la puerta y salió dando tumbos de la capilla.

Capítulo Dos

El Palacio de Kenninghall, Norfolk, Inglaterra Junio de 1540

EL SONIDO de los gritos y el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre el pavimento de piedra del patio desviaron la atención de Jaime de las caras de los niños hacia la ventana. Todavía quedaban restos del chaparrón en los cristales en forma de diamante, y el sol de la tarde centelleaba en la multitud de gotas como si fueran pequeñas gemas. Jaime escuchó un momento la tumultuosa bienvenida que la casa del duque de Norfolk daba a los guerreros que regresaban. A través del bullicio, la joven oyó la voz de Thomas Howard, el anciano duque en persona, dando la bienvenida a su segundo hijo. Sonrió y volvió a centrar su atención en los rostros expectantes de sus alumnos. El banquete de esta noche le daría la oportunidad de transmitir sus mejores deseos a Lord Edward Howard por su último triunfo.

Enderezando la partitura que tenía ante sí y cogiendo el laúd, Jaime saludó con la cabeza al grupo de chicas y chicos, y observó a los jóvenes cantantes mientras volvían los ojos al libro de madrigales que estaban compartiendo. Jaime enarcó las cejas al ver a los tres chicos mayores del fondo que lanzaban miradas anhelantes a las ventanas. No podía culparles por su inquietud, con la agitación que había fuera. Pero ya casi habían terminado. Se volvió hacia las cuatro chicas que estaban a su lado con sus instrumentos. La miraban con ojos redondos y atentos.

"Haz que esta última sea perfecta, ahora", dijo. Volviendo la vista hacia los cantantes, sonrió a un pequeño duendecillo pelirrojo que estaba al frente del grupo. "Pequeña Kate, esta vez me gustaría que intentaras subir el tono un poquito más. ¿Podrías hacerlo por mí?"

La niña meneaba la cabeza cubierta de zanahorias y tiraba tímidamente de una cinta descolorida que llevaba en la cintura del vestido. Su voz cantarina apenas era un susurro cuando habló. "Lo intentaré, ama".

Jaime contempló las mejillas rosadas de la niña mientras ésta miraba nerviosa a derecha e izquierda. Kate era en aquel momento la menor de los nueve hijos de Evan, el halconero del duque, y estaba rodeada por dos niñas que eran cada una una cabeza y un hombro más altas que ella. Pero Jaime sabía con certeza que en aquel pequeño cuerpo se ocultaban las notas puras de una niña soprano. Ya había oído indicios de ello en varias ocasiones.

Volviéndose hacia el resto de los niños, Jaime levantó un dedo y, al oír la señal, todos empezaron su versión de "Te daré alegría". Las notas trinadas de las gaitas y los tonos más graves de los laúdes sonaban en perfecta armonía, y Jaime incitó a su coro animándolas mientras cantaban. Las tres chicas mayores estaban magníficas, pero los ojos de Jaime observaban los labios temblorosos de Kate, que apenas murmuraba las palabras. Con una mano levantada, Jaime

silenció al grupo. Extendiendo la mano, atrajo suavemente a la niña hacia sí.

"Lo he intentado, ama", dijo Kate nerviosa. "Esto es lo más alto que puedo estar".

Jaime rodeó con una mano el hombro de la niña y asintió en señal de comprensión. Sin embargo, al cabo de un momento, miró a los brillantes ojos verdes. "Tu madre me ha dicho cuánto te gustó el lazo rosa que te regalé ayer".

Kate movió la cabeza de arriba abajo con regocijo. "Desde luego que sí, ama. Anoche lo puse junto a mi cama. Lo guardo para la víspera de San Juan".

Jaime asintió con comprensión antes de continuar. "Quiero que imagines esto, Kate. Llegas a casa después de nuestras clases y te falta la cinta". La expresión de horror de la niña le dijo a Jaime que había captado toda su atención. "Así que sales corriendo y entras en la casa, y ves que tu hermano Johnny ha atado la cinta alrededor de la pata de uno de los halcones. Ahora, una partida de caza se prepara para partir y tu hermano se lleva el halcón con él. No olvides que todos tus hermanos y hermanas están allí, los mozos de cuadra se arremolinan y hay mucho ruido en la casa. Ahora se marcha y no hay forma de que le alcances antes de que se vaya. Llámale, Kate. Adelante, llámale y hazle saber que quieres que te devuelva la cinta".

El grito de la niña hizo que todos se llevaran las manos a los oídos. Luego, tras un momento de completo silencio, una carcajada infantil de todo el grupo siguió a la conmoción de su grito. Los ojos de Jaime sonreían mientras acunaba con la mano el rostro risueño de Kate. "Sabía que lo llevabas dentro".

Con una suave palmada en la mejilla, Jaime hizo volver a Kate a su sitio.

Una vez más repasaron la pieza -con una tremenda diferencia en la contribución de la niña- y Jaime decidió despedir a los niños por hoy. No bien pronunció estas palabras, la puerta de la sala de música se abrió de golpe y entró volando una figura enérgica, con el pelo rubio ondeando tras ella.

De pie a un lado y manteniendo la puerta abierta para la avalancha de niños que escapaban, Mary Howard sonrió mientras los últimos salían.

"Esa diablilla pelirroja que iba delante casi me derriba", le dijo a Jaime. "Desde luego tenía prisa".

"Creo que tiene una cinta que rescatar". Jaime sonrió tras los niños que se marchaban y empezó a ordenar las hojas sueltas de música que tenía ante ella. Se levantó y se dirigió hacia una mesa junto a la ventana con María pisándole los talones.

"Deja tu música, tonto. ¿No oyes el alboroto? Lord Eduardo ha vuelto".

Jaime miró por encima del hombro el rostro brillante de su prima. Con un brillo en los ojos, Jaime apiló cuidadosamente las hojas y colocó sobre ellas el libro de música encuadernado. "Oh, María, ¿tenemos que hacer un espectáculo cada vez que un hombre apto entra en el patio?".

"¡Pooh, Jaime! ¡Pooh! Sabes que a Eduardo sólo le interesas tú. Y ahora está en casa tras una gran batalla naval contra el enemigo".

Jaime sacudió la cabeza ante su vivaracha prima. Aunque la casa del duque parecía estar llena de sobrinos y sobrinas de los Howard, así como de hijos de otras familias nobles, a Jaime nunca había dejado de sorprenderle que desde el primer día de su llegada del castillo de Hever - tras la muerte de Tomás Bolena, su abuelo- su prima María se hubiera apegado a ella con un afecto casi infantil. Y, en efecto, aunque ambas eran primas de los hijos del duque, Mary nunca había mostrado más que deleite por el hecho de que Eduardo Howard le hubiera tomado un cariño tan evidente a Jaime.

Mary, que era todo un premio, se enorgullecía de conocer a todas las familias nobles y a todos los hombres elegibles de Inglaterra. Por eso, tras ver el enamoramiento de su primo

Eduardo con Jaime, María se había apresurado a recordarle a Jaime que, incluso como segundo hijo, Lord Eduardo era un Howard y tenía magníficas perspectivas como marido. Después de todo, era apuesto, rico y la encarnación ideal del comportamiento caballeresco. Jaime -argumentó María- tenía que casarse algún día, así que por qué no abrir su corazón a alguien tan digno, alguien que buscaba su corazón tan resueltamente.

Jaime no había discrepado de la postura de su prima. Casarse con Eduardo sería sin duda un excelente partido. Una que zanjaría de una vez por todas la cuestión de su deseo de vivir fuera de Escocia. Jaime sabía que Elizabeth y Ambrose Macpherson, sus padres, aprobarían el matrimonio, aunque a regañadientes. Después de lo que había tenido que afrontar en el Priorato de la isla de Skye hacía poco más de un año, después de la vergüenza de la que se había sentido obligada a huir, Jaime sabía que sus padres accederían a lo que ella deseara. Sabía que comprendían su deseo de empezar de nuevo su vida, aunque ello significara una vida lejos de las agrestes Tierras Altas de Escocia.

Jaime respiró hondo y miró con aire ausente el retrato que había sobre la chimenea. Holbein lo había pintado justo aquel invierno. Eduardo y su hermano mayor Enrique montados en grandes cazadores ante el palacio, con sus perros y sirvientes a su alrededor. Muy bien, estaba decidido. Así debía ser, pensó. Eduardo la quería. Eso era evidente para Jaime y para todos los demás. Sabía que él sólo esperaba alguna señal de ella, algo que le dijera que estaba dispuesta a aceptar todo lo que él estaba dispuesto a darle. Pero ésa era la parte difícil, pensó con un suspiro. Él quería que ella abriera su corazón y lo aceptara. Ella no había sido capaz de hacerlo... todavía.

Jaime miró la ordenada pila de partituras sobre su escritorio. Música. Se dio cuenta, mirando las pulcras líneas de tinta de la hoja superior, de que habría sido perfectamente feliz dedicándose a la música el resto de su vida. No necesitaba el amor. No sentía ningún deseo de pasión en su vida. No deseaba ningún marido.

Jaime deseó que Eduardo no fuera tan persistente.

La voz de María irrumpió en sus pensamientos. "El mensajero dijo que el barco estaba cargado de *tesoros*, primo". Agarró el codo de Jaime y le dio la vuelta, examinando su vestido. "¿Qué tesoro crees que ha arrancado esta vez a los franceses para traer a su dulce Jaime?".

"Basta, Mary. De verdad que a veces dices tonterías".

"Pero es cierto. En su última excursión por el Mar Alemán, cuando se topó con aquel galeón español, te regaló la gema más preciada de todas las que trajo. Ese medallón con el rubí gigante..."

"Yo no lo pedí. María. Ni siquiera me gusta. No necesito tesoros ni regalos preciosos. Sabes que no me lo he puesto ni una sola vez".

Mary dejó escapar un profundo suspiro. "Oh, tener tantas opciones. Ah, bueno. Quizá esta vez su regalo se adapte mejor a tus gustos". La joven hizo una pausa. "Ahora que lo pienso, estoy segura de que aceptarás y apreciarás éste. Después de todo, el barco que Lord Edward ha tomado era francés y, conociéndote a ti y tu inclinación por sus estilos, probablemente atesorarás lo que sea que te regale."

Jaime sacudió la cabeza con indiferencia. "No, amor mío, por encantadora que sea la ficha, no aceptaré nada robado de un barco francés. Sabes que me es imposible pensar en ellos como enemigos".

"Haz de Dama Desdén a las atenciones de Lord Edward si quieres, Jaime Macpherson", dijo María, frunciendo el ceño y moviendo la cabeza en señal de desaprobación. "Pero será mejor que te abstengas de hablar así de los franceses. Ya es bastante malo que seas medio escocés, pero hablar así es traición, estoy segura. Los franceses son ahora nuestros enemigos y *debes*

aceptarlo".

Jaime sabía que sería inútil discutir con su prima. María -por muy querida que fuera- se había criado en la casa del duque de Norfolk desde la infancia y nunca entendería nada más allá de los muros de su estrecho mundo. Y Jaime -al menos por ahora- sólo era una invitada, y no era de recibo que causara estragos en la casa sólo porque su visión del mundo fuera un poco más amplia.

"Muy bien, mi patriótica prima". dijo Jaime con resignación, percibiendo la ansiedad de María. "Te prometo que me limitaré a temas menos peligrosos. Y por tanto, armada con mi promesa, puedes sentirte cómoda conduciéndome hasta nuestro primo Eduardo, el héroe conquistador, como sé que debes hacerlo".

Una hora más tarde, María seguía tirando de su prima. Vestidas con sus mejores trajes de seda de verano, ribeteados de terciopelo y oro, las dos jóvenes se dirigieron al Gran Salón del palacio y a la multitud ya reunida para el banquete de celebración.

Aparte del palacio del rey en Hampton Court, no había otro palacio en Inglaterra que pudiera rivalizar en tamaño o magnificencia con Kenninghall, el hogar del duque de Norfolk. Diseñado en forma de gran H con sus alas abiertas extendiéndose hacia el norte y el sur, el palacio era, por su propio diseño, un homenaje a la familia Howard que lo llamaba hogar y lo utilizaba como centro de sus vastas posesiones en Anglia Oriental. La noche en que Jaime había llegado del castillo de Hever, en Kent, había entrado en este mismo salón sólo para encontrarse a dos enanos de un espectáculo ambulante montados en ponis y cargando el uno contra el otro desde ambos extremos de la enorme sala en un simulacro de justa. Esta noche, sin embargo, los festejos se centraban en Eduardo y su exitoso regreso, y guirnaldas de flores -cordadas con gracia de una larga ventana a la siguiente- adornaban las paredes de la sala.

Separándose de su prima, Jaime se apartó y se colocó a la sombra de un enorme escenario de marionetas en forma de tienda de campaña que se había levantado para los festejos de la noche. Allí, medio oculto de la bulliciosa multitud, los ojos de Jaime recorrieron la sala. Era difícil no sentirse impresionado por la magnificencia del lugar, incluso después de casi un año. De un modo exagerado, su opulencia le recordaba a las casas que sus padres tenían en varias ciudades del continente.

Sus padres... pensó en ellos con el corazón hinchado. Aún podía verlos en su mente, las tristes lágrimas de Elizabeth y el feroz abrazo de Ambrose cuando les había hablado de su deseo de escapar de Escocia. Pero por muy difícil que les hubiera resultado dejar marchar a su única hija, por muy dolorosa que hubiera sido su partida de aquellos a quienes amaba, todos habían estado de acuerdo en que era lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias.

Jaime miraba con aire ausente la abarrotada sala, mientras su mente viajaba en el tiempo hacia los acontecimientos que la habían conducido a la pequeña capilla del Priorato de la isla de Skye.

No, pensó, y su rostro se ensombreció. ¿Por qué tenía que recordar con angustia, por milésima vez, cómo se había enamorado de Malcolm MacLeod en el primer momento en que le había visto, aquel verano en el castillo de Benmore, hacía tanto tiempo?

Aún lo recordaba como si hubiera sido ayer. Había habido tantas cosas nuevas a las que se había enfrentado aquel verano. En primer lugar, su hermano Michael había nacido poco después de su llegada a la fortaleza ancestral de los Macpherson, en la orilla norte del río Spey. De

repente se había visto rodeada de familia: primos, abuelos, gente que nunca había conocido. Y entonces había conocido a Malcolm. Jaime era sólo un niño de cuatro años y él un hombre de dieciséis. No había podido llamarle primo, pues estaba bajo la tutela de su tío Alec Macpherson y no era un verdadero pariente consanguíneo. Pero de todos modos se había sentido atraída por su bondad, por su valor, por la compasión que mostraba hacia todos los que amaba. Y se había esforzado desesperadamente por ser incluida en ese amor.

Todo había empezado allí, pensó Jaime con vergüenza. Un amor tonto e infantil. Y la persecución que había comenzado entonces había terminado con el amargo sabor de la realidad catorce años después, cuando había tomado a otra mujer como esposa.

Jaime se rodeó la cintura con los brazos para calmar la desdicha que aún le producían sus recuerdos. Pensar en lo tonta que había sido, en lo idealista e inocente que había sido hasta aquel día. Había crecido conociéndole, viéndole, apreciando los momentos en que podía estar a su lado. Para ella, durante todos aquellos años, él había sido el Sol y ella la Luna, cruzando el cielo en pos de su amor. Se estremeció al pensarlo.

Ella había creído que él la amaba. Todo el tiempo que estuvo en San Andrés y con Erasmo, recibiendo educación. Mientras luchaba en las fronteras y con los franceses. Mientras se esforzaba por llevar la paz a su propio pueblo en las Islas Occidentales. Ella había pensado que él la había estado esperando durante los tres años que la enviaron a Francia. Antes de que se marchara, siempre se había mostrado cariñoso: nunca se negaba a pasar tiempo con ella. Pero ahora comprendía claramente que nunca la había tratado con pasión. No, sólo había sido, en el mejor de los casos, una amiga, aquella muchachita que siempre le seguía.

Jaime se llevó las manos a la cara para intentar calmar el ardor de sus mejillas. Aún recordaba lo desesperadamente que había deseado que la besara antes de partir en aquel barco hacia Francia. Ella había pensado que tenía quince años, que era una mujer, pero estaba claro que él no pensaba lo mismo. Se limitó a depositar un suave beso en su frente y a desearle lo mejor.

Tres años en Francia y había crecido, había cambiado, se había educado. Pero, durante todo el tiempo que había estado recitando sus poemas, sólo había visto a Malcolm en ellos. Cuando había tocado su música, sólo había sentido a Malcolm en su corazón. Había dominado sus estudios, y lo había hecho todo sólo con el pensamiento de volver a Skye como su mujer. Como su esposa.

Y durante aquellos años se habían escrito muchas cartas. Estaba segura de que su relación había cambiado, de que había madurado, de que él la apreciaba más con cada misiva. No había sido su imaginación, eso lo sabía. Sus palabras habían sido cariñosas; le había escrito largos relatos de su vida. Le *había hecho* creer que se preocupaba por ella. Y así era.

Pero todo había sucedido muy deprisa. Estaba lista para partir hacia Escocia cuando llegaron las cartas. La de sus padres diciéndole que Malcolm había decidido casarse. Y la de Malcolm hablándole de las continuas disputas en sus tierras, de su decisión de casarse, de su deseo de dar estabilidad a sus tierras produciendo un heredero.

Incluso ahora, Jaime ardía en deseos de que la tierra se abriera y la tragara entera por el error que había cometido.

La noticia había bastado para lanzarla a ciegas. No había hecho preguntas, sino que se había puesto a planear su propia boda. ¡Su boda!

Sintiendo que las lágrimas empezaban a escocerle los ojos, Jaime miró alrededor de la habitación, incapaz de soportar más pensamientos sobre aquel espantoso día.

Pero sus padres se habían portado de maravilla durante todo el calvario. Tras el espectáculo que había dado, Elizabeth y Ambrose se habían excusado, llevando a Jaime de vuelta a Stirling

tan rápido como pudieron. Y allí había permanecido recluida, hasta que le llegaron noticias de su abuelo enfermo. Sabía que necesitaba alejarse. Mientras permaneciera en Escocia, se vería obligada a verle, obligada a enfrentarse a su novia. Sencillamente, no podía seguir viviendo allí, desdichada, viendo cómo otro se regodeaba en el resplandor de la felicidad que siempre había creído destinado a ella. Tenía que marcharse de Escocia y no volver jamás.

Y había abandonado Escocia, llegando a tiempo de ver morir a su abuelo, a tiempo de ver el castillo de Hever reclamado por los oficiales del rey. Y cuando su tío abuelo, el duque de Norfolk, había enviado a buscarla, ella había ido con el corazón agradecido. Ahora ya no necesitaba...

Para, para, para, ordenó en silencio. Sacudiéndose la oscuridad de sus pensamientos, Jaime se obligó a devolver toda su atención a las personas que ahora llenaban su vida. Desde donde estaba podía ver a Mary hablando animadamente con lady Frances, la bella esposa del ausente conde de Surrey. La joven captó la mirada de Jaime y sonrió al otro lado de la habitación. Qué raro, pensó Jaime, aún no hay rastro de Eduardo.

"Si te dijera que te he traído cuerdas de perlas más largas que las guirnaldas que adornan estas paredes, ¿te impresionarías?".

Ocultando la sonrisa, Jaime negó con la cabeza. Él la seguía de cerca. Podía sentir el roce de su túnica con la parte trasera de su vestido.

"Si te dijera que te he traído zafiros tan grandes y tan negros como tus ojos, ¿te impresionarías entonces?".

El suave aliento de Edward le hacía cosquillas en la oreja. Por un instante, sintió que sus labios le rozaban el cuello. Dio un rápido paso adelante y se volvió hacia él. Estaba ante ella, fresco, audaz y sonriente.

"Eres una criatura atrevida y traviesa, Edward Howard", le reprendió ella, arrancándole una carcajada.

"Soy un pretendiente solitario, abandonado y rechazado, Jaime Macpherson". Alargó el brazo y le cogió las dos manos. Sus ojos recorrieron significativamente el escote de su vestido, las curvas de sus pechos altos y redondos, y ella se ruborizó bajo su descarada inspección. "Pero estás muy guapa para ser una guerrera que regresa".

"Yo supondría, lord Edward", dijo ella, recuperando el ingenio, "que después de pasar tantos días en el mar, incluso la visión de un sarnoso canuto sería un espectáculo placentero".

"Ahh... tu pudor". Le soltó las manos y las deslizó lentamente por la piel desnuda de sus brazos, bajo las largas mangas sueltas. Ella retrocedió y, sonriendo, él volvió a agarrarle las manos. "Tantas noches soñé con esto. Con volver y ver tu rostro resplandeciente. Con sentir la sedosidad de tu piel bajo mis labios".

"Está claro que me equivoqué hace un momento, lord Edward -intervino ella, tratando infructuosamente de apartar las manos de su agarre-. "Creo que *tú* eres la malvada".

"Sí", respondió él, llevándose las manos de ella a los labios. "Pero no soy un vulgar perro de presa. Soy un perro noble, un sabueso entrenado para la caza, para la batalla". Edward la miró a los ojos. "¿Ni siquiera acaricias a esta bestia leal y de corazón robusto que se arrima a tus talones?".

"Eres un cachorro tonto, Edward".

"Muy cierto, mi amor". Su voz bajó hasta convertirse en un susurro. "Pero uno cuya sangre humea en sus venas por la persecución... por ti".

Jaime apartó la mirada de él y recorrió la sala con la esperanza de encontrar algo de alivio. Seguían llegando multitudes, pero todos parecían ocupados en otros asuntos. Para su

consternación, la carpa les servía de escudo, y Edward aprovechó que ella miraba hacia otro lado para agarrarla por la cintura y tirar de ella hacia el interior de la lona de la carpa. Sus ojos volvieron a él, y sus manos intentaron evitar que su poderoso cuerpo la aplastara contra él.

"Edward, no", susurró ella. "Hay tantos aquí".

"Entonces ven conmigo a mi cámara".

Se sonrojó. "Nunca antes habíamos..."

"Ya es hora, Jaime", dijo con voz ronca. Subió una mano y sus dedos siguieron la curva de su cintura. Sintió que su mano levantaba el peso de su pecho, que la fricción del pulgar levantaba el pezón a través de la seda del vestido. "Estoy harto de esperar, harto de estos juegos virginales. Te quiero para mí, y lo sabes. Ya te he cortejado bastante, y no soy de los que esperan a nuestra noche de bodas para tomar lo que es mío".

"Edward", espetó ella, clavándole los dedos con rabia en la muñeca en un intento de aflojar su agarre. "Ésta no es forma de hablarme. Soy tu prima, no una moza de puerto a la que arrastras a tu cama cada vez que llegas a puerto".

El joven miró fijamente su rostro exangüe. Una frialdad regia había endurecido sus facciones. La soltó, y ella dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos y agarrándose a la pared de lona.

"¿Qué te ha pasado?", preguntó ella brevemente. "Nunca te habías comportado así". El leve rubor de su rostro bronceado y cincelado no pasó desapercibido para ella.

"Soy un hombre, Jaime. Un caballero. Un guerrero". Se irguió hasta alcanzar toda su estatura. "No soy un monje".

"¿Y así es como un caballero de tu rey trata a una mujer?"

Vio cómo una sonrisa se dibujaba en sus labios. La agarró, pero esta vez ella estaba preparada y apartó rápidamente su mano. Él rió en respuesta.

"Eres inocente, Jaime Macpherson. Pero créeme, eso pronto cambiará". Dio un paso hacia ella y, cuando ella se volvió para escapar, él la agarró de la muñeca y la atrajo ferozmente hacia sí. Su voz era un susurro desgarrado. "Siempre consigo lo que quiero. Durante este viaje me he tomado tiempo para pensar y he decidido que he dejado las cosas en tus manos demasiado tiempo."

"No lo hagas, Edward", susurró ella mientras él utilizaba un brazo para moldear su cuerpo contra el suyo. No le importaba la mirada vidriosa que oscurecía sus ojos grises.

"Sí, he decidido que es hora de enseñarte algunas cosas sobre el placer". Jaime sintió que su columna vertebral se ponía involuntariamente rígida y que se le helaba la sangre cuando la boca de Edward descendió para capturar la suya.

"Por favor", jadeó ella, girando bruscamente la cara, evitando sus labios. Sus dientes se apoderaron del lóbulo de su oreja y se movieron con avidez hacia su cuello. Sintió que se ponía enferma cuando una mano subió para apretarle el pecho a través del vestido. Intentó apartarse de él, pero era demasiado fuerte. Frenéticamente, miró a su alrededor en busca de ayuda e incluso pensó en gritar.

"Por favor, para, Edward. Por favor -suplicó en voz baja. "Ahora no, aquí no".

Ella sabía que sólo había pasado un momento, pero le pareció una eternidad antes de que él se enderezara. Luego, con una mirada de anhelo, aflojó el agarre sobre su cuerpo. Ella sintió una abrumadora necesidad de apartarse, de huir, pero él no la soltó del todo. Sujetándole la mano, la enganchó en su codo y abrió la pared de lona para que ella pasara.

"Te sentarás a mi lado en la cena, mi pequeño cuervo reticente. Entonces quizá podamos continuar donde lo dejamos. Esta noche, después de que todos esos entrometidos intrusos hayan

seguido su camino".

Pero Jaime se limitó a mirar hacia otro lado, evitando su mirada.

La cena, por muy suntuosa que fuera, le deparó pocas alegrías. Sentada en silencio junto al invitado de honor, Jaime escuchaba las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor, participando sólo cuando era necesario.

Pocos se interesaban por los progresos de sus alumnos de música. La familia y los criados del duque de Norfolk habían considerado su pensamiento demasiado radical al principio, y Jaime estaba seguro de que más de uno seguía pensándolo. Como ella misma tenía una buena formación musical, le había complacido mucho organizar clases de música para los niños cuando, al llegar, descubrió que el maestro de música se había marchado recientemente y por razones misteriosas.

El problema de Jaime desde el principio había sido que había decidido aceptar a sus alumnos no por el mérito de su linaje, sino por su deseo de aprender música. Así que cuando se descubrió que había sentado al hijo de una lavandera junto a la hija de un noble, estalló un pequeño furor, que sólo se calmó cuando el propio duque declaró sorprendentemente que no veía nada malo en la inocente mezcla de voces al cantar.

Ahora había pasado casi un año, y Jaime sentía que al menos estaba ganando la batalla. Si bien era cierto que no todos asistían a las lecciones que podían, también lo era que muchos lo hacían. La deshonra de sentarse al lado de alguien a quien el mundo estimaba como menos digno durante una hora al día era un concepto totalmente perdido para un niño pequeño, pero por desgracia muchos padres seguían horrorizados ante la perspectiva. No obstante, las clases habían sobrevivido y los jóvenes músicos estaban mejorando.

Más tarde, mientras se retiraban las bandejas de pasteles y otros dulces, Jaime se encontró en el centro de la discusión entre Eduardo y el duque. Había intentado ignorar el comportamiento coqueto del joven caballero durante la mayor parte de la comida, pero ahora la conversación parecía haber tomado un cariz más serio.

"Sí, Alteza", decía el joven guerrero. "Mañana me llevaré a esta doncella al castillo de Norwich".

"No es un lugar del todo agradable para una joven, Edward".

Los ojos de Jaime miraron interrogantes el rostro de Eduardo. Había oído historias sombrías sobre el castillo de Norwich. A menos de medio día a caballo del palacio, era -según todos los indicios- un lugar de muerte y horrores demasiado terribles para contemplarlos. Y era el lugar donde Eduardo guardaba a todos sus cautivos tomados en batalla.

"¿Irás allí conmigo, Ama Jaime?", preguntó despreocupadamente.

No sabía cómo negarse a su petición. Pero después de lo que había ocurrido antes, con tantos presentes en la sala, no podía sentirse segura a solas con él. No, ni siquiera por unos breves instantes. "Las lecciones... Tengo las lecciones de los niños..."

"Que me lleve el diablo", intervino Edward, "pero estoy bastante seguro de que esos mocosos pueden sobrevivir un día sin ti".

"Eduardo, desde luego ésta no es forma de impresionar a una mujer joven y gentil". El duque pudo ver fácilmente la vacilación de Jaime. "No hay nada en el puñado de prisioneros que has capturado en el mar que pueda agraderle lo más mínimo. Por otra parte, el tamaño de algunas de las gemas que has capturado podría interesarle un poco más..."

"Padre". La voz decidida de Eduardo acalló el discurso del hombre mayor. "Ama Jaime nunca ha tenido la oportunidad de ver Norwich, el centro del poder y la riqueza de nuestra familia, y creo que es importante ver si la mitad inglesa de la sangre que fluye por las venas de mi encantadora prima se calienta ante la visión de una de las ciudades más grandes de Inglaterra. Como debe ser".

Los dos hombres se miraron fijamente, transmitiéndose un mensaje silencioso. Luego, como si comprendiera lo que quería decir su hijo, Norfolk asintió con la cabeza.

"Como debe ser, hijo mío".

"¿Y bien, milady?" volvió a preguntar Edward, dirigiendo de nuevo su atención hacia ella. Sus ojos grises destellaron su desafío. "¿Me acompañaréis a mí y a mis oficiales a Norwich mañana? Podemos partir al amanecer y regresaremos a más tardar al atardecer".

Todos los ojos de la mesa principal estaban puestos en ella. Comprendió la prueba por la que iba a pasar. El barco que acababa de capturar era francés y había, por lo que dijo el duque, prisioneros que habían sido llevados al castillo de Norwich. Y ahora Eduardo quería sondear las profundidades de su lealtad. María le había dicho que era traición pensar en los franceses como amigos y no como enemigos, y ahora Jaime estaba a punto de ser puesto a prueba. ¿Pero qué opción tenía? Hacía tiempo que había decidido que viviría en Inglaterra, y ahora tenía que demostrar sus intenciones. Debía romper con el pasado. Hacer realidad su futuro con Edward. Los métodos de Edward eran duros, pero no le dejaba muchas opciones. Quiere estar seguro de mí, pensó, y está en su derecho.

"Iré", respondió al fin a Eduardo. "Iré a Norwich contigo".

Capítulo Tres

LA CARRETERA DE NORWICH, una vía ancha y bien transitada, facilitaba el trayecto desde el palacio del duque en Kenninghall, y Jaime montó en su briosa yegua moteada en la cresta de la colina ondulada que descendía hacia las murallas de la ciudad. Mientras los demás cabalgaban, ella se protegió los ojos del sol de última hora de la mañana y contempló la bulliciosa ciudad de pañeros y mercaderes, las hermosas agujas de la catedral y la siniestra forma gris del castillo de Norwich -una presencia ominosa en su colina- que lo custodiaba todo hoscamente. Aunque la fortaleza pertenecía al duque de Norfolk, hacía más tiempo del que nadie recordaba que sólo se utilizaba como prisión. Involuntariamente, Jaime se estremeció ante lo sombrío de la visión.

Edward se detuvo y empezó a hacer trotar a su cazador hacia la cresta de la colina, pero al acercarse, Jaime espoleó a su yegua y lo pasó, dejándolo en medio de una nube de polvo mientras él giraba y la perseguía hasta el resto del grupo. No podía quedarse a solas con él, no ahora, no después de lo que había ocurrido en la Sala. Anoche, inmediatamente después de la cena y cuando la fiesta aún estaba en su apogeo, se había escapado a su alcoba y había atrancado la puerta, dejando entrar sólo a Mary cuando volvía del Gran Comedor. Mientras su prima se ponía el turno, Jaime había sentido la tentación de hablar con ella sobre los sucesos acaecidos, pero un sentimiento de complicidad -de culpa, casi- le impidió discutir el asunto.

Y esta mañana, Jaime había hecho todo lo posible por no dejarle un momento a solas con ella. Sabía las preguntas que le haría, preguntas para las que no tenía respuesta. Jaime sabía por dentro que ella era en parte responsable de las atenciones de Edward. Y de algún modo, tal vez por sus acciones o sus palabras, él había llegado a suponer que ella estaba preparada para un encuentro más íntimo. Se equivocaba, pero ella no sabía cómo decírselo sin destruir todo lo que podría esperarles.

El castillo no era menos imponente de cerca, y cuando atravesaron los gruesos muros y las enormes puertas, Jaime se encontró de pronto ante un número espantoso de hombres, mujeres y niños que parecían vivir en el patio. Una docena de soldados les despejaron toscamente el camino, y Eduardo condujo al grupo por los escalones de madera de la torre del homenaje.

Jaime se contuvo. Eran las caras. No podía apartar los ojos de los rostros delgados y dibujados de los niños que miraban boquiabiertos su fino vestido. Sus ojos tristes y redondos atravesaban las pequeñas aberturas entre la fila de soldados y sus expresiones hambrientas le atravesaban el corazón. Apartó su atención cuando oyó que Edward volvía sobre sus pasos, con los ojos clavados en ella. Creyó vislumbrar una chispa de fastidio en sus ojos grises antes de que mirara a los que estaban en el patio.

"¿Quiénes son esos desgraciados?", susurró ella mientras él la cogía del brazo.

"La mayoría son enemigos del rey", dijo en voz baja. "Aunque algunos son criminales del

condado".

Conduciéndolos por la serpenteante escalera de piedra iluminada con antorchas, Eduardo se detuvo en el siguiente rellano. Agachándose bajo el arco de medio punto de la puerta, entró en una habitación muy grande, en lo que en otro tiempo había sido el Gran Salón del castillo.

Jaime miró al centenar de hombres apiñados en grupos o tumbados sobre la paja mugrienta que cubría el suelo de madera. El hedor del lugar la golpeó, asqueándola, pero apretó los dientes y avanzó hacia el pasillo.

"Quizá fue un error traerte aquí", dijo burlonamente. "Exponer a una flor tan delicada a lo desagradable del mundo real".

Jaime le lanzó una dura mirada y pasó a su lado. A través del penetrante olor de los hombres y sus desechos, llegó a sus sentidos el olor a gachas quemadas. En un extremo de la sala, un hombre ruidoso y de aspecto grasiento estaba sirviendo papilla de un caldero de hierro sobre gruesas cortezas de lo que Jaime estaba segura debía de ser pan de hacía una semana. Y mientras miraba, un muchacho cercano vertía agua de una enorme bolsa de piel en un abrevadero de piedra para caballos. Una hilera de hombres mugrientos y harapientos pasaba a su lado, y de vez en cuando uno de ellos les lanzaba una mirada furtiva. Se volvió hacia Edward.

"¿Por qué mantienes a todos estos prisioneros?", preguntó ella, con voz queda.

"Bueno, servimos al rey". Miró a través de la luz turbia. "Puede que algunos de estos hombres hayan atentado contra mi padre de algún modo, pero la mayoría son extranjeros, e interrogarlos lleva tiempo".

"Y una vez que los has interrogado, ¿los mantienes aquí... para siempre?".

"No. Eso apenas valdría la pena ahora, ¿verdad?". Edward tenía el rostro sombrío y los ojos del color del pedernal. "Pocos sobreviven a sus sesiones con Reed, el carcelero. Es un hombre brutal, pero necesario. Utilizando a sus empleados, se ha convertido en mis ojos y oídos a lo largo de toda la costa. Lo sabe todo, y lo que no sabe... lo extrae".

Jaime miró a su alrededor, pero sólo pudo ver el sórdido sufrimiento que los rodeaba. "Éste es un lugar asqueroso, Eduardo", susurró desgarrada.

"Sí, Jaime. Hay un lado sucio en los asuntos más gloriosos. Y la guerra no es una excepción". La cogió del brazo. "Pero es importante que uno vea el rechazo para apreciar plenamente el esplendor".

"Enséñame lo que me has traído a ver", susurró en voz baja.

Con un movimiento de cabeza, Eduardo miró hacia el centro de la sala. Siguiendo sus ojos, Jaime vio a un grupo de cinco o seis hombres medio sentados y tumbados. Tenían que ser ellos, pensó Jaime. Sus prisioneros. Su desafío.

"¿Señor?" Un hombre corpulento y de cara redonda que portaba un garrote robusto se acercó a ellos, y Edward se volvió irritado hacia él.

"¿Qué pasa, Reed?", espetó.

"Bueno, mi señor, este español de esta esquina puede estar acabado. He pensado que, ya que habéis pasado por aquí esta mañana, os gustaría hablar con él. De repente, al ver su fin delante de él, parece que tiene mucho que contar. Puede que encuentres algo de tu agrado, mi señor".

"Muy bien". Edward se volvió hacia Jaime y miró por encima del hombro a los oficiales que habían cabalgado con ellos. Cogiéndola de la mano, le dijo: "Espérame aquí. Esto sólo llevará un momento".

Jaime le observó seguir al carcelero hasta un rincón oscuro y bajar unos escalones, donde apartaron un trozo de tela raída que poco hacía por ocultar la tenebrosa antecámara iluminada por antorchas que había más allá. Cuando entraron en la pequeña habitación, pudo ver a un hombre

encorvado contra la pared. Unas manchas oscuras salpicaban la pared por encima del hombre. Se preguntó si sería la sangre del español. Si no era suya, pensó, ¿de quién sería? Volviendo la vista hacia el grupo que Edward había indicado antes, se detuvo. Dos de ellos, que conversaban entre sí, vestían ropas de la nobleza francesa. Lanzó una mirada a Edward, y luego a sus oficiales.

Ésa era, en efecto, la razón por la que la había traído aquí. Sí, pretendía poner a prueba su lealtad, pero quizá también quería ver si ella era capaz de identificar a aquellos hombres, ¿quizá para darle una idea de su verdadera valía? La idea de que la metiera en un asunto tan sórdido la repugnaba aún más. Pero, argumentó para sus adentros, ¿de qué otra forma podía él estar seguro de que sus años de estudio en Francia o la sangre escocesa que él creía que corría por sus venas no dividirían sus lealtades?

El chasquido de un látigo rasgó el aire, seguido del grito estridente de un hombre. Instintivamente, se llevó las manos a la boca para detener su propio grito de sorpresa. Se volvió hacia la antecámara. Edward estaba inclinado sobre el montón que ella sabía que era el español. Cerró los ojos con fuerza cuando Edward retrocedió, dejando espacio a Reed para golpear de nuevo al moribundo. Retrocedió en un intento inconsciente de poner más distancia entre ella y el horrible espectáculo.

Jaime tropezó ligeramente al tropezar con el pie extendido de un prisionero que estaba sentado cerca. Los ojos vacíos del hombre la miraron, pero no parecían comprender lo que estaba viendo. Entonces empezó a toser -era un doloroso ataque de consunción- y Jaime se encontró apartándose en dirección a los prisioneros franceses.

Más gritos emanaron de la habitación de la esquina y de nuevo el chasquido del látigo; una y otra vez cayó el látigo. Miró a su alrededor -los oficiales, el hombre que tosía a sus pies-, pudo ver a Edward hablando con alguien justo dentro de la antecámara. Pero nadie parecía oír los gritos del hombre. Todos, excepto la propia Jaime, parecían sordos a los sonidos de la tortura. El hombre que tosía vomitó una cantidad considerable de sangre. Retrocedió otro paso mientras intentaba tragar la bilis que tenía en la garganta. Aquellos hombres morían ante sus ojos.

Mientras seguía avanzando, oyó unas palabras en francés y se dio cuenta de que estaba casi encima de los nuevos prisioneros. *Norteño... tarde...* Con una mirada ansiosa a Edward, que seguía en la habitación del rincón, se acercó lentamente a ellos, pero retrocedieron en silencio cuando se acercó.

Había un hombre tendido en la paja ante ella. Con un sobresalto, Jaime se inclinó sobre él: era un anciano que vestía el tartán rojo y gris de los MacGregor. Un escocés, pensó. Eduardo nunca había mencionado que había llevado escoceses en su victoria. Un paño ensangrentado cubría los ojos del hombre, y su rostro y barba estaban empapados de sangre seca. Antes incluso de arrodillarse, supo que el hombre estaba muerto. Puso la mano sobre los dedos fríos y rígidos del hombre y rezó en silencio por su alma. Luego se levantó y trató de retroceder.

Pero no pudo. El dobladillo de su falda estaba atrapado y no podía moverse a ninguna parte. Miró hacia abajo conmocionada, pensando salvajemente que el muerto MacGregor había vuelto a la vida, pero en su lugar vio otra mano grande y ensangrentada que le sujetaba la bata. A pesar de la oleada de pánico, no pudo pedir ayuda. Aquellos hombres ya habían sufrido bastante. No iba a traer más miseria a sus desdichadas vidas. Ella se encargaría de esto.

Siguiendo el brazo extendido, se volvió lentamente hacia un lado y vio al hombre que yacía apoyado sobre un fardo de trapos en la paja. El hombre tenía la cara vuelta, el pelo enmarañado ensangrentado y enmarañado, y la sangre empapaba también su capa de viaje. Sus ojos se fijaron inmediatamente en las finas botas que cubrían las largas piernas del hombre hasta las rodillas. Debía de ser otro de los nobles franceses capturados por Eduardo. Miró furtivamente a su

alrededor, asegurándose de no llamar la atención sobre sí misma, ni sobre aquel prisionero moribundo. Eduardo seguía ocupado con el español, y sus oficiales se encontraban a unos pasos, enzarzados en una discusión cada vez más animada. Uno de los oficiales, sin embargo, devolvió la mirada de Jaime. Se limitó a asentir con indiferencia y a fingir que estaba preocupada por el estudio de la estructura de la sala. La atención del hombre volvió a sus amigos. Jaime volvió a tirar de la falda, pero el hombre la sujetaba con fuerza.

El chasquido de la hoja de una espada contra la carne y un grito de dolor sacudieron a Jaime cuando vislumbró a uno de los oficiales de Eduardo usándola sobre la mano de un prisionero que se había estirado para tocar sus botas. Apartándose, se puso en cuclillas de inmediato y se agarró la falda, intentando soltarla de la mano del hombre. Él no la soltaba. Con las dos manos en acción, le tocó la mano, pero a la velocidad del rayo, los dedos del prisionero se aferraron a su muñeca.

Se armó de valor y se tragó las ganas de gritar. El pánico se apoderó de ella cuando el prisionero levantó la cara, acercándola a él. Bajo la maraña de pelo, vio que movía la mandíbula.

"Jaime", susurró el hombre.

El sonido le heló la sangre. No tuvo que verle la cara para reconocer al hombre. Había oído su voz llamándola mil veces en sueños. Malcolm.

Mientras se sacudía débilmente la masa de pelo, un tumulto de pensamientos y emociones la invadió. ¿Cómo era posible que él, entre todas las personas, estuviera aquí?

"Jaime", volvió a susurrar su nombre. "Creía que era un sueño, pero ¿eres tú?".

En un instante, la conmoción dio paso a la confusión y al odio, mientras un escalofrío helado le recorría la espalda. Allí estaba, el hombre al que había amado, el hombre que la había rechazado tan cruelmente. Lo contempló, ensangrentado y pálido. Oyó un grito y miró rápidamente en dirección a la antecámara.

"No llares la atención sobre nosotros", ordenó Malcolm, atrayendo de nuevo su atención hacia él.

"Estás herido", susurró ella, intentando mantener la voz llana y calmada. "Haré que alguien te examine las heridas". Ella respiró agitadamente cuando la presión de la mano de él casi le rompió los huesos de la muñeca.

"No", le ordenó. Aflojó la presión sobre su muñeca. "No digas nada. No me conoces".

"Podrías morir".

"Entonces déjame morir", susurró con voz ronca. "Aceptaré de buen grado la muerte antes de dar a estos canallas cualquier conocimiento de quién soy".

Tan segura como estaba de rodillas, sintió el desgarró en el pecho al mirarle. Un torrente de líquido fundido se vertió en su corazón, y un dolor la envolvió, sofocando su intento de hablar.

"Jaime, no dejaré que me pidan rescate. No dejaré que me roben mi honor. Vete, muchacha. Vete y olvida que me has visto. Pero... más tarde... haz que mis parientes sepan lo que me ha pasado. Si alguna vez te he importado, hazlo. Es una pequeñez lo que te pido".

Jaime retiró lentamente la mano de su agarre y la soltó. Ella lo miró fijamente a los ojos oscuros. Le suplicaban, tan distintos de los ojos del Malcolm que recordaba. Se levantó lentamente y retrocedió un paso. La voz de Edward la detuvo, haciéndola girar.

"Veo que has encontrado la bagatela que he traído a casa".

"¿Te refieres a tus tesoros?", preguntó con naturalidad.

Las cejas de Edward se alzaron con interés. Jaime señaló a Malcolm, sus ojos desafiantes igualaron la mirada del Highlander herido mientras el brazo de Edward le rodeaba la cintura.

"Esa". El que va vestido a la francesa. Es Malcolm MacLeod, el jefe del poderoso clan

MacLeod. Aparte del conde de Argyll, posee la mayor fortuna de las Islas Occidentales".

Jaime volvió la mirada al rostro de Edward. Sus ojos brillaban, incluso en la turbia luz de la prisión.

"Ese único hombre -continuó ella- os traerá el rescate de un rey".

Capítulo Cuatro

"¡TRAIDOR!" jadeó Malcolm con una vehemencia que le salía del alma. "¡Puta vil y traidora!".

El caos se desató a su alrededor cuando el montañés se puso en pie con sorprendente rapidez y se abalanzó sobre ella. Jaime se mantuvo firme, preparada para hacer frente a su furia.

"¡Maldito seas!" gritó Malcolm con voz ronca, sus dedos tratando de alcanzar su garganta cuando el garrote de Reed conectó de lleno con el costado de su cabeza. El Highlander cayó de rodillas, y cuando el fornido carcelero levantó su arma para golpear de nuevo al prisionero que caía, Edward se adelantó, haciendo que Malcolm se desplomara con una feroz patada.

Jaime miraba -sus gritos silenciosos la desgarraban por dentro-, pero su exterior no mostraba más que fría indiferencia.

"Tú... engañadora... asquerosa, bruja demoníaca". Intentó ponerse de rodillas. Jaime vio que la mano de Reed se alzaba, dispuesta a aplastar el cráneo de Malcolm con el garrote lastrado.

"Espera, Reed. Lo quiero vivo". El carcelero lanzó una mirada de sorpresa a Edward, pero sin decir palabra bajó el arma.

Malcolm se levantó sobre una rodilla. Jaime pudo ver el daño que le había causado la acción. Se movía como si su cuerpo fuera de plomo. Su cabeza se tambaleaba ligeramente, con la sangre fresca empapando las oscuras manchas carmesíes de su camisa desgarrada. Jaime apretó las manos a los lados; los ojos de Malcolm se aclararon un poco y se fijaron con furia en su rostro. No podía apartar los ojos de su mirada.

"Confiado en ti... tonto que soy... nos has hecho a todos...". Su respiración era entrecortada; un espasmo de dolor contorsionó su rostro. "Tú... puta... sucia puta inglesa...". Volvió a lanzarse sobre ella. Pero esta vez el garrote de Reed no conoció la contención, y el golpe aterrizó con un ruido nauseabundo detrás de la oreja. Malcolm se arrugó como una hoja seca ante una llama.

El grito ahogado de Jaime fue sofocado por el rugido de Eduardo, que empujó a su carcelero hacia un lado. "Idiota. ¿De qué sirve que esté muerto?"

Todo el cuerpo de Jaime tembló cuando se arrodilló ante el cuerpo ensangrentado que se apiñaba a sus pies. Colocó los dedos sobre los cortes de la cabeza, por donde se filtraba más sangre a través del cráneo. Intentó detener la hemorragia, primero con las manos. Al no conseguirlo, se levantó el dobladillo de la falda y se arrancó un trozo de la enagua, presionando el lino blanco contra los dos lugares. No se atrevió a levantar la vista. Las lágrimas de sus ojos - la pena que la desgarraba- eran algo que no podía ocultar.

"¿Está muerto?"

Jaime sintió la mano de Edward en el hombro. Sin levantar la vista, llevó la mano a la garganta de Malcolm, donde pudo sentir el pulso, débil e irregular.

"Todavía no", respondió ella en voz baja. "Pero está sangrando y es sólo cuestión de tiempo

que lo pierdas. A menos... a menos que le llevemos un médico".

Jaime volvió la cabeza cuando las botas de Edward se apartaron de su lado. Apartó a uno de sus oficiales y habló con él en voz baja. Aunque ella no pudo oír sus susurros, el oficial asintió y se alejó en la dirección por la que habían entrado. Arrancando otro trozo de sus faldas, sustituyó la sábana empapada en sangre de su cabeza por una nueva. Tiró ligeramente de él, haciéndole rodar sobre un costado, y le retiró la capa del pecho y la espalda. Tenía un enorme tajo irregular en la espalda y otro más pequeño en el pecho, justo encima del corazón. Una espada lo había atravesado por la espalda. Jaime jadeó, con un nudo de miedo subiendo bruscamente a su garganta. Era un milagro que hubiera sobrevivido al golpe. Cómo había podido la espada fallarle el corazón, el pulmón...

Las botas de Edward aparecieron de nuevo a su lado.

"También sangra por el pecho", dijo.

"Nos lo llevamos con nosotros", anunció. "Apostaría una corona a que no sobreviviría a la noche en manos de Reed, aquí presente".

Jaime se levantó enseguida. No había tiempo que perder. Tenían que llevárselo ya. Cuando se volvió hacia Eduardo, la mano del inglés se alargó y la agarró bruscamente por la parte superior del brazo. Ella le miró a los ojos grises.

"Estoy orgulloso de ti, mi pequeño cuervo", anunció. "Hoy me has prestado un servicio... un gran servicio".

Capítulo Cinco

DANDO la espalda a los dos hombres de la habitación, el cortesano, delgado y bien vestido, echó un vistazo por la ventana de cristal de diamante, sólo para ver a Jaime Macpherson, de pelo negro, que atravesaba el jardín en dirección a los establos. Qué extraño, pensó, observando cómo los ojos de la joven se desviaban nerviosamente por encima del hombro cada pocos pasos. No era ella, pensó.

"Que el diablo me lleve, Surrey, pero eres débil y de libro. Y si no te conociera mejor, juraría que no tienes ni una gota de sangre de Howard".

Henry Howard, conde de Surrey, apartó la mirada de la ventana y miró a su hermano con expresión aburrida. "Jura lo que quieras, Eduardo. Aunque creo, hermanito, que deberías dejar de tragarte enteros esos barcos franceses cuando los capturáis. Me temo que el viento de sus velas está afectando muy negativamente a tu cabeza".

Surrey era un hombre ligeramente corpulento, no tan alto ni musculoso como su hermano menor, pero tenía una tranquila confianza en su rostro, un toque de despreocupación en su actitud, que hablaba de un hombre muy a gusto consigo mismo.

Edward le devolvió la mirada. "Una vez más, Harry, en lugar de felicitarme por mi última victoria, insistes en criticar mis éxitos".

El duque de Norfolk contuvo una sonrisa cuando comenzó de nuevo el feroz intercambio de palabras. Observó la postura belicosa de Eduardo y se fijó en la respuesta despreocupada de Surrey: la gracia pausada de tomarse su tiempo para volver a caminar por el centro de la habitación y luego apoyarse cómodamente en el panel de roble tallado que rodeaba la chimenea del estudio.

Norfolk hizo una pausa, considerando la tremenda diferencia entre sus dos hijos. Harry, aunque probado en valentía y comportamiento cortesano, no había encontrado especialmente atractiva la vida de soldado. En cambio, su hijo mayor había encontrado un curioso deleite en la poesía, de entre todas las cosas. El duque pensó que ya era bastante malo que empezara a traducir *la Eneida* de Virgilio para sus amigos, pero ese tal Petrarca y sus poemas de amor sobrepasaban verdaderamente los límites de la decencia.

Eduardo, en cambio, le recordaba mucho a sí mismo. Orgullosa, ambicioso, de temperamento corto, Eduardo era un hombre de acción. Al igual que el propio duque, que de joven había liderado el ataque en la maravillosa derrota de los escoceses en Flodden Field, Eduardo estaba ahora ansioso por demostrar su valía, por tomar sus barcos e invadir la mismísima Francia. Todo lo que su hijo menor necesitaba era un poco de paciencia -la capacidad de considerar todas las alternativas- y Eduardo se convertiría en un buen líder, pensó Norfolk. Un muy buen líder.

La discusión entre los dos hombres continuó y Norfolk se dio cuenta de que quizá había dejado que se prolongara demasiado. Había visto a sus hijos pelearse así desde que eran muchachos: Surrey mantenía la ventaja hasta que sus discusiones se convertían en violencia. Pero ahora no quería que desenvainaran sus espadas.

"Harry. Eduardo. Ya basta". Norfolk tenía el rostro severo y golpeó con los nudillos nudosos la mesa que había junto a su silla. "Necesitamos oír todo lo que ocurrió en la corte, no esta tontería sobre si Eduardo ha hundido demasiados barcos en el mar".

Ambos hombres volvieron a prestar atención a su padre al mismo tiempo.

"Mis disculpas, Alteza", respondió Surrey, sonriendo e inclinándose con una ostentosa muestra de cortesía. Entonces su rostro cambió un poco, ensombreciéndose de seriedad. "Pero yendo al grano, padre, el disgusto del rey conmigo se ha hecho más constante, últimamente. Sabes que me he opuesto demasiado a sus atenciones hacia Catalina".

"¿Qué *más da* que se encapriche de Catherine? intervino Eduardo irritado. "Todo el mundo sabe que el matrimonio del rey con ese sapo feo, Ana de Cleves, está a punto de ser anulado, y entonces..."

"La diferencia, Eduardo -dijo Surrey en voz baja, volviéndose hacia su hermano-, es que desde que nuestra prima, Ana Bolena, encontró un final bastante prematuro, la fortuna de la familia se ha resentido enormemente. Si nuestra prima Catalina... si *alguna* hembra de la familia Howard causara alguna decepción más al rey, probablemente significaría el fin de la influencia de padre en la corte. Y eso podría significar que no habría más barcos en los que pudieras jugar a ser marinero".

"¿Jugar...?" dijo Edward con enfado, dando un paso al otro lado de la habitación.

"Quédate donde estás, Edward", ordenó Norfolk, deteniéndose un momento mientras su hijo menor luchaba por recuperar el control de su temperamento, arrojándose finalmente a una de las sillas talladas y tapizadas.

La bonita Catherine Howard presentaba problemas, era cierto. Norfolk consideró a su sobrina durante un momento. Desde hacía más de dos meses, el interés del rey por ella no había dejado de crecer. Sin duda era una moza lujuriosa, pensó Norfolk, sonriendo para sí. Tan llena de vida y tan ambiciosa. No era de extrañar que llamara la atención del rey. Pero justo antes de que se marchara a la corte el otoño pasado, Norfolk tuvo que intervenir y poner fin a sus travesuras con el maldito maestro de música. Sí, pensó, podría ser un verdadero problema si no sentaba la cabeza.

Norfolk golpeó suavemente la madera con los nudillos. Pero Catalina es una muchacha inteligente, argumentó el duque en silencio, *y sentaría la cabeza*. De eso estaba seguro. Y casarse con un rey como Enrique Tudor... bueno, ya sabía lo que le había ocurrido a su altiva prima Ana. Sí, se pondría en su lugar muy pronto. Sólo el honor de que Enrique la tomara como esposa y no como mera amante...

"Harry". Norfolk se volvió para mirar a su hijo mayor. "Catalina será una pareja tan adecuada para el rey como cualquier mujer de Inglaterra".

"Sí, padre. Espero que tengas razón". Surrey cruzó los brazos sobre el pecho y se acarició la afilada línea de la mandíbula. "Pero ella es mucho más joven que él, tanto en cuerpo como en espíritu. Y su juventud y vigor sin duda harán presa en su mente... en poco tiempo".

"Y supongo", dijo Edward con sarcasmo, "que fuiste tan tonto como para decírselo".

Surrey miró a su hermano con una sonrisa irónica. "Sí. Y su rostro se puso tan negro como el día en que Tomás Moro le desafió".

"Sabes", dijo Norfolk sombríamente, "que juegas con fuego cuando juegas con los placeres

del rey".

"Sí, padre. Pero pensé..." Surrey lanzó una mirada a la habitación. "Todos sabemos lo salvaje que puede llegar a ser Catherine. Ni siquiera durará tanto como Ana. Piensa que, por muy virtuosa que todos supiéramos que era Ana Bolena, en cuanto le disgustara, nada podría impedir que Enrique la enviara a la cuadra. Incluso tú, padre..."

"Ya basta, Harry".

Surrey hizo una pausa y miró un momento al anciano antes de continuar. "Bueno, poco importa lo pasado, supongo. Pero en resumidas cuentas, una vez que el rey recuperó el color de su rostro, me mandó seguir mi camino".

"Bueno, muchacho", dijo el duque con ironía. "No has tenido un viaje tan largo hasta casa, ¿verdad?"

"No, padre. Tampoco será largo tu viaje".

"¿Eh?", preguntó el duque, lanzando a su hijo una mirada interrogante. "¿Qué es eso?"

"El rey manda decir que quiere que tanto tú *como* mi ilustre hermano menor le asistáis inmediatamente".

"¿Por qué no...? Por sus heridas, le dejé hace un mes".

Norfolk reflexionó un momento. Su relación con el rey Enrique tenía tantos altibajos como el cubo de un pozo. Seguramente esta citación era para ultimar los arreglos matrimoniales relativos a Catalina. Y quizá el rey simplemente quería recompensar a Eduardo por sus excelentes servicios, pero siempre era difícil saber si Enrique Tudor pretendía recompensar o castigar. Sin embargo, una cosa había aprendido con los años: la forma más rápida de hacer caer la ira de Enrique sobre la propia cabeza era hacer esperar a Su Majestad.

El duque miró de un hijo a otro. El bello rostro de Eduardo brillaba ahora de satisfacción ante la noticia de que el rey le había llamado.

"Bien, Eduardo", dijo Norfolk levantando el pecho. "Antes de que estalles de orgullo, ¿no necesitas hacer algo con ese escocés que tus hombres han traído de Norwich?"

El rostro de Edward se nubló por un momento. "Sí, padre", respondió, acercándose a la ventana y mirando en dirección a los establos. "Quizá debería llevárselo al rey, como regalo".

"Nunca", advirtió Norfolk. "Ya le has dado a Enrique un nuevo buque de guerra francés para añadir a su flota. Este hombre y el premio que nos traerá son tuyos".

"¿Qué tienes, Edward? ¿El Douglas Negro?" preguntó Surrey, acercándose a su hermano y asomándose por encima de su hombro.

"No, Surrey. Pero he capturado al laird del clan MacLeod, y lo tengo en una de las celdas del establo".

"¿El laird de los MacLeod?" Surrey hizo una pausa. "Bueno, si quieres, tendré tiempo de torturarlo para ti mientras estés con el rey en el palacio de Nonsuch".

El duque soltó una breve carcajada. "En serio, Surrey, tu hermano ha hecho una buena captura. Pero el hombre está herido, por eso está aquí".

"Entonces, ¿es posible que no viva?"

"Depende", respondió Norfolk, "de nuestro tratamiento".

"Bueno, creo que tenemos suficiente experiencia matando escoceses en esta familia como para que uno más no suponga ningún desafío". Surrey sonrió, pero su humor irónico no caló en el viejo guerrero.

"La familia Howard ha alcanzado la posición que ocupa gracias a esa experiencia", interrumpió Norfolk con brusquedad. Su mirada se suavizó un poco y miró a su hijo menor. "Surrey sabrá ocuparse de las cosas aquí, Edward. Tu escocés estará en buenas manos".

Surrey miró un momento a su padre, luego se encogió de hombros y se volvió hacia su hermano. "Desde luego, hermanito. Curaremos a tu prisionero".

Edward sonrió.

"Sí, Surrey. Hazlo por mí, ¿quieres?".

"Eso haremos", dijo Surrey en voz baja mientras su hermano se alejaba de la ventana. "Pero el coste puede ser alto, hermano".

El conde volvió la mirada en dirección a los corrales.

"Muy alto", susurró.

Capítulo Seis

LA CABEZA de Malcolm se sacudió hacia un lado cuando el olor a carne podrida invadió sus sentidos. El mundo dentro de su cabeza empezó a girar, y su estómago se hinchó cuando las fibras de su cerebro se retorcieron bajo la presión. Había ruidos -sonidos de viento y tambores, golpes- mezclados en su cabeza. Intentó abrir los ojos, pero incluso ese pequeño movimiento le provocó más dolor, que le recorrió con la sensación de que los huesos se tensaban, se resquebrajaban, explotaban en su interior. De hecho, Malcolm podía sentir cómo sus huesos se derretían dentro de una gelatinosa envoltura de carne maltratada.

Un miedo momentáneo... mejor dicho, terror... se introdujo en la conciencia empañada de su cerebro. De repente, el Highlander sintió miedo de respirar. Temió, por un momento, incluso el ascenso y descenso de su pecho. Seguramente, al llenar los pulmones -si es que *podía* llenarlos-, el pecho le estallaría, atravesado por los mil puñales que incluso ahora debían de sobresalir de su perforada carcasa. Y luego estaba su ardiente garganta, agarrotada, tensa. Tan seca que pensó que nunca más podría abrirse al fresco elixir de la vida.

Malcolm MacLeod se dispuso a renunciar a su espíritu.

"Querida, éste no es lugar para una dama de la casa de Su Gracia. ¿Por qué no vas y llamas a una de las sirvientas para que venga a echarme una mano con el muchacho?"

Jaime negó con la cabeza, dejando junto a la cabeza de Malcolm la poción que había estado agitando para el médico galés. "Yo le traje aquí, maese Graves. Ahora tengo que ocuparme de que viva".

"Puede que su destino esté más allá del alcance de nuestras habilidades, querida. Seguramente más allá de mi habilidad. Ya ha perdido demasiada sangre, y lo que nos queda por hacer..."

"No se hará si lo único que hacemos ahora es quedarnos parados y hablar, ¿verdad?". interrumpió Jaime con decisión, haciendo una pausa para levantar suavemente la cabeza de Malcolm y bajarla con cuidado a su regazo. "Dime qué debemos hacer a continuación y pongámonos manos a la obra".

El anciano médico estiró un hombro reumático, se limpió las manos en un trapo limpio y se rascó uno de los mechones de pelo rojo que adornaban cada lado de su calva. Estudió a la joven sentada junto a la maltrecha cabeza de su paciente. Incluso con su elegante capa gris ya manchada con la sangre del escocés, Mistress Jaime Macpherson estaba totalmente fuera de lugar en la mugrienta celda que el duque guardaba para los prisioneros en los edificios de los

establos. Había permanecido a su lado desde poco después de que el prisionero llegara del castillo de Norwich, pero aún les quedaba mucho camino por recorrer con éste. Graves sabía que habría mucha más sangre en aquella capa antes de que terminara de coser al escocés.

Había intentado echarla inmediatamente; no necesitaba a una histérica desmayada a sus pies. Pero se había mantenido firme al principio. Estaba muy lejos del resto. Miró sus manos, firmes pero suaves, mientras ella abría un poco los labios del escocés e introducía el preparado líquido en su garganta. Sí, es muy lista, pensó Graves. Siempre debería contar con una ayuda tan competente.

"Haz que se lo beba todo, si puedes", ordenó el médico, observando cómo se le contraía la garganta en un esfuerzo por tragar. "Su fiebre seguramente le matará sin más líquidos, y éste es el único líquido que ha tomado".

Jaime asintió al hombre mientras escurría más líquido por los labios agrietados de Malcolm. Toda la ira que había sentido en el pasado hacia el montañés no significaba nada ahora. Nada comparado con la realidad de su sufrimiento. Era casi demasiado para ella. Puede que Malcolm MacLeod le hubiera causado humillación y dolor, pero incluso en sus momentos más salvajes de furia y pena, nunca le habría deseado esta miseria. Le dolía el corazón en el pecho. Mirando el rostro magullado de Malcolm, hinchado hasta el punto de estar casi irreconocible, se preguntó brevemente si él sabría quién le estaba haciendo beber aquello. En el fondo de su alma, deseó que tuviera fuerzas para arremeter contra ella por lo que había hecho, por traerle aquí. Deseó que la persiguiera como lo había hecho en el Castillo de Norwich. Soportaría su ira en cualquier momento en lugar de este estupor que drenaba la vida, este aturdimiento maltrecho, este sudario de olvido.

Un gorgoteo surgió en su garganta, y el líquido que ella le había estado dando burbujeó. La rechazaba incluso en su estado inconsciente.

"No lo conseguiré", dijo Graves en voz baja, observando la respiración repentinamente agitada del escocés. "Mírale el pecho, el cuero cabelludo. Vuelve a sangrar... más que antes. Mucho, mucho más. Mira, este corte del hombro ha empezado a abrirse de nuevo". Las manos del cirujano dudaron sólo un instante, y luego empezaron a coser la herida del hombro de Malcolm con movimientos rápidos y seguros.

Malcolm pensó que el dolor le volvería loco. Pero cuando su angustia estaba en su punto álgido, retrocedió, dándose cuenta de que tenía a su alcance el poder de alejarse de todo aquello. Y así lo hizo. Elevándose como una nube, se alejó. Al oír las voces, Malcolm se volvió; las palabras eran murmuradas, indistintas, pero las voces le resultaban familiares, como si formaran parte de él. El montañés sólo se sobresaltó ligeramente al verse a sí mismo tendido en un montón de paja, con las sucias hebras doradas manchadas de su sangre. Dos cabezas se inclinaban sobre su cuerpo inmóvil. Sus voces llegaron hasta él, con palabras ininteligibles, y se alejó ingravidamente de ellas. Ya no sentía dolor.

En algún lugar muy por detrás de él se abrió una puerta y, al girarse, se sintió lentamente atraído hacia ella. Malcolm observó. A través de la puerta pudo ver la brillante luz de un sol en

un cielo sin nubes. Parpadeó y saboreó el calor. Podía sentir la presencia de alguien, de algo. Estaba muy cerca. A su alcance. Un mundo más allá de la puerta. Una paz que le empujaba hacia adelante.

"Maldito seas, Malcolm MacLeod. No morirás".

Jaime pensó en todos los que amaban a aquel hombre, en todos los corazones que se romperían al enterarse de su muerte, y la idea le pesó como una losa en el alma. Fiona y Alec, perdiendo al hijo que habían criado como propio. Su mujer... ¿cómo se llamaba? Y... oh, por la Virgen Santa, ¿y si había un bebé? Había tantas cosas que Jaime no sabía. Abandonar Escocia, cortar las líneas. Ella nunca había permitido que se mencionara su nombre. Pero, ahora, el destino lo traía aquí, para que exhalara su último aliento a sus pies. No podía permitirlo. No podía.

"¿Me oyes, bestia testaruda? Éste no es lugar para que mueras. No dejaré que me causes más dolor". Jaime volvió a maldecirle en voz baja y apretó un fajo de vendas limpias contra la herida del costado de su cabeza. La sangre estaba por todas partes y un pánico le desgarró el alma.

A medida que se acercaba al punto de cruce, Malcolm sintió que los problemas de su vida se desprendían de su cuerpo como muchas placas de armadura. Como una serpiente mudando de piel. Ahora estaba tan cerca. La eternidad. El cielo abriéndose ante él. La libertad del vuelo. El aire, más dulce que ninguno de los que había probado, llenó sus pulmones. Siguió avanzando hacia la luz. Hacia su promesa.

Jaime, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, observó horrorizado cómo su respiración entrecortada se entrecortaba y luego se detenía. Perdió el sentido. Levantándose de un salto, apartó al médico y golpeó el pecho de Malcolm.

"No, canalla". Ella le martilleaba el pecho, maldiciendo al Highlander. "No, Malcolm. No puedes..."

Malcolm estaba a punto de cruzar la puerta. Podía ver mechones de seda ondeando, agitándose. Vio que sus propios brazos se extendían hacia la seda que fluía, sintió que su corazón se abría a los suaves susurros que le llamaban. Ya casi...

Entonces, sintió que unos brazos le rodeaban por detrás. Una mano, fuerte y segura, le presionó el pecho, reteniéndole. Una voz de mujer. Le gritaba, le insultaba. La maldita bruja le estaba insultando. Podía oírla claramente. Estaba degradando su honor, su hombría.

La presencia a través de la puerta le llamaba suavemente, pero no podía entender las palabras. Luchó por acallar la voz que había detrás, por seguir adelante.

Pero ella no la soltaba. La fuerza, la angustia que había tras sus gritos de rabia tiraban de él. La voz al otro lado de la puerta volvió a llamarle. ¿Qué pasa? Espera, gritó.

El médico la miró, atónito, mientras seguía maldiciendo el cadáver del montañés. Graves oyó un lenguaje que no había creído posible en una joven de alcurnia. Lenguaje que no había oído desde que era joven en las campañas escocesas.

Al fin y al cabo, el hombre estaba muerto.

Jaime, cansado, se apoyó pesadamente en el pecho de Malcolm. No era consciente de los sollozos que sacudían su cuerpo. Sólo sabía que su espíritu se le escapaba de las manos. Y no sabía cómo traerlo de vuelta.

Por favor, Santa Madre, gritó en silencio. Por favor, no dejes que este hombre se vaya de aquí.

La voz al otro lado de la puerta volvió a susurrar. Maldita sea, pensó Malcolm. No oía nada. Se volvió hacia la moza, con la ira invadiendo su espíritu. Si dejara de hacer ruido. De repente, pudo verla con claridad. Jaime, con las manos en el corazón, el pelo negro suelto alrededor de la cara, los labios moviéndose. Un dolor le atravesó el pecho, la cabeza le latía con fuerza. Malcolm volvió a sentir que sus huesos se desintegraban. La agonía había vuelto.

No, gritó, volviéndose hacia la puerta. Vislumbró el último destello de luz, pero la puerta se había cerrado. Se había ido, se dio cuenta a través del dolor.

Por Dios, la moza había ganado.

Capítulo Siete

"¿ESTÁ MUERTO?" El susurro de Mary Howard rompió el silencio momentáneo que se había hecho en el interior de la celda. Al asomarse por la puerta abierta, se quedó helada al ver la sangre y los restos ensangrentados del cuerpo del escocés.

El médico lanzó una mirada admonitoria al rostro palidecido de la recién llegada, y la expresión de sobresalto de Jaime se transformó rápidamente en desconcierto ante la aparición de su prima.

"¿Has bajado aquí para bailar, Ama María?", preguntó el médico, con una voz cargada de sarcasmo. Volviéndose hacia Jaime, recuperó su aspereza y ladró: "Llévatela de aquí inmediatamente, ama Jaime. El pobre muchacho apenas aguanta. No necesitamos que toda la casa se pasee para echar un vistazo a su miserable cadáver".

"Pero... pero no hemos terminado con él", argumentó Jaime. No tenía ganas de irse todavía. "Necesitas ayuda con sus vendajes. Debería intentar limpiar la sangre de sus heridas".

"Llevo haciendo esto más de treinta años", refunfuñó Grave en voz baja. "Puedo encargarme del resto sin problemas. En cuanto a la limpieza, haré lo que pueda y haré que uno de los mozos de cuadra duerma aquí. No queremos que ninguna de las alimañas del establo le ataque durante la noche".

El médico sonrió irónicamente cuando Mary Howard palideció de nuevo, como si estuviera a punto de enfermar. Volvió a mirar a Jaime. Mostrando incertidumbre en su rostro, se quedó mirándole desde su lugar junto a la prisionera.

Desde luego, la muchacha había sido de gran ayuda, mucho mejor que su propio ayudante, que era un vago. Pero lo cierto era que el médico necesitaba un poco de tiempo a solas para recobrar el juicio. Lo que acababa de presenciar le había asustado. Algo había pasado entre aquella mujer y el hombre herido, y él se esforzaba, incluso ahora, por cuadrarlo en su mente. Podría haber jurado... que no. No había duda. El escocés había muerto. Había dejado de respirar.

Estaba muerto.

Y entonces -Graves no se atrevía a pensar que fuera magia- Jaime lo había devuelto a la vida. De vuelta a la vida y de vuelta a un estado consciente. Los pelos de punta del médico volvieron a erizarse al pensar en el despertar. El pecho del montañés se había convulsionado, sus puños se cerraron y luego se abrieron, para volver a cerrarse. Y entonces el muchacho había abierto los ojos, claros y alerta e incrédulos. El escocés se había quedado mirándola fijamente, con la ira apoderándose rápidamente de él, eclipsando cualquier otra expresión de sus maltrechas facciones. Entonces se había bebido toda la poción en silencio, sin apartar los ojos de su rostro. Luego, maldiciéndola por su nombre, sus párpados hinchados se habían caído y había caído en un profundo sueño.

Hacía más de un año, cuando Jaime Macpherson había llegado por primera vez, se había corrido la voz de que era sobrina de Ana Bolena. Él mismo podía ver el parecido familiar entre ella y la reina muerta. En el fondo de su mente, ahora, los parecidos de otro tipo avanzaban con un desagrado que Graves intentaba ignorar. Sí, había oído las historias de que la reina Ana era una bruja, una especie de hechicera que había hechizado al rey. Hasta que éste la decapitó. Decían que podía comunicarse con los espíritus. Incluso se decía que se había visto su fantasma en la Torre de Londres y en otros lugares.

Pero Graves nunca había creído tales habladurías. La había visto antes de que el rey se enamorara de ella, y la había visto como reina. En su opinión, no era una muchacha fácil de querer. Orgullosa y vanidosa. Pero apenas una bruja, por lo que él podía ver. Sólo hablaban sus enemigos, los que la querían muerta. Y claro, pensó, es aún más fácil calumniar a tus enemigos una vez muertos.

Pero ¡ahora! Sus ojos miraron escrutadores el rostro de Jaime. Testigo de lo que había ocurrido aquí, de lo que la muchacha había hecho. ¡Y ella era sobrina de la reina muerta! Graves reflexionó un momento. No, no podía ser, decidió, sacudiendo la cabeza. Por Jesu, hasta empezaba a pensar como esos malditos ingleses.

"Volveré", juró Jaime, tocando al médico en el brazo mientras se acercaba a su prima, que se balanceaba.

Antes incluso de llegar a la puerta, Jaime pudo ver la mirada vidriosa de horror que se fijó en el rostro de su prima. No era una visión a la que María estuviera acostumbrada. La celda mugrienta, la sangre ennegrecida, el cuerpo maltrecho y semidesnudo del herido Malcolm.

"¿Está muerto?" volvió a susurrar Mary, apoyándose pesadamente en el marco de la puerta. Su rostro era una máscara blanca.

Jaime se dio cuenta de que su prima no había oído ni una palabra de lo que había dicho Graves. Como no necesitaba otro paciente por el momento, Jaime cogió a María del brazo y la condujo al patio cerrado y fuera del alcance del oído del médico. De pie bajo el sol de la tarde, Jaime apretó la mano de María. La joven tardó unos instantes en recuperar la compostura.

Entonces, mirando a Jaime con los ojos muy abiertos, María se sobresaltó. "Dios mío, Jaime. La sangre... tu... tu capa. Tu pelo. Tu cara". La joven, de nuevo demasiado alterada para hablar, agitó los brazos como un pájaro en apuros. "Jaime, Eduardo... y... ¡oh, Dios! Mírate".

Jaime cogió las manos de María entre las suyas. "Respira hondo", le ordenó suavemente. "¿Tienes noticias de Eduardo?"

Mary asintió y respiró no una, sino varias veces.

Jaime esperó impaciente a que la otra mujer recuperara la compostura. Pasó un mozo de cuadra, que llevaba dos cubos de grano y miraba boquiabierto a los dos. Se oían los caballos, que pataleaban y resoplaban impacientes por ser alimentados. Un carro cargado de pienso, tirado por un buey y conducido por un hombre alto como un palo, entró en el recinto desde algún otro lugar de la serie de graneros, herrerías y establos que componían la zona de las caballerizas. De repente, la atención de María quedó cautivada por las actividades que se desarrollaban a su alrededor, como si se tratara de un mundo que veía por primera vez.

"Ya está bien de respirar por hoy", dijo Jaime, interrumpiendo el estudio de su prima. "¿Y Eduardo?"

Jaime sabía que, aunque María había vivido en esta finca la mayor parte de su vida, los

últimos momentos constituían el periodo de tiempo más largo que había pasado en los establos. Cuando cazaban, los mozos llevaban los caballos a la casa. Jaime se aclaró la garganta para llamar la atención de la otra mujer.

Con timidez, Mary se volvió hacia su prima. "Oh", exclamó. "Tengo noticias. Lord Surrey ha regresado de la corte esta tarde".

"Me lo preguntaba. Hace un rato hubo un gran alboroto cuando bajaron los caballos.

"Sí, pues hay más. Ha ocurrido algo. Effie, mi doncella de vestuario, que tiene una... bueno, que es amiga del segundo mozo de Surrey... un joven tosco al que nunca veo llegar a..."

"Por favor, María", interrumpió Jaime, con su impaciencia aflorando a la superficie. "¿Qué ha pasado?"

María frunció el ceño ante su prima. "Pues bien, el duque y Eduardo han sido convocados al palacio de Nonsuch. Eso es lo que ha ocurrido".

El corazón de Jaime dio un salto de emoción. Con Eduardo esperando al rey, ella podría dedicar el tiempo necesario a cuidar a Malcolm hasta que recuperara la salud, sin involucrar a Eduardo en absoluto. La mano de Jaime apretó el brazo de María. "¿Y se han ido?"

"No, ¿cómo podrían?", respondió María, "cuando Eduardo te busca por todas partes".

"¿Qué? ¿Quieres decir que ahora me está buscando?"

"Sí", dijo Mary, apartando los dedos de su prima del brazo. "Y si tengo moratones por haberme tratado con rudeza, Jaime Macpherson..."

Jaime miró a su alrededor, nervioso. "¿Sabes dónde está ahora, María?"

"Probablemente venía hacia aquí, apostaría-apostó una dama de compañía. Le oí interrogar a tu criada, pero Caddy fingió total ignorancia -una actuación maravillosa- y murmuró vagamente algo sobre flores y árboles. Y luego le vi alejarse hacia los huertos".

"Ven conmigo, María", dijo Jaime, tirando de su prima de la mano.

"¿Qué demonios?"

Jaime había tenido mucho cuidado al venir a ver a Malcolm esta mañana. Aparte de Mary y Caddy, su criada, nadie en la casa conocía su paradero. Confiaba en el maestro Graves, el médico, pero algo dentro de su cabeza le decía que dejar que Edward supiera que estaba aquí sería un terrible error.

"Deprisa, María. Debemos reunirnos con él en otro lugar... lejos de aquí".

Mary miró hacia atrás, y luego asintió lentamente cuando comprendió la preocupación de su prima.

"Ah, el escocés", dijo. No habían dado ni tres pasos, sin embargo, cuando María tiró de Jaime para que se detuviera. "Pero no puedes irte así con Eduardo".

Rápidamente, desabrochó la capa ensangrentada de Jaime y se la quitó, enrollándola con cuidado y apartándola con más cuidado aún de sus propias faldas. Colocándola en un carro cercano, se volvió e intentó alisar el pelo de su primo. Decepcionada por el esfuerzo, María dio la vuelta a Jaime, se echó el largo cabello negro por encima del hombro y empezó a trenzarlo rápidamente.

"Has pasado todo el día aquí abajo, primo. Tu capa está manchada con su sangre. Tienes los ojos hinchados de llorar. ¿Por qué estás tan preocupada por este hombre?"

Jaime sintió que se le enrojecía la cara mientras se llevaba las manos a los ojos. Se alegró de que María hubiera quedado atrás. "Yo fui la causante de la paliza que recibió en el castillo de Norwich", replicó, dudando de su respuesta. Esperaba desesperadamente que Eduardo no se diera cuenta de su estado.

"Ya está. Ahora al menos estás algo presentable". María lanzó una mirada crítica sobre su

prima. "Alisa tus faldas".

Jaime agarró a la otra mujer de la mano. "Vamos, María. Debemos irnos de aquí". Jaime condujo a su prima fuera del recinto de los establos y hacia el camino bordeado de árboles que conducía de nuevo a la enorme y ramplona casa solariega. Los jardines se extendían tras los altos setos a la izquierda, los huertos a la derecha de los parterres ornamentados. Siguiendo un impulso, arrastró a su prima por el camino de la izquierda. El sendero que conducía a los callejones. A Jaime le encantaba cazar, y pasaba mucho tiempo con los halcones que tenía el duque. Sus dos halcones peregrinos, regalos del propio rey, eran de los mejores de Inglaterra. En un momento apareció el muro que cerraba los aposentos.

Evan, el halconero del duque, observaba cómo su hijo mayor cortaba tres conejos recién matados para los halcones cuando las dos mujeres atravesaron la verja y entraron en el pequeño patio que había frente a la mansión. Levantó la vista y esbozó su sonrisa torcida al reconocer a Jaime. Los dos halcones encapuchados, negros y fuertes, estaban posados en estacas cruzadas clavadas en el suelo junto al cetrero.

"¿Cómo está tu mujer, Evan?" preguntó Jaime agradablemente.

Evan se inclinó ligeramente y se quitó la gorra ante Mary. "Un poco incómoda, ama, como cabría esperar, pero llegará cualquier día, según me ha dicho. Me ha pedido que os dé las gracias por enviar las comidas de las cocinas la semana pasada. Es un trabajo duro, su desplazamiento, y tu amabilidad ha sido una bendición, sin duda".

"No hace falta que me des las gracias", susurró Jaime mientras se acercaba a uno de los pájaros y empezaba a acariciar sus magníficas plumas.

"Bueno, os lo agradecemos igualmente". El halconero señaló con la cabeza a los peregrinos. "Hoy os habéis perdido un buen día de caza. Su Alteza se ha quedado en casa, pero algunos jóvenes se lo han pasado en grande".

"Estoy seguro de que Lord Edward habrá disfrutado de la caza".

"No, señora", dijo Evan, sacudiendo la cabeza. "Su señoría no ha bajado en todo el día".

Jaime ocultó su alivio, haciendo un gesto hacia el conejo. "¿El fruto de tu trabajo, Evan?"

"Sí, ama", dijo Evan con gravedad. "Sólo algunas de las pequeñas bestias que hemos derribado hoy. Las aves que cogimos fueron directamente a las cocinas. Aún nos quedan un par de horas de luz solar. ¿Le importaría sacar a una de estas damas, ama?"

Jaime negó con la cabeza, tras lo cual el halconero cogió varios trozos de carne para dárselos a los halcones. "No, Evan. Hoy no, pero te lo agradezco. Trabajar en el jardín me ha cansado mucho. Quizá mañana -dijo con una sonrisa, cogiendo por el codo a María, que tenía los ojos muy abiertos, y llevándola de vuelta a la puerta.

"¿Qué estás tramando, Jaime Macpherson?" jadeó María, intentando seguir el rápido paso de su primo. La puerta del jardín estaba justo delante de ellos. Un par de mozos de cuadra corrieron por el sendero en dirección a los establos, cruzándose en el camino de las mujeres. Era evidente que los jóvenes tenían prisa.

"María, no te separes de mí". Jaime se detuvo con la mano en la verja y miró a su prima a la cara. "Diga lo que diga Eduardo, no debes dejarme a solas con él. Prométemelo".

"¿Qué te pasa? Nunca habías temido quedarte a solas con él". Al ver el rápido desvío de los ojos de Jaime y las manos que se apresuraban a abrir la verja, María alargó la mano y cogió el brazo de su primo. "¿Jaime?"

Al colorear, Jaime se volvió ligeramente y sacudió la cabeza. Luego, mirando directamente a los ojos de su prima, le pidió: "Por favor, María. No te vayas de mi lado".

La belleza de pelo rubio hizo una pausa, y luego asintió vacilante. Jaime se volvió y cruzó la

puerta, pero María se detuvo un momento, mirando fijamente la figura de su prima que se retiraba, antes de seguirla hacia los jardines.

Una vez a salvo dentro del espacio cuidadosamente cuidado, Jaime aminoró la marcha y condujo a María al centro de un diseño de hierbas en forma de nudo. Protegiéndose los ojos con la mano de los rayos del sol descendente, escrutó el otro extremo del recinto en busca de alguna señal de Eduardo. Junto a un camino que conducía a los huertos, donde trabajaban media docena de jardineros, vio que uno de ellos se enderezaba cuando apareció un hombre gigantesco. Los demás se levantaron rápidamente, inclinándose con deferencia, y la mirada de Jaime se centró en la figura. Vio cómo Edward le decía algo al jardinero.

Cogiendo a María del brazo, Jaime se dirigió rápidamente a un banco circular cubierto de hierba y sentó a su prima en él, poniéndolas a la vista del jardinero. En menos de un momento, los ojos del hombre se volvieron en su dirección, y Jaime vio que el jardinero les señalaba con el dedo. Dándose la vuelta, Jaime fingió ignorar la presencia de Edward y se quedó mirando el diseño cuidadosamente recortado que los rodeaba. Hasta aquí todo bien, pensó aliviada.

"No le mires, María", le ordenó. Un par de golondrinas revolotearon por el jardín frente a ellos, y Jaime se obligó a mirarlas un momento hasta que desaparecieron por el camino cubierto de hiedra que había en el extremo más alejado del recinto.

La voz de María, como la de un tutor severo, irrumpió en el silencio. "Jaime, no me pidas que le mienta sobre tu paradero esta tarde. No me gusta mentir. No puedo mentir. Por Santa Inés, viene hacia aquí". Su voz reflejaba su alarma. "Tal vez sería mejor que me fuera..."

Jaime se tumbó junto a su prima y agarró la mano de María con fuerza. Edward debía de estar acercándose bastante a ellos. "Siéntate aquí a mi lado", dijo en voz baja pero con firmeza. "No tendrás que decir nada en absoluto".

"Pero, Jaime, ¿qué pasa si me pregunta algo?", preguntó la mujer más joven en voz baja. "¿Qué le digo?"

"Sígueme la corriente. Piensa en esto como en un juego, por el amor de Dios". Jaime hizo una pausa y miró el rostro preocupado de María. "María, no estoy preparado para estar a solas con él en este momento. Pero ni tú ni yo hemos hecho nada malo. Así que, por favor, quita esa expresión de culpabilidad de tu cara".

"Lo intentaré", respondió Mary, asintiendo con resignación. "Pero no entiendo qué te pasa".

Jaime apartó la mirada. ¿Cómo podía entenderlo María? La propia Jaime no podía entenderlo y, francamente, eso la irritaba un poco. Ciertamente, no estaba casada con Eduardo. Ni siquiera estaban prometidos... todavía. Pero actuaba como si hubiera sido completamente desleal al pasar el día en los establos cuidando a Malcolm. Después de todo, se decía a sí misma, estaba haciendo un gran servicio a Edward al intentar mantener con vida a su prisionero. Sin duda era cierto. Entonces, ¿por qué había sentido pánico al pensar que Edward la encontraría allí? ¿Por qué planeaba engañar a Eduardo ahora?

Le pasó por la cabeza la idea de que Edward estaba cambiando. Seguía siendo -a excepción de su arrebatos pasional de anoche- tan cortés como siempre con ella. Pero sus cambios de humor -suficientemente mercurial como para mantener a muchos sirvientes en un estado de terror constante- eran cada vez más evidentes para Jaime, y el lado de él que vio en el castillo de Norwich la asustó un poco. Por mucho que despreciara a Malcolm MacLeod por lo que había hecho, no podía arriesgarse a que Eduardo acabara con su vida por capricho. Y cuando consideró los apasionados sentimientos que Edward sentía por ella, decidió que el riesgo era demasiado alto.

María levantó una mano y saludó a Eduardo. Jaime se volvió también para saludarle,

forzando los labios en una sonrisa mientras él se acercaba a ellos. Sus zancadas eran largas e impacientes, pero su rostro estaba parcialmente oculto por las sombras que se alargaban. Ella intentó mantener las manos quietas sobre el regazo.

"¡Por todos los diablos, Jaime! He estado buscando..."

"¡Qué fiero, Edward!", le amonestó alegremente, poniéndose en pie de un salto cuando él se acercó a ellos. Tenía el rostro enrojecido bajo el tam de terciopelo con penacho de plumas de peregrino, y vestía un jubón de terciopelo finamente trabajado que hacía juego con sus medias de color rojizo. Jaime se fijó en las botas altas de montar. Eduardo iba claramente vestido para su viaje a la corte del rey en el palacio de Nonsuch. "Bueno, ciertamente te has perdido la más gloriosa tarde de caza. Ojalá hubieras estado allí. Los halcones son magníficos y la presa...". Cuando él le cogió las manos, ella se detuvo y le dirigió una mejilla sonrojada cuando él se inclinó para besarla. "Ves aquí a nuestra prima María..."

"¿De caza? Te he visto en casa hace poco más de una hora, Mary -dijo Edward, mirando con escepticismo a la mujer más joven.

Cuando su prima se tiñó de un carmesí brillante hasta la raíz del pelo, Jaime intervino de inmediato. "María no ha ido de caza hoy. Pero pensamos que un tranquilo paseo por los jardines le ayudaría a disipar su dolor de cabeza. Y está funcionando, ¿verdad, mi amor? Jaime se separó de Edward y se deslizó hasta el lado de su prima, apretándole la mano mientras Mary asentía y sonreía débilmente. "De hecho, acabamos de subir de las afueras. Hace un día estupendo para estar al aire libre, y estaba segura de que la vista de los hermosos halcones peregrinos de Su Alteza, así como el aire fresco, le harían bien".

La cara de Edward cambió rápidamente al apartar el tema de su mente, y Jaime notó la excitación que se reflejó en su rostro. La miró por un momento y luego se quitó el sombrero de la cabeza, pasándose los dedos por el pelo mientras empezaba a pasear de un lado a otro ante ellos.

"María, déjanos", ordenó, deteniéndose bruscamente y volviéndose hacia ellos.

Jaime dio un respingo cuando su prima se levantó como un faisán sobresaltado. Tirando con fuerza de la mano de María, la atrajo bruscamente hacia el banco.

"Edward, no está lo bastante bien como para subir sola a la casa", le reprendió Jaime, mirándolo desafiante con expresión de fastidio. Él se alzaba sobre ella. "Así que, por favor, deja de darle órdenes".

Su rostro se aclaró mientras luchaba visiblemente por evitar que la rebeldía de Jaime estropeara sus intenciones.

"Pero... bueno, tengo una noticia que me gustaría compartir contigo, *a solas*".

"Así que te han convocado ante el rey -dijo Jaime, poniéndose en pie con entusiasmo, ante el asombro tanto de Eduardo como de María.

"¿Ya lo sabes?" preguntó desconcertado, mientras una sonrisa empezaba a dibujarse en su rostro.

"¿Pero cómo no íbamos a saberlo?", dijo ella, dando una palmada. "Todo el mundo sabía que, en poco tiempo, la noticia de tu captura sería bien recibida en la corte". Le tocó afectuosamente en el brazo. "En verdad, *me* alegro por ti, Eduardo. Eres tan valiente, tan héroe. Esto ha tardado demasiado en llegar. Pero tenía que ocurrir tarde o temprano para que el rey reconociera tus éxitos".

Edward soltó una risita, complacido por su respuesta. "Hablas como si estuvieran a punto de nombrarme miembro del Consejo Privado del rey".

"¿Por qué no? Te mereces todo lo bueno, Edward". Ella cruzó las manos ante sí y le miró alegremente a la cara. "¿Cuándo te vas?

"Cuando Su Alteza esté preparado". Eduardo miró incómodo la presencia inhibidora de María. Luego se agachó y cogió a Jaime por el codo, apartándola. "Quiero hablar contigo... a solas".

"Podemos hablar aquí, Edward".

El caballero miró a su alrededor, fijándose en un cenador de rosas trepadoras que había no muy lejos. "No, Jaime. Allí, en el cenador".

Clavó los pies en la tierra y sacudió la cabeza. "No podemos, Edward", susurró, mirando cautelosamente a Mary por encima del hombro. "Vaya, Mary acaba de decirme que la esposa de tu hermano, la condesa Frances, le ha hablado expresamente -y esta misma mañana- de lo impropio de nosotros dos".

"¿Quién demonios es Frances para entrometerse en nuestros asuntos?". estalló Edward, volviéndose contra Mary, que empezó a levantarse y luego volvió a sentarse, mirándose el regazo avergonzada.

Jaime levantó una mano y la puso contra sus labios. Levantándose sobre las puntas de los pies, susurró confidencialmente. "Sólo vela por mi reputación, querido primo. Ahora no querrás que las lenguas que se agitan ensucien mi nombre en tu ausencia, ¿verdad?".

Sus fuertes manos la agarraron con fuerza por los hombros y casi la levantó de sus pies al estrecharla entre sus brazos. "Llevo todo el día deseando hacer esto -dijo acercando su rostro al suyo.

"María está mirando", consiguió decir antes de que su boca se inclinara sobre la suya, aplastándole los labios con su beso. Ella apoyó las manos en su pecho e intentó apartarse. Jaime sintió que le ardía la cara mientras sus labios devoraban los suyos. Podía sentir sus dedos, como hierro, clavándose en la carne de sus brazos. De repente, rompió el beso y le acercó los labios a la oreja.

"Ésta será nuestra última despedida, Jaime. Sé que me deseas, y creo que estás tan impaciente como yo. Así que piensa todo lo que quieras y planifica como quieras. Cuando regrese de la corte del rey, avisaremos a tus padres. Anunciaremos nuestros esponsales".

Jaime se limitó a mirarle fijamente mientras él retrocedía para mirarla a los ojos. La agarró por los hombros.

"Una vez alcanzado el acuerdo con tu familia", juró, "podemos casarnos al día siguiente o al año siguiente, por lo que a mí respecta". Sus grandes manos enmarcaron el rostro de ella, y el pulgar le pasó por el labio inferior.

"Una vez sorteados los papeles", repitió. "Me quedaré contigo".

Ella bajó los ojos y se quedó mirando las costuras de su jubón. La deseaba del mismo modo que deseaba un premio en el mar. La ganaría, se la llevaría, igual que se llevaría un barco del tesoro del Nuevo Mundo. Por la fuerza y con fuerza. Así era Edward.

"Pórtate bien, Jaime", dijo en voz baja, mientras bajaba las manos a los costados. "Sueña conmigo".

Levantó la vista, sorprendida de repente por la ternura que vio en sus ojos grises y oyó en su voz. Su corazón palpitó con fuerza ante la dulzura de su tono, y su cabeza giró confundida. ¿Cómo podía ser tan diferente de un momento a otro? Las dos caras de aquel hombre la desgarraban, y su rostro reflejaba su desconcierto cuando él se inclinó y, sin decir una palabra más, emprendió el camino de vuelta a la casa.

Capítulo Ocho

MALCOLM CAYÓ. Como caído del cielo, cayó como una piedra. Podía ver el brezo abajo, precipitándose hacia él, cada flor púrpura tan clara, tan distinta. El aire le desgarraba la cara, el pelo, le despegaba los labios, le obligaba a abrir los ojos. El miedo le poseía, pero por mucho que lo intentara, no podía cerrar los ojos. Movi6 las manos para cubrirse la cara, pero extendió los brazos conmocionado, dándose cuenta de que la piel desde los dedos hasta el codo ardía en llamas carmesí. Malcolm siguió cayendo. La tierra cubierta de brezo se abrió para recibirle.

El montañés recobró el conocimiento con un sobresalto. El suelo bajo él no olía a brezo, sino a paja vieja y sucia. Un ruido -el sonido de un hombre hablando- se oía desde una distancia no muy lejana. El martilleo de sus oídos hacía ininteligibles las palabras, pero el acento era claro. Inglés. Acercándose. Se estaban acercando al lugar donde yacía. Malcolm intentó girar hacia un lado, ponerse en pie. Su cuerpo no respondía. Apretó los dientes, dispuesto a levantarse. Nada. Muévete, maldita sea, maldijo, intentando alcanzar la espada corta que llevaba atada al costado. Su cuerpo roto seguía desafiándole. No podía levantar la cabeza, ni el brazo, ni siquiera el peso de un dedo. Las voces estaban ahora sobre él. Malcolm yacía inmóvil, condenado, indefenso, esperando que cayera el último golpe mortal. Que llegue, pensó.

Pero el golpe nunca cayó.

Tenía la cara caliente -ardía- y, sin embargo, el pecho y los brazos estaban tan fríos como la tumba. No tenía piernas, por lo que podía ver, pero notaba las gotas de sudor abrasándole las sienes y el cuello. Una opresión en la garganta -una sequedad que amenazaba con abrirle el gaznate- lo consumía.

Intentó recordar dónde estaba. Un remolino de imágenes, de sonidos, pasó por delante de sus ojos a una velocidad vertiginosa. Un barco. Un barco francés. Y un ataque lobuno de los barcos ingleses. Les superaban en número y en armamento. Y entonces se había producido un calor abrasador que le atravesaba las costillas, perforando la carne. La punta de la espada atravesándole el pecho. El destello blanco. El mundo desenfocado dando paso a la luz amarilla y dolorosa y al gusano rojo que se retorció en sus ojos. Y luego la ráfaga de viento, la negrura y después nada. Eso era lo que recordaba.

Una mancha se aclaró muy atrás en el cerebro de Malcolm. La visión de su maestro, el venerable Erasmo, en su estudio. Las bulliciosas calles de Friburgo de Brisgovia, cerradas por los muros de la universidad, por el crepitar del fuego en el pequeño hogar. Había pasado muchos días al lado del maestro. Ven, Malcolm Escoto, solía decir el maestro, arrugando las comisuras de sus sagaces ojos grises con tan sólo un atisbo de sonrisa. Discutamos una vez más el *De Devisione Naturae*, pero esta vez, muchacho, discutiremos en griego.

Pero Erasmo ya estaba muerto. Y ésa había sido la razón que había dado a quienes le

preguntaban por su presencia a bordo de aquel barco. Simplemente había dicho que iba a Rotterdam a recoger un pequeño legado que el gran erudito le había dejado unos años antes como parte de su testamento. Nunca antes había tenido tiempo de ir. Seguía sin tener tiempo. Pero un sentimiento de nostalgia, había dicho Malcolm a un compañero de viaje, por la paz que había sentido una vez como estudiante, le había arrastrado a este viaje.

Así que, en su papel de caminante y no de laird y jefe guerrero, había abordado el barco francés. Tan poco había sospechado un ataque. O sospechado encontrarla tan pronto. De repente, la cabeza de Malcolm se despejó de todo menos de Jaime.

No había sido un sueño. Había estado allí, en la prisión. Recordaba claramente la fría piedra y el aire hediondo y la horripilante sensación de entrar y salir de la conciencia. Y entonces, tan refrescante como podían serlo las gotas de lluvia contra los muros ardientes del infierno, había oído el susurro de las faldas de una mujer y había levantado la vista para ver su rostro. En realidad, había emprendido este viaje en busca de paz, en busca de ella, y allí estaba ella, apareciendo ante sus ojos como un ángel surgido de la niebla. Su espíritu se había llenado de alegría al verla, cuando ahora sabía que debería haber vuelto el rostro y haber dado la bienvenida a la muerte. La ira volvió a hervir en su interior.

El traidor y traicionero Jaime. Apretó las mandíbulas mientras aquella dolorosa comprensión le punzaba de nuevo el corazón.

Se oyó un bostezo y la agitación de la paja a un brazo de distancia de donde estaba tumbado, mientras las voces -de tono tan suave, tan poco belicoso- se oían al otro lado de una puerta. Más allá de las voces, el montañés podía distinguir los sonidos matutinos de los caballos y de los hombres que trabajaban con ellos. Una patada en el hombro de quienquiera que estuviera con él hizo que Malcolm gimiera involuntariamente, aunque el sonido parecía proceder de fuera de él.

"Escocés asqueroso", murmuró un joven. "Si no fuera por ti, esa galesa no...". La puerta crujió y entró una ráfaga de aire fresco.

"Así que, maestro Graves. Por fin has bajado", refunfuñó el joven, con algo más que una pizca de resentimiento en su tono. "Voy a cumplir con mis obligaciones, si los dos maestros habéis acabado conmigo".

"Esperarás".

Malcolm mantuvo los ojos cerrados. Apenas respiraba cuando una mano fría le palpó la frente.

"¿Hizo algo durante la noche? ¿Se despertó? ¿Se preocupó por sus heridas?". Con un chasquido de lengua, el hombre retiró la mano de la cara de Malcolm y empezó a tantear diversos puntos de su dolorida estructura.

"Ha estado ahí tumbado como una piedra, señor. Si no fuera porque de vez en cuando gime como lo hace... pensaría que ha muerto".

"El hombre está ardiendo de fiebre. Durante la noche, ¿le diste alguna de las medicinas que te dejé?".

"No, señor. Me... pareció un poco desperdiciado".

"¿Un desperdicio?" estalló Graves. "Tú, un mozo de cuadra, decidiste... ¡Por la Virgen, hombre! Si tuvieras un semental enfermo a tu cuidado, ¿no harías lo correcto por la criatura?".

Hubo una pausa, y luego contestó el mozo de cuadra, claramente sorprendido y hostil ante las observaciones del médico. "Es un asqueroso escocés, amo Graves. No es un caballo. No sé qué fer...".

"¿Para qué?", le espetó la voz del anciano. "Te diré para qué. Para que podamos aumentar su fuerza. Para que pueda cortarte el cuello, o al menos las orejas, mientras duermes. De poco le

sirven a un tonto que no escucha ni hace lo que se le dice".

Malcolm escuchaba el incómodo movimiento de la paja en el rincón trasero de su celda. Aunque no abría los ojos, podía imaginar la mirada fulminante que ahora le dirigía el mozo de cuadra.

"¿Ya habéis acabado conmigo?", refunfuñó al fin el hombre en voz baja. "Si es así, seguiré mi camino".

Malcolm gimíó cuando el médico pinchó con fuerza uno de los cortes. Sintió enseguida las manos suaves del hombre. "No, tendrás que quedarte y echar una mano a Davie y al carretero para mover al escocés".

"¿Llevarlo de vuelta a Norwich?" A Malcolm no se le escapó la nota de satisfacción en la voz del joven.

"No, a mi consulta en la casa solariega".

"¿A la casa, maese Grave?", preguntó el azafato, estupefacto. "¿Un escocés bajo el propio techo de Su Alteza?".

"Sí, tío. ¿Y qué?" Malcolm mantuvo los ojos cerrados, pero saboreó la sensación del líquido frío que se había acercado a sus labios agrietados.

"Pero... pero...", espetó. "¿Cómo puede ser que él...? ¿Un asqueroso escocés? Ni siquiera se me ha permitido...".

"¿Tú?" Las palabras del médico eran punzantes. "Eres un sirviente con una lengua demasiado larga y una cabeza demasiado grande para su propio bien".

"Pero señor", se arrastró el hombre, "yo... nunca pensé...".

"Deja de parlotear, hombre. Ah, el carro está aquí". Las manos del médico se retiraron de su examen de las heridas de Malcolm, y el Highlander pudo oír cómo Graves se movía hacia la puerta. "Maldita sea. No quería esa cosa...". Los pasos del anciano se hicieron más débiles a medida que salía al patio del establo.

Mientras avanzaba, el médico seguía murmurando en voz baja, pero sus palabras eran borradas por los susurros del azafato y del hombre llamado Davie.

"Lord Surrey es quien dijo que sí a la petición de mistress Jaime", dijo Davie en voz baja, "después de que Su Alteza y lord Edward se marcharan anoche. Gracias a ella vamos a llevarlo de vuelta a la casa".

"¿El Ama y Lord Surrey? Pero la Señora Jaime pertenece a Lord Edward". El anfitrión soltó una risita en voz baja. "Ayer mismo, en el jardín -estaba levantado, charlando con Tess, la chica del maestro jardinero-, vi a lord Edward haciéndole la pelota a la señora. Era como un oso cebado. Tenía las manos y la boca sobre ella, y no creo que a ella le importara mucho. Me estaba poniendo cachondo sólo con verlos desde lejos. Joder, no creo que a ella le importe un bledo que un asqueroso escocés se meta con no...".

"Eres un tonto, Jo", intervino Davie. "Este 'asqueroso escocés', como le llamáis, es ahora propiedad de lord Eduardo, gracias a mistress Jaime. Fue ella quien se lo señaló al amo. "Y si muere, he oído decir al viejo Graves, Lord Edward puede perder una buena suma de oro. Así que, aunque para nosotros no valga más que un perro, tiene valor para los amos. Así que si fueras un poco más listo, Jo, sería mejor que...".

El sonido del médico al volver a la celda silenció a los dos hombres. Y Malcolm siguió tumbado, preguntándose si al ser llevado a la casa tendría acceso a la "Ama" Jaime.

Con toda su alma, no podía esperar la oportunidad de poner sus manos alrededor de la garganta de la moza.

Capítulo Nueve

MIRANDO a través de los cristales en forma de diamante de la ventana de la galería superior, Jaime se estremecía cada vez que veía el cuerpo de Malcolm moverse en el carro que se acercaba. Podía ver cómo el médico reprendía al carretero cada vez que su carga humana se sacudía, pero por la expresión vacía del rostro del conductor, las palabras del maestro Graves apenas parecían penetrar en la calva cabeza del hombre de cuello grueso.

"Ve más despacio", dijo en voz baja, sin darse cuenta de que la mujer de pelo castaño se acercaba por detrás. "Hay un agujero más adelante. Ve a la derecha del carril. ¿No lo ves? Ve a la... ¡Oh! Por la Virgen, ¿intentas matarlo?".

"¿No están haciendo un trabajo satisfactorio, Jaime?", preguntó la condesa de Surrey, mirando por la ventanilla mientras el carro se tambaleaba por debajo de ellos.

Jaime se sonrojó, avergonzado por haber olvidado la presencia de la esposa del conde de Surrey en la galería. Tardó un momento en encontrar la voz. "Creo que maese Graves ha hecho todo lo que ha podido por... por el prisionero".

"¿Conoces al hombre, supongo?"

"Él... Él es un gran laird de las Tierras Altas occidentales. Muchos le conocen".

"Y pedirá un gran rescate por Eduardo, según tengo entendido".

"Sí, si podemos restablecer su salud. Ha sido horriblemente herido y recibió una severa paliza en el castillo de Norwich".

"Así que lo entiendo". Los ojos de Frances brillaron con picardía mientras cogía la mano de Jaime. "Pero, ¿cómo demonios te las arreglaste para convencer a lord Surrey de que permitiera al escocés entrar en la casa solariega?".

Jaime enrojeció ante la pregunta. Había acudido al conde, sabiendo de su bondad, pero con pocas esperanzas. Curar a Malcolm en la celda del establo parecía una tarea imposible. El propio maestre Graves lo había dicho. Malcolm tenía fiebre. Y difícilmente podía esperarse que el médico lo vigilara allí con cuidado. Y la idea de que fuera a los establos todos los días seguro que crearía jaleo. Así que Jaime tuvo que preguntar. La única pregunta que nunca se habría atrevido a formular a Eduardo, se sentía muy distinta planteándosela al conde de Surrey.

"No me costó ningún esfuerzo, Frances", dijo Jaime suavemente, hablando con sinceridad. "Tu marido conoce al hombre. Cuando le dije el nombre del prisionero, su rostro se iluminó de inmediato. Parece que Malcolm MacLeod visitó a su antiguo maestro Erasmus en la época en que Lord Surrey estaba bajo la tutela del viejo erudito".

Frances sacudió la cabeza con una sonrisa. "Deja que Surrey tenga un vínculo de amistad que le une a alguien a quien Edward considera un enemigo".

Jaime levantó la vista y estudió las suaves facciones del rostro de la condesa. El afecto por su

marido brillaba como ascuas en sus ojos. Frances captó la mirada de Jaime y le devolvió una sonrisa.

"Surrey me dice que pronto seremos hermanas", dijo Frances despreocupadamente, mirando por la ventana. Sin esperar respuesta, se volvió y pasó el brazo por el de Jaime, llevándola lejos y al final del pasillo. "Supongo que ya sabes que a Eduardo le cuesta contenerse una vez que se ha propuesto lo que quiere".

Jaime jugó con los pliegues de su falda mientras las dos mujeres avanzaban por el pasillo. "He visto más variaciones en el humor de Edward estos últimos días que en el último año". Hizo una pausa sin saber cuánto podía revelar sobre su reciente malestar. Con María era difícil hablar de los ardientes avances de Eduardo, ya que ella era inocente como el propio Jaime. Mary sólo tenía una visión romántica de la vida que la rodeaba. Ayer, cuando Eduardo besó a Jaime a la fuerza en el jardín -ante sus propios ojos-, a Mary le pareció un gesto romántico, con el que había soñado cuando volvieron a la alcoba que compartían. Ni siquiera se había parado a pensar en la reacción de Jaime ante aquel momento.

Pero aquí, con Frances, Jaime sopesó el riesgo de desahogarse. La condesa, aunque sólo cuatro años mayor que ella, era una mujer experimentada en asuntos del corazón. Estaba felizmente casada con un marido que la adoraba. Y comprendía la diferencia entre la lujuria y el amor. Había momentos en que Jaime echaba mucho de menos a su propia familia. Ahora mismo, deseaba especialmente tener aquí a su madre para hablar con ella.

"¿Te preocupa algo, Jaime?" preguntó Frances. "Porque si el mal humor de Eduardo te hace dudar lo más mínimo, deberíais hablar de ello, antes de que todo esto del matrimonio vaya mucho más lejos".

"Hay muchas cosas que están siendo asumidas por Edward y por la familia". Jaime captó la mirada preocupada de la otra mujer y rápidamente puso una mano sobre la suya. "Por favor, no tomes a mal mis palabras, Frances. Hay muy pocas cosas en este mundo que apreciaría más que convertirme en tu hermana. Esta familia ha hecho tanto por mí este último año. Y mi afecto por Edward... bueno, le respeto y me he sentido honrada por las atenciones que me ha dispensado desde que murió mi abuelo". Buscó las palabras para explicar el último comportamiento de Edward y su respuesta a él. "Pero últimamente, y sobre todo desde esta última conquista, me encuentro... bueno, temiéndole. Estoy descubriendo cosas sobre él que no había visto antes. Pero ojalá hubiera alguna manera. Ya ves, nunca lo sé".

"Y te gustaría que Edward fuera un poco más predecible", añadió Frances en voz baja.

"Sí". Jaime bajó la mirada, de repente avergonzada e insegura de sí misma. "Frances, estoy muy insegura de este encuentro. El mundo parece conocer mi futuro, pero, para ser sincera, ni yo ni mi familia hemos dado nuestro consentimiento a tal unión. De nuevo, sé que debería sentirme honrada por las atenciones de Edward, pero él es... él es tan..."

Jaime se detuvo, repentinamente preocupada por el hecho de que la incomodidad que sentía al hablar de este tema superara con creces el beneficio que pudiera obtener de ello. Al fin y al cabo, ésta era la familia de Edward, la casa de los Howard, y ella no era más que una invitada. Y una invitada desagradecida. Miró la cara bonita y serena de su amiga cuando Frances empezó a hablar.

"Cuando tenía dieciséis años, mi padre y el padre de Surrey se sentaron juntos y concertaron nuestro matrimonio". Frances cogió la mano de Jaime mientras caminaban, pero sus ojos adquirieron una mirada lejana. "Surrey me había visto en la corte y, por supuesto, yo también le había visto a él. Era -como lo es hoy- elegante y cortés, guapo y, sin embargo... había algo más. Supongo que fue el poeta que había en él lo que conquistó mi corazón".

"¿Y llegaste a conocerle bien en la corte?"

"No". Frances sonrió. "Era demasiado tímida. Un simple desliz de chica. Apenas intercambiamos una palabra. Pero de todos modos se acercó a su padre, y las familias quedaron encantadas con el emparejamiento."

"Como sin duda debías de estarlo tú".

"I? Querida, estaba aterrorizada. Verás, lo que tú percibes en Edward, yo también lo veía en Surrey. Me parecía malhumorado y... bueno, rudo. Temía lo que me depararía el matrimonio con un hombre así". Miró a Jaime a los ojos. "Pero, a diferencia de ti, yo no tenía elección en el asunto. Ningún consentimiento que otorgar o negar. Simplemente obedecí los deseos de mis padres. No sé si me habría casado con él si me hubieran dado a elegir".

"Pero tienes un matrimonio tan maravilloso, Frances".

"Sí, Jaime. Pero esa es la cuestión, ¿no? Las mujeres nunca conocemos realmente nuestro futuro en el matrimonio hasta que se sella nuestro destino".

Jaime consideró la profundidad de las palabras de su amiga mientras descendían los escalones circulares de piedra hasta la planta baja del palacio. ¿Le estaba diciendo Frances que debía cerrar los ojos y suponer que Eduardo se convertiría en el maravilloso marido que llegó a ser Surrey? ¿O simplemente le estaba diciendo la inutilidad de tales preocupaciones? En cualquier caso, Jaime tendría que aceptar a Edward por lo que era... y rezar para tener buena suerte. A veces Jaime sentía que era demasiado práctica para esa religión.

"Bueno, ya hemos llegado", dijo Frances, alzando las cejas finamente arqueadas e inclinando la cabeza en dirección al pasillo que conducía a la consulta del maestro Graves. "Creo que hacia aquí te dirigías, mi querido amigo, antes de que me dedicara a aburrirte con mis tontas historias".

"I? ¿Vas a la consulta?"

Sabiendo por la mirada de Frances que era una tontería intentar engañarla, Jaime se volvió y miró hacia el vestíbulo. Había muchas miradas indiscretas y lenguas agitadas en palacio. Dudó, tratando de decidir si era prudente ir abiertamente a ver a Malcolm, y si era seguro cuidar de él allí. Como Edward no estaría allí al menos durante quince días, sabía que no representaba una amenaza inmediata para la vida de Malcolm. Pero se preguntó qué pasaría con los demás. Sin duda, habría cotilleos. Intentó pensar en lo que sucedería con sus acciones cuando Edward regresara a Kenninghall.

"Ve, Jaime", susurró Frances animándola. "Aún no se ha acordado que te cases con él. Haz lo que tu corazón y tu cabeza te digan que es lo correcto. Y si surge algún problema por tus cuidados, dile a Eduardo que he insistido en que cuides de su premio".

Con una rápida inclinación de cabeza hacia su amiga, Jaime se alejó corriendo por el pasillo, pensando ahora sólo en Malcolm y en el duro trato que había soportado en su viaje hasta aquí. Se preguntó si aún le ardía la fiebre.

Capítulo Diez

ERA FÁCIL HACERSE EL DORMIDO.

Tras el doloroso y agotador viaje desde los establos, lo difícil era mantenerse despierto. Aunque Malcolm había obtenido más información de la que nunca había creído imaginable, simplemente tumbado y fingiendo inconsciencia, ahora se encontraba constantemente adormilado y luchaba contra el sueño con cada gramo de fuerza que tenía.

Ahora sabía, al menos, que se encontraba en Anglia Oriental, en Kenninghall, la residencia de Thomas Howard, duque de Norfolk. Y aunque lo mantenían prisionero, lo habían sacado de la asquerosa celda del establo por orden de Henry Howard, conde de Surrey. Mordiéndose el interior de la mejilla hinchada para ahuyentar una oleada de cansancio, Malcolm recordó a Harry Surrey, el joven que había encontrado estudiando con su propio maestro, Erasmus, hacía unos años. Malcolm lo recordaba con claridad, un muchacho perspicaz y de mente abierta. Incluso amistoso, recordaba el montañés, a pesar de ser el vástago del cerdo que había traicionado una tregua pactada y atacado al rey escocés en Flodden Field.

Sin embargo, Malcolm sabía que era prisionero de Eduardo, el hermano menor de Enrique, el segundo hijo del duque de Norfolk. Y sabía, también, a qué bando de la familia seguía Eduardo; apuñalando por la espalda al Highlander, Eduardo era un cobarde que ni siquiera había tenido el valor de enfrentarse a él. Como resultado, el rostro del hombre no estaba demasiado claro en la memoria de Malcolm. Había estado demasiado enfadado con Jaime en el castillo de Norwich como para fijarse en el hombre que estaba a su lado. Pero Malcolm lo comprendía ahora: este Edward era el hombre al que Jaime le había traicionado.

Podía oír el susurro de las faldas junto a su cama. Al menos, pensó que el sonido estaba cerca. El susurro pronto dio paso a un suave zumbido que el montañés comprendió rápidamente que era un susurro. Las palabras eran indistintas, sólo podía distinguir fragmentos de frases. Parecían indicaciones de algún tipo. Sí, eso era: el médico estaba dando instrucciones. Una voz suave respondió, una voz suave con sólo el leve matiz de la lengua escocesa.

Maldita sea, pensó. La había conjurado como un espectro en su mente, sólo para que saltara de su imaginación a la forma física. Intentó cerrar los dedos hinchados en un puño, probando su fuerza mientras imaginaba un ataque contra ella.

Jaime no podía apartar la mirada de su rostro pálido. El médico continuó con sus instrucciones y ella escuchó. La fiebre de Malcolm era peligrosamente alta, pero el médico creía que su paciente aún tenía muchas posibilidades de salir adelante. Memorizó todo lo que le dijo el maestro

Graves. El anciano no podía permitirse el lujo de permanecer junto a Malcolm. Le habían llamado para ir a Cambridge unos días, y tendría que llevarse consigo a su inútil ayudante. Y en cuanto a recibir ayuda de los demás miembros de la casa, Graves no estaba muy contento con la atención que Malcolm había recibido la noche anterior en los establos.

Así que el médico dejó a Malcolm a su cuidado y, a pesar de lo que cada cual pensara sobre la conveniencia de su presencia en la consulta, Jaime permanecería donde se la necesitara.

Una vez que el médico la hubo dejado sola, Jaime se movió con rapidez, llevando un cuenco de agua fría junto a la cama de Malcolm. Su piel había adquirido un aspecto gris y pegajoso y, a pesar de sus escalofríos, unas gotas de sudor resaltaban en su rostro antes de desaparecer entre los mechones castaños de su cabello. Miró sus labios resacos y agrietados. Intentó levantarle la cabeza con una mano, pero tenía los músculos rígidos y sabía que no podría hacerlo sola. Mirando a su alrededor en busca de otra forma, vio varios paños doblados en un pequeño taburete junto a la puerta. Equilibró el cuenco con cuidado junto a él, sobre la cama, y se volvió para cruzar la habitación.

El golpe del cuenco contra el suelo detrás de ella la hizo girar alarmada. Malcolm yacía como antes, con el brazo en la misma posición a su lado. Se agachó para recoger el cuenco de madera, mientras se reñía a sí misma por su ineptitud. Esta vez cogió los paños doblados antes de volver a llenar el cuenco con agua fresca de una tinaja que había en el otro extremo de la habitación. Volviendo a la cabecera de la cama, Jaime colocó la palangana con cuidado al otro lado de su paciente herido. Se inclinó sobre Malcolm, tratando de empujar las sábanas bajo su maltrecha cabeza. Si pudiera levantarlo un poco, podría verterle el líquido en pequeñas porciones por la garganta sin ahogarlo hasta la muerte.

Esta vez lo vio. Su mano herida se sacudió y golpeó el cuenco, haciéndolo salir volando de la cama. Cuando el cuenco cayó al suelo, los ojos de Jaime pasaron rápidamente de los dedos de Malcolm, hinchados e inútiles en el borde de la cama, a su rostro. Parecía, bajo su magullada apariencia, estar inconsciente. Movié la mano y se la puso en la frente. Estaba ardiendo de fiebre. Si conseguía que bebiera algo, podría utilizar los paños húmedos para limpiarle el cuerpo con una esponja y, de paso, enfriarle.

Se enderezó del lado de la cama, se dio la vuelta y volvió a coger el cuenco. Sin mediar palabra, cruzó la habitación para llenar el cuenco con agua fresca, recordándose a sí misma que era completamente natural que Malcolm tuviera ataques cuando ardía de fiebre.

Esta vez intentó ser más lista. Jaime arrastró una silla de tres patas hasta la cabecera de la cama y volvió a por la jarra, el cuenco y una cuchara, colocándolos todos sobre el asiento. Volviéndose hacia su paciente, maldijo en voz baja: la cabeza se le había salido de la almohada improvisada. Intentó levantarlo de nuevo con ambas manos, pero la cabeza le pesaba cada vez más. Por fin, tras animarse, Jaime consiguió levantarle la cabeza y se sentó a su lado en la cama.

Con una mano sujetándole la cabeza, Jaime cogió el cuenco y la cuchara y colocó ambos sobre su regazo. Tomó una cucharada de agua y se la llevó con cuidado -y en vano- a los labios. Su paciente no cedía. No podía convencerle, engatusarle ni obligarle a abrir los labios sellados.

"Abre, Malcolm", le animó con voz dulce, acariciándole suavemente la mejilla. "Abre la boca, mi tití maltratado y crecido".

Abandonando la cuchara, Jaime hundió los dedos en el cuenco y le acarició los labios resacos con los dedos humedecidos. Pero una aguda sensación de intimidad la invadió y le hizo retirar la mano de inmediato. Súbitamente incómodo por su proximidad, Jaime se incorporó de golpe. La ligera manta de lana se había deslizado hacia abajo en su esfuerzo por levantarlo, dejando al descubierto su cuerpo en carne viva y magullado hasta la cintura. Maldiciéndose por su

insensatez, tuvo que obligarse a no pensar en su desnudez, a no recordar los sueños que una vez había albergado de ser suya.

Jaime echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El pasado había desaparecido, e intentó dejar a un lado el dolor y los sueños perdidos. Ahora pertenecía a otra mujer; su matrimonio no se desharía. Nunca sería suyo.

Abrió los ojos, dejando que su mirada recorriera de nuevo su cuerpo. Se recordó a sí misma que lo más importante era que necesitaba sus cuidados para sobrevivir. Con la mente, la voluntad y las fuerzas puestas en ganar aquella batalla, volvió a concentrarse en hacerle beber del cuenco.

Capítulo Once

EL AROMA del rocío de las rosas llegó a la cámara con la brisa matinal.

En la primera grisura relampagueante del amanecer, los ojos de Malcolm se centraron en la figura acurrucada en una silla junto a su cama. Un brazo blanco y pálido sobresalía del capullo de lana, y la palma de la mano levantada se apoyaba ligeramente en su rodilla. Haciendo un gesto de dolor al mover la pierna, Malcolm observó con los ojos entrecerrados cómo Jaime se removía, sin despertarse, y volvía a meter la mano entre los pliegues de la manta.

Aunque apartó rápidamente ese pensamiento de su mente, se dio cuenta de que se había convertido en una mujer de tremenda belleza. Siempre había sabido que así sería. Su pelo negro, suelto y desordenado, caía en suaves ondas sobre sus hombros. La frente alta, la nariz esculpida, los pómulos pronunciados y los labios carnosos y sensuales se combinaban para crear, incluso en reposo, la imagen de una Madonna. Eran los mismos rasgos de la joven vibrante que había conocido años atrás, pero ahora tenían una feminidad imposible de ignorar. No la había visto así, al menos desde que había crecido. A excepción de su extraña aparición en su boda, que sólo había durado unos instantes, no la había visto desde que era muy joven. Aún recordaba el día en que ella debía partir hacia Francia. Ella había acudido a él, consiguiendo encontrarlo a solas y pidiéndole tímidamente que le diera un beso de despedida. Recordó cómo se había inclinado y le había dado un cariñoso beso en la frente. Pero la expresión de decepción en su rostro había sido tan clara, el dolor tan evidente, que él le había dicho que la próxima vez que se vieran, ella estaría en edad de casarse. Recordando ahora cómo aquel pequeño anuncio había hecho muy poco por apaciguar a la muchacha, los ojos de Malcolm se desviaron sin control hacia los labios de Jaime. En efecto, había crecido.

Debo de estar tonto, pensó, flexionando el hombro izquierdo. Durante la noche, debió de rodar sobre su lado derecho, y la miró fijamente mientras se movía. Sin duda había pasado la noche en esa posición, decidió el montañés. No sentía fiebre, y su mente estaba despejada por primera vez en días. La ligera manta que cubría su cuerpo desnudo apenas se movió cuando sacó lentamente el pie de debajo de ella. El aire fresco le sentaba bien en la piel. Debía de estar muy preocupada para pasar la noche en aquella silla. Le asaltó otro pensamiento. O quizás solitaria, corrigió. Había oído hablar de que su amante iba a estar fuera durante un tiempo. Quizá simplemente no podía dormir sin el peso del repugnante cuerpo inglés sobre ella.

El canto de un gallo a lo lejos le arrancó un leve gemido y se agitó ligeramente. Malcolm la echó hacia atrás -silla, manta y todo- con un rápido golpe de pie.

La sensación de caída que se siente al soñar rara vez va acompañada del encuentro real de la carne y los adoquines de un suelo, pero la cabeza de Jaime golpeó el suelo con un ruido sordo y un revuelo de mantas y ropa.

Tardó un momento en quitarse la tela de la cara. Tumbada en el suelo, se estremeció de dolor cuando miró al techo y se levantó sobre los codos. Era por la mañana, se dio cuenta con un sobresalto. Y era la segunda noche que se quedaba dormida en aquella habitación. Maldiciendo en voz baja, se frotó el punto sensible de la nuca. Jaime tiró la manta a un lado y se incorporó. Miró con mala cara la silla y decidió que se había echado demasiado hacia atrás mientras dormía y la había volcado por accidente. Jaime se levantó con dificultad y pensó en María y en la reprimenda que seguramente le daría su prima cuando volviera a su dormitorio. María se había enfadado mucho con ella ayer por la mañana, pero ya eran dos noches seguidas. Jaime suspiró y puso los ojos en blanco, con la conversación con María dándole vueltas en la cabeza mientras ponía la silla en posición vertical.

"¿Estás herido?"

"Sólo un golpe en la nuca". Se palpó el punto con los dedos. "Está sensible al tacto. Pero desaparecerá enseguida".

"Lástima", anunció Malcolm.

Como sacudida por el sueño, Jaime giró la cabeza y sus ojos se redondearon al fijarse en Malcolm. "Estás despierto", susurró.

"Sí, siento decir que sí". Rodó sobre su espalda y se llevó una mano a la dolorida cabeza, pero la soltó enseguida, al darse cuenta de que los dos se sostenían la cabeza como imágenes especulares el uno del otro.

Se puso en pie y fue rápidamente a su lado. Tenía los ojos claros y un aspecto mucho mejor que la noche anterior. Incluso la hinchazón de la cara parecía haber remitido. Pero aún así, la palidez de su piel -en la que no había espantosos tonos púrpura y verde amarillento por los golpes y la batalla naval- y las líneas oscuras bajo sus ojos denotaban su dolor. Intentó ponerle una mano en la frente, pero él la apartó bruscamente, antes de que ella pudiera comprobar su fiebre.

"Aléjate de mí, moza, antes de que te rodee la garganta con mis dedos".

"Inténtalo, si puedes", desafió Jaime, apartándole la mano y plantándole firmemente la palma en la frente. "Sí, no tengo fiebre. Pero bastante débil".

Bajó la manta, observó detenidamente sus heridas, asintió satisfecha y volvió a cubrirle el pecho. Llevaba casi un día sin sangrar por la herida del pecho y sólo le supuraba un pequeño corte junto a la cadera. Se apartó de él y empezó a buscar lo que necesitaba para limpiar la herida una vez más.

"¿Dónde están tus queridos maestros ingleses?" preguntó Malcolm, dejando que sus ojos apreciaran su figura en retirada. Luego, cuando ella se volvió, su mirada recorrió la habitación. "¿No me digas que estos idiotas son tan estúpidos como para dejarme aquí sin guardia?".

Jaime volvió al lado de la cama y colocó sus provisiones junto a él. "Has estado demasiado débil para mover un dedo", respondió ella. "¿No crees que temen que escapes?".

La visión de todos sus utensilios volando por el suelo hizo que los ojos de Jaime volvieran a los suyos.

"Cerdo de las Tierras Altas, insufrible y malhumorado". Se agachó y empezó a recoger los restos. "Y pensar que anoche...".

Malcolm se quitó la manta del cuerpo e intentó bajar las piernas por el otro lado de la cama. Pero incluso la lucha de empujarse hacia arriba, por débil que fuera el esfuerzo, le pareció al

Highlander demasiado. Y a medida que se le iban agotando las fuerzas, mil dolores le atravesaron el hombro y el pecho. Una oleada de náuseas y mareos se apoderó de él, y su cabeza amenazó con estallar mientras se tambaleaba por un instante en el parpadeante borde amarillo de la inconsciencia.

"No, tonto de remate", gritó Jaime, poniéndose en pie de un salto y atrayéndole de nuevo hacia abajo. "Ya me has causado demasiados problemas. No necesito tu cadáver tirado por el suelo, ¿verdad?".

"No necesito ayuda", gruñó Malcolm mientras dejaba que ella volviera a bajarlo sobre las sábanas. "Y menos aún la tuya".

Jaime le rodeó los hombros con un brazo, su cara se recostó contra su mejilla, sus labios casi rozaban la suave lana de su vestido. El olor a lavanda le llegó a los sentidos. La suavidad de la piel de ella rozó su maltrecha sien. De repente, Malcolm apartó la cabeza y apartó la cara de ella.

"Compórtate, Malcolm -dijo ella con severidad, ignorando su mal humor mientras le recostaba la cabeza en la cama. "No sirve de nada que salgas de esta cama antes de que se curen tus heridas. Estás demasiado débil y te falta mucho para estar preparado".

"No me hables como si fuera tu niño, asquerosa traidora", le espetó, con los ojos brillantes, mientras le rodeaba la muñeca con los dedos todo lo fuerte que podía. "¿Crees que no entiendo este juego? Quieres que viva para tu sucio amante inglés. Tú y yo sabemos que mi cadáver no le reportará un gran premio".

"Piensa lo que quieras, salvaje grosero", replicó ella, soltando la mano con facilidad. Si él quería considerarla una mujerzuela, que así fuera. "*Pero* mejorarás mientras estés a mi cuidado, independientemente de lo que creas que son mis motivos".

"Tus motivos no requieren reflexiones profundas para descifrarlos, muchacha. Son tan claros como el camino al infierno".

"Sólo en tu asquerosa mente", espetó Jaime. "Sólo un ciego -no, sólo tú- desdeñaría lo que he hecho por ti. Debería haber dejado que te pudrieras en esa prisión. Debería haber cerrado los ojos y haberme dado la vuelta... y haberte imaginado muerto. Sí. Muerto. Como te he imaginado cada día desde la última vez que te vi".

Malcolm levantó la cabeza para contestar, pero ella volvió a empujarlo con brusquedad, haciéndole jadear de dolor y agarrarse la herida del pecho. Apartó los ojos de su rostro mientras lo sujetaba, intentando alejar el recuerdo del día de la boda de Malcolm, intentando contener el torrente de dolor que le había causado. Sus afiladas palabras habían sacado sangre de heridas que ella esperaba curadas, heridas que ahora sabía que apenas tenían costra.

Maldito sea este hombre, pensó. Estaba aquí para ayudarle a recuperar la salud, no para permitir que la destrozara y la dejara en la miseria. Respirando hondo, Jaime controló su temperamento y volvió a centrar su atención en sus heridas.

"Ahora mira lo que has hecho, simio testarudo", susurró Jaime, viendo cómo una delgada línea de sangre entrecortada empezaba a empapar el vendaje de su pecho. Él abrió la boca para responder, y ella la tapó suavemente con una mano. "Te amordazaré si es necesario, Malcolm MacLeod. Y, créeme, el silencio sería con mucho preferible a más de tus descontentas quejas".

Levantó lentamente la mano de los labios de él y lo miró a los ojos oscuros y hoscos. Para su sorpresa, el montañés permaneció en silencio, observando todos sus movimientos mientras ella se alejaba de la cama. Vagamente inquieta por su mirada, Jaime apartó los ojos.

"Tengo que cambiar estos vendajes", dijo rápidamente.

"¿Dónde está el médico?" preguntó Malcolm brevemente. "¿El galés que me cosió?".

"Se marchó a Cambridge hace tres días", respondió Jaime mientras empezaba a extender los

vendajes limpios a su lado. "El maestro Graves tiene la poca común opinión de que una herida vendada sin apretar se cura más deprisa".

Malcolm gruñó ante la idea e intentó apartarse ligeramente de ella.

"Te agradecería que no te enfrentaras a mí con esto".

"¿No tiene ese hombre un aprendiz?", respondió él, permitiéndole que le desatara la tira que le rodeaba el pecho.

Jaime se animó un poco. Malcolm parecía haberse sometido a su petición tácita de tregua. "Tiene un hombre, Davie, pero tuvo que acompañar a Graves".

"¿Hace tres días que se fue?". La cabeza de Malcolm se hundió hacia atrás con cansancio. "¿He dormido fuera tres días enteros?".

"¿Dormiste? ¡Ja! Inconsciente estabas -respondió Jaime, apartando la sábana ensangrentada de su piel. Manteniendo los ojos fijos en su trabajo, intentó ignorar el peso de su mirada sobre ella. "Y tan indefenso por la fiebre como un chiquillo".

"¿Has estado aquí todo el tiempo?"

La leve nota de dulzura en su voz hizo que Jaime levantara la cabeza y le mirara a los ojos. Como si lo hubiera pillado, apartó rápidamente el rostro con el ceño cada vez más fruncido. Un silencio llenó el espacio que había entre ellos, pero Jaime sabía que duraría poco. Casi podía ver cómo su mente se agitaba en busca de palabras para insultarla.

"¿Crees que no tengo cosas mejores que hacer?", mintió ella, rompiendo la paz. "Sólo he mirado una o dos veces".

"Entonces, ¿por qué no recuerdo a nadie más atendiéndome? ¿Por qué estabas durmiendo en esa silla hace un momento?".

Jaime se coloreó y murmuró débilmente: "Ya te he dicho que has estado fuera de ti por la fiebre". Pudo sentir la mirada de Malcolm sobre ella durante un largo instante.

"Es sorprendente, muchacha, lo mal mentirosa que eres".

"Creo que te debe estar subiendo otra vez la fiebre".

"Pero ¿por qué estás tan desesperada -dijo él, ignorando sus palabras- por presentarme, entera, a tu amante a su regreso? ¿Por qué ir tan lejos para mantenerme con vida? Me parece que estás demasiado ansiosa por complacerle".

Siguió con su tarea, frotando suavemente la herida. A pesar de las gotas de sangre que se filtraban, Malcolm parecía estar curándose bien. Demasiado bien.

"Hay otras formas de complacerle, sabes, formas mucho más atractivas para un hombre que ha estado alejado de una mujer". Los dedos de Malcolm se movieron y acariciaron suavemente el antebrazo expuesto de ella. El inmediato escalofrío que recorrió la piel de su brazo no le pasó desapercibido. "Pero supongo que a estas alturas ya debes de ser una experta".

Su mano se clavó con fuerza en la herida, más de lo que pretendía. Al ver la mueca de dolor de Malcolm, Jaime retrocedió un poco.

"¡Mujerzuela!", maldijo cuando la ola amainó.

Jaime sólo le dedicó una dulce sonrisa y volvió a los vendajes. Como una tormenta de verano que cobra fuerza, su humor oscuro cargó el aire de la habitación, y Jaime esperó la siguiente embestida. Mientras tanto, trabajaba con manos rápidas y esperaba que su criada Caddy llegara pronto. Así había sido el día anterior. Al despertarse, María había enviado a Caddy en busca de su prima, que había faltado a clase. Y Jaime, a su vez, había engatusado a la mujer delgada y de mediana edad para que se quedara con Malcolm hasta que ella misma pudiera volver de nuevo a la consulta.

Jaime pensó en los últimos días. La primera noche después de que Graves se marchara a

Cambridge, había estado decidida a mantenerse alejada de la consulta. Pero eso había resultado ser una tontería, ya que había pasado la mayor parte de la noche yendo y viniendo entre su dormitorio y la cama de Malcolm. Estaba segura de que había llamado más la atención que si se hubiera quedado a su lado. Pero no había tenido intención de quedarse aquí ninguna de las dos noches anteriores.

"Si me prometes que te tumbarás boca arriba, no retiraré esa tira por ahora", dijo ella, terminando de vendarle el pecho.

Malcolm gruñó y ella miró la venda ensangrentada que tenía justo encima de la cadera. Temió que la herida pudiera estar supurando y le miró a la cara. Al ver su mirada irónica, se ruborizó. Sería bastante incómodo cambiar aquel vendaje mientras sus ojos vigilantes se burlaban de cada uno de sus movimientos. Dio un respingo cuando él habló.

"Estoy seguro de que no hay nada bajo estas tapas que no hayas visto antes, ¿verdad?".

"¡Claro que no!", respondió ella con acritud, ruborizándose aún más que antes.

Un suave golpe en la puerta la puso rápidamente en pie. Dando una suave orden para que entrara, Jaime observó cómo su criada empujaba silenciosamente la puerta y entraba cojeando en la habitación. Caddy miró vacilante a la prisionera consciente y luego a su ama. Entregando los vendajes sin usar a la criada, Jaime se volvió hacia Malcolm. Tenía una expresión de sorpresa en el rostro. "La dejaré al cuidado de Caddy, por ahora. Pero espero que la trates con respeto. ¿Me oyes?"

Una sonrisa de diversión arrugó las comisuras de los ojos de Malcolm. "¿Me estás diciendo que estos temerarios perros ingleses me consideran tan débil que me confiarán a esta mujercita? ¿A ella sola?"

"¿Confiar?" Se burló en voz baja. "Difícilmente. Fuera hay hombres más que suficientes vigilando estas puertas. Y estoy seguro de que cualquiera de ellos estaría más que encantado de terminar el trabajo que su amo empezó a bordo de ese barco francés".

Jaime subió la sábana hasta la barbilla de Malcolm, arropándolo como si fuera un chiquillo. "Quédate aquí el ratito que necesites para recuperar tus fuerzas. Tendrás tiempo de sobra para demostrarnos tu temeridad cuando te hayas curado".

Capítulo Doce

CUANDO EL TERCIOPELO del vestido se desprendió de su hombro, sus pechos se liberaron del bajo escote, y el caballero fijó sus labios primero en un pezón y luego en el otro.

Sus gemidos eran de garganta profunda, resonantes de deseo, mientras le tiraba del pelo con dedos largos y blancos.

"Tómame", le ordenó, tirándole de la cabeza hacia atrás y mirándole con ojos nublados de lujuria. "Tómame ahora".

"Eres un tonto -gruñó, poniéndose en pie sin dejar de acariciarle los pechos. El caballero miró sus labios húmedos, hinchados por sus ásperos besos. Sabía que no podría resistirse. "Oíste los cuernos tan bien como yo. La partida de caza..."

"Entonces deja de hablar", ordenó ella roncamente, inclinándose hacia delante y tirando de los cordones que mantenían su bragueta en su sitio. "He esperado demasiado..."

Su hombría, gruesa y dura, emergió de sus confines, y un temblor la recorrió visiblemente cuando la tomó entre sus manos, acariciando su longitud. El sonido de los cuernos volvió a entrar por la ventana abierta; esta vez sólo estaban a un tiro de flecha del palacio.

Catherine se puso en pie, con una mirada temeraria brillando en sus ojos. "Ven, muchacho", le incitó, quitándose la gorra de lino almidonado y echándose el pelo hacia atrás.

Le clavó las manos en la cintura y le dio la vuelta, obligándola a bajar la cara y los pechos al aire sobre el colchón ondulante. Cogiendo puñados de tela con las manos, tiró del vestido hacia arriba, dejando al descubierto sus piernas de marfil y sus nalgas en forma de corazón. Con una carcajada, ella intentó retorcerse y ponerse de cara a él, pero él no se lo permitió. Con una mano la empujó hacia delante, sobre la alta cama con cortinas, y con la otra le arrancó la ropa interior de lino. Luego se metió entre sus piernas.

Catherine estaba lista para él, mojada. Parecía que siempre estaba preparada. Al separar los pliegues de su feminidad con la punta de su vástago, sintió el rubor en su rostro e instantáneamente cedió al impulso animal primitivo que bloqueó todo pensamiento, borró toda razón, todo juicio. La penetró de un solo y poderoso empujón, exultante por el grito ahogado que salió de sus labios.

Manteniéndose totalmente inmóvil, el caballero apretó la mandíbula, esperando a que ella empezara a retorcerse bajo él, ondulando las caderas mientras lo envolvía. Se estiró hacia delante con ambas manos, cogiéndole el pelo castaño dorado y tirándole de la cabeza hacia atrás, girándola hasta que pudo verle los ojos pesadamente cerrados, la boca parcialmente abierta y la punta de la lengua visible entre los labios carnosos.

Con una lentitud insoportable, se deslizó hacia atrás, deteniéndose sólo un instante antes de penetrarla de nuevo. Volvió a retirarse y volvió a penetrarla, con un ritmo cada vez más rápido

que se correspondía con los movimientos de las caderas de ella. Empujaba cada vez más deprisa y los gritos de ella aumentaban en volumen y tono. Pero él ya no podía oírla. Consciente únicamente del ritmo palpitante de su cabeza y del deseo cegador de enterrarse profundamente dentro de ella, el caballero la cabalgó, sujetándole el pelo como una melena y empujando una y otra vez, hasta que, con un poderoso estremecimiento, su cuerpo se arqueó y liberó su semilla dentro de ella.

Al cabo de unos instantes, el caballero -que aún respiraba agitadamente por el esfuerzo- comenzó a incorporarse. Al incorporarse, se ató inmediatamente la bragueta y contempló a la voluptuosa belleza, que rodaba perezosamente sobre su espalda. Una de las manos de Catherine estaba sobre su pecho y, mientras él la observaba, sus dedos trazaban sensualmente las curvas de su pecho expuesto. Su boca estaba dibujada en una media sonrisa que transmitía una pizca de burla. Él había visto esa mirada muchas veces y sintió que sus labios se curvaban en una expresión similar. Se oyó el ruido de caballos y gritos fuera de la puerta del palacio, y el caballero inclinó la cabeza hacia la ventana.

"Será mejor que te pongas presentable para el rey, mi dulce zorra".

"¿No te parezco presentable ahora, macho?", le preguntó seductoramente, con el dedo rodeando su pezón erecto.

"Sí, para mí lo eres. Pero no sé si el corazón del viejo jabalí resistirá, si no tienes algún cuidado". El caballero se volvió y se dirigió hacia la puerta.

"Sé cómo manejarlo", dijo Catherine en voz baja, levantándose ligeramente mientras él abría la gruesa puerta de roble. Se detuvo para echarle una última mirada. Su rostro mostraba la misma sonrisa burlona. "Pero, Edward, intenta adelantarte a la fiesta un poco antes mañana".

"Estás siendo infiel y lo sabes".

Jaime puso los ojos en blanco e hizo un gesto de impotencia con las manos mientras se paseaba por la habitación. "¿Infiel a quién, María?"

"Sabes quién tan bien como yo, Jaime Macpherson. Por Edward".

Jaime hizo un elaborado ademán de contener la risa, intentando que las palabras de su prima parecieran ridículas. Pero María se limitó a permanecer de pie con las manos en las caderas y frunció el ceño.

Jaime decidió que María no estaba dispuesta a que se rieran de ella. "Entonces, ¿tendrías la amabilidad de decirme qué he hecho que pudiera interpretarse como *una infidelidad*?"

"Muy bien. ¿Dónde has pasado las dos últimas noches? Te lo diré. Las has pasado -dos *noches enteras*- en la habitación de ese hombre. Y eso sólo después de llevar un camino a la consulta cada hora la primera noche que Edward no estuvo. ¿Cómo crees que se sentiría Edward -cómo esperas que se sienta cualquiera de la familia- cuando su amada, su *pretendida*, pasa alegremente la noche en la habitación de otro hombre, pero evita resueltamente pasar ni un momento a solas en su compañía? ¿Has pensado en los sentimientos de Eduardo, Jaime? Es un hombre dulce y cariñoso, le duele el corazón por tener que dejarte y, sin embargo, tú... tú...".

Jaime se llevó las manos a las sienes y contempló con incredulidad la expresión de justa ira de la mujer más joven por su prima. Ya era bastante malo no haber tenido nada mejor que una silla dura por cama estas tres últimas noches, que apenas había podido cerrar los ojos más que unos instantes. Y ahora, ¡volver a su habitación y ser sometida a *esto*! Sacudió incrédula su dolorida cabeza.

"Mary, me resulta terriblemente difícil creer que te sientas así. No hablas en serio, ¿verdad?". Al no ver ningún cambio en el comportamiento de su prima, Jaime se acercó a ella. "Por favor, dime que todo esto es en broma".

"No, Jaime. Mis sentimientos al respecto son totalmente sinceros", respondió ella. "Lo que has estado haciendo es extremadamente inapropiado, teniendo en cuenta las intenciones de Eduardo respecto a ti. Y puesto que soy la única que ha sido testigo de un comportamiento totalmente impropio de tu situación, no veo otra alternativa..."

"¿No ves alternativa a qué, María?" preguntó Jaime, una nota de desafío asomando en su tono. "¿Piensas ir corriendo a ver a Eduardo e informarle de mi comportamiento *inapropiado*?"

Los ojos de María parpadearon un instante. "No entiendes a los Howard, Jaime. En esta familia, esas fechorías no se ven con buenos ojos".

Los puños de Jaime se apretaron a sus costados mientras su ira se agolpaba en su pecho. ¿"Fechorías"? ¿Llamas fechoría a cuidar de un moribundo? ¿Consideras que ayudar a otro es inapropiado? ¿Tener corazón y mostrar compasión es algo malo en esta familia? Mary Howard, si crees esto, eres la joven de mente más cerrada y maleducada que he conocido".

"No, Jaime".

"Y pensar que durante más de un año te he considerado una confidente, una amiga... una hermana". Jaime dio un paso atrás. "¿Cómo he podido estar tan ciego? Si de verdad te sientes así, María, entonces no quiero volver a ver tu rostro. Ve y díselo, prima. Ve y proclama todos esos defectos que ves en mí. Porque si Edward Howard siente lo mismo que tú..."

María se acercó rápidamente y buscó suplicante las manos de Jaime. "Jaime, yo... nunca quise que mis palabras fueran tan crueles".

Jaime dio la espalda a la miserable mujer. La cabeza le latía de dolor. Sus ojos se llenaron de lágrimas. "No hay más que decir, María".

"Jaime, yo... nunca traicionaría tu confianza. Simplemente pensé... bueno, a veces tienes esas ideas locas. No piensas en tu futuro". María se limpió las lágrimas de las mejillas y apoyó una mano en el hombro de su prima, obligando a Jaime a mirarla. "Pensé que si yo fuera más fuerte, podría hacerte entrar en razón. Hacerte pensar en lo que podría resultar de tu... frialdad hacia Eduardo".

"Mi futuro con Edward y mi forma de tratarle ahora es asunto mío, no tuyo. No permitiré que tú ni nadie de esta familia me obligue a caer en sus brazos". Jaime se frotó las sienes. "A pesar de lo que pienses, creo que soy una buena mujer. Y una que no actuará ni contra su voluntad ni contra su buen juicio".

"Sé que eres una buena mujer", concedió Mary con culpabilidad, "por favor, perdona mi tontería de ahora".

No tenía sentido contenerse. Jaime había visto antes los arrebatos de rectitud de María y los entendía como lo que eran. Eran efímeros, inofensivos y se olvidaban pronto. Pero, de algún modo, esta vez había dolido. Jaime apartó el pensamiento de que tal vez había golpeado demasiado cerca de casa. Pero no tenía sentido guardar rencor. Se dejó dar la vuelta y las dos primas se abrazaron. "No quiero volver a hablar de esto. ¿Lo entiendes?"

Mary respiró hondo y asintió.

Jaime se echó hacia atrás y la miró a los ojos. "Tu enfado conmigo se debía a los cuidados que he dispensado al escocés y no tanto por mi trato a Eduardo. ¿No es cierto?"

María asintió.

"Sé que esta noble familia es todo lo que has conocido. Pero lo apropiado de la compasión no lo dicta el rango de la persona necesitada. Es cierto que he pasado muchas horas en esa consulta,

pero nunca creeré que cuidar de otro ser humano sea una traición a Eduardo. Si uno de los halcones del duque estuviera herido, si uno de los perros de la perrera estuviera enfermo...".

"Estoy muy confusa con todo esto". Mary se volvió y caminó hacia el centro de la habitación. "En este último año he aprendido a quererte como a una hermana. Incluso antes de que Catherine se fuera a la corte, eras muy especial para mí. Pero temo la forma en que ahora rompes todas las reglas".

"¿Qué 'regla' nos dice que debemos descuidar nuestro deber cristiano de atender a los necesitados? ¿Es esto lo que el buen duque pide a su casa?"

"No, claro que no. Es sólo que te has vuelto tan desafiante a las costumbres establecidas. Y la familia Howard es una familia muy tradicional".

"Y, por supuesto, el duque y estas tradiciones siempre tienen razón", dijo Jaime en tono jocoso.

María asintió enérgicamente. "Sí, los caminos de Su Alteza siempre son correctos porque sólo quiere lo mejor para los que están bajo su cuidado. Y debemos estar agradecidos por su generosidad".

"Oh, María", respondió Jaime, rechazando la idea de una fe tan ciega.

Las mejillas de Mary enrojecieron de ira. "Mira todo lo que la familia ha hecho por Catalina. No es mayor que nosotros y, sin embargo, gracias al duque, ahora está en condiciones de casarse con el mismísimo rey".

Jaime apartó la mirada y no dijo nada. Aunque se mordería la lengua en ese punto concreto, la posición de Catalina era una que Jaime apenas consideraba envidiable.

"Y mírame a mí", continuó María, atrayendo de nuevo la atención de Jaime hacia sí. "Como miembro de esta casa, he disfrutado de una educación de la que pocas mujeres en Inglaterra pueden presumir. Me han educado y cuidado, y tengo excelentes perspectivas de encontrar pareja en los más altos rangos de la sociedad. Su Alteza me ha mostrado más afecto del que cabría esperar encontrar en cualquier familia de la talla de los Howard."

Jaime se mordió el impulso irrefrenable de echarle en cara a María las áreas de su educación que tan tristemente le faltaban: idiomas, retórica, historia, lógica. "Sinceramente, tu lealtad es encomiable. Y yo también te lo agradezco".

"Como tú..." María vaciló antes de continuar. "Pues sí que deberías estar agradecido, Jaime. Después de todo, Su Alteza te invitó aquí y te ha tratado como a uno de su propia familia, sabiendo... bueno, ambos sabemos que no eras un verdadero primo. Todo el mundo sabe que tu abuela fue amante de Tomás Bolena. No eres descendiente de su única esposa, la hermana de Su Alteza. Tienes que apreciar lo que Su Alteza ha hecho por ti. Todos te llamamos prima, aunque no tengas ni una gota de sangre Howard".

"María, no puedes comprenderlo".

Mary continuó. "Y, a pesar de tu sangre francesa y escocesa..."

Sangre francesa y escocesa. Mientras su prima procedía a hablar, la mente de Jaime se detuvo en aquellas palabras. Aunque siempre había apreciado el hecho de saber públicamente que era hija de Isabel Bolena y Ambrose Macpherson, Jaime sabía que en realidad no eran sus verdaderos padres. Aún recordaba a su verdadera madre, María Bolena, hermana de Isabel. Había sido tras la muerte de su madre cuando Isabel, y más tarde Ambrose, habían proclamado al mundo que Jaime era hija suya. Pero ésta era una historia que no le importaba divulgar entre la familia Howard.

Cuánto tiempo, pensó, cuánto tiempo había vivido ahora bajo este techo. Con qué facilidad se había dejado cegar por todo lo que iba en contra de sus creencias, de su educación. Los

Howard la veían como una rebelde, en cierto modo, pero Jaime sabía que su rebeldía había sido sólo una fachada. Se había dejado engañar. Había intentado perderse en el torbellino de la vida palaciega de Kenninghall.

Pero en su corazón, Jaime aún podía sentir el agudo viento de las Tierras Altas escocesas, y no podía ignorar las fuerzas que la habían moldeado. Por todo lo que había ocurrido en los últimos días, Jaime sabía que ya no podía dejar que aquella gente arrastrara su vida como si fuera una presa indefensa. Estaba agradecida; eso era cierto. ¿Pero a qué precio debía rendirse para corresponder a la bondad del duque? Jaime no podía entregarse, por culpa o por un falso sentimiento de gratitud, a nada ni a nadie.

María se paseaba por la habitación, continuando su sermón sin cesar, ignorando a Jaime mientras se dirigía a una pequeña caja de madera que había junto a su cama. Jaime pasó los dedos por la tapa bellamente incrustada y luego abrió la caja con decisión. Metiendo la mano en el escote del vestido, sacó una larga cadena y contempló el anillo ornamentado que colgaba de ella.

Jaime sostuvo durante un instante el gran anillo de esmeralda en la palma de la mano. Sabía por Elizabeth que era un símbolo que había pertenecido a su verdadero padre. Para ella era un vínculo con su propia historia. Pero sabía que debía decidir el curso de su vida con la conciencia tranquila y los ojos abiertos. Ningún vínculo con un pasado olvidado durante mucho tiempo nublaría su mente. No tenía ningún deseo de encontrar al hombre que la había engendrado hacía tanto tiempo.

Sin decir palabra, Jaime depositó el anillo en la caja, cerrando la tapa con un sonoro golpe.

Capítulo Trece

LA LUZ de la única ventana de la cámara era cada vez más tenue y, con la creciente oscuridad, una brisa húmeda empezó a hacer acto de presencia. Malcolm, aburrido y frustrado por la forzada inactividad de su convalecencia, echó hacia atrás la manta que le cubría el pecho. Miró desafiante a su cuidador, más de la mitad esperando que la visión de sus heridas al descubierto provocara alguna maldición, alguna respuesta verbal de los labios de su imperturbable cuidador. Pero el suspiro resignado de la anciana sólo sirvió para evocar en él una punzada de culpabilidad. Observó en silencio cómo Caddy dejaba a un lado la costura y se levantaba, frotándose la parte baja de la espalda, rígida o dolorida, con una mano nudosa y huesuda. Sin decir palabra, se arrastró hasta su lado y volvió a cubrirle el pecho con la manta.

Hosco y hostil, Malcolm apartó la mirada de ella, demasiado orgulloso para admitir que su enfado no tenía nada que ver con ella ni con el trato que le daba. Había permanecido a su lado todo el día, desde que Jaime lo había abandonado por la mañana. Él habría pensado que ella habría ido a verlos al menos una vez durante el día. No es que ella se preocupara por él, claro, pero ¿y esta pobre vieja bruja? ¿Cómo sabía Jaime que no había estrangulado a la vieja criatura durante el día? Por el Rood, Malcolm podría haberla partido en dos y haber conseguido escapar.

¿Escapar? Bueno, eso sí que era risible, pensó amargamente. La extensión de sus movimientos hoy había consistido en un corto y agotador bandazo por la alcoba, con la manta agarrada a los hombros y la anciana mirándole casi alentadoramente desde la puerta. Aquella pequeña excursión había consumido la mayor parte de sus fuerzas, hecho que le apenaba profundamente. Tal vez mañana estuviera más fuerte. Le sorprendía que no le hubieran encadenado ya. No tardaría mucho, eso lo sabía. Tenía que encontrar una salida.

Malcolm volvió a mirar en dirección a la ventana levantando el pecho. Otro día así y el aburrimiento lo mataría. La tal Caddy no había pronunciado una sola palabra en todo el día. Aunque sabía que podía hablar: la había oído conversar con su ama esta mañana. Pero desde que Jaime se había marchado, preguntara lo que preguntara Malcolm, la mujer se limitaba a mirarle sin comprender antes de volver a coser. Demasiado para sacarle información.

Se pasó una mano por la áspera textura de su rostro sin afeitarse y se frotó los ojos. Tiró ligeramente de la venda de lino que le rodeaba la cabeza. Debe de parecer el mismísimo diablo, pensó Malcolm. Si pudiera cerrar los ojos y dormir, soñaría que toda aquella gente se iba al infierno. Pero incluso ese simple deseo parecía estar fuera de su alcance.

El sonido de la puerta al abrirse silenciosamente dibujó una sonrisa de satisfacción en el rostro demacrado de Malcolm. Era la propia diablesa que entraba. Pero al menos era compañía.

Jaime había esperado que estuviera durmiendo. Pero ahora, al contemplar el brillo pícaro de sus ojos, su rostro alerta y -por alguna razón- divertido, supo que había desperdiciado un deseo.

"Has tardado mucho en dejarte ver, aunque supongo que es comprensible".

Jaime le ignoró y se volvió hacia Caddy. Pasó unos instantes hablando con la mujer mayor, siguió ignorando los comentarios de Malcolm mientras intentaba escuchar las quejas obviamente válidas de Caddy.

Se quejaba de que hablaba sin cesar.

Se quejaba de que no era más que una muda.

Ella refunfuñó que era demasiado atrevido para un hombre en su estado.

Murmuró en voz baja y la llamó gruñona.

Haciendo acopio de toda su paciencia, Jaime dirigió a Malcolm una mirada fulminante y condujo a Caddy a la puerta, pidiéndole que le llevara la cena que había hecho preparar en la cocina. Pero Caddy se volvió en el umbral y se negó en redondo a volver a poner un pie en su habitación -por hoy, al menos-, y advirtió que sólo volvería hasta su puerta y dejaría allí el plato.

En cierto modo, Jaime estaba bastante orgulloso del comportamiento de su sirvienta. Sabía que Caddy aún le guardaba rencor por la debacle de hacía un año. Caddy era muy leal. Pero Jaime también estaba agradecida de que Malcolm no supiera nada de la familiaridad de su sirvienta con su pasado, pues si -por pura perversidad- se hubiera atrevido a abrir el tema, Jaime podría haber tenido que enfrentarse a un nuevo derramamiento de sangre.

Caddy salió de la habitación con un gesto de enfado y recordándole que ya había terminado con él por hoy.

Eso era perfectamente aceptable para Jaime. Mirando a su alrededor, decidió que sin duda parecía lo bastante mejorado como para que no hiciera falta ningún acompañante durante la noche. De hecho, ella misma estaba impaciente por acomodarle y escapar de aquella habitación. Las noches en vela y el estrés de su disputa con María habían hecho mella en ella. Estaba impaciente por volver a su habitación y meterse en la cama.

Pero en cuanto Caddy salió de la habitación, Malcolm comenzó su agresión verbal.

"¿Y dónde podría haber pasado un día como éste una joven como tú?". Su voz destilaba ironía. "Contando el oro, sin duda, que tú y tu amante os vais a repartir vendiéndome de vuelta a mi pueblo... ¿O simplemente seguías haciendo el papel de puta?". Su sonrisa sarcástica se ensanchó al ver que los ojos de Jaime se clavaban en su rostro. Pero ella se apresuró a recuperar la compostura, aunque él continuó. "Tengo que decirte que estar aquí tumbada todo el día sin nada que hacer no es tan inútil como parece. En efecto. He oído lo que dicen, a pesar de este sordomudo que has metido aquí para atormentarme. Y he oído lo que dicen. ¿Es realmente necesario que hagas de ti un espectáculo público, complaciéndole en el jardín ante una multitud de sirvientes?"

Jaime sabía que no tenía sentido discutir con él. La estaba provocando y ella no iba a participar en su juego. Así que, mordiéndose la lengua e intentando ignorar sus burlas, se preparó para cambiarle los vendajes de la cabeza. Ése había sido un aspecto que Caddy no había intentado. Probablemente había temido acercarse demasiado a su afilada lengua. Francamente, Jaime no podía culparla.

"Sí, y mírate. Te avergüenzas de ti mismo".

Le miró por encima del hombro.

"Mira la ropa que llevas. Inglés. ¿Dónde está tu pudor, mujer?"

Miró su atuendo. Llevaba un vestido veraniego de lino amarillo, con un escote cuadrado que apenas dejaba ver la carne de la parte superior de sus pechos. Probablemente era una de las

modas más modestas que llevaba cualquier mujer de la casa.

"A mi ropa no le pasa nada".

"No, no para una puta inglesa".

Jaime le fulminó con la mirada desde donde estaba.

"Bueno, si en eso te has convertido, poco se puede hacer al respecto".

Sacudió la cabeza y se guardó todo lo que necesitaba bajo los brazos, jurándose a sí misma que no se rebajaría a su nivel. Eso era lo que él buscaba. Una reacción. Una reacción desagradable.

Malcolm continuó como si el silencio de ella fuera una confirmación de lo que había dicho. "Sí, es una condición lamentable, pero ahí estás. Lo hecho, hecho está. Entonces, ¿qué vamos a hacer esta noche, moza? Da igual que duermas aquí que en esa silla".

Jaime trasladó sus suministros junto a la cama de él y los colocó todos en la silla cercana, sin dejar de evitar sus ojos. Sentía que le ardía la cara, pero contuvo su temperamento y se concentró en su pila de vendajes. Estaba tan enfadada que sabía que si le dirigía una sola mirada, estallaría como una burbuja.

Malcolm apartó la manta -dejando al descubierto un muslo y una cadera- y palmeó un lugar a su lado en la cama. "Sí, querida. Puedes dormir aquí. Pero tengo que advertirte que, incluso en este estado de debilidad, puedo superar a cualquier amante inglés, por no hablar de esa pústula amarillenta con la que te has liado".

"Eso bastará, Malcolm -respondió ella secamente, desplegando las tiras de sábanas en el borde de la cama.

"¿Eso crees, muchacha?" Le rozó el dorso de la mano con los nudillos, y Jaime la retiró como si la hubieran picado. "Aún no hemos empezado".

Esta vez perdió el control. "Basta", estuvo a punto de gritar.

"No lo haré", gruñó, agarrándola ferozmente por la muñeca. "No soy tonto. Has venido a esta habitación por tu propia voluntad. Y no por ningún motivo de curarme en salud, ¿verdad? Tu lujuria te impulsa hacia mí. Quieres compararme con esa carroña de amante, ¿verdad?".

Jaime se quedó mirando en silencio.

"Sé que estás fuera, querida. Así que, ahora que no estás atada por ninguna necesidad de parecer decente, vienes aquí a aliviar tu lujuria y agudizar tus habilidades... en la cama. En *mi cama*". Su mano tiró con fuerza de su muñeca, haciéndola perder el equilibrio y apoyarse pesadamente en la cama. "Pues aquí estamos, mi amor. Estoy más que dispuesto. Comencemos. Ahora, muchacha, mientras la noche es joven".

Luchó contra su agarre utilizando la otra mano para no caer en su regazo. Un sentimiento de impotencia, incluso de desesperación, la recorrió con frialdad. Volvió la mirada y lo miró a la cara amargada.

"Te has vuelto loco, Malcolm".

"Entonces eres tú quien me ha empujado a ello".

"Suéltame la muñeca".

"Lo haré. Cuando acabemos".

"Malcolm, escúchate". El dolor apareció en su voz. No pudo evitarlo. "Soy yo, Jaime. Es a Jaime a quien estás tratando como a una puta. Jaime, la mujer que has conocido toda tu vida".

"No malgastes tu aliento. Tú no eres esa mujer". Se rió, con tono desdeñoso. "Pero por si lo has olvidado, querida. La mujer que conocí nunca me habría entregado a esos demonios. Nunca habría traicionado mi confianza. La Jaime que conocí era gentil y amable. Era apasionada y generosa. Era una mujer criada con amor. Era leal...".

"La mujer que conociste era una tonta". Jaime enderezó el brazo para tomar más distancia. "Nada más que una simplona soñadora. Era una niña, cegada por las mentiras. Creía en el amor y en las promesas. Pero esa niña creció y le abrió los ojos a las dolorosas verdades sobre lo que les ocurre a los que mantienen ciegamente la fe."

"Al ver el cambio en ella, desearía que se hubiera quedado ciega de verdad".

"¿Por qué?", le espetó. "¿Para que se encierre para siempre, para llorar a su amor traidor?"

"Era demasiado joven para conocer el significado de la palabra". Malcolm apartó la mirada un momento y le soltó la muñeca. "¿Cómo podía llorar la pérdida de algo que nunca había conocido?"

"¿Nunca lo has sabido?" La voz de Jaime crepitaba de rabia. Se enderezó, pero no intentó alejarse. "Pero ahí radica tu error, bribón. Ella tenía más afecto y amor, incluso de niña, de lo que tú podrías imaginar. Pero... se dejó engañar por palabras falsas y sueños imposibles".

Empezó a responder, pero luego se detuvo, con una mirada preocupada que cruzó momentáneamente su rostro mientras parecía reflexionar sobre su acusación. "¿Falsas palabras de quién? Siempre habíamos sido amigos. ¿Qué palabras falsas? ¿Qué te he dicho que pudieras interpretar como una promesa de algún tipo?"

Jaime le dio la espalda.

"No puedes marcharte", ladró. "Estoy cansado de tener que luchar contra falsas acusaciones. Cansado de esta nube que se cierne sobre mí. Esta nube que huele a fechoría cuando no sé cómo he podido obrar mal".

"Nunca te he acusado abiertamente de nada".

"Sería mucho más fácil si lo hicieras", respondió bruscamente. "El rompecabezas sería mucho más sencillo de resolver si al menos me dieras las piezas". Extendió la mano y, esta vez con más suavidad, la agarró de la muñeca, haciendo que se girara y le mirara. "Jaime, desde la última vez que te vi, los Macpherson -a excepción de Fiona y Alec- nunca me han tratado igual. Tus padres, sobre todo, parecen distantes. Si he cometido alguna gran injusticia, no se me procesa ni se me perdona. Hay una niebla que me rodea y, aunque camino, hay cosas que no puedo ver. ¿Cómo te he engañado? Dime ahora si..."

"Nunca me engañaste, pero no me culpes de tus desgracias". Jaime le soltó la muñeca. Ella ya sabía que él decía la verdad. Nunca le había pedido que se casara con él. En su mente, sin embargo, él seguía siendo culpable de permitirle albergar esperanzas. Pero ella no se lo revelaría.

Respirando hondo, se agachó para deshacer el envoltorio que rodeaba su cabeza. Terminaría rápidamente sus tareas aquí y huiría de esta habitación. Le temblaban las manos, pero se obligó a concentrarse.

"Pero te culpo", dijo finalmente, con voz severa. "Todo lo que sufro tiene su origen en ti".

"Me das más crédito del que merezco".

"Creo que no".

"Piensa lo que quieras", respondió ella en voz baja. "Es una forma cobarde, sin duda".

Malcolm se quedó mirando al frente durante un largo momento mientras ella desenrollaba el envoltorio exterior de lino.

"Todo empezó en aquella boda maldita, ¿verdad?", dijo con desgana. Giró la cabeza y la miró con expresión sorprendida. "Cuando irrumpiste en la capilla de Newabbey con aquel vestido. Era un vestido de novia, ¿no? Quería pensar que sólo era una travesura infantil. Pero no lo era, ¿verdad?"

Le quitó las sábanas manchadas de sangre y contempló con ojos impertérritos las heridas que tenía bajo el pelo enmarañado.

"¿Lo era?", preguntó con cierta impaciencia.

Necesitando tiempo para serenarse, se dirigió a una mesa que había al otro lado de la cámara y trajo un cuenco de madera con agua.

"¿Fue él?", gritó, mirándola con rabia.

"Lo pasado, pasado está", respondió ella bruscamente. "Ahora eres un hombre casado, y un bribón más ruin de lo que creía si no puedes dejar de atormentarme de ese modo. ¿Por qué has de seguir dándole vueltas a un incidente muerto y enterrado?"

Empapó los vendajes y empezó a lavarle la sangre seca del pelo, fingiendo una calma que ambos sabían que era mentira. Los ojos de él seguían el movimiento de la mano de ella, y el ceño fruncido de su frente enrojecida delataba su agitación. Ella no podía morderse la lengua, pero quizá fingiendo indiferencia podría ignorar más fácilmente su pregunta.

"No he tenido ocasión de felicitarte por tu elección. Es realmente una mujer hermosa". A Jaime le llamó la atención el brusco movimiento de su cabeza al apartar el rostro de ella. Apretó los labios con fuerza. Cómo debe echarla de menos, pensó. "Ni siquiera te he preguntado su nombre, pero si no te interesa hablar de ella..."

Sus palabras se interrumpieron, y el silencio que siguió flotó pesadamente en la habitación. Entonces sus ojos se volvieron hacia arriba y la miró fijamente a la cara. "Flora", dijo en voz baja. "Se llamaba Flora".

Se llamaba Flora, repitió en silencio, mientras sus palabras resonaban en un lugar hueco de su interior. Se *llamaba Flora*. La palabra reverberó en un tono suave y aterciopelado. Se aferró a las paredes de su corazón.

"¿Era?", graznó.

Volvió la cara hacia la ventana.

"Murió sólo un mes después de casarnos".

Calló mientras un abrumador sentimiento de culpa, de pena por él, se instalaba en su corazón. De repente, quiso acercarse a él y aliviar su dolor interior. Pero se contuvo, sabiendo que él le echaría en cara cualquier gesto. Entonces, al contemplar su sombrío perfil, la emoción desapareció de su rostro y su expresión se volvió tranquila, pensativa.

Malcolm se volvió hacia ella. "Era muy joven".

Jaime bajó los ojos y se miró las manos, avergonzada ahora de todas las veces que había pensado en ellos dos con rabia.

"¿No te interesa saber cómo murió?"

Sacudió la cabeza.

"¿No deseas oír todos los detalles?"

"No, Malcolm".

"¿O del dolor que sufrió?"

Volvió a sacudir la cabeza, con los ojos empañados. "Por favor, no lo hagas".

Malcolm la contempló, sus ojos atentos escrutando su rostro como si la viera por primera vez.

"Debería dejarte descansar", dijo en voz baja, repentinamente incómoda. "Tus heridas de la cabeza ya no necesitan cubrirse. Haré que Caddy..."

Antes de que pudiera terminar la frase, la mano de él volvió a agarrarla por la muñeca. "Quédate".

La simple palabra hizo que su corazón diera un salto. Incluso con la luz mortecina, pudo ver que sus ojos no contenían nada de la ira que había visto antes. Asintió lentamente y permaneció donde estaba. Sus ojos se volvieron hacia otro lado, pero eran claros cuando comenzó una

historia en la creciente penumbra. Una historia para llenar el vacío de la noche.

"Es chocante pensar que sabía tan poco de mi mujer cuando vivía y, sin embargo, aprendí tanto sobre ella después de que muriera". Inconscientemente le soltó la muñeca. "Aunque no supe nada de ella hasta después de nuestro matrimonio, Flora había sido una niña enfermiza desde su nacimiento. Pero al ser la única hija de Duncan, el jefe del clan MacDonald, Flora siempre había estado cuidadosamente protegida, y su enfermedad se había mantenido en secreto para todos los que vivían en la isla. No sé de quién fue la primera idea, pero cuando creció lo suficiente para casarse, todo parecía apuntar a un matrimonio entre los dos, un matrimonio que uniría a los MacDonald y a los MacLeod. Tal unión era favorecida en los consejos de ambos clanes. Todo parecía perfecto. Tanto Duncan como yo sabíamos que salvaría las vidas de muchas víctimas de nuestras absurdas disputas entre clanes. La unión mejoraría la suerte de todos los que vivían bajo mi gobierno".

Jaime se sentó tranquilamente en el borde de su cama.

"Flora y yo sólo nos vimos una vez antes de nuestra boda, en una reunión organizada y supervisada por miembros de los consejos de ambos clanes. Debería haberlo adivinado entonces. Estaba tan pálida y tan, tan delgada. Incluso ante la perspectiva de la boda que se avecinaba, permaneció callada, sin apenas responder a la emoción. Yo estaba dispuesto a considerarlo timidez, pero Duncan -supongo que temeroso de que me echara atrás en el contrato- se apresuró a decir que Flora tenía los nervios de punta".

"¿Quieres decir que nunca hablaste con ella a solas hasta después de casaros?"

"Ni siquiera después. A solas", dijo riendo un poco. "Los MacDonald siempre se aseguraban de que hubiera muchos presentes cada vez que nos reuníamos. Y aquel horrible día, a mitad del banquete nupcial, se puso enferma. Me temo que no fue un buen presagio para un matrimonio duradero, y ensombreció el banquete. Me sorprende que no te enteraras. Creo que aún estaba en Skye. Murió en aquella misma cama apenas un mes después. Su padre me contó más tarde que ella había consentido el matrimonio con la esperanza de poder tener un hijo. Había sabido que un vástago nuestro podría traer una paz duradera a los isleños de Skye y Lewis. Supongo que esperaba ser recordada por algo más que una enfermedad mortal y una vida corta".

Y aquí había estado ella, pensó Jaime sombríamente, sentada en Francia, entreteniendo con la fantasía de convertirse en su esposa. Qué egoísta había sido al pensar sólo en su propia felicidad. Qué leal había sido al velar por su pueblo y su bienestar. Volvió su oscura mirada hacia ella. Pero nunca se lo había dicho, pensó Jaime, devolviéndole la mirada. Nunca le había hecho comprender sus motivos para casarse con otra. Pero, ¿por qué iba a hacerlo? En los largos meses que siguieron, ella había resuelto los acontecimientos que habían provocado su malentendido.

Todas las cartas anteriores a la boda habían sido malinterpretadas por ella a causa de sus esperanzas infantiles. Él nunca había tenido intención de casarse con ella, pero en su encaprichamiento adolescente, ella se había permitido pensarlo. En cada carta había inyectado sus propios deseos e intenciones, incluida aquella última carta de Elizabeth y Ambrose. Todos habían supuesto que Jaime sabía de la próxima boda de Malcolm con Flora MacDonald. Su entusiasmo por reunirse con ella en la isla de Skye no había tenido otro motivo que volver a verla. Qué tonta había sido. Pero tonta o no, había sufrido una miseria que había amortiguado algo en su interior.

"Nunca conocí a Flora del modo en que un marido conoce a su mujer. Nunca tuvimos ocasión de desarrollar un verdadero afecto; desde luego, nunca aprendimos a querernos como debería hacerlo una pareja casada. Pero la respetaba y admiraba su valor. Se enfrentó a su destino

con la fortaleza de una guerrera". Acarició con los dedos la línea de su mandíbula, momentáneamente perdido en algún pensamiento. "Supongo que fue lo mejor que el final llegara tan rápido". Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella. "Ahora lo sabes todo".

"Lo siento, Malcolm".

Se encogió de hombros y apartó la mirada. Pero al cabo de un momento se volvió y la miró. "He respondido a tu pregunta, pero tú has ignorado la mía".

"¿Tu pregunta?", repitió vagamente, fingiendo ignorancia.

"Sí, al venir a Skye. Ese vestido".

"No tiene importancia". A Jaime le tocó encogerse de hombros. No tenía ningún deseo de responder a su pregunta. Después de oír todo lo que sabía sobre Flora y su matrimonio, Jaime se moriría antes de admitir ante él lo que habían sido unas esperanzas tontas e infantiles. "Pero dime, Malcolm. ¿Qué pasa ahora?"

"¿Aquí? Dímelo tú. Yo soy el prisionero".

"No, quiero decir en el Skye", corrigió ella. "Entre los MacLeod y los MacDonalds".

"¿Qué más? Han vuelto a las andadas".

"¿Pero por qué?" preguntó bruscamente Jaime. "¿Así es como honran la memoria de la mujer?"

Malcolm enarcó las cejas, sorprendido. "Jaime, querido, apenas se han dado cuenta de su fallecimiento. Los pescadores siguen peleándose por los mejores lugares para pescar. Los campesinos siguen echando pestes cada vez que roban una oveja. Cada vez que un muchacho MacLeod silba a una bonita muchacha MacDonald, tengo que enviar guerreros para separarlos".

"¿No hay nada que Duncan y tú podáis hacer? ¿Para que vivan juntos pacíficamente?"

"Sí, rompemos algunas cabezas cuando es necesario y razonamos con ellos cuando nos escuchan". Malcolm levantó una rodilla y la apoyó distraídamente en la espalda de Jaime. "Duncan es un hombre bastante decente. No hay enemistad entre nosotros. Pero el resto... son isleños. Llevan mil años desconfiando unos de otros, incluso odiándose. Hará falta algo más que los deseos de una moribunda para curar esas heridas. Los dos clanes deben estar unidos por la sangre. Son -cada uno de ellos- tan testarudos como cualquier Highlander, y los hombres robarán una oveja y se matarán entre sí con tanta alegría como si se acostaran con una mujer". Su mirada se posó en ella con picardía. "Pero ahora que lo mencionas, Duncan y yo hablamos de un plan. De uno que con el tiempo podría dar sus frutos".

Se animó enseguida. "Cuéntame".

"Bueno, Duncan MacDonald ha tomado una nueva y bonita esposa estos seis meses, y cuando me fui a Rotterdam, el viejo toro estaba -según todos los indicios- ocupado en producir un nuevo heredero".

Jaime se sonrojó ante la imagen, pero entonces comprendió las ramificaciones del anuncio de Malcolm. "¿Y? Supongo que espera que te cases con este nuevo vástago".

Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Malcolm. "Pues te lo agradezco, muchacha. Es un gran cumplido que pienses que estaré... bueno, *a la altura* tan tarde".

Se sonrojó. "Lo que... lo que quería decir era...". Jaime se aclaró la garganta, intentando sonar imperturbable. Pero con la pierna de él cómodamente apoyada en la suya, le resultaba demasiado inquietante seguir sentada a su lado en la cama. Le pareció mucho más sensato ponerse de pie.

Sin embargo, una mano firme descendió sobre su brazo, obligándola a permanecer donde estaba. "¿Ah, sí? ¿Qué decías?"

Jaime bajó la mirada hacia su regazo. Las venas de su mano ancha y bronceada parecían fuertes cuerdas que corrían hacia unos dedos gruesos y poderosos. Con la cara ardiendo, Jaime

forzó las palabras. "Muchos hombres... muchos se casan más tarde con mujeres más jóvenes".

"Supones, por supuesto, que el historial de Duncan con esta esposa resultará mejor que el resto".

"¿El resto?" Sobresaltada, levantó la vista hacia él. "¿Han sido muchos?"

"Creo que el hombre ha enterrado al menos a cinco esposas, y Dios sabe cuántas amantes ha tenido el viejo toro".

Ella le miró con los ojos muy abiertos. ¿Esposas? ¿Amantes? Desde luego, aquello era muy distinto a la forma de comportarse de los Macpherson. Su tío Alec era laird. Incluso había gobernado las islas de Skye y Lewis mientras Malcolm era un muchacho. Pero estaba segura de que siempre se había dedicado a una mujer, Fiona. Sí, devota. Al menos, estaba *bastante* segura.

"Duncan sólo tuvo un hijo de todas esas mujeres", continuó Malcolm. "Así que las posibilidades de que tenga otro heredero son un poco remotas. Pero no se dará por vencido, por Dios, por mucho que lo intente. Así que, muchacha, ¿quién soy yo para desanimarle? Aunque Duncan es más feo que un perro viejo, este nuevo es bastante guapo y joven. ¿Quién soy yo para impedirselo?"

"Entonces, si tu plan es no esperar y casarte con... su próximo heredero infantil".

"Suponiendo que sea una niña".

"Si no vas a esperar, ¿cómo esperas unir a los dos clanes?"

"Bueno, muchacha, he estado pensando en buscarme un heredero", dijo, con el rostro cada vez más sobrio.

"¿Oh?"

"Sí. De ese modo, si Duncan y su nueva esposa llegan a tener un hijo... bueno, eso será algo que nuestros hijos tendrán que resolver entre ellos".

"Por supuesto", respondió ella con ligereza. "Parece bastante sencillo".

"Me alegro de que pienses así, Jaime". Sus dedos se cerraron como una prensa sobre el brazo de ella, y había un brillo en sus ojos. "Entonces, ¿estás preparada para tener a mi hijo?"

Capítulo Catorce

"¿UNA boda en pleno verano, tal vez?", sugirió el duque de Norfolk, mirando a Robert Radcliffe, conde de Essex y nuevo Lord Gran Chambelán, al otro lado de la mesa.

"Es demasiado pronto", respondió Essex, mirando sin compromiso un pergamino que tenía en la mano. "Aunque esperamos recibir noticias cualquier día sobre las negociaciones con la familia de la reina, no es razonable esperar que el rey anule oficialmente su matrimonio con Ana de Cleves hasta finales de julio".

"Una boda de otoño, entonces", gruñó irritado el duque.

"No, Norfolk. Demasiado tarde para el gusto del rey".

Catherine Howard levantó su copa de vino y miró con petulancia a los dos hombres apiñados en un extremo de la mesa. Su tío y el Lord Chambelán eran dos de los ancianos más aburridos que existían, estaba convencida de ello. Mirando fijamente la calva del Lord Chambelán, decidió que probablemente se desplomaría en un montón de polvo si alguien le sacudiera. Miró a los sirvientes y empleados que formaban dos pequeños grupos junto a la puerta y se preguntó cuál de ellos sería lo bastante hombre para hacerlo. Con un silencioso suspiro, volvió a mirar a los dos nobles que hablaban de su boda, de todos los detalles del maldito asunto.

Catherine estaba aburrida. No recordaba haberse aburrido nunca tanto. Llevaba más de media hora en aquella habitación escuchando sus tonterías. ¿Por qué, pensó con rabia, no podían acabar de una vez? ¿Y por qué necesitaba estar aquí?

Suspirando audiblemente esta vez, dio la espalda a los dos hombres y su mirada se posó en Edward, sentado en el extremo opuesto de la larga mesa. Sus ojos lo devoraron por completo. Su apuesto rostro también mostraba una expresión de aburrimiento, y sus ojos sólo parpadearon momentáneamente en dirección a ella. Se dio cuenta de que se obligaba a mirar más allá de ella; incluso su expresión de hastío había desaparecido. Pero sabía que no podría apartar los ojos de ella durante mucho tiempo.

Volver loco de deseo a Edward siempre había sido un deporte favorito de Catherine, y en el que era bastante experta. Lanzando una mirada despreocupada por encima del hombro a los dos hombres mayores, Catherine se paseó lentamente por la sala, sosteniendo la copa fría contra la mejilla con una mano y dejando que la otra recorriera los respaldos de las sillas de madera tallada. Sus ojos se centraron en el rostro de Edward, en sus ojos grises, en sus labios carnosos. Al contemplar aquella boca, podía sentir cómo sus labios y su lengua le tiraban de los pezones. Oh, cómo la había hecho gritar de éxtasis, con su larga y gruesa polla dentro de ella.

Sintiendo que el deseo se agitaba en lo más profundo de su vientre, Catherine siguió avanzando hacia él. Edward había apartado la silla de la mesa y estaba sentado con las piernas abiertas, una mano apoyada en la superficie de madera pulida. Junto a su mano, sobre la mesa,

había una jarra de vino. El pecho de Catherine se hinchó ligeramente al pensar en lo que ocurriría si los dos estuvieran solos en ese momento. Ella se colocaría justo delante de él y se levantaría las faldas. Como siempre, él estaría demasiado impaciente para dejarla desnudarse. Se subiría a su regazo, a horcajadas sobre él. Liberar su virilidad de la bragueta sería una tarea sencilla. Podía sentir el calor de su aliento en la piel mientras sus fuertes manos le bajaban el vestido. Sus dientes y su lengua, ásperos en el pezón. Su excitación, palpitante y dura, tanteando sus húmedos pliegues y clavándose profundamente entre sus piernas. Catherine se detuvo, estremeciéndose involuntariamente por el regocijo de aquella visión.

Dejando escapar un largo suspiro, se acercó aún más. Las dos voces roncas zumbaban detrás de ella. Catherine se estremeció al ver los ojos de Edward, centrados ahora en cada uno de sus pasos, que se elevaban sólo para detenerse en el contoneo de sus caderas, volvían a elevarse y se detenían en sus pechos al posar allí la copa sobre su piel. Sintió la humedad entre sus piernas y la tirantez de su vientre, que pedía a gritos el contacto de aquel hombre.

Catherine se detuvo a su lado y, con un gesto despreocupado, despidió a un criado que se acercaba, cogiendo ella misma la jarra de vino. Sus faldas rozaron seductoramente la rodilla de una de las botas altas de él.

"¿Has pasado una mañana agradable, primo?", preguntó dulcemente, llenando la taza hasta arriba.

"Muy entretenido", gruñó en voz baja.

"¿La caza ha ido bien?"

"La caza aquí es muy abundante". Sus ojos se detuvieron significativamente en sus pechos antes de desviar la mirada hacia los sirvientes. Estaban demasiado lejos para oír nada.

"Ah, pero tan poco tiempo para las actividades verdaderamente placenteras".

"Sí, primo". Su mirada se volvió lentamente y se clavó en los ojos de ella. "Y parece que el tiempo para esos placeres es cada vez más corto".

"Podrías llevarme aquí mismo, si eso fuera más de tu agrado". Los ojos de Catherine recorrieron la habitación. Su pierna rozó sugestivamente la rodilla de él.

Una sonrisa irónica cruzó el rostro de Edward. "Creo que eso podría alterar las negociaciones que se están llevando a cabo en el otro extremo".

"Pero sin duda añadiría algo de emoción".

Edward la miró fijamente. "¿Emoción? Sí. Y también peligro".

"Creía que vivías para el peligro, prima". Catherine se llevó la taza a los labios y dejó que su lengua rosada lamiera seductoramente el borde. Sus ojos no se apartaron de su boca. "Estoy segura de que la recompensa merecería el riesgo".

"Yo también estoy segura".

"Entonces, tal vez, esta noche".

"Catherine. Edward".

La voz de su tío cortó su conversación como aguanieve de Cuaresma. Cerrando los ojos, trató de controlar su repentina ira, su enfado por su intromisión. Cuando Edward se puso en pie, ella los abrió, volviéndose con la mirada de una sobrina recatada y obediente. "¿Necesitas algo de mí, tío?".

Norfolk apartó bruscamente su silla de la mesa, y el Gran Chambelán hizo lo mismo.

"Haz subir los documentos, Essex, si quieres". dijo Norfolk al otro hombre, con una nota de satisfacción evidente en su tono.

El Lord Chambelán asintió y se inclinó ante Catalina. "A tus órdenes, señora".

"Está decidido", dijo el duque de Norfolk, frotándose las manos mientras Essex y su séquito

salían de la cámara. "Suponiendo que concluyan las negociaciones en Flandes sobre el futuro de la reina, os casaréis a finales de julio. Y, al parecer, al rey le da igual que se celebre aquí, en Kenninghall, o en la barcaza real del Támesis".

Catalina asintió. "Gracias, Alteza".

"Eduardo", dijo el duque, enrollando el pergamino sobre la mesa. "Creo que sería muy político por tu parte casarte con Jaime después de que el rey y Catalina se casen".

"Lo que creas conveniente, padre", respondió Eduardo con indiferencia.

"Además -continuó Norfolk-, aún tenemos que resolver los detalles de las propiedades de su abuelo. Y no creo que los malditos Macpherson estén dispuestos a renunciar a las tierras de Kent sin que se les retuerza un poco el brazo".

"Muy bien", aceptó Edward, mirando el rostro de Catherine. Tenía la piel lívida por la rabia. Sus ojos eran puñales de furia.

"Vamos, Catalina, Eduardo". El duque se dirigió a la puerta sin mirar atrás. "Tenemos mucho que hacer".

"Te seguiremos en un momento", dijo el caballero, intentando mantener la voz uniforme mientras su padre salía de la habitación.

"¿Vas a casarte?", siseó en voz baja en cuanto la puerta se cerró tras el duque que se marchaba.

Asintió: "Sí, ¿por qué no?".

"¿A Jaime? ¿A un escocés mestizo?"

"A nuestro primo", respondió en voz baja.

"No es prima mía. Es una mojigata interesada. Es una escocesa... apenas más que un animal. No sabe lo que es correcto. Mezcla sirvientes y amos, por el amor de Dios".

Edward apartó la mirada, intentando distanciarse de su ira.

"Trabaja más rápido de lo que pensaba". Catherine golpeó la taza contra la mesa. "Dime, ¿cómo es en la cama?".

Ignoró su pregunta. "Deberíamos irnos".

"Debe de ser asquerosa. Si no, habrías venido a presumir conmigo". Soltó una risita maliciosa. "Debe de ser su dinero".

Su rostro se ennegreció y sus ojos se convirtieron en estrechas rendijas de acero, pero Catalina estaba demasiado enfadada para darse cuenta. Edward y ella eran amantes desde mucho antes de que ella se marchara a la corte. Él la había tomado por primera vez cuando ella sólo tenía catorce años. Y había acudido a su cama todos los días desde que había llegado aquí. No le importaba lo más mínimo con quién se casara. Pero enterarse por el viejo duque, y no por él, de que iba a casarse con aquella libertina medio escocesa, medio francesa. Cobarde, pensó.

"Bueno, *querido* primo, nunca pensé que llegaría este día".

"El matrimonio entre nosotros nunca fue una posibilidad", empezó Edward.

"¿Matrimonio? ¡Ja!" Su risa despreocupada tenía el filo de una cuchilla. "No, me refiero al día en que te doblegarías a depender de tu esposa. A pedirle a su padre, una bestia escocesa, una asignación para gastos. A *que te* proporcionen un hogar". Una sonrisa desagradable apareció en su rostro. "Dime, ¿lleva ya tus pelotas en el monedero?".

"Catherine", gruñó amenazadoramente.

"Tal vez preferirías vivir en Escocia. No es ningún secreto en la corte que, una vez que muera el viejo duque, tu hermano Surrey te dejará sin un penique".

Vio cómo las manos de Edward se cerraban en puños a su lado, cómo apretaba la mandíbula y los músculos laterales de su cara se crispaban nerviosamente. Bueno, pensó satisfecha, había

dado en el clavo.

"El segundo hijo", continuó, con un tono de fingida lástima. "Pobre Edward, el chico necesita casarse con una chica rica para sobrevivir. Edward desesperado, vendiendo su orgullo y poniendo su cuello bajo el pie de su enemigo, sólo para que le paguen el sustento".

Se inclinó hacia delante y enganchó los dedos en su cinturón. Su susurro apenas era audible cuando le habló. "Pensándolo bien, yo podría cuidar de ti, primo. No olvides que voy a convertirme en tu reina. Y debes complacerme como a mí me plazca. Sí, compláceme *bien*, Eduardo, y tal vez te dé lo suficiente para mantenerte alejado de las garras del escocés".

Sin decir una palabra más, Catalina giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, sin ver la mirada, fría y despiadada, que él dirigió hacia ella.

Capítulo Quince

JAIME INTENTÓ SALTAR de la cama, pero el firme agarre de Malcolm sobre su brazo la mantuvo en su sitio.

"¿Te has vuelto loca?", gritó.

"No lo creo. ¿Parezco loca?"

Ella sacudió la cabeza con incredulidad. "Pero tú... eres viudo..."

"¿Crees que los viudos reniegan de las mujeres cuando mueren sus esposas?"

"¿Pero qué hay de tu dolor? ¿Tu pérdida? No puedes... pensar en esas cosas... tan poco tiempo después de su muerte".

"Por el Rood, Jaime, hace más de un año que murió Flora. En la más trágica de las circunstancias, no se podía esperar que un hombre...". Al hacer una pausa, el rostro de Malcolm estaba tranquilo y su mirada directa. "Ni siquiera me acosté con Flora. A los ojos de la ley, supongo que nunca estuvimos realmente casados. Nunca consumamos nuestro..."

"Por favor", dijo ella exasperada. "No tienes por qué contarme los detalles. Pero creo que es bastante insensible por tu parte albergar tales pensamientos".

Se levantó de la almohada y la acercó a su pecho. "Todavía mi pequeña criatura contenciosa", susurró suavemente, aspirando su dulce aroma. Ya había notado las curvas femeninas de su cuerpo bajo los vestidos, el suave contoneo de sus caderas, la turgencia de sus pechos. "Sigues discutiendo, peleándote sin más motivo que participar en una buena pelea".

Intentó liberarse, pero su esfuerzo fue poco entusiasta, en el mejor de los casos. "¿No hay razón?", desafió, mirándole con toda la fiereza que pudo. "Me pides que dé a luz a un hijo ilegítimo, ¿y a eso no le llamas razón?"

"No tienes motivos para tener miedo".

"No tengo miedo".

"Muy bien, entonces". Asintió. "Debo decirte que pienso hacer mi parte".

"¿Tu parte?"

"Sí". Malcolm asintió con una sonrisa maliciosa. "Me he curado lo suficiente como para hacerte el amor". Sintió que sus dedos jugueteaban ligeramente sobre su brazo. "Estoy seguro de que soy lo bastante hombre para proporcionarte placer. Quizá incluso grites mi nombre. Pero no pedirás más, de entrada, porque te satisfaré, muchacha. Créeme, lo disfrutarás enormemente".

Sintió que se ruborizaba hasta la raíz del pelo. Tardó un momento en recuperar el aliento. ¿Podría estar ocurriendo esto? Se quedó mirando mientras Malcolm cambiaba de peso y le ponía la mano en la pierna. Un relámpago estalló en el cerebro de Jaime.

"¡Eres un granuja, un bribón y un canalla, Malcolm MacLeod!", gritó ella, retorciéndose de nuevo en un intento infructuoso de levantarse de la cama. "Y si crees que puedes asustarme -o

intimidarme- con esa cháchara maleducada y grosera, entonces has...".

"Siempre he pensado que te gustaban los niños".

"Me gustan los niños. Me encantan los niños". Se dio la vuelta y lo miró con desprecio. "Siempre que no sean hijos tuyos, asqueroso, desconsiderado, roba ovejas...".

"Serás perfecta para el trabajo", interrumpió. "Eres inteligente y saludable. Tienes buena constitución".

"No soy un caballo, Malcolm".

"Lo sé, mi dulce. Si quisiera producir un potro que fuera mi heredero, nunca acudiría a ti, muchacha. Como potra, eras lo bastante rápida en terreno corto, pero para una carrera larga...". Su voz se apagó dubitativa.

"Te atropellé siempre, Malcolm MacLeod, y lo sabes. Y eso en *cualquier* distancia".

"Eso fue porque te dejé", respondió juguetonamente.

"¿Dejarme?", preguntó incrédula. "Solías esconderte como una serpiente entre la hierba".

"Sí. Y siempre he sabido que serías tan sabrosa como alguna de esas ratas de campo que me hacían compañía mientras esperaba a que me alcanzasen".

Tardó un momento en asimilar sus palabras y empezó a reírse. "Menudo cumplido", consiguió decir.

Agitó la mano en el aire. "Sólo lo mejor para ti, muchacha".

"Nunca imaginé que un MacLeod pudiera ser tan refinado en su cortejo". Jaime apartó la mirada de su rostro sonriente y se quedó mirando al frente, intentando borrar la sonrisa de su cara. La verdad era que hacía años que no se sentía tan feliz. Simplemente por poder sentarse con él, por hablar con él. Su sonrisa desapareció sin dejar rastro al recordar que aquel momento no podía durar. La realidad de su situación acechaba al otro lado de aquella puerta cerrada. Su tono fue más comedido cuando volvió a hablar. "¿Dónde estábamos?"

"Creo, muchacha, que te disponías a aceptar mi oferta".

Ella frunció el ceño, pero él se rió y le rodeó la cintura con un brazo, acercándola aún más a él. Apretada contra él, podía sentir su calor. Sentía cómo su propia excitación aumentaba, palpitando en su sangre. Había algo muy familiar en estar cerca de él. Algo mágico, como un sueño recordado. Como el olor del campo de avena tras la cosecha, o el indefinible olor de la nieve en el aire.

"Entonces", preguntó ella, "¿ya no estás enfadada conmigo?".

"No". Sacudió la cabeza. "Pero creo que sigues enfadada conmigo".

Ella dudó un momento en contestar. Él la pinchó en el costado, haciéndola reír.

"Respóndeme, zorra".

"No puedo seguir enfadada contigo, Malcolm. Al menos, no por hoy".

Una gran mano cubría otras dos más pequeñas que revoloteaban nerviosas en su regazo. Sus ojos brillantes, sus ondas en cascada de pelo negro satinado, sus labios esculpidos; Malcolm se estaba enamorando de una mujer que había conocido toda su vida, pero que nunca había conocido. Entonces, las palabras de la mujer lo asimilaron, haciéndole tomar conciencia de algo nuevo. Como si atravesara capas de niebla, la vio con claridad. Dejó a un lado todas las burlas, olvidó todos los tormentos del pasado, olvidó su propia ira y ahora veía a Jaime.

Su Jaime. Así era como siempre se había referido a sí misma. Ahora sabía que siempre la había dado por sentada. Jaime era suyo, y eso era un hecho. Ahora todo estaba muy claro. ¿Qué derecho tenía a culparla de los acontecimientos de los últimos días? Si alguien debía cargar con la culpa, debía ser Malcolm MacLeod, y nadie más. En el fondo de su corazón, había sabido desde el principio que Jaime no le había traicionado ante esa gente: estaba intentando salvarle la

vida. Y todo eso, incluso después del dolor que le había causado el día de su boda.

Por eso le perdonaría sólo por hoy. Todas las palabras airadas, todos los insultos... no eran nada comparados con la decepción que debió de sufrir al entrar en la iglesia y verle con otra.

Ella no tenía que responderle, él sabía la verdad. No había sido una broma. Se había puesto aquel vestido con el propósito de casarse con él aquel día en la isla de Skye. Siempre había pensado en ellos como dos cuerpos con una sola alma, destinados el uno al otro. Y, a decir verdad, nunca había intentado quitarse esa creencia de la cabeza. La había dejado seguir adelante, soñando que él también había compartido aquella fe. Tal vez él también lo supiera de verdad, guardando la creencia en algún oscuro recoveco de su mente. Y se había pasado la vida esperándola.

Pero cuando ella se había ido a Francia, y él se había enfrentado a los problemas de los clanes de Skye, el destino había tomado cartas en el asunto. El matrimonio con Flora -por el bien de su pueblo- era el camino adecuado. Estaba seguro de que traería la paz a la isla de Skye y a las Hébridas. Pero se había equivocado.

Malcolm alargó la mano y dejó que un mechón de su suave cabello resbalara sobre sus dedos. Jaime había vuelto a su vida como una mujer. Una mujer hermosa.

Sus ojos se encontraron. Jaime supo que algo le estaba ocurriendo a ella... a ellos. El amor de su vida por él, encadenado y encerrado durante el último año, estaba rompiendo sus cadenas, escapando de la celda enrejada en lo más profundo de su ser. Dejó que sus ojos exploraran su rostro. Su barba crecida. Su boca sensual y sin sonrisas.

Su voz era suave. "¿Recuerdas cuando te ibas a Francia y viniste a buscarme al otro lado de las colinas?".

Sintió que el ardiente enrojecimiento le invadía la cara y dejó escapar un profundo suspiro. "Oh, por favor, no me recuerdes mi miserable comportamiento. Me lo he recordado demasiadas veces en los últimos días y...".

Malcolm le pasó suavemente una mano por los labios para acallar su preocupación.

"¿Recuerdas, Jaime, cómo el brezo se extendía hasta las crestas de las colinas y bajaba hasta las mismas orillas del río Spey?".

Ella asintió lentamente y bajó los ojos a su regazo. "Aquel día no pensé en el brezo, Malcolm".

Sus dedos agarraron suavemente la barbilla de ella y la levantaron hasta que sus ojos volvieron a encontrarse. "Lo sé, muchacha. Querías algo de mí que yo no podía darte".

Se sintió arrastrada por las profundidades arremolinadas de sus ojos oscuros. Volvía a ser aquella jovencita que deseaba desesperadamente ser besada por aquel hombre. Su propia existencia dependía de ese único roce de sus labios con los suyos.

"Recuerdo demasiado bien aquel día", susurró finalmente.

Si sintió algún dolor, su rostro nunca lo mostró mientras sus fuertes manos la giraban sobre la cama hasta que quedaron tumbados frente a frente. Un delicioso escalofrío la recorrió cuando él levantó la mano y le tocó la cara. Sintió un hormigueo en la piel, y la sangre de su cabeza se aceleró al mismo ritmo que los latidos de su pecho. Cuando él le pasó la punta de los dedos por la piel, ella inclinó la cara hacia él. Trazó el arco de su frente, la longitud de su nariz y le pasó el pulgar por los labios entreabiertos. Cada lugar, a su vez, quedaba abrasado por su tacto.

"¿Recuerdas lo que querías de mí entonces?"

Ella asintió.

"Pregúntame", dijo roncamente, levantando ambas manos y enredándolas en sus negros mechones. "Mi bonnie Jaime. Pídemelo ahora".

Sus ojos se conectaron y un relámpago de deseo llenó el espacio que había entre ellos.

"Bésame, Malcolm".

Sus labios reclamaron los suyos en un beso que la estremeció de pasión. La envolvió en sus brazos. Como una flor afectada por la sequía que siente las primeras gotas de lluvia, ella extendió la mano, saboreó, se enderezó y abrió sus pétalos para recibir más. Había esperado tanto. Aferrándose a su pelo y devolviéndole el beso, se estremeció en la alegría de su abrazo.

"Mi bonnie, bonnie Jaime", susurró, echándose ligeramente hacia atrás y llevándosela con él mientras se recostaba en la cama. "¿Cómo he podido dejarte marchar?"

Se puso a su lado, evitando sus heridas. "Pensé que te había perdido para siempre. ¿Cómo ha podido ser?", susurró, acercando su rostro y rozando sus labios con los de él. "Esto sólo puede ser un sueño".

"Esto no es un sueño". Giró su cuerpo para mirarla. Estaban tumbados uno al lado del otro. Uno frente al otro. Bebiendo de sus labios. Perdidos en la abundancia de sentimientos que brotaban de sus almas.

Nunca habían abrazado a Jaime de la forma en que Malcolm la abrazaba ahora. Sus dedos peinaron con caricia su largo pelo castaño. Rastreó los suaves surcos de su oreja, la línea de su mandíbula bigotuda. Sus ojos estaban fijos en los de ella, y ella podía ver en ellos tanto ternura como deseo.

Su mano alisó la tela del vestido, acariciando ahora su espalda, ahora su costado, ahora tocando la curva de su cadera, el perfil redondeado de sus nalgas. Jaime inspiró cuando la mano de él subió lentamente, acariciando el costado de su pecho mientras sus labios continuaban su apasionado festín.

"Te has vuelto tan bonita... tan mujer", gruñó. "Digna de un hombre mejor que yo".

"Bésame", susurró ella contra sus labios. "Besa a esta mujer".

La sangre del montañés, que ya rugía en su cabeza, se aceleró al oír la voz ronca de la mujer. El deseo pareció cobrar vida propia y lo llevó al límite de su control. Rodó hacia ella, aplastándola contra sí.

"Te deseo, Jaime. Te deseo con todas mis fuerzas". Su boca descendió en un beso, exigente y duro.

Su boca era caliente, posesiva, carnal. Los ojos de Jaime se abrieron de par en par cuando la lengua de Malcolm recorrió sus labios carnosos y húmedos, buscando la entrada y encontrándola. Antes de que pudiera resistirse a su invasión, estalló en ella una cruda pasión. Su contención desapareció en un instante. La lengua de Malcolm se frotó audazmente contra la suya, desafiándola a seguirle.

Era una locura y Malcolm lo sabía, pero no podía detenerse. Ella se apretó contra él, arqueando la espalda cuando él se apartó de su boca y arrastró los labios hacia abajo, por la barbilla y la piel de la garganta. Por el Rood, la deseaba. Y la tomaría, aquí, en esta cama. Sus dedos le acariciaban la espalda desnuda con las puntas. No importaba que otro la hubiera tomado antes que él. No había sido culpa suya. Entonces lo había creído perdido para ella. Él mismo había sido responsable de ello.

Sus dedos acariciaron suavemente su piel de marfil, desde la garganta hasta la redondez de sus pechos. Podía sentir el calor de su cuerpo, la firmeza de su carne, los temblores que le provocaba su contacto. Un gemido de placer en lo más profundo de su garganta le llenó de certeza.

Ahora. Este momento. Este es el momento que más importa, lloró en silencio. Y lo que ocurra a partir de este momento. A partir de este momento, juró Malcolm, ella sería suya. Para

siempre en la eternidad, ella le pertenecería.

Le bajó el escote del vestido hasta que sus pechos quedaron libres. Sus labios se fijaron en el pezón que se erguía en el centro de la aureola rosada. La oyó jadear y la sintió florecer bajo él. Sus manos le tiraron del pelo, apretando aún más su cara contra su pecho. Luego, mientras seguía mamando, pasando de un pezón a otro, sintió que la rodilla de ella se levantaba instintivamente y se apoderaba de su muslo.

La oleada de calor que recorría su cuerpo encendió los sentidos de Jaime con una energía explosiva. Su mente giraba confusa ante aquellas nuevas sensaciones, mientras su cuerpo pedía más a gritos. Arqueó la espalda cuando su lengua le lamió los pechos y perdió la capacidad de respirar cuando su mano le subió la falda por encima de las piernas. Jadeó de asombro y placer cuando sus dedos le acariciaron la piel de las piernas por encima de las medias. Cuando su mano encontró la unión de sus muslos, Jaime se deleitó con las oleadas de calor blanco que la recorrieron y amenazaron con anular toda razón.

Cuando él levantó la cabeza de sus pechos y la miró profundamente a los ojos, ella deslizó la mano hacia abajo, sobre la nalga y la cadera de él. Jaime podía sentir su excitación, gruesa y caliente, presionando contra su muslo. No le importaba que él la considerara una libertina. Aquel momento, aquella pasión creada por el contacto de sus cuerpos, era muy diferente de la aversión que sentía por el trato que Edward le daba. No, pensó a través de la niebla ardiente de su interior, todo con Malcolm parecía tan correcto. Tan perfecto.

Luchando por controlarse, el montañés contempló a la belleza que tenía entre sus brazos, sabiendo que moriría si no tomaba a Jaime ahora. Más que ninguna otra cosa, deseaba enterrarse profundamente dentro de ella, llevarla a cotas de placer inimaginables y verter su semilla en su interior. Contempló sus labios hinchados, sus pechos turgentes, enrojecidos en algunas partes por su rostro áspero y sin afeitar. Enganchó el pulgar en su ropa interior.

"Dime que pare si quieres, Jaime", dijo desgarradamente, empleando las últimas fuerzas que le quedaban. "Dime si quieres parar ahora, porque no esperaré mucho más".

Tenía el cuerpo rígido, todos los músculos tensos y duros como el acero. Sus labios estaban a un suspiro de los de ella. Pero sus ojos no se apartaban de ella, recorriendo sus rasgos y acariciando suavemente su rostro. Jaime hizo una breve pausa y acercó su boca a la de él.

Gruñó en el fondo de su pecho mientras arrancaba la tela.

"¿Has visto a tu ama?" preguntó bruscamente María, que se había acercado sigilosamente por detrás.

Sobresaltada, Caddy se giró, haciendo que la bandeja que llevaba se golpeará con fuerza contra el marco de la puerta de roble. La comida y la bebida cayeron por la pared y se esparcieron por el suelo del pasillo. Uno de los dos soldados que estaban cerca empezó a reírse, pero se ahogó al percibir las feroces miradas que le lanzaban las dos mujeres.

"Oh, mira lo que he hecho", murmuró Caddy para sí, poniéndose en cuclillas y empezando a recoger algunos trozos de una jarra de gres rota.

"Caddy", repitió Mary, poniendo un cuenco de madera en la bandeja.

"Ahora tendré que volver a Cook a por más comida". El rostro de la mujer mayor se tensó en un ceño preocupado. "Oh, la lengua en la cabeza de ese hombre".

"¡Caddy!"

Caddy enderezó la espalda y miró el rostro serio de la joven. "¿Sí, ama?"

"¿Dónde está la señora Jaime?"

"¿Dónde, ama?" Caddy miró confusa a su alrededor. Una mancha oscura de cerveza pequeña marcaba la puerta cerrada.

Mary siguió su mirada. "¿Está ahí dentro con el escocés?" preguntó Mary con impaciencia.

"¿No es así, ama?". La alarma iluminó el rostro de Caddy. Miró acusadoramente a los guardias. "La dejé allí, ama Mary".

"¿Está ahí a solas con el hombre?". Mary se puso en pie, sobresaliendo por encima de la mujer arrodillada. Sacudió ligeramente la cabeza rubia y miró a los hombres que custodiaban el pasillo. Al hacerlo, aparecieron dos soldados más, que se acercaban por el pasillo.

"¿Qué hay de malo en ello, ama?" preguntó Caddy, de nuevo perpleja. "Aunque ha recuperado el uso de la lengua con bastante rapidez, el hombre apenas es capaz de levantar un miembro de la cama. Ama Jaime me envió a la cocina. Sí, eso no fue más de lo que tardé en ir y volver. Le estaba curando las heridas de la cabeza. Sólo ha estado allí sola... bueno, ni un momento ni dos, ama".

Mary alcanzó el picaporte y, sin llamar, empujó la puerta.

Caddy levantó la vista a tiempo de ver cómo el rostro de la joven palidecía como un cadáver. Mary se llevó una mano sin sangre a la boca, sofocando un grito de asombro.

Capítulo Dieciséis

LAS HORRIBLES CRIATURAS -ANTES ANCIANOS, antes humanos- le clavaron las garras en el cuerpo. La tenían. Atrapada, encerrada, indefensa.

Incapaz de apartarse, miró a través de los harapos que llevaban las llagas ulcerosas de su carne putrefacta. Aquí y allá, los huesos -secos y calcáreos- asomaban a través de la piel arrugada y correosa. Como un círculo de animales hambrientos, la miraban a través de cuencas negras y sin ojos. Unas manos grises y huesudas se aferraban a ella, desgarrando el vestido que llevaba, lo que de pronto se le ocurrió que en otro tiempo había sido un traje de novia.

Sus manos y pies estaban sujetos por manos descarnadas. Oyó a lo lejos el tañido de las campanas, como si estuvieran en otro mundo. Quiso gritar, pero una mano fría y maloliente le tapó la boca. De repente, a sus pies se abrió el círculo y lo vio. Más horrible que la propia Muerte, el monstruoso cadáver estaba de pie, excitado y preparado entre sus piernas.

Catherine se incorporó de golpe, despertada por su propia visión perturbadora. Una vela parpadeaba sobre la mesa, junto a su cama, y una figura oscura se cernía sobre ella. Aterrorizada, respiró hondo, pero una mano enorme ahogó su grito. Miró los ojos grises de Edward y vio en ellos la lujuria familiar, aguda y depredadora.

"¿Ya está húmeda?", susurró, empujándola bruscamente de nuevo sobre la cama. Con un dedo, le recorrió las gotas de sudor desde la frente hasta un lado de la cara, la garganta y la abertura de la camisa, por encima de los pechos.

Torció la boca en una sonrisa irónica. "Perdí la esperanza de que vinieras".

"¿Así que has empezado sin mí?", preguntó él, retirando con un rápido movimiento las mantas de su cama.

Catherine jadeó de sorpresa cuando él tiró bruscamente de la parte inferior de su camisón y hundió dos dedos en los pliegues que había entre sus piernas. Pero sólo tardó un momento en adaptarse, y ronroneó de placer cuando él empezó a acariciar su feminidad.

Su tono era áspero, pero ella apenas se dio cuenta. "¿O estabas soñando conmigo, querida prima? Ya estás mojada. Eso es seguro".

"Oh, Edward", jadeó ella, deleitándose con las sensaciones que le provocaba su tacto. "Este... este horrible sueño. Había ancianos... de pie... dispuestos a tomarme. Estoy tan... mmm... contenta de que hayas venido".

"Aún no me he corrido, querida". Rápidamente retiró los dedos de entre sus piernas y, agarrándola por las muñecas, la incorporó de un tirón sobre un lado de la cama.

Catalina, con la boca hecha un mohín ante su brusquedad, lo miró, alto y apuesto, de pie ante ella con las piernas abiertas. Su rostro era oscuro y sombrío, y su actitud, magistral.

"Vaya, ¿no nos sentimos varoniles esta noche?". Ella buscó el jubón con las manos, pero

Edward la agarró por las muñecas y se las bajó con brusquedad.

"Desátatelo", ordenó, refiriéndose al pronunciado bulto de su manguera.

"Es una tarea encantadora para tu futura reina", respondió Catalina, sonriendo y tirando de los lazos que sujetaban su bragueta. "Aunque después de lo que he pasado esta noche, después de ese horrible sueño. Aún me estremezco al pensarlo".

Se detuvo cuando la bragueta se abrió y la virilidad de Edward quedó libre. Tarareando apreciativamente, empezó a masajearla, acariciándola con ambas manos. Se estremeció de expectación cuando cobró vida, dura, larga y palpitante entre sus manos.

"Dije a los criados que no me despertaran por la mañana -continuó ella en un susurro, mirándole hacia arriba. Él tenía la cara desencajada. "Tenemos toda la noche para esto".

"No, libertina. No lo hacemos -dijo Edward bruscamente, volviendo sus ojos grises hacia ella y empujándola bruscamente hacia atrás en la cama. Cuando se agachó y le cogió la camisa con las dos manos, pudo ver un destello de miedo en sus ojos. Pero sólo duró un instante, que fue rápidamente sustituido por un gemido de placer cuando él rasgó la prenda por la mitad. Sus grandes y blancos pechos se derramaron ante sus ojos.

"Animal", dijo ella sin aliento, arrodillándose en la cama y acercándole un pecho a la boca. "Me gusta esto".

Chupó el pezón grande y duro durante un momento, arrancándole un gemido. Pero entonces la mordió con fuerza, apretándole el otro pecho mientras lo hacía. Ella gritó suavemente de dolor, pero no retrocedió.

"Bueno, ¿es éste el nuevo Edward? Tan rudo, tan magistral. Podría acostumbrarme a esto, Edward". Clavándole los dedos en el pelo, le apartó la cara de un pecho y la aplastó contra el otro. Él volvió a morderla con fuerza. Catherine le agarró el pelo con ambas manos y se inclinó hacia atrás, atrayendo su cabeza hacia su vientre. Lo que más deseaba ahora era que la besara allí, entre las piernas. Pero antes de que pudiera tirar de él más abajo, él se echó hacia atrás y le retorció las muñecas, haciéndola soltarlo con un grito agudo. Ahora era él quien le agarraba el pelo a puñados con las dos manos.

"Te toca a ti, querida". Susurró sus palabras contra sus labios, pero ahora no la besó.

Catherine arqueó la espalda como una gata, pero dejó que él la bajara hasta ponerla a cuatro patas sobre la cama, hasta que su boca estuvo junto al miembro erecto de él. Sus manos no la soltaron en ningún momento.

"Y tú sé suave, prima", le dijo amenazadoramente, mientras ella abría la boca y lo acogía.

Edward miró al frente, a la oscuridad de la habitación, mientras sus dedos se clavaban más profundamente en el pelo de Catherine, guiando su cabeza de un lado a otro a lo largo de su excitación. De repente, pensó en Jaime. En lo apretada que estaría cuando hundiera la cabeza de su pene en ella. Debería haberlo hecho ya. Pero entonces valdría la pena esperar. Hacía tiempo que no tenía una virgen. Siempre era mejor cuando estaban intactas. Estaban apretados como un guante. Como se sentía ahora la boca de Catherine.

Se sentía al límite. Lleno y preparado. Miró hacia abajo mientras Catherine se esforzaba por retroceder, aún de rodillas sobre la cama, mostrando el blanco de los ojos al mirarle. Tenía las piernas muy abiertas por detrás. Sus nalgas perfectas, en forma de corazón, estaban en el aire. Él sabía lo que ella quería. Quería incitarle a contenerse, a reservarse para sus lujuriosos deseos, pero él se limitó a sonreír malhumoradamente y a sacudirla por el pelo, obligándola a seguir dándole placer con la boca. El roce de los dientes de ella contra su piel provocó un destello de su mal genio. Le agarró una mano por la nuca y apretó con fuerza.

"Suave, querido primo. Gentil. No querrás que te haga daño, ¿verdad?".

Ella negó levemente con la cabeza en respuesta, así que él aflojó el agarre y bajó una mano, apretándole los pechos y pasándole la palma con rudeza por los pezones. Edward seguía agarrándola del pelo y guiándole la cabeza, y la presión era ahora casi insoportable. Mucho mejor, pensó sombríamente, mientras la boca de Catherine se movía con más urgencia contra su pene.

Su liberación fue explosiva, y siguió utilizándola para su placer, asegurándose de que ella no retirara la boca hasta que él hubiera terminado.

Apartándose finalmente de la cama, se dio la vuelta, subiéndose la bragueta y atándosela en su sitio.

Catherine se limpió la cara con la bata rota y se tumbó de nuevo en la cama. Tenía las piernas abiertas y su cuerpo pedía a gritos que la tocara. "Muy bien, prima. Y ahora veremos qué puedes hacerme".

Edward se volvió hacia ella, con expresión burlona, casi triunfante. No dijo nada.

"¿No te irás?", dijo ella, alarmada y enfadada.

Se pasó rápidamente los dedos por el pelo. Ignorándola, se alisó el jubón con ambas manos, lo bajó bruscamente por la cintura. Con meticuloso cuidado, se ajustó el cinturón y se acomodó la daga que colgaba de él.

"Me has complacido bien. Continúa así y puede que, en algún momento futuro, renueve mis actos de caridad hacia ti."

"¿Tu caridad?", se rió, con un tono ridículo en la voz.

Edward giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Catherine salió disparada de la cama.

"¡Espera, no puedes irte todavía!" Corrió tras él, agarrándolo por el hombro cuando llegó a la puerta. Él se volvió lentamente para mirarla. "Nosotros... no hemos hecho más que empezar", dijo ella, intentando desesperadamente sonar seductora.

"Me has visto terminar", dijo fríamente.

"¿Pero qué hay de *mi* placer?"

"Eres una puta, Catherine", replicó burlonamente. "Llama a algunos de tus guardias. Quizá a todos".

Ella levantó la mano para abofetearle la cara, pero la dura palma plana de él golpeó primero su mejilla. Catherine se apartó, cayendo de rodillas.

"Bastardo", siseó ella, saboreando la sangre de su labio. Sin intentar levantarse, volvió a ver cómo se bajaba el jubón con fuerza. "Quizá sea ésta la forma en que tu moza escocesa te ha enseñado a tratarla, pero conmigo...".

"No, querida coz. Nunca trataría a mi dulce Jaime como a ti. La deseo con tanta pasión. Es un premio. Nunca desperdiciaría mi semilla como hago cuando estoy contigo. No cuando puedo verterla en su apretado vientre y escucharla llorar de puro éxtasis".

Catherine se levantó en silencio cuando sus ojos adquirieron un brillo desagradable.

"Verás, ella es mía, Catherine, y espera que mi polla anide entre sus piernas. No como tú, que consideras tu sucia vaina un mercado abierto, y luego sueñas con viejos para calmar tu lujuria".

Sorprendida, Catalina se quedó mirando mientras él se daba la vuelta y salía de su habitación.

Capítulo Diecisiete

UN MOVIMIENTO EN FALSO, decidió Mary, con la boca abierta, y el escocés sería claramente hombre muerto.

Jaime se puso en pie, con los dedos enroscados alrededor del cuchillo que le clavó directamente en la garganta. Con el torso desnudo, el montañés estaba sentado al borde de la cama, con los ojos encendidos de furia. Distraído por el movimiento en la puerta, su mirada parpadeó en dirección a ella antes de fijarse de nuevo en el rostro de Jaime. Entonces, ante la mirada de María, el rostro del escocés se tensó en un evidente espasmo de dolor, y su mano se aferró a la herida del pecho. Gastando una enorme energía en un esfuerzo por mantenerse erguido, el hombre se enfrentó de nuevo al cuchillo.

"Baja el puñal, bruja asesina".

"No hasta que aceptes". Jaime levantó la muñeca y apuntó con el arma directamente a la cara de Malcolm. "Y me des tu palabra".

"El infierno se congelará antes de que acceda a nada de lo *que* digas".

"Muy bien, bestia ignorante. Entonces, tu muerte es obra tuya".

El grito de María sacudió la cabeza de Jaime. Con una rapidez sorprendente para alguien tan malherido como él, Malcolm golpeó la daga que Jaime tenía en la mano, haciéndola volar por la habitación y estrellarse contra una esquina. Luego, como si el esfuerzo hubiera agotado sus últimas fuerzas, el montañés se desplomó sobre la cama. María vio cómo Jaime retrocedía un poco y se volvía bruscamente hacia la puerta, con los puños firmemente apoyados en las caderas.

"¿Qué estás mirando?" casi gritó Jaime, con la mirada dirigida más allá del hombro de María. "Vete hasta que te necesiten".

Sorprendida por la vehemencia de las palabras de su prima, María dio un rápido paso atrás, sólo para tropezar con el primero de los cuatro soldados que se agolpaban en la puerta de la cámara. Los hombres, avergonzados y arrepentidos como tantos niños traviesos, murmuraron rápidamente respuestas ininteligibles mientras retrocedían de nuevo hacia el pasillo.

"Jaime", dijo María, sin aliento y desconcertada ante la visión. "Tú... estabas a punto de matar al hombre".

"Entra y cierra la puerta, María. No tenemos necesidad de dar un espectáculo a todos en palacio". Jaime habló con impaciencia, pero se volvió con un secreto suspiro de alivio, y miró con el ceño fruncido al inmóvil Malcolm desparramado sobre la cama. Unas gotas de sudor cubrían su frente, y ella misma se sentía un poco inestable tras el dramático espectáculo que *habían* ofrecido a los espectadores. Sabía que lo último que ninguno de los dos podía permitirse era quedar atrapado en los brazos del otro. Su detección había estado cerca, pero ella y Malcolm habían sido alertados por la voz de Mary en el pasillo y el choque de objetos contra la puerta. En

conjunto, pensó Jaime, los dos se las habían arreglado bastante bien.

Pero ahora, al mirar a Malcolm mientras María cerraba la puerta, Jaime se dio cuenta de que el peligro aún estaba lejos de haber terminado. Su virilidad, erecta y dura al principio de su subterfugio, aún sobresalía bajo la fina manta. Sobresaltado por la visión, Jaime cogió una segunda manta y se la echó por encima de la sección inguinal. De detrás de ella llegó el sonido del pestillo de la puerta al cerrarse.

"¿Qué ha pasado?" preguntó María, acudiendo a su lado. "¿Estás bien?"

"Sí, primo. Estoy muy bien, todo sea dicho".

María se agarró al codo de Jaime mientras miraba temerosa al montañés. Estaba recostado, aparentemente agotado por el incidente. "¿Qué ha hecho para enfadarte tanto?"

Con el ceño fruncido, Jaime le dio unas palmaditas en la mano a su prima y se separó de ella, evitando siquiera echar un vistazo al rostro de Malcolm mientras se movía por la parte inferior de la cama. "Es un canalla testarudo, sucio, desagradecido y testarudo".

Su descripción se vio interrumpida por una repentina y certera patada que el montañés le propinó en las nalgas. Jaime se recuperó, se giró y miró fijamente al herido.

"Voy a matarte".

"Aléjate, Jaime. Por seguridad", gritó María mientras bajaba corriendo al lado de su primo. Jaime tenía la cara colorada, el pelo revuelto y las faldas revueltas. Parecía como si la hubieran atacado. María le puso una mano en el hombro. "¿No... no hizo nada?"

Jaime miró a María a los ojos y luego echó un vistazo por encima del hombro al cuerpo inmóvil de Malcolm. Tenía los ojos fijos en el techo, como si estuviera sumido en el estupor. Podría ser un actor de una de las obras del gremio de Norwich, pensó, ocultando su diversión.

"¿Quieres decir si me atacó? Mírale, Mary. Aunque pueda reunir un momento de fuerza, todo es un farol. El hombre está demasiado débil para levantarse de esa cama". Llevando a María de la mano hacia la ventana, Jaime se sentó en un banco, atrayendo a su prima junto a ella. "No, no hizo... bueno, no pudo hacer lo que tú crees".

Se oyó un sonido parecido a un gruñido procedente del aparentemente inconsciente escocés.

"Algo te ha provocado".

"Sí, es cierto. Así es. Lleva días poniendo a prueba mi paciencia". Jaime apartó la mirada, acalorándose ante la discusión. "Y ese bruto testarudo está haciendo todo lo posible para darnos más trabajo. Esta mañana no ha hecho más que causar problemas a Caddy, y luego ha continuado su comportamiento malhumorado y maleducado conmigo. Nada es lo bastante bueno para él. Vuelca los platos, rompe los cuencos, vuelca las sillas. Y encima se niega a que le curemos bien las heridas. Es un simio insultante, arrogante y grosero". Jaime hinchó las mejillas antes de soltar un suspiro. Apoyó los codos en las rodillas y apoyó la barbilla en las manos.

Mary apoyó una mano en el hombro de su prima e intentó calmar su evidente frustración.

"Así lo decidí. Justo antes de que entraras". Jaime levantó la cabeza y miró en dirección a la cama. "Decidí matarle. Y también lo habría hecho si no hubieras entrado cuando lo hiciste".

"Jaime", jadeó María. "No puedes matar a ese hombre".

"Yo puedo. De todos modos, al canalla no le interesa vivir. Si no, ¿por qué haría la vida tan miserable a las mismas mujeres que intentan devolverle la salud?"

Malcolm se removió y se revolvió ligeramente en la cama, provocando un gemido al ejercer presión sobre sus heridas. Ambas mujeres miraron con preocupación en dirección a Malcolm, pero el torrente de blasfemias y soeces referencias sexuales que siguió sirvió para enrojecer la piel clara de María desde el pelo hasta el escote del vestido. Jaime aprovechó el momento para levantarse y caminar rápidamente hasta el borde de la habitación donde había caído el cuchillo.

Golpeando con fuerza el mango contra el banco, colocó el arma a su lado mientras volvía a ocupar su lugar junto a su prima.

"Es como un niño que maúlla y gime. Nunca se detiene. Nunca está contento. Siempre quiere algo". Jaime se pasó las manos por las faldas, alisándolas.

El montañés yacía de lado, con los ojos fijos en ellos, pero ni siquiera levantó la cabeza para hablar. "Eres una puta espantosa y antinatural, mujer. ¡Fuera! Lárgate de aquí. Y llévate contigo a tu amigo con cara de pez. El sonido de los dos es áspero y chirriante. Me irritáis hasta el extremo. Lárgate, ¿por qué no?".

"¿Cara de pez?" repitió María indignada.

"¿Lo ves, Mary? ¿Ves cómo es? Si no es una misericordia, la muerte por este puñal pondría fin al menos a tanta maldad".

Sin apartar los ojos de él, Mary bajó la voz a un mero susurro. "Por muy despreciable que sea, debes recordar que sigue siendo el premio de Eduardo. Se enfadará y decepcionará al saber que has matado a su prisionero". María se volvió y miró a Jaime. "El escocés tiene mal carácter, y desde luego no tiene buen gusto cuando se trata del aspecto de una mujer. Pero no puedes matarle sin más razón que el hecho de que el hombre es desagradable".

"He visto el castillo de Norwich, Mary. Eduardo mata por menos razones que ésa".

"¿Qué te pasa?" reprendió María en voz baja. "Eduardo hace lo que debe hacerse en el castillo de Norwich. Pero, no obstante, le haces daño al hablar como lo haces. Es tu prometido".

"No es mi prometido -susurró Jaime con rabia.

"Todavía no, primo. Pero ya sabes lo que se pretende".

Jaime pudo ver cómo Malcolm se esforzaba por oír su intercambio. Aún tenía mucho que explicarle sobre Edward. Pero necesitarían tiempo a solas para hacerlo. Y no tenía sentido seguir discutiendo con Mary ahora.

Siguiendo la dirección de la mirada de Jaime, María le puso una mano en el brazo. "Has asumido demasiado. Al cuidar de él. Al pasar tanto tiempo en esta habitación".

"Pero no ha habido otro modo, primo. Con Graves fuera, en Cambridge, y todos los sirvientes de palacio hostiles a él por ser escocés, ¿quién ha habido para cuidar de él?".

"Desde que hablamos antes -dijo Mary, ignorando la pregunta-, he estado pensando mucho en esto. Todo esto es por él, ¿verdad? ¿Para complacer a Edward? Puede que no quieras admitirlo abiertamente, pero ahora lo veo. Te estás tomando muchas molestias para que este hombre esté bien para Edward. Para sorprenderle con la recuperación de su prisionero. Al fin y al cabo, fuiste tú quien regaló este hombre a Eduardo, y sabes que vale mucho más si está curado".

Jaime se volvió hacia María con una mirada de negación.

"Oh, puedes negar con la cabeza, pero tus actos hablan mucho más alto, ¿sabes? Ven ahora y admítelo. ¿No digo la verdad?"

"Muy bien. Como quieras, pero qué sentido tiene todo esto".

"Porque tenemos que solucionar esto". Dándole unas palmaditas en la mano a su primo, María miró por la habitación y luego volvió a mirar a Jaime a la cara. "Vamos a ver, pareces cansado".

"¿Cansada? Tiene un aspecto horrible", aportó Malcolm desde donde estaba tumbado, ahora capaz de oír a los dos. "Sácala de aquí, Cara de Pez. Haz que se vaya". Como si de repente le hubiera sobrecogido un dolor agudo, torció el cuerpo y se tumbó jadeando.

"Se lo merece", volvió a susurrar María contra el oído de Jaime. "¿Pero no hay nadie más a quien podamos involucrar para que se ocupe de este... de este loco?"

"Sí, pero intenta encontrar a alguien guapa, si quieres, ama Carpa, con un pecho de buen

tamaño y al menos *algún* pequeño talento para curar a una pobre alma".

"Enviaré a buscar a Reed, el carcelero", respondió Jaime. "Debería ser lo bastante guapo para tus gustos. Aunque puede que sus pechos sean demasiado grandes incluso para un vil y bruto lascivo como tú".

"Eres una moza dura e insensible. Una pobre excusa de mujer, sin duda".

Jaime miró la cara de sorpresa de su prima antes de apartar rápidamente la vista. Lo último que quería era reírse a carcajadas de la expresión de María. En lugar de eso, miró fijamente a Malcolm y continuó hablando a su prima con voz tranquila. "He estado utilizando a Caddy todo lo posible".

"Sí, otra belleza. La vieja Dama Stickleback. Silenciosa como un muerto, y la manera de un-"

"Yo que tú no hablaría de los modales de nadie", espetó Jaime antes de volverse hacia María. "Pero aparte de Caddy, no me fío de nadie más. ¿Quién sabe lo que puede pasar?"

"Quizá habría que encadenarlo", susurró María. "¿No crees que se haría daño a sí mismo?"

Jaime sacudió la cabeza con vehemencia. "No. Eso sólo empeoraría las cosas. Aún está muy débil. Aunque una mordaza podría mejorarle algo".

"¿Realmente necesita un asistente en todo momento?"

"Por el aleteo de su lengua no lo pensarías". Jaime se quedó callado, meditando una respuesta a aquello. Con el mal aspecto que tenía, era difícil pensar en Malcolm como alguien débil o enfermo, en absoluto. Aún podía sentir su cuerpo apretado contra el suyo. Sacudió rápidamente la cabeza y apartó la mirada para ocultar el rubor que sabía que coloreaba sus mejillas. "No. Ya no necesita que lo atiendan en todo momento".

"Así que quizá *no* necesite a nadie... por la noche, quiero decir", añadió Mary. "Con el número de soldados apostados por ahí, estoy segura de que si monta un escándalo, podrían ocuparse de una emergencia".

"Así es".

"Y quizá yo pueda ayudar", continuó Mary. "Quizá entre Caddy y yo..."

"No, primo", interrumpió Jaime rápidamente. "Ya has tenido más que una muestra de su lengua abusiva y calumniadora. No puedo hacerte eso. Sólo Dios sabe qué inmundicia corruptible saldrá de su boca". Jaime casi sonrió abiertamente cuando María lanzó una mirada de asco en dirección a Malcolm. El montañés tenía, cuando menos, aspecto de rufián, sin afeitar y maltrecho como estaba. Pero mientras lo contemplaba, Jaime se dio cuenta de que ella misma apenas se había dado cuenta de nada de eso. Incluso ahora, consciente de su estado, le parecía bastante guapo. Con un esfuerzo, volvió a mirar a María, intentando no perder el hilo de sus pensamientos. "No, María, tu ayuda no será necesaria. Esto es algo *que* quiero hacer por Edward".

"Entonces no puedes permitirte ceder a tus sentimientos, a tu ira".

Jaime sonrió avergonzado ante la escena que María había estado a punto de presenciar. "Como tú digas, primo".

Los dos permanecieron sentados en silencio durante un momento, cada uno entregado a sus propios pensamientos, antes de que María volviera a hablar.

"Cuando entré, estabas intentando obligarle a que te diera su palabra sobre algo".

Jaime se devanó los sesos. Apenas habían tenido tiempo de pensar antes de que María abriera la puerta de un empujón. "Quiero que deje de pelearse con nosotros".

La voz gruñona de Malcolm tenía el tacto fino y suave de la piedra triturada cuando habló. "Sois un par de malditos corbies, chillando y graznando hasta que estoy a punto de partirme la cabeza. Ahora os digo a los dos que os larguéis de aquí. No os necesitaré ni querré a ninguno de

los dos, así que marchaos... los dos". Los ojos del Highlander eran sólo rendijas en su maltrecho rostro. "Estoy harto de tus quejas. Cansado de que maltrates mi magullado cuerpo. Estoy harto de *ti*. Estoy harto de pelearme contigo".

Las dos mujeres observaron cómo cerraba los ojos y rodaba sobre su espalda. María se volvió y miró interrogante a Jaime. "¿Acaba de rendirse?", susurró.

"Creo que sí".

"¿Y eso era todo? ¿Estabas dispuesto a matarle si no dejaba de luchar?".

"Sí, para eso y para callar su sucia boca".

"Pero aún así".

Jaime se encogió de hombros. "Me salí con la mía, ¿no?".

Capítulo Dieciocho

MIENTRAS TUVIERA un aliento en el cuerpo, ella se esforzaría por hacerle sufrir.

Cuando se disponía a abandonar el estudio del rey, Catherine Howard se detuvo al abrirse la puerta y dejar ver una figura vestida de oscuro. Cara a cara con el conde de Essex, el nuevo Lord Gran Chambelán, Catherine sonrió agradablemente, esforzándose por ocultar la ira que la había invadido en oleadas durante toda la mañana. Su respetuoso saludo, expresado en los términos más corteses, reflejaba su conciencia de que pronto sería su reina, pero su profunda reverencia la llenó de una satisfacción que sólo disminuía en cierta medida la humillación que Eduardo había amontonado sobre ella. Catalina respondió a la cortesía del hombre con una inclinación amistosa de la cabeza y una reverencia, y continuó hasta el pasillo.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza y demasiado por hacer.

Edward era un cerdo arrogante, insufrible y condenable, juró en voz baja. Estaba celoso de ella. Catherine estaba segura de ello. Él no tenía ni un fragmento, ni una pizca del poder que ella tenía, y él lo sabía. Pero pagaría por su comportamiento hacia ella. Lo pagaría caro.

Hacía unos instantes, Catalina había hablado confidencialmente con el rey. Sabía interpretar su papel. Tímidamente, interpretando el papel de la devota y obediente prometida, había plantado en la mente de Enrique semillas de sospecha respecto a Eduardo que no tardarían en brotar y dar amargos frutos. Los cuchicheos e insinuaciones sobre tratos deshonestos tras conquistas exitosas eran un tema delicado para el rey. Pero, a pesar de ser ella misma una Howard, había considerado que era su responsabilidad transmitir a Su Majestad las habladurías que había oído sobre la falta de franqueza de su primo Eduardo en relación con el botín obtenido en el curso de su corsarismo a lo largo de las costas de Europa.

Catalina sabía que una acusación abierta podría significar la decapitación de Eduardo. Pero después del trato que le dio anoche, no le importaba. Podía arriesgarse. La había menospreciado, avergonzado y utilizado. Y pensar que durante tanto tiempo había sido el único hombre que le había gustado de verdad. Él había sido el estándar que ella había utilizado para comparar a otros hombres. El cerdo arrogante y despiadado, murmuró en voz baja. Aparte de violarla, le había quitado todo lo que había estado dispuesta a darle, y luego la había desechado. La había utilizado y desechado como a un trapo. Como un trapo sin valor. No, pensó para sus adentros, nadie le haría algo así a Catherine Howard y se saldría con la suya. Nadie.

Con la sangre caliente y rugiendo en su cerebro, la pretendida del rey dobló una esquina y se dirigió furiosa hacia los aposentos de su tío. Enrique acabaría actuando, pero no lo bastante rápido para su gusto. En respuesta a sus palabras, el rey había mandado llamar al Lord Gran Chambelán, mencionándole que, para empezar, cancelaría el próximo encargo real de Eduardo en favor de algún otro. Mientras se hacían las averiguaciones, bien podía arrojarle a la Torre,

pero Enrique había llegado a creer con los años que mantener a un muchacho ambicioso como Eduardo Howard a la espera y en la ignorancia proporcionaba casi la misma satisfacción.

Eso le había dicho el rey, pero Catalina sabía la verdad. Futura reina o no, su sola palabra no bastaba para poner en la picota a Eduardo Howard.

Así que ahora Catalina le atacaría desde un ángulo diferente. No bastaba con arrebatarse la gloria, con amenazar su vida. Era muy posible que Eduardo pudiera capear los nubarrones que ella había colocado alrededor de su cabeza. Sabía que no era una persona que aceptara fácilmente la derrota. Pero había otras formas de provocar su destrucción. Ver de qué le serviría su orgullo *cuando* acabara con él.

Edward Howard sabría, sin duda, lo peligrosa que podía ser, una vez herida. De hecho, se enteraría de lo viciosa que la había convertido su acto lascivo.

Venganza. Represalia. Catherine se sintió excitada al pensarlo. Pero para llevar a cabo sus planes tendría que regresar a Kenninghall, sola y de inmediato. El rey le había dado permiso para ir, aunque a regañadientes. Pero puesto que se casaría con Su Majestad en poco más de un mes, era comprensible que deseara ir y comenzar los preparativos de la boda.

Pero ahora tenía que convencer a su tío. Iría a Kenninghall sólo con sus asistentes. No quería levantar sospechas, pero Edward debía permanecer aquí. Por sus propios intereses, no podía permitirse que la vigilaran.

Se detuvo ante los aposentos del duque. Se pasó una mano por la falda, se serenó y comprobó su atuendo.

Había mucho que hacer. Podría, pensó de nuevo, darle tanto placer llegar a él a través de Jaime Macpherson como de cualquier otra forma. Era un pensamiento vil y encantador, ir tras el mojigato escocés. Después de todo, quién sabía, quizá Edward Howard sintiera algo por ella. Él mismo lo había dicho anoche, si había que creerle. Pero sólo por la posibilidad de encontrar un punto vulnerable en aquel hombre valdría la pena el esfuerzo de destruir a Jaime. Sí, aparte de cortarle las pelotas, esto proporcionaría a Catalina el mayor placer.

Catalina puso una sonrisa serena en su rostro y dijo al ayudante del duque de Norfolk que la anunciara.

El médico estudió la carta sellada que tenía en la mano antes de mirar a la joven a la cara. "Pero, Ama Jaime, seguro que hay mejores formas de enviar esto al extranjero que por medio de mis amigos".

"No hay otro camino que a través de ti, maestro Graves. Tengo que estar seguro de que lo conseguirán".

El hombre se pasó una mano por la calva. "Pero habrás enviado otras cartas a tus parientes, y no sospechas que se *hayan* perdido, ¿verdad? ¿Qué te hace pensar que ésta podría no llegarles?".

Jaime detuvo su paso y miró al hombre cansado del viaje. Sus ropas aún llevaban el polvo rojizo del camino entre Cambridge y Kenninghall. Al ver al médico y a su ayudante, Jaime corrió a su habitación y esperó impaciente a que llegaran a la casa. De hecho, el sanador no bien había bajado de su caballo, Jaime se había acercado a él para pedirle ayuda. Después de todo lo que había aprendido sobre el médico a través de Evan, el halconero y de otras personas del palacio, estaba casi segura de que el maestre Graves era su única esperanza. Pero ahora, a solas con él en la sala de música, pudo leer la expresión de duda en su rostro y supo que tenía que explicárselo, todo lo que pudiera.

Empezó despacio. "Incluso después de llevar aquí tanto tiempo, siempre me recuerdan que soy una forastera. Aunque ahora soy más que una invitada y los Howard me llaman prima, lo cierto es que siguen pensando que soy medio escocesa. Creo que a menudo me vigilan. A veces me he preguntado si leen mis cartas antes de enviarlas. Hay veces que dudo que confíen en mí".

"¿Hay alguna razón por la que no deban confiar en ti, ama?"

"No". Enrojeció ante la pregunta. "Nunca haría nada que perjudicara a nadie de aquí. Nunca ha habido nada... ninguna noticia en mis cartas que pudiera hacer que Su Alteza, el duque, cuestionara mi lealtad hacia él o hacia la familia. Incluso ahora, no creo...". Jaime dejó escapar un suspiro de frustración. "Nunca ha sido cuestión de *hacer* algo. Es sólo que en el pasado nunca me había preocupado por cómo podría percibirse todo esto. No hasta ahora".

¿"Todo esto"? ¿Todo *qué*, ama Jaime?", preguntó, rascándose la barbilla canosa. "Dejad que os lo cuente, ama. Su Alteza es un hombre precavido. He visto subir su fortuna y la he visto caer. Pero ha mantenido la cabeza cuando muchos otros en su esfera la han perdido. Eso no se consigue sin saber quién está contigo... y quién está contra ti".

"Es una carta, maese Graves. Una carta para mis parientes. Una carta que no trae malos vientos sobre Kenninghall".

"Algunos por aquí creen que cualquier viento del norte es un viento malo".

"¿Qué hay de los vientos del lejano oeste, maese Graves?", preguntó en voz baja. "¿Qué hay de los vientos de Gales?"

Graves reflexionó sobre sus palabras y se quedó mirando la carta que tenía entre las manos. Luego, con una rápida mirada hacia ella, se levantó y se cubrió los ojos con una mano mientras seguía considerando el asunto. Al cabo de unos instantes, volvió a centrar su atención en Jaime.

"Hace años, Ama Jaime, hice un juramento. Di mi palabra de servir lealmente a Su Alteza. Aunque soy un forastero tanto como tú, si no más, Su Alteza me considera un sirviente devoto, y de eso me siento orgulloso." Esta vez le tocó a él soltar un largo suspiro, pero su tono siguió siendo suave y amable. "¿Qué te ha hecho pensar en *pedirme* este favor? De todas las personas, ¿por qué yo, Ama?"

"Porque eres un buen hombre, maestro Graves. Porque fuiste el único que se preocupó y se esforzó por mantenerlo con vida". Sabía que no podía caberle ninguna duda sobre la naturaleza de su carta. "Y porque sé que, aunque afirmas tener sangre galesa, no le guardas rencor sólo por ser escocés. No deseas su muerte sólo por el lugar donde nació".

"¿Cómo sabes que no te guardo rencor? Ejerzo mis escasas habilidades donde se me necesita. Eso no significa..."

Con suavidad pero con firmeza, Jaime interrumpió sus palabras. "Y también porque sé que tu madre era escocesa".

"Mi madre murió hace mucho tiempo", argumentó al cabo de un momento. "Luché en las campañas escocesas en mi juventud".

"Y dejé a mi familia, habiendo decidido no volver jamás", le dijo Jaime.

Los ojos de Graves se clavaron en los suyos. "¿Quién te ha hablado de mi madre?"

"¿Acaso importa, maese Graves?", respondió ella. "Sólo lo menciono para que comprendas por qué he acudido a ti".

Los dos se miraron durante largo rato. Finalmente, el médico rompió el silencio. "Esta carta trae noticias del Highlander. Así debe ser. ¿Qué te hace pensar que no llevaré esto directamente al duque y revelaré tu falta de lealtad?"

"Sé que no lo harás", respondió ella. "Pero te prometo que no cometo ninguna deslealtad hacia Su Gracia".

"Lo *eres*, querida", argumentó en voz baja. "El montañés es prisionero del duque".

"No es del duque", insistió ella. "El hombre es prisionero de Lord Edward. Edward está solo". Jaime se volvió y caminó hacia la ventana de la sala de música. No quería decirlo abiertamente, pero también había aprendido que, por mucho que el maestro Graves respetara al duque de Norfolk, también despreciaba al hijo menor y su forma bárbara de tratar a los prisioneros.

"He visto el Castillo de Norwich, maese Graves. Y estoy seguro de que tú también lo has visto".

Mientras le miraba a través de la habitación, Jaime pudo ver en su rostro que había tocado una fibra sensible en él. Pero el médico no estaba del todo satisfecho.

"¿Qué contiene esta carta, ama?". Agitó la carta en el aire. "¿Cómo sé que lo que diga aquí no hará que los caminos escoceses vuelvan a Inglaterra? ¿Cómo sé que, al ayudarte, no seré responsable de que se pierdan vidas?".

"El Highlander no es el rey Jaime, maese Graves. Por muy importante que sea para su propio clan, los escoceses nunca librarían una guerra por él".

"Pero admites, entonces, que es lo bastante importante como para traer un buen premio".

"Sabes que fui yo quien se lo dijo a Lord Edward".

"Sí, un asunto curioso, en sí mismo". Graves la miró fijamente durante un momento. "Pero estás dispuesta a arriesgar *nuestras* vidas por él, sin más preocupación que el chasquido de tus dedos".

Ella negó con la cabeza. "No creo ni por un instante que pienses tan mal de mí. No creo que pienses que podría poner en peligro la vida de un hombre tan bueno y valioso como tú".

El galés se sentó pesadamente en una silla junto a la mesa de trabajo y depositó la carta sobre la superficie de madera. A su lado había un laúd sobre un atril, y el médico pasó ociosamente los dedos por las cuerdas varias veces antes de volver a mirar a la joven junto a la ventana.

"Lo que dices es cierto, Ama Jaime. Y no soy el único que te dice lo mucho que te aprecio. Eres muy diferente de la mayoría de los que están aquí. En el poco tiempo que llevas con nosotros, la gente común ha llegado a confiar en ti. Han visto la compasión en tus modales, en las cosas que has hecho por sus hijos. Hay una bondad en ti, querida, que ha conquistado muchos corazones. Pero..." Titubeó un instante antes de continuar. "Pero tienes que comprender cuál es mi lugar. Antes de hacer lo que me pides, debo asegurarme de que no perjudicará a la gente que más me importa. No quiero participar en más derramamientos de sangre. No quiero más asesinatos".

"Debes creer en mi palabra". Hizo una pausa para secarse una lágrima. "En esta carta, hago saber a través de mis padres a sus parientes que está aquí y curándose bajo nuestros cuidados. Eso es todo lo que he dicho. Lo más probable es que ya estén locos de preocupación, sin saber qué fue de él en su viaje".

"Tendrán noticias de Lord Edward cuando esté preparado para plantear sus exigencias".

Ella negó con la cabeza. "He oído que Lord Edward se toma su tiempo. Espera el tiempo suficiente para que los parientes piensen que todo está perdido, y entonces -cuando se siente inclinado y no puede encontrar otro uso para el hombre- Edward hace su demanda."

Graves no respondió nada, sino que siguió mirando la carta que tenía en la mano. La voz de Jaime vaciló. "Demasiadas veces en el pasado, el cadáver de un prisionero ha sido todo lo que los parientes han obtenido a cambio. Sé que no puedo levantarlo y llevármelo de aquí, de vuelta a su pueblo, maese Graves. No pienso hacerlo. Lo único que quiero hacer ahora es hacerles saber que está vivo. Tienen derecho a saberlo".

"Conoces a sus parientes, ama, ¿verdad?".

No tenía sentido negar la verdad. Le había sorprendido que el propio Edward no la hubiera presionado con esta pregunta antes de marcharse. "Sí", respondió ella. "Así es".

"¿Por eso le hablaste de él a lord Eduardo en Norwich?".

Volvió a asentir, soltando su respuesta. "Sencillamente, no podía dejarle allí. No podía dejarle morir a manos de esos carniceros".

"Pero murió, ama. Más tarde, en los establos. Lo vi", susurró Graves, poniéndose en pie y acercándose a ella. "Y tú, de algún modo, lo trajiste de vuelta".

Jaime se pasó las manos por los brazos para detener el escalofrío que de repente invadía sus huesos. "Yo no le traje de vuelta, maese Graves. Sólo le llamé y recé. Era la voluntad de Dios que viviera. Era la voluntad de Dios".

"Tal vez, querida, sea como dices. Pero, sinceramente, ¿qué es para ti el Highlander?".

Jaime levantó la vista y le miró fijamente a los penetrantes ojos. "¿Qué te hace pensar que es algo para mí?".

"He hecho descansar a muchas almas moribundas. He ejercido mis habilidades y he rezado con el corazón por muchos hombres y mujeres que sufrían. En la celda del establo, el Highlander *te* escuchó, ama. Su alma volvió a *ti*. ¿Qué es él para ti?

Se rodeó la cintura con los brazos, consciente del temor de que, al revelar la verdad, pudiera perder la sensación mágica que tan recientemente había recuperado.

"Una vez, hace mucho tiempo", susurró ella, "pensé en él como en mi pretendido".

Capítulo Diecinueve

MEDIA DOCENA de niños salieron dando tumbos cuando Jaime entró en la cabaña. La voz regañona de la madre, seguida de gritos de risa infantil, le arrancó una sonrisa. Mientras el grupito se arremolinaba a su alrededor, Jaime dio un juguetón tirón de las trenzas de la pequeña Kate para evitar que la cara de la niña se metiera en la cesta que llevaba. Aunque tuvo que admitir que el olor a pan recién horneado era una tentación incluso para ella. Con una palmada amistosa en la espalda, Jaime vio a la niña salir corriendo por la puerta y tras sus hermanos.

"¿Cómo te encuentras, Nell? -preguntó, dejando la cesta en el tosco banco de madera junto al crepitante fuego-.

"Muy bien, señora. Te lo agradezco".

La mujer del halconero, pensó Jaime, tenía buen aspecto para haber tenido un hijo el día anterior. Nell estaba de pie, orgullosa, junto a la cuna del bebé, y Jaime cruzó el suelo de piedra de la casita para echar un vistazo al niño.

"¡Caramba! Nell, es un muchacho fornido, sin duda".

"Sí, ama. Como su padre". Nell sonrió, sus ojos verdes brillaron de felicidad ante el cumplido.

Mirándola, Jaime sonrió. Las trenzas rojas de Nell, enroscadas pulcramente sobre su hermosa cabeza, eran sólo ligeramente más oscuras que el pelo rojo de su hija Kate. "Y parece que tiene tu pelo rojo".

Nell asintió mientras se inclinaba y se pasaba una mano por los rebeldes mechones de suave cabello. "Sí, será fácil descubrirlo".

"Un chico bueno y guapo".

"Más bien creo que es un diablillo. Como sus hermanos y hermanas".

Ambos sonrieron. Jaime pasó los dedos por la suave madera de la cuna, conteniendo el impulso de meter la mano y tocar al niño. "Los niños deben de estar muy ilusionados por tener a este pequeñajo al que cuidar".

"Aún es demasiado pequeño y demasiado ruidoso para que encuentren alguna alegría en él". Nell se quitó una gota de sudor de la frente. "Pero seguro que se alegran de que me haya recuperado".

La nueva madre se agachó y cogió al niño en brazos. Cuando la mujer se acomodó pesadamente en el banco, Jaime pudo ver en su rostro el marcado cansancio del parto.

"Intentas hacer demasiado, demasiado pronto", susurró Jaime, con los ojos fijos en el bebé y en sus puños fuertemente cerrados: su preciosa carita rubicunda.

Al percibir la mirada de la joven, Nell se inclinó hacia delante y le tendió al bebé. "¿Quieres cogerlo?"

Jaime sonrió mientras extendía nerviosamente la mano para coger a la niña. "¿Me permites?"
"Es mi décimo, ama. Tiene suerte de que no te lo regale".

Jaime levantó los ojos, sorprendido. Cansada como estaba, a Nell le brillaban los ojos. Las dos mujeres se rieron.

Jaime se acomodó junto a Nell en el banco, con los brazos apretando a la niña contra su pecho. De repente, sintió un nudo ardiente en la garganta. De una lágrima que intentaba deslizarse por su mejilla. Del anhelo que sentía en lo más profundo de su ser de abrazar y cuidar a su propio hijo. Depositó un suave beso en los suaves mechones de pelo del bebé y pensó en Malcolm. En lo maravilloso que sería tener un hijo suyo. Su hijo.

"Después de la pequeña Kate, Evan y yo pensamos que habíamos terminado con esas cosas".

La voz de Nell sacó a Jaime de sus sueños. Y se reprendió en silencio por tener pensamientos tan ociosos y fantasiosos.

"Sí", continuó. "Hace dos niños, me creía demasiado vieja para tener otro". Los ojos de la madre rozaron cariñosamente los rasgos del bebé. "Pero entonces, Evan... bueno, tiene una forma de *convencerme*".

Jaime sonrió cuando los ojos de la otra mujer parpadearon hacia su rostro, antes de bajar de nuevo a las mejillas rosadas del bebé. Era asombroso lo diferente que se sentía ahora al hablar así. De hecho, era consciente de que algo estaba cambiando en su interior. Tenía una sensación de vaga comprensión que nunca antes había tenido. Ciertamente, lo sabía todo sobre los niños y cómo se concebían, cómo nacían, pero empezaba a ver que había misterios ocultos bajo las palabras. Misterios que quizá sólo una madre podría comprender.

Incluso aquellos días en que se había creído enamorada de Malcolm, había carecido de este conocimiento de la vida adulta, de la pasión adulta. La desesperada necesidad física que tanto formaba parte de esa cosa llamada amor. Y la maternidad también parecía ofrecer algo más.

"He oído que el señorito Graves ha vuelto", dijo Nell en voz baja.

"Sí", contestó Jaime. "Me ha dicho que pasará a ver cómo estáis tú y el pequeñín hacia el mediodía".

"Es un buen hombre, para ser tan culto. Pero se ensaña con nosotros, no sé para qué. Ya lo he hecho tantas veces que no hay nada que él pueda decirme al respecto, y al bebé lo he examinado yo misma. Sé que el maestro Graves es sanador, pero ¿qué saben los hombres sobre partos o bebés?"

"Oyendo a tu marido, Evan, cualquiera diría que saben mucho".

Nell se dio una palmada en el muslo. "¿Ha estado hablando, mi Evan?"

"De camino hacia aquí, pasé por el mews". Jaime levantó al bebé y lo acomodó sobre su hombro. "Al ver la multitud de gente reunida, pensé que seguro que los gitanos se habían colado durante la noche".

"Pero no lo era, ¿verdad?". Nell se sonrojó. "Era mi marido, que no paraba de hablar de su nuevo hijo".

"Sí, pero eso no fue todo. Evan es todo un narrador, me sorprendió escucharle".

"Creo que no me gusta cómo suena esto".

"Sin duda, Nell. Cuando irrumpió en el relato del parto en sí..."

"No lo haría", jadeó ella.

"Y tan artista. Dibujando en la tierra para explicar a los pequeños..."

"Estoy seguro de que lo mataré".

Jaime se rió. "No, Nell. No era tu parto el tema, sino sus propios dolores y la espera. Todos en la mansión tenían que saber lo que había sufrido, al perderse una buena noche de sueño".

"Pobre diablo", frunció el ceño Nell, con los ojos fijos en la puerta.

"Le estoy dando más importancia de la que tenía", dijo Jaime con una sonrisa. "Evan estaba tan dulce, tan emocionado con la niña. Está muy, muy orgulloso".

"Tú también tienes algo de demonio, Jaime Macpherson -dijo Nell, esbozando una amplia sonrisa. "Pero tienes razón sobre Evan. Siempre ha sido así con los niños. Con todos y cada uno de ellos. Es un hombre al que realmente le encanta tener bebés a su alrededor".

"Eso es maravilloso. Entonces tienes planes para más".

"Puede que sí", resopló Nell. "Pero no mientras yo aún esté alerta. Si ha dicho algo al respecto, es puro deseo por su parte, por lo que a mí respecta. No me estoy haciendo más joven, pienso. De hecho, ahora que lo mencionas, es probable que Evan esté detrás de la visita del amo Graves. Probablemente, ese imbécil mío quiere asegurarse de que pueda tener más hijos, ¡maldito sea!".

"Mírate, Nell. Aún eres lo bastante joven para otra media docena, por lo menos".

"Sí, media docena, por lo menos, dice". Nell dejó escapar un largo suspiro. "Oh, me encantan, ama. Pero después de diez, una mujer tiene que preguntarse por su cordura, creo".

"Estoy seguro de que tú lo sabes mejor, Nell", respondió Jaime.

Nell se movió incómoda y Jaime la miró por encima de la cabeza del bebé. Estaba claro que tenía algo más que decir, pero le costaba encontrar la forma de hacerlo.

"Estoy aquí, Nell", susurró Jaime, con los dedos acariciando suavemente el suave cabello del bebé.

"¡Es el parto, ama!"

De repente, se sintió avergonzada por no haberlo visto ella misma. No era su cordura lo que preocupaba a Nell, sino la capacidad de traer tantos niños al mundo y seguir viviendo para verlos crecer. Jaime esperó hasta que la mujer levantó la vista para mirarla a la cara. Cuando lo hizo, pudo ver la preocupación grabada en los grandes ojos verdes de Nell.

"No es fácil decirlo, ama. Pero... bueno, me asusta la idea de tener más".

"Pero, Nell", replicó Jaime, intentando aliviar su preocupación, "este parto ha ido muy bien".

"Sí. Ha ido bastante bien. Pero hay un miedo a morir que se hace más fuerte con cada bebé que doy a luz. Oh, el Señor me ha cuidado bastante bien durante diez veces, lo sé. Le he dado a Evan un montón de pequeños sanos. Pero... cada vez se oyen más historias, pienso. Mujeres que mueren al traer a sus bebés al mundo. No hace ni seis meses, la pequeña Annie, la mujer de uno de los mozos de cuadra, murió al dar a luz a su quinto hijo. Y el mes pasado fue Ellen, la mujer del jardinero". Los ojos de Nell se fijaron con preocupación en la carita de su hija. "Esta pequeña criatura me necesita. Mis hijos son todos tan jóvenes. Todos ellos me necesitan. Y por mucho que sea un hombre adulto y todo eso, Evan también me necesita. Tengo demasiado aquí para querer desprenderme de él".

Jaime miró suavemente el rostro sonrojado de la madre. "¿No crees que Evan lo entendería?".

Nell negó con la cabeza. "Creo que nunca podría decírselo... no de la forma en que acabo de decírtelo. Es un hombre orgulloso, Ama Jaime. Orgulloso de sí mismo. Orgulloso de la prole que hemos tenido. Creo que, por mucho cariño que me tenga... y sé que lo tiene, sin duda... creo que le costaría verlo a mi manera".

Jaime abrazó al bebé mientras consideraba el problema.

"Pero hay algo, ama".

"¿Sí, Nell?"

"Bueno, la verdad es que no me siento cómodo preguntando, Ama Jaime. Puede que no esté

bien que ensucies tus manos en ello".

"¿Qué pasa?", preguntó animada. "Sabes que te ayudaré, si puedo".

"Estoy pensando, ama, supongamos que el señorito Graves le insinuara a mi hombre que, con diez hijos sanos, ha llegado el momento de dejarlo".

"¿El sanador? ¿Él haría eso?"

"Él te conoce, ama. Si se lo pidieras".

"¿I?" preguntó Jaime, sorprendido por la petición.

"Sí, ama". Nell asintió tímidamente.

Jaime sonrió un poco a su amiga. "No sé si lo haría. Lo que hay entre Evan y tú es entre Evan y tú".

"Eso es lo que me dijo el cura del pueblo hace unos años. Pero creo que ambos necesitamos nuevos consejos. Y Evan escuchará al maestro Graves".

"¿Pero para que yo pregunte?"

"Sí, ama. Eres la única mujer a la que escuchará el sanador".

La mujer del halconero la miró, con esperanza y confianza en los ojos. Jaime sabía que no podía negarse.

"Podría ir a verle y decirle algo. Es un hombre de confianza. Eso lo sé".

Nell asintió, con el alivio escrito en sus facciones, y se frotó las manos callosas contra la áspera lana de sus faldas. "Lo que decís es cierto, ama".

Jaime se quedó mirando mientras Nell volvía a bajar la cabeza. "¿Hay algo más?"

Ella asintió. "Sí, hay un temor. Es un hombre, y los hombres son como moscas. Y creo que el hecho de que ambos sean de sangre galesa empeora las cosas. Si no está de acuerdo, ¿acudiría a Evan y se pondría de su parte?".

"No tiene por qué ser una cuestión de bandos. No lo haces por ti. Esto es por los dos. Por todos vosotros".

"Tienes razón, ama. Y contigo hablando, seguro que lo verá así".

Jaime dejó escapar una risa nerviosa. "Tienes mucha fe en mí".

"Sí, quiero". El rostro de Nell se aclaró y sus manos se extendieron, tocando su falda. "Eres una buena amiga para mí, ama. Una buena amiga, de verdad".

Ambas mujeres callaron, profundamente conmovidas por el torrente de emociones que de repente invadió la habitación.

Nell rompió el silencio, estrechando su mano sobre la de Jaime. "Sé que estoy siendo atrevida al reclamarte como amiga, Ama Jaime. Pero creo que el Señor nos está bendiciendo de un modo especial al convertirme en la esposa de Lord Edward. Todos estamos recibiendo más de lo que merecemos cuando se trata de ti, ama. Que un alma tan amable y gentil como tú acepte al hijo de Su Gracia".

"No lo hagas", soltó Jaime. No tenía sentido ir por ahí revelando sus verdaderos sentimientos, ni siquiera a Nell, pero oír a la mujer hablar tan abiertamente de ello le produjo un escalofrío. Lo mejor, a juicio de Jaime, era disuadir de tal conversación por prematura. "Nada de eso se ha resuelto. Aún quedan muchas cosas por resolver entre Edward y yo... y entre nuestras familias".

Con un lento movimiento de cabeza que delataba su curiosidad ante las palabras de la joven, Nell accedió a los deseos de Jaime. El niño no tardó en acudir en ayuda de Jaime, retorciéndose en sus brazos y moviendo la boca en un intento persistente contra su pecho. Jaime le sonrió.

"Me temo que no puedo ayudarte con eso", susurró, devolviendo a regañadientes a la niña a la madre que la esperaba.

Mientras Nell se recostaba en la tumbona para amamantar a su hijo, Jaime se levantó y se

acercó a la mesita junto al fuego, y las dos mujeres continuaron su conversación, esta vez sobre los niños y sobre los progresos musicales de Kate. Mientras hablaban, Jaime se dio cuenta de que si pudiera quedarse en cualquier sitio -que no fuera junto a Malcolm-, no había lugar en el que prefiriera estar tanto como en aquella casa de campo. Siempre que venía a visitar a Nell, se apoderaba de ella una confortable sensación de satisfacción. Pero ahora, la mañana se estaba consumiendo y Jaime sabía que Nell tenía poco tiempo ese día para charlas ociosas.

Caminando por el suelo de la cabaña, Jaime vació la cesta de la comida y sacó los pequeños regalos que había hecho para la madre y el hijo, antes de salir al exterior y emprender el camino de vuelta a la casa.

Su trato con Nell y con el resto de la gente que trabajaba en las tierras del duque y en palacio siempre le traía a Jaime recuerdos de su infancia en Escocia. Allí, en las tierras del clan Macpherson, la separación entre la familia noble y el pueblo como Nell y su marido era inaudita. En muchos clanes que Jaime conocía, los lairds y otras personas de sangre noble trabajaban codo con codo con el pueblo llano. La gente del clan era bastante leal -morirían por el honor de su nombre sin pensárselo dos veces-, pero los lazos que aseguraban esa lealtad eran las gruesas cuerdas de la compasión y el trato justo. Y éste era el único camino para Jaime.

Mirando a su alrededor y saludando con la cabeza a los trabajadores que pasaban, Jaime se abrió paso por el recinto mientras su mente intentaba pensar en formas de ocupar el resto del día. Ya había dado sus clases de música con los niños a primera hora de la mañana, así que eso estaba hecho. Respirando el aire fresco de la primavera, miró en dirección a los establos. Pero sacudió la cabeza. A pesar del buen tiempo, la idea de permanecer al aire libre y dar un paseo no le interesaba hoy. Y tenía buenas razones para evitar al halconero, así que se alejó de los establos. Pero tampoco estaba de humor para volver a su habitación y charlar con Mary sobre los planes de boda que su prima se afanaba en imaginar.

Jaime volvió a sacudir la cabeza. En los últimos días había ignorado intencionadamente cualquier pensamiento sobre Edward. No le apetecía en absoluto pensar en una boda. Y menos en una que la uniera a él de por vida. No quería estropear su día con esas imágenes, así que pensó en Malcolm.

No le había visto desde el día anterior. Entre los cuidados que le prestaba Caddy y el regreso del médico, Jaime había decidido que, puesto que sus propias emociones eran indudablemente evidentes, debía mantener las distancias. Sin duda, necesitaba tiempo para recuperar la cordura y tapar la olla hirviendo de su pasión. El día anterior habían estado demasiado cerca de ser atrapados. Y habían ido demasiado lejos al ceder a sus deseos.

Incluso ahora, su corazón latía con fuerza al pensar en lo atrevida que había sido. Lo atrevida que debía de considerarla al presentarse ante él tan abiertamente. Un simple beso no había sido suficiente. Le había animado a tocarla en lugares donde nunca antes la habían tocado. Le había pedido que la tratara como a una mujer. Para no tener experiencia íntima, casi se había engañado a sí misma. Gimiendo interiormente al pensar en su encuentro, Jaime decidió ahora que suicidarse por su atrevimiento quizá no estuviera fuera de lugar. Ahora que había tenido tiempo de recapacitar sobre lo gratuita que había sido su conducta, probablemente se había confirmado su opinión anterior. A los ojos de Malcolm, pensó, Jaime Macpherson se había convertido en nada más que una ramera inglesa.

Un calor incómodo y punzante la invadió, y Jaime decidió que la sala de música podría

ofrecerle el mejor refugio. Mientras subía por el sendero que pasaba junto a los jardines, pensamientos inquietantes seguían agobiando la mente de Jaime; y una sensación carcomida y vacía que acompañaba a esos pensamientos la llenaba de inquietud y la ocupaba por completo. Al cruzar el umbral de una puerta abierta, Jaime levantó la vista, consciente de repente de que sus piernas, por voluntad propia, la habían llevado a un lugar distinto de su destino previsto. Mirando hacia el pasillo que albergaba la consulta, Jaime exhaló un largo y lento suspiro.

Conscientemente, no quería estar aquí, pero aun así se encontraba allí. En contra de su buen juicio, se había sentido atraída por su habitación. Algo se había apoderado de ella, la había conducido hasta él y, de repente, Jaime se sintió liberada por aquel momento. Avanzando por el pasillo, se dio cuenta de que no importaba lo que él pensara de ella. No importaba que los demás -que todo el mundo en Inglaterra- pensaran que pasaba demasiado tiempo a su lado. Ella soportaría los malos tratos. Lo único que importaba era que quería verle. Necesitaba verle. *Le vería.*

Jaime miró primero dentro de la sala de trabajo vacía del maestro Graves, pues la puerta del médico estaba abierta. Botellas de ingredientes y brebajes destilados abarrotaban la mesa que, por lo general, estaba vacía en el centro de la habitación. El vapor ascendía ominosamente de un enorme medio barril situado en un rincón, y el aire olía fuertemente a hierbas.

Al pasar por la sala, se dio cuenta de que algo iba mal. No se veía a ninguno de los guardias que habían estado apostados en aquellos pasillos desde la llegada de Malcolm. Todos habían desaparecido, y el pasillo estaba inquietantemente silencioso y vacío. Jaime aceleró el paso y avanzó hasta la puerta cerrada de Malcolm. Sin detenerse a llamar, levantó el pestillo y abrió de par en par la pesada puerta de roble.

Capítulo Veinte

"SABÍA QUE TE ENCONTRARÍA AQUÍ".

Jaime se dio la vuelta y miró sin comprender a la condesa de Surrey.

"Ven ahora, querida. Ven conmigo, ahora mismo". Frances alargó la mano y agarró a Jaime por la otra. "Surrey ha hecho que los sirvientes registren todo el palacio. Creo que están preparando los garfios para registrar el estanque de las truchas. No debemos empeorar las cosas haciéndole esperar".

Algo aturdido, Jaime dio un par de pasos, antes de recuperarse y plantar los pies.

"Espera", protestó ella, volviéndose y mirando hacia la habitación vacía de Malcolm. "¿Dónde está?

Frances pasó el brazo por el de Jaime y la impulsó con firmeza hacia el pasillo. "Más tarde, querida. Hasta luego. Ahora *tenemos que darnos prisa*. Me temo que Surrey no tiene mucha paciencia cuando se trata de esperar".

Mientras Jaime se dejaba arrastrar a regañadientes, su corazón latía ferozmente y su mente buscaba preocupada respuestas.

Algo terrible le había ocurrido a Malcolm, de eso estaba segura. Pero ¿dónde estaba? ¿Lo habían llevado al castillo de Norwich? Alguien debió de decidir que se había recuperado hasta el punto de ser... ¿qué, peligroso? ¿Podía escapar? Pero quién, pensó. Dios mío, no se lo había planteado antes. ¿Qué sería de él ahora que sus heridas se estaban curando? Si volvía a Norwich, sin duda sería presa fácil de la crueldad del carcelero, Reed. ¿Pero quién...? Edward, pensó, y de repente su cuerpo se llenó de un pavor helado.

"¿Ha vuelto Edward?", preguntó en un susurro tembloroso.

Frances no aflojó el paso, pero se volvió con una mirada de sorpresa, antes de sonreír y dar a Jaime una palmadita comprensiva en la mano.

Jaime se encogió, seguro de que gritaría si una persona más confundía sus indagaciones sobre el paradero de Eduardo con afecto.

"No, querida, aún no ha regresado", respondió Frances sin rodeos. "No esperamos que vuelva hasta dentro de quince días por lo menos, a menos que tú sepas más que Surrey".

Jaime negó con la cabeza. Entonces, ¿por qué habían enviado a Malcolm de vuelta a Norwich? quiso preguntar. Seguramente se habría enterado si había causado algún problema desde la última vez que lo había visto. El corazón se le hundió en el pecho. ¿Podría ser que de algún modo la carta que había entregado al médico hubiera caído en manos equivocadas y ahora Malcolm tuviera que sufrir la precaución añadida de estar más vigilado? Jaime sabía que el aprendiz de médico había vuelto a Cambridge al día siguiente de hablar con el maestro Graves. ¿Le habían engañado? ¿Los había traicionado a todos?

Al llegar a las puertas dobles de roble que conducían a los aposentos del conde y la condesa, Frances se detuvo y miró a Jaime de frente.

"Pareces pálido, primo. ¿Te encuentras mal?"

"Me siento un poco agotada", susurró ella en respuesta.

Frances pasó una mano suave por el brazo de Jaime. "Sé fuerte, querida". Y sin decir nada más, se volvió e indicó con la cabeza al ayudante que abriera la puerta.

Jaime sintió que el gran salón de los Surrey se la tragaba entera al entrar en él. Su cuerpo vibraba como un tambor hueco por el furioso golpeteo de su corazón contra las paredes de su pecho, llenándole la cabeza de tal ruido que se preguntó si haría inaudibles todos los demás sonidos. La habitación le pareció anormalmente luminosa y, al concentrarse en la nuca de Frances mientras la mujer se movía silenciosamente hacia el lado de su marido, Jaime pensó por un momento que no era descartable un desmayo. Pero el momento pasó, y Jaime continuó junto a la puerta, esperando las primeras palabras del conde.

"Primo Jaime", dijo, con voz cálida y amistosa. "Eres más difícil de localizar que un gorrión en el bosque. He tenido tres pajes y no sé cuántos criados que han vuelto con las manos vacías antes de que Frances se ofreciera a buscarte ella misma."

Enderezando la espalda y levantando la barbilla, Jaime devolvió la mirada al conde. "He estado esta mañana en la cabaña de Evan el cetrero, milord. Su esposa Nell acaba de dar a luz a un niño sano".

"Que Dios la bendiga. Veamos, ¿cuántos hijos son ahora? ¿Cinco? ¿Seis?"

"Este niño es su décimo".

"Por Dios, conoces a esta gente mejor que yo. ¿Y cómo está el pequeño?"

"La madre y el hijo gozan de buena salud, mi señor".

El conde de Surrey se volvió y cogió a su esposa de la mano. "Frances, asegúrate de avisar a las cocinas para que les envíen una cesta de algún tipo".

"Creo", respondió Frances, asintiendo con una sonrisa hacia Jaime, "que alguien ya se ha ocupado de eso".

"Muy bien", dijo Surrey, volviendo a centrar su atención en Jaime. Haciendo un gesto con la mano en su dirección, el conde indicó a Jaime que se acercara. "No hace falta que te quedes junto a la puerta, Jaime. Ven. Ven y únete a nosotros. Llevamos mucho tiempo esperando a que llegues".

Cuando Jaime empezó a entrar, el conde se volvió hacia su esposa. "Así que, amor mío, ¿dónde la encontraste al fin? ¿Tuviste que volver hasta la cabaña del halconero?"

Frances negó con la cabeza. "No, supuse que al volver de las cabañas, nuestro buen primo se detendría a ver cómo estabas".

Los ojos de Jaime miraron fijamente a Frances, dándose cuenta de que sus últimas palabras se habían dirigido a otra persona de la habitación. Alguien que estaba detrás de Jaime, en el otro extremo de la habitación.

Tal vez fuera el rápido giro de su cabeza o tal vez su repentino alivio, pero fuera cual fuera la causa, el mareo de Jaime volvió en un instante. Malcolm estaba de pie junto a la chimenea, con el brazo cruzado sobre el pecho. Mirándole fijamente, se dio cuenta de que si antes su corazón latía con fuerza, ahora amenazaba con estallar en su interior.

"Ha mejorado mucho, ¿no crees, Jaime?"

Parecía tan diferente. Tan limpio. Vestido con un jubón y unas medias impecables, era la imagen de la nobleza y la perfección varonil. Sus ojos recorrieron las líneas de su apuesto rostro hasta llegar a sus ojos oscuros.

"Es un sanador rápido", dijo, volviendo apresuradamente la mirada hacia el conde y la condesa.

"Te debe la vida", añadió Surrey.

Sacudió la cabeza. "El maestro Graves fue quien le salvó".

"Pero fuiste tú quien convenció a ese hermano mío para que lo sacara de Norwich. Fuiste tú quien se coló en los establos y trabajó junto al médico hasta que supiste que viviría".

Jaime sintió que le subía el color a las mejillas. Creía que nadie en la casa, aparte de Mary y Caddy, sabía lo que había hecho aquel día. Miró rápidamente a Malcolm. Seguía de pie como si no le importara nada, como si su nombre no fuera objeto de discusión.

"Además, por lo que he oído -continuó el conde mientras entraba y se sentaba en una silla-, cuando Graves se marchó a Cambridge, fuiste tú quien acudió a él y lo cuidó hasta que recuperó la salud".

"No fui el único", añadió Jaime. "Mi criada Caddy ayudó. Y María".

El conde de Surrey la despidió con una sonrisa. "Nada en contra de nuestra prima María -dijo volviéndose hacia Malcolm-, pero estabas demasiado sucio, ensangrentado y feo para que ella te pusiera un dedo encima". El conde volvió a centrar su atención en Jaime. "A diferencia de ti, querido primo, María se ha criado bastante protegida del mundo exterior y es muy poco probable que te sea de mucha ayuda".

"Se ofreció", dijo Jaime débilmente en su defensa.

"Sin duda". Surrey sonrió. "A ninguno de nosotros le importa perderse ninguna emoción".

Jaime abrió la boca para discutir, pero la cerró de golpe. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Le estaba dando crédito por preocuparse por Malcolm, o estaba sugiriendo que algún otro motivo había impulsado sus acciones? Malcolm seguía de pie, en silencio, junto a la chimenea. Aunque aún tenía la cara pálida y magullada, parecía tan fuerte que un observador casual nunca adivinaría que hacía poco que había sido herido de gravedad. Desde luego, no le trataban como a un prisionero, sin cadenas y sin vigilancia en aquella habitación, con el conde y la condesa presentes.

Los ojos de Surrey viajaron de Malcolm a Jaime. "Supongo que vosotros dos os habéis cruzado en el pasado. ¿En Escocia, tal vez?"

Jaime lanzó una rápida mirada en dirección a Malcolm. La mirada del montañés era severa y estaba fija en el rostro de Surrey. ¿Cuánto le había contado ya a Surrey sobre sus pasados? Malcolm abandonó su lugar junto al hogar y se sentó en una silla justo enfrente de Surrey.

"Lo hemos hecho, mi señor", respondió ella con la mayor ligereza posible.

"¿Así es como le reconociste en Norwich? Oh, Jaime, no te he ofrecido una copa de vino". Surrey hizo un gesto hacia una jarra de cristal que había sobre una mesa auxiliar y miró a su mujer y a Malcolm.

Jaime declinó y el conde procedió a llenar su propia copa. Su tono era ligero y conversacional, pero Jaime podía ver que estaba escuchando atentamente sus respuestas.

"¿Por casualidad no estaréis emparentados por sangre?"

Jaime miró fijamente a Malcolm. Habían pasado muchos años bajo el mismo techo. Ambos fueron amados por la misma familia y criados como parientes. Pero no eran parientes.

"No, mi señor. No lo somos -respondió ella, diciendo la verdad.

"¿Amigos? ¿Conocidos?"

"Surrey", intervino Frances con un tono de leve admonición. "¿Por qué no le preguntas lo que quieres saber? Estás intimidando a la pobre".

"¿Yo?", respondió el conde, con su rostro sonriente, la imagen misma de alguien injustamente acusado.

Pero a Jaime no le hacía ninguna gracia, y sus ojos se clavaron en los de Surrey. Si aquello era una prueba para comparar las respuestas que Malcolm le había dado con las suyas, estaba segura de que iba a fracasar. Desde luego, no tenía ni idea de cuánto tiempo habían estado hablando. Ni siquiera sabía hasta qué punto se conocían. Aparte de que ambos habían sido alumnos del gran maestro Erasmo, no había nada que pudiera relacionarlos. Sopesó sus palabras con cuidado, y su tono era decidido cuando habló.

"Lord Surrey, tengo muchos amigos. Aquí, en Escocia, en Francia. Entre la gente común y los nobles. Os considero amigos a ti y a tu esposa. Pero tus preguntas parecen insinuar algo turbio".

"Es cierto, Surrey", convino Frances, moviéndose junto a Jaime. "Parece que insinúas algo. ¿Por qué no dices lo que quieres decir?".

"Mi querida Frances, sólo me interesan estos dos. Desde luego, mis preguntas no pretenden insinuar *ninguna* fechoría por parte de *nadie*".

"La has tenido en el potro de tortura con esa inquisición tuya desde el primer momento en que entró aquí, Surrey", rebatió Frances. "Si hubiera sabido que querías traerla aquí para esto", la joven lo despidió con un movimiento de la mano, "nunca la habría encontrado para ti".

Con el brazo alrededor de los hombros de Jaime y un ceño amenazador oscureciendo sus facciones, la esposa de Surrey forzó una sonrisa en sus labios. Se volvió hacia el Highlander. "Estas mujeres. Debería haber sabido que se aliarían contra nosotros".

La cara de Jaime enrojeció mientras intentaba comprender las palabras de Surrey. Pensó en el uso que había hecho de la palabra "nosotros" y se preguntó si se refería a algo más de lo que parecía. Al fin y al cabo, agradecía el apoyo de Frances, pero lo que estaba ocurriendo le parecía tan vago e irreal, como una escena de una mascarada o una obra de teatro gremial. ¿Qué había realmente detrás de las preguntas del conde? Si realmente se trataba de una especie de mascarada, Jaime quería saber qué papel se suponía que estaba interpretando. Se decidió por un asalto directo.

"Milord", dijo ella. "En Escocia dicen que abrir un postigo aporta más luz que encender una vela. Si supiera qué es exactamente lo que buscas, estoy segura de que podría arrojar mucha más luz sobre lo que deseas saber."

Surrey, que estaba reflexionando sobre sus palabras, la miró mientras bebía un sorbo de su taza. Con un apretón de despedida en el brazo, Frances se apartó del lado de Jaime y se sentó en una silla, recogiendo unas labores de aguja que había dejado a un lado hacía un rato. El conde dejó la taza y, cuando habló, su voz desprendía una dulzura de la que antes carecía.

"Simplemente necesito tranquilizarme sobre algo, primo", dijo. "Dime, Jaime, ¿qué es... quiero decir, qué había entre tú y los MacLeod aquí? Si lo piensas, creo que estarás de acuerdo en que tengo derecho a saberlo".

Esta vez Jaime captó los ojos de Malcolm cuando se alzaron hacia su rostro. Al escudriñar sus profundidades, se sorprendió al descubrir que no había dulzura, ni afecto, ni amor por ella en ninguna de sus formas. Las duras líneas de su frente hablaban de ira. Incluso le pareció percibir frialdad, un atisbo de aburrimiento en su rostro. Por muy guapo que pareciera ahora, con su salud mejorada y sus ropas limpias, ella añoraba al antiguo Malcolm.

Decidió entonces acabar con aquello. Se volvió y miró directamente a Surrey. "Lo que dije

antes de que no éramos parientes era verdad. Pero como sabes, yo soy una Macpherson y él, Malcolm MacLeod, fue criado por mi tío y su esposa. Su padre era Torquil MacLeod, amigo de los ingleses, y Malcolm quedó huérfano a la temprana edad de siete años. Por sus servicios al rey escocés, mi tío fue nombrado laird de las tierras de Malcolm. Podría haber conservado esas tierras para el clan Macpherson, pero, en lugar de ello, mi tío y su esposa optaron por criar a Malcolm como propio y hacer que asumiera la señoría de sus tierras una vez que alcanzara la mayoría de edad."

"¿Así que os criasteis como hermano y hermana? ¿O más bien como primos? ¿Como se han criado aquí María y Catalina?"

"Malcolm es mayor que yo por un amplio margen, milord. Yo aún era una niña cuando a él lo enviaron a estudiar al extranjero. Y hubo largos periodos en los que viajé con mis padres a las cortes de Europa. Más tarde, poco después de que Malcolm regresara a Escocia, me enviaron a Francia. Me resultaría difícil decir que nuestros caminos han hecho mucho más que cruzarse ocasionalmente".

"Pero aún así te preocupaste por él lo suficiente como para intentar salvarle la vida".

"Sí, mi señor. Habría hecho lo mismo por ti. O por cualquier pobre alma. Me enseñaron que la verdadera compasión no tiene ojos y, sin embargo, lo ve todo. No podría darle la espalda en su estado, ni a la gente que sé que confía en él en sus propias tierras de Escocia. Pero da igual, mi señor. Podría haber sido el mozo de cuadra que una vez cuidó de mi caballo, o la cocinera que solía robar las cintas de mi costura. Habría hecho lo mismo por cualquiera de ellos". Jaime hizo una pausa y miró directamente a la cara de Surrey. "Y aquel día en el castillo de Norwich, después de ver el dolor y el sufrimiento en aquel horrible lugar, me habría llevado a cada uno de aquellos prisioneros, si hubiera podido". Se detuvo al vacilarle la voz.

El rostro de Surrey se volvió sombrío, y él y su esposa intercambiaron una mirada. "No sé en qué estaba pensando mi hermano -dijo en voz baja- al llevarte allí".

Jaime negó con la cabeza. "Por repulsivo que sea ese lugar, no lamento haber ido allí. De hecho, le agradezco que me llevara".

"Sí", intervino Frances. "Se te dio la oportunidad de salvar una vida".

"Y para añadir más oro a los tesoros de Eduardo. Pero todas estas cosas, estoy seguro -añadió Surrey, con el rostro convertido en una máscara-, no habrán hecho más que reforzar el sentido que mi hermano tiene de tu valía."

Jaime se asqueó ante aquellas palabras. No le importaba que Edward pensara que valía una paja. Ésa no había sido la motivación de nada de lo que hacía, pero apenas se atrevió a mirar a Malcolm.

Unos golpes en la puerta y la aparición de un paje que sostenía un gran libro atrajeron la atención de todos.

"Por fin", gritó Surrey, atravesando la habitación y cogiendo el libro. "Y en el momento perfecto. Ven a la mesa, Malcolm. Tú y yo podemos hojear estas cartas de nuestro antiguo maestro y rememorar viejos tiempos. Ya ves que las he hecho montar en este volumen...".

Los dos hombres se alejaron hacia una mesa situada en el extremo opuesto de la sala, y Frances le indicó a Jaime que se sentara a su lado. Al sentarse, Jaime sintió que podía respirar de nuevo y se esforzó por aflojar los dedos mientras observaba la conversación entre Surrey y Malcolm. Su mirada se convirtió en una mirada de asombro cuando Malcolm, que sobresalía por encima del conde, se relajó visiblemente hasta el punto de bromear con Surrey.

"Lo has hecho bien, Jaime", susurró Frances. "Mucho mejor de lo que yo lo habría hecho dadas las circunstancias, diría yo".

"¿Qué... qué significaba todo esto, Frances?". Su voz apenas era un graznido mientras seguía observando a los hombres.

"Edward", respondió la joven con una significativa inclinación de cabeza. Frances lanzó una mirada disimulada en dirección a su marido. "Surrey, estoy bastante segura, cree que quizá tenga que explicar, cuando Edward regrese, por qué decidió que el Highlander merecía un trato mejor del que estaba recibiendo".

"¿Entonces Malcolm no va a volver a Norwich?".

"No", dijo Frances con sorpresa. "No creo que Surrey lo considerase muy hospitalario. El hecho es que mi querido esposo y el montañés tienen mucho en común. Creo que ha disfrutado enormemente de su compañía. Es más, estoy segura de que a Surrey le resultaría difícil separarse de él ahora mismo".

"Me alegra mucho oírlo", dijo Jaime inseguro.

"¿Ah, sí? Bueno, creo que Surrey te ha hecho esas preguntas porque sabe que Eduardo estaría mucho menos dispuesto a la relativa libertad del Highlander si hubiera algo entre tú y Malcolm MacLeod".

Jaime entrelazó los dedos con fuerza en su regazo. "Entonces parece que mis respuestas han satisfecho las preocupaciones de lord Surrey".

Frances asintió mirando a su marido. "Eso parece, querida".

Jaime siguió los ojos de su amiga hasta donde estaban los dos hombres inclinados sobre el volumen de cartas.

"Si no va a volver a Norwich, Frances, ¿dónde lo van a tener?".

"Bueno -contestó la condesa, sus ojos bailando de alegría al volver a mirar a Jaime-, al menos hasta que regrese Eduardo, estará con nosotros en palacio. De hecho, Surrey ya ha dado instrucciones para que se prepare una de las mejores habitaciones para su invitado".

"¿Su invitado?" preguntó Jaime asombrado.

"Sí", asintió Frances con una nota de orgullo en la voz. "Ésa es una diferencia entre estos dos hermanos. Si Eduardo va a tratar a este laird escocés como a un prisionero, seguro que Surrey lo tratará como a un invitado de honor".

"Frances, lo dices como si tu marido estuviera haciendo todo esto simplemente por despecho hacia Edward".

"Supongo que hay algo de verdad en eso, Jaime", dijo un tanto desafiante. "Pero más concretamente, creo que existe un cariño genuino entre Surrey y Malcolm MacLeod. Desde anoche, cuando Surrey bajó a la consulta a hacer una visita, mi marido está bastante alegre. Quizá sea Erasmus el vínculo que les une, pero creo que se deleitan en su mutua compañía".

Los ojos de Jaime volvieron de nuevo a Malcolm. Parecía estar relatando a Surrey alguna vieja reminiscencia. Desde que había ido a la mesa, ni una sola vez había mirado en su dirección. Se le ocurrió que ella casi había dejado de existir para Malcolm.

"Me alegro de que le dijeras la verdad a Surrey", dijo Frances, colocando sus cálidos dedos sobre las manos cruzadas de Jaime. "Surrey necesitaba oírlo de ti. Como todos los demás, Jaime, te respeta y te tiene en gran estima. Habría sido doloroso para él descubrir que su confianza había sido equivocada".

"Supongo que me hizo las mismas preguntas que a Malcolm".

"Lo hizo", asintió Frances con una sonrisa. "Y sus respuestas coincidieron".

Jaime miró fijamente la labor de aguja que Frances tenía sobre el regazo, tratando de reflexionar. Había pájaros en el dibujo, posados sin esfuerzo en enredaderas retorcidas de hojas de hiedra. Jaime apartó la mirada. Sabía que tenía motivos para estar contenta, pues Malcolm

estaría bien cuidado, al menos hasta que volviera Eduardo. Pero no podía ignorar la frialdad que percibía en sus modales, la falta de reconocimiento de su mera presencia, que hizo que su corazón se encogiera de dolor.

"Antes incluso de venir a buscarte", continuó Frances, "sabía que Surrey confiaba en que todo iría bien".

"¿Cómo es eso?"

"Le hablé a Malcolm de tu próxima boda con Edward, y su reacción fue... bueno...".

Jaime tragó saliva. "¿Ah, sí? ¿Su reacción?"

"Bueno, parecía ver el partido con buenos ojos". La condesa la miró sólo brevemente por el rabillo del ojo. "Creo que lo llamó unión de dos almas idénticas."

Capítulo Veintiuno

JAIME INTENTÓ NO PENSAR en la distancia que la separaba del suelo mientras enredaba los dedos en la enredadera que había más arriba del muro. Las hojas de la hiedra que cubría el muro del castillo le rozaron la cara, suaves y frescas. Un zarcillo perdido de la nueva planta, que buscaba valientemente en el aire nocturno un lugar donde agarrarse, se enredó en su pelo y consiguió tirar hacia atrás de la capucha de su capa mientras ella misma subía cada vez más por el muro. No había intentado nada tan temerario desde que tenía doce años. A pesar de sí misma, sonrió por la ironía del hecho. La última vez que había escalado el muro de un castillo había sido por la misma razón. Para ver a Malcolm.

Llevaba dos días inquieta, sin poder dormir ni comer. Y fue su incapacidad para tener siquiera un momento a solas con él lo que la había llevado a esta temeraria escalada de medianoche.

Era evidente que estaba enfadado con ella. Las pocas miradas de Malcolm en su dirección habían revelado una furia fría, intensa y feroz.

Pero tenía que verle. Tenerlo ahora entre la hueste de caballeros, damas, frailes, oficinistas, cortesanos, abogados, monjas y viajeros que compartían cada comida en el Gran Salón le producía felicidad y angustia. Ver su apuesto rostro siempre vuelto hacia Surrey, tan cerca de ella y a la vez tan distante, saqueaba su voluntad de contenerse, de esperar, de ser paciente. El comportamiento público de Malcolm era digno, cortés hasta el punto de resultar encantador, pero sus atenciones abarcaban a todos los que les rodeaban excepto a ella. Jaime sentía que su compostura se desvanecía con cada encuentro. Se volvería loca si no pudiera compartir la calidez de su compañía.

Pero Jaime sabía por qué estaba tan enfadado. Cada vez que se interrumpía una conversación, cada vez que una nueva persona se unía al grupo que comía en la mesa principal, sabía que alguien se lanzaría a relatar con detalle las próximas nupcias entre Edward y ella. Y cada vez que veía que el rostro de Malcolm se endurecía durante un fugaz instante antes de apartarse con aquella expresión aburrida y desinteresada que estaba aprendiendo a conocer tan bien. Esta noche, cuando el arzobispo visitante de Norwich había ofrecido jovialmente la ceremonia aquí o en la catedral, Jaime había estado a punto de derrumbarse y decirle exactamente lo que pensaba de su maldita ceremonia.

Pero se había contenido en el último momento. Un espectáculo así sería ciertamente imprudente, por varias razones. Primero debía hablar con Edward sobre el asunto. Sentía que se lo debía, al menos. Y Jaime no quería llamar la atención sobre sí misma en ese momento. No quería arriesgarse a que aquella gente adivinara las razones de su "repentino" cambio de opinión, pues seguro que así lo verían. Además, no pondría en peligro la recién conseguida posición de

seguridad de Malcolm.

Jaime miró hacia la pequeña cornisa que había fuera de la habitación de Malcolm. El borde estaba a poca distancia por encima de sus dedos extendidos. Y, por supuesto, *este comportamiento* es perfectamente seguro, pensó con una sombría sonrisa. Metiendo la punta de su zapato blando entre una enredadera y la pared, se impulsó hacia la cornisa. La hiedra de aquí arriba debía de haber sido cortada recientemente, pues las lianas eran mucho más delgadas y podía sentir cómo se separaban de la pared.

La charla de Mary esta noche había sido la gota que colmó el vaso para Jaime. Al volver juntos a su habitación, María, con ojos soñadores y romántica, no había hablado de otra cosa que de Malcolm. No había parado de hablar de sus modales caballerescos, su aspecto, su talento, sus logros y sus encantos. Jaime se había debatido entre la idea de estar enfermo y la de arrancarle la lengua a su prima. Pero Jaime sabía que Mary no tenía la culpa de estar tan enamorada del granuja.

Y eso era exactamente lo que era. Un canalla del tipo más bajo y bestial. ¡Un canalla hermoso, maltratado y odiosamente irresistible!

Se preguntó, apartándose una hoja de hiedra de la cara, si ése era el modo en que pretendía castigarla.

Cuando Jaime deslizó los dedos de una mano por encima de la dura cornisa, la liana que tenía a los pies cedió y quedó colgando momentáneamente en el aire nocturno. Con cautela, buscó un punto de apoyo, lo encontró y levantó la otra mano. En un instante, se había encaramado a la estrecha repisa y se había ocultado entre las sombras, de espaldas a la pared. Más abajo, sobre el pavimento de piedra, distinguió las formas de dos guardias que conversaban a la luz de la luna. Desde luego, no mostraban ninguna preocupación por la Highlander. Mientras miraba a través de los cristales parcialmente abiertos de las largas ventanas emplomadas hacia la oscuridad interior, esperaba que Mary no decidiera bajar a visitarla a la sala de música, dos pisos más abajo.

Jaime se estremeció un poco ante lo que le esperaba y ante la temeridad de la escalada. Abrió silenciosamente una de las ventanas, pasó por encima del marco bajo y atravesó las pesadas cortinas acolchadas para entrar en la alcoba.

El silencio mortal que la recibió le heló la sangre en las venas. Los últimos rescoldos del pequeño fuego del hogar apenas iluminaban la cámara. Moviéndose con cautela por la alfombra de juncos recién tejida que cubría el suelo de la habitación, Jaime casi gritó cuando su cadera rozó bruscamente una mesita. Jaime extendió los dedos con cuidado por la superficie de madera y encontró una pequeña lámpara de mecha. Cuando sus ojos se adaptaron mejor, la enorme forma negra de una cama con cortinas adamascadas asomó en una esquina. Temerosa de llamarlo por su nombre en la oscuridad, llevó la lámpara de mecha a la chimenea para encenderla. Si por casualidad habían trasladado a Malcolm fuera de esta habitación... se estremeció al pensar en las consecuencias.

Jaime sacudió la cabeza, sin dejar de ver la cama por el rabillo del ojo. Que lo hubieran movido era muy improbable, pero aun así sabía que se sentiría más cómoda con el más mínimo atisbo de luz que la ayudara. Se arrodilló ante las brasas del fuego moribundo.

Mientras ella se levantaba, con la diminuta llama de la lámpara de mecha protegida por su mano, su voz áspera y masculina le arrancó un grito estrangulado.

"Llegas tarde".

Jaime giró sobre sí mismo, con una mano levantada en señal de sorpresa, y la luz de la lámpara cayó de lleno sobre el montañés. Mientras le miraba fijamente, sentado en una silla junto a las pesadas cortinas de la ventana, su corazón comenzó a latir de nuevo con fuerza, golpeando

ahora ferozmente en su pecho. Debió de pasar junto a él al entrar en la alcoba.

Malcolm MacLeod era la imagen de la elegancia, con su camisa de lino blanco abierta por la garganta y las piernas calzadas extendidas ante él. Pero había algo en su expresión que le llamó la atención. Su rostro mostraba algo más que distanciamiento e indiferencia. Incluso a la luz de la lámpara, podía ver en él fiereza, hostilidad. Pero llevaba tanto tiempo deseando estar a solas con él, que la emoción de aquel momento no podía apagarse ni con el brillo de un ojo ni con la curvatura de un labio. Jaime estaba tan enamorado de él que, por el momento, nada más importaba.

"Esperaba que vinieras mucho antes". Su tono no era más que un arrullo grave y sensual, y a Jaime se le encogió el corazón. "Aunque no esperaba que subieras por el muro del palacio".

"Salí por la ventana de la sala de música..."

Malcolm continuó como si ella no hubiera hablado. "*Mucho* antes, teniendo en cuenta el poco tiempo que os queda antes de entrar en el bendito estado del matrimonio".

"Todo eso es un error".

"Venga, dejemos todo esto. No arriesgaste tu vida por una simple conversación", volvió a interrumpir. "Creo que la última vez que estuvimos solos no tuvimos la oportunidad de terminar...". Hizo una pausa, sus ojos recorrieron el cuerpo de ella de una forma que la dejó sin aliento.

"Malcolm, yo..." Dio un paso hacia él.

"Te he visto observarme. Cada vez que me volvía durante la comida de esta noche, encontraba tus ojos sobre mí. Había hambre en tus ojos, pero no de comida. Sabía que esta noche vendrías a mí... con algo más que una simple charla en la cabeza. ¿Me equivoco, muchacha?"

Deseó desesperadamente poder mentir. Pero no podía. Ver cómo sus labios sensuales susurraban al oído de María esta noche casi había vuelto loca a Jaime. Le dolía tener esos labios susurrándole al oído, apretados contra su boca, contra su piel. Ahora los miraba con anhelo.

"¿Me equivoco?"

"No", susurró ella.

Malcolm la miró fijamente en un silencio autocomplaciente, obligándose a mirarla con el ojo frío del crítico, y no con el ojo del tonto que había sido una vez. Se sacudió el persistente pensamiento de que sólo unos días antes había creído de verdad que ella le amaba.

Pero había mentido. En la consulta había estado dispuesta a hacerle el amor, mientras ocultaba la verdad de que pertenecía a otro. A esa vil serpiente que era Edward Howard. Pero él se había enterado de todo. Aunque Surrey admitió que él mismo apenas estaba al tanto de los pensamientos o planes de su hermano, le había dicho que era de dominio público que Jaime pertenecía a Edward desde hacía bastante tiempo. Malcolm supo entonces que había estado en lo cierto desde el principio al considerarla tan vilmente deshonrada. Se había entregado libremente a uno, a un inglés, y aún así buscaba el placer en brazos de otros. Muy bien, pensó sombríamente, al menos en este caso satisfaría los caprichos de sus captores.

"Quítate la capa", ordenó secamente.

Visiblemente sobresaltado por la petición y el tono cortante de su orden, Jaime obedeció, doblándola y volviéndose para depositar la oscura prenda sobre la mesa. "Malcolm, tengo que explicarte". Ella jadeó, volviendo la cara hacia él. "¿Qué estás haciendo?"

Malcolm estaba de pie, con el torso desnudo, junto a su silla, con la camisa hecha un ovillo en la mano. Ya estaba casi completamente curado, y sólo sentía leves punzadas de dolor en el hombro y el costado por el brusco movimiento. Pero había una herida supurante en su interior que parecía empeorar cada día.

Sí, pensó con rabia. ¿Qué *estaba* haciendo? La visión de su hermoso rostro, mirándole con aquella mezcla de sorpresa e inocencia, le clavó un asta de acero fundido en el corazón. ¿Qué *estaba haciendo*? Esa inocencia no es más que un simulacro, se recordó a sí mismo con fiereza. Su cuerpo, tan femenino y fuerte... sus pechos, que subían y bajaban con cada rápida respiración... sus manos y sus dedos, finos y blancos, extendidos hacia él implorantes.

Pero, ¿qué quería? ¿Qué *estaba* haciendo?

Malcolm sabía lo que estaba haciendo. Repentinamente furioso consigo mismo por pensar que podía avergonzarla de algún modo con sólo llevarla a su cama, echó la camisa a un lado y la cogió bruscamente por el brazo.

"Te vas de aquí".

"No, por favor". Intentó resistirse al fuerte apretón que él le daba en el brazo.

"Sí, vas a salir. No te tendré aquí".

"Espera, Malcolm. Por favor".

"No -gruñó entre dientes apretados-. "Te has convertido en una seductora. Una bruja".

"Eso no es verdad".

"Sí, es verdad. Y no me añadirás a tu lista de asquerosos amantes". Su rostro era una máscara de fría furia.

La cara de Jaime se puso blanca de asombro.

"Puedes salir por aquí, para variar", dijo, arrastrándola hacia la puerta. "Y puedes explicar como quieras cómo llegaste a entrar por la ventana".

Intentó arrastrar los pies por el suelo, pero las fuertes manos de él la levantaron, impulsándola rápidamente hacia la pesada puerta de roble.

"Una cosa bonita. Una agradable sorpresa para tu marido que llega. Todo el personal de servicio -y también los soldados- hablando de ti, de Jaime Macpherson, la pretendida de Edward Howard, echada de la alcoba de su prisionero. Los rumores que correrían, de que trepabas por las paredes para pasar una noche en brazos de aquel hombre". Cada músculo de su cuerpo se flexionó con ira, sus ojos furiosos escupían llamas mientras la contemplaban. "Pero tal vez esto no sea nada nuevo. Quizá tu amado esté acostumbrado a compartir tu cuerpo con otros. Posiblemente espero una reacción mayor de la que debería".

Llegaron a la puerta.

"Quizá estos guardias estén acostumbrados a verte tan tarde". Con inesperada brusquedad, Malcolm rasgó el hombro de su vestido, dejando al descubierto la piel marfil de la parte superior de sus pechos. "Quizá te conozcan más así".

"Malcolm, no", suplicó ella, aferrándose a su mano mientras él buscaba el pestillo. "Por favor, no me avergüences ante ellos".

Sin poder contener las lágrimas, le rodeó el cuello y el pecho con los brazos y enterró la cara contra él. "Por favor, Malcolm. Por favor, no lo hagas".

Sus sollozos le desgarraban. Su mano se congeló en el pestillo y cerró los ojos, intentando acallar el sonido de su voz suplicante.

"Malcolm, eres el único hombre al que he amado. Eres el único hombre que me ha importado. No me pisotees así. No me abandones".

Su piel estaba húmeda por las lágrimas de ella. Ella levantó la cara, aún aferrada a él, y apretó los labios contra su pecho. Sintió que el deseo, fuerte y lujurioso, se agitaba con fuerza en sus entrañas.

"Edward no es nada para mí", susurró ella, con la piel de su mejilla caliente contra la carne de él. "Nunca he..."

Le agarró un puñado de pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Ella levantó la vista y se estremeció al contemplar la profundidad de sus ojos. Él sabía lo que ella podía ver: pasión, deseo y hambre, y no intentó ocultarlo.

"Nunca", dijo, sus palabras no eran más que un rumor bajo, un gruñido animal en su garganta. "*Nunca* menciones su nombre mientras te tenga en mis brazos".

Jaime le miró fijamente un momento y luego, poniéndose en pie, se acercó para apretar sus labios contra los de él. Pero su movimiento fue más rápido, más áspero, y su boca se cerró sobre los labios de ella como un tornillo de banco, su lengua hundiéndose en los suaves recovecos, conquistando con una pasión mortificante. Pero era una pasión que Jaime aceptaba de buen grado, una pasión que la llenaba de una alegría salvaje y tormentosa.

Los brazos de Malcolm la rodeaban con fuerza, sus cuerpos entrelazados, íntimamente apretados, hasta el punto de que a Jaime le pareció que el suelo había caído bajo ellos, que ahora flotaban en un lugar sin ataduras por las leyes de la naturaleza. Un lugar donde los amantes se unían y uno no sabía dónde terminaba el cuerpo de ella y empezaba el de él. De repente, Jaime sintió que su cuerpo empezaba a temblar, a estremecerse con ese mismo gozo delicioso y aterrador.

Y entonces el aire, cálido y dulce a su alrededor, empezó a agitarse y a girar, y ella supo que se estaban moviendo. Vagamente, sintió que la levantaban en sus brazos, y simplemente acurrucó la cabeza en el pliegue de su cuello, sabiendo que estaba a salvo con él. Confiaba en Malcolm MacLeod, le quería y sabía que él debía quererla. Cuando le hiciera ver la verdad de lo que eran el uno para el otro, apreciaría su amor tanto como ella. Y si hacerle el amor era lo que le haría ver, que así fuera, pensó feliz. No esperaba otra cosa. Cuándo o dónde debía entregar su inocencia no tenía importancia para ella, siempre y cuando se la entregara a él.

Cuando la puso de pie junto a la cama, ella se balanceó un poco, centrando los ojos en su rostro cuando él se alejó. Se estremeció y le miró fijamente, sin comprender. La calidez y el consuelo que le proporcionaba su fuerte abrazo la tranquilizaban, calmaban sus temores. Pero ahora, sin sus poderosos brazos, Jaime se sentía sola y extrañamente fría.

Sus ojos la recorrieron. "Desnúdate", ordenó, con voz ronca y cruda.

Malcolm estaba ante ella. Su mirada pedía a gritos palabras de amor. Podía ver claramente que ella anhelaba alcanzarlo, hacer que la tomara entre sus brazos de nuevo. Pero, en lugar de eso, se limitó a apretar los puños y ver cómo ella se llevaba la mano a la nuca para coger los cordones que sujetaban el vestido. Pudo ver claramente las manos temblorosas que luchaban por deshacer los lazos.

Malcolm evitó mirarla a los ojos llenos de lágrimas, pero en su lugar centró la mirada en sus labios carnosos, en la suavidad de su cuello, en la suave piel de marfil que asomaba a través del roto que había hecho en el vestido. Cuando hubo desabrochado la prenda todo lo que pudo, Jaime empezó a tirar de las anchas mangas, y a Malcolm se le cortó la respiración en la garganta cuando el corpiño desgarrado del vestido se deslizó hacia abajo. Sus pechos, altos y redondos, se apretaban contra la fina seda de la camisa. Podía sentir los ojos de ella clavados en su rostro, pero se obligó a mantener su propia mirada apartada, y cuando ella empujó las faldas hacia abajo y se inclinó para salir de ellas, la visión de sus pechos balanceándose libres de la ropa interior le sacudió con la potencia de un relámpago. Su respiración se detuvo, y aún no se había reanudado cuando ella se enderezó, con el pelo cayendo en cascada hacia delante, los mechones de ébano ocultando y acentuando las exquisitas curvas de su forma femenina.

"Quítate las", gruñó en voz baja, concentrándose en sus manos entrelazadas ante ella. "El resto de tu ropa. Quítate la".

Cuando ella vaciló, él la miró, y el destello de sus ojos hacia la lámpara de mecha encendida. Ella deseaba continuar sin la luz.

"No me ocultarás nada más, muchacha". La voz airada de Malcolm cortó el aire como la hoja de un puñal. "Y me mirarás a los ojos cuando te haga el amor. Quiero que lo recuerdes. Quiero que veas mis ojos tan claros como las cumbres invernales de los Cuillins Negros, y quiero que pienses en mi rostro... es más, quiero que lo veas asomando por encima de ti la próxima vez que te acuestes con ese amante inglés tuyo".

Apartando lentamente una lágrima con el dorso de la mano, Jaime se acercó en silencio a los tirantes de la camisa y tiró de ellos hacia abajo, de uno en uno. El material se tensó contra sus pechos y luego los soltó. Se le secó la garganta y sintió que se endurecía ante aquel espectáculo de perfección, y cuando ella bajó lentamente la suave tela sobre las curvas de sus caderas, Malcolm se dio cuenta de que tenía que forzar conscientemente la entrada de aire en sus pulmones. El chemise cayó al suelo, quedando a sus pies.

Los ojos del montañés estudiaron cada parte de su cuerpo de impresionante belleza, tratando de apartar la idea de que se trataba de Jaime. La miró sin defectos, su forma y su piel, intentando pensar en ella como si fuera una imagen forjada. Un cuadro. Una estatua. Los sentimientos le desgarraban de forma totalmente contraria a lo que deseaba sentir.

Quería sentir... nada.

Malcolm la miró fijamente. Ella permanecía erguida, sin ocultar nada. Sus ojos la poseían, pero eso era todo. Ella no era suya. Su mirada recorrió las sensuales curvas. La luz de la lámpara parpadeaba sobre los suaves planos de su vientre, creaba sombras a lo largo de sus brazos, la parte inferior de sus pechos, el interior de su muslo.

Le miró a la cara. Sus mejillas y sus ojos brillaban de lágrimas.

Tenía que ser así. Luchó contra la debilidad de su corazón, que le pedía a gritos que le demostrara su afecto. El anhelo... mejor dicho, la lujuria era lo único que podía unirlos ahora. Tenía que tratarla *así*, argumentó en silencio. Ella había acudido a él con una sola cosa en mente, y eso era todo lo que él se permitiría dar. Dio un paso y llegó al lado de la cama, luego echó hacia atrás las sábanas con una violencia que hizo saltar a Jaime. Pero cuando ella empezó a acercarse a la cama, él la agarró ferozmente por la muñeca.

"No, muchacha", gruñó. "No tan deprisa".

Había sorpresa en su rostro mientras lo miraba fijamente. Malcolm sabía en el fondo de su corazón que aquella sería la última vez que la tendría. Su belleza representaba para él un esplendor sin parangón a este lado del paraíso. Pero ahora conocía demasiado bien el funcionamiento de su corazón fraudulento, y también sabía que ninguna otra mujer le haría tanto daño como ella.

Ella no era suya. Pertenecía a otro.

Su tacto. Malcolm quería sentir el tacto de sus dedos sobre su piel. Así llevaría ese recuerdo durante el tiempo que le quedara en esta vida.

Y la forzaría si fuera necesario... porque ella nunca le pertenecería.

"Ven a mí". Su orden, ronca incluso para su propio oído, resonó en la habitación. "Desvísteme".

Jaime dudó un instante. Luego, lentamente, extendió la mano. Con la rapidez de un relámpago, Malcolm la agarró por la muñeca y la empujó hacia él. Su cuerpo cayó contra el suyo, sus cálidos pechos presionándole. Le miró fijamente, con una mezcla de sorpresa y expectación en los ojos. Deliberadamente, él cogió una de sus pequeñas manos y la acercó a su virilidad. Con una audible inspiración, ella volvió la mejilla suave y húmeda hacia su pecho, y

Malcolm apoyó la boca en su pelo, aspirando su dulce aroma. El suave cuerpo de marfil de ella, ahora tan cerca, se fundía a la luz de la lámpara con la piel más oscura de él, causando estragos en sus sentidos.

Estaba perdiendo el control, y lo sabía. Por propia voluntad, sus labios rozaron la suavidad satinada de su pelo. Sin planearlo, sin pensarlo, su boca se movió hacia abajo para besar y chupar la piel aterciopelada del lóbulo de su oreja. Pero cuando ella inclinó la cabeza hacia un lado, cuando dejó escapar un leve gemido mientras él la besaba cálidamente, el cerebro de Malcolm se aclaró, diciéndole que sus acciones habían sido premeditadas, que el momento estaba completamente planeado. Retrocedió bruscamente.

"Desvísteme, he dicho".

Las manos de ella eran torpes y temblorosas cuando le bajaron los calzones y la estrecha manguera. Pero antes de que ella pudiera retirarse, él la agarró de la mano y tiró de ella hacia él. Ella se resistió un instante. Qué timidez, pensó él. Pero entonces, mientras él le sujetaba la muñeca, los dedos de ella se desenrollaron lentamente y se enroscaron con suavidad alrededor de su vástago endurecido. Y entonces el montañés dejó de respirar cuando sintió que ella le pasaba el pulgar y los dedos por la piel, explorando su longitud y grosor, sintiendo su textura, acariciándolo, provocándolo.

Malcolm perdió el control.

En un momento estaban de pie junto a la cama, y al siguiente ella estaba estirada sobre ella con las piernas abiertas por el cuerpo de él. Malcolm inmovilizó las manos de Jaime por encima de su cabeza con una mano mientras le chupaba los pechos con un hambre que nunca había conocido. Su cuerpo se retorcía contra él y sus suaves gemidos reflejaban sus propios deseos. Desplazando ligeramente su peso, utilizó los dedos para acariciar los pliegues de su feminidad, liberando en ella los fluidos resbaladizos que la abrirían a él.

Los suaves gritos de Jaime despertaron una nueva y cruda pasión que invadió a Malcolm y amenazó con llevarlo al límite. Con cada músculo de su cuerpo tenso como el alambre, se irguió y la miró a la cara. Mientras la observaba, pudo ver cómo cambiaba su expresión a medida que las oleadas de deseo se apoderaban de ella. Mantenía los ojos cerrados, pero sus manos se alzaron para atraerlo de nuevo hacia ella.

Esto era más de lo que Malcolm podía soportar. Deslizando las manos bajo las firmes nalgas de Jaime, la levantó y encontró el lugar. De un solo empujón entró en ella, enterrándose profundamente.

Y entonces llegó la horrible revelación, tan rápida y poderosa como un relámpago. Y Malcolm deseó estar muerto.

Capítulo Veintidós

MALCOLM ESTABA de espaldas al hogar, con la mirada clavada en la ventana abierta. Con las pesadas cortinas corridas, la suave brisa del alba soplaba libremente por la habitación. El aire era fresco y húmedo, pero el montañés no sentía nada. Llevaba más de una hora así, y el gris relámpago del cielo oriental no significaba nada para él.

Ella le había dejado. En silencio, con la mirada perdida, se había puesto la ropa y se había dirigido a la ventana. Y él la había observado sin decir palabra. Ella sólo se había detenido una vez junto a las cortinas, girando la cabeza como si fuera a hablar. Pero no había emitido ningún sonido, y entonces, como un pájaro nocturno que levanta el vuelo, Jaime se había marchado, desapareciendo en la oscuridad y sin mirar atrás.

Un profundo suspiro sacudió su poderosa estructura, y Malcolm volvió la mirada hacia la cama. La habitación estaba aún muy oscura, pero la blancura de la ropa de cama destacaba en el vacío. Podía ver en su mente el espacio donde ella había estado. Podía ver la prueba de su amor, de su constancia, manchando la blancura de la sábana, quemando en su alma una culpa negra y sangrienta. Una culpa que era suya y sólo suya.

Malcolm apartó la mirada y cerró los ojos. Por un momento pensó en volver a su cama, pero no se movió. Después de todo, ¿qué alivio podría encontrar allí? Como si, pensó amargamente, acariciando las ásperas sábanas pudiera encontrar algún consuelo para su alma sucia y torturada. Como si pudiera devolverle el calor que ella se había llevado cuando se escabulló en la noche. Se cubrió los ojos con una mano y clavó la mirada en la oscuridad de su mente. Qué equivocado había estado al tratarla tan injustamente, y qué valiente había sido ella al soportar lo que él le había hecho sin una sola palabra de queja.

Nunca había pertenecido a otro. Él había sido el primero de Jaime. Y tomarla tan brutalmente como lo había hecho. ¡Por el Rood! Y pensar que momentos antes ella le había dicho cuánto le amaba. Pero él, cegado por su propia estupidez e ira, no la había creído. Él, Malcolm MacLeod, el más falso de todos los hombres, no la había creído. Él, el hombre que había intentado casarse, no por amor, sino por el bienestar de su maldito clan.

El montañés se pasó la mano por la cara, pero sabía que no podía borrar su sentimiento de culpa. Le asaltó un pensamiento feo y terrible. Se había convertido en el hijo de su padre. Al igual que Torquil MacLeod, su brutal y lujurioso padre, Malcolm se había convertido en un despiadado profanador de mujeres confiadas, un cruel y despiadado asolador de indefensos.

Con un rugido de angustia, Malcolm atravesó la habitación y destrozó la cama. Salvaje de dolor, arrojó las sábanas al suelo y golpeó el alto colchón con las palmas de las manos. Pensar que había confiado en él y había venido aquí, tan tarde en la noche. Había querido explicárselo, dijo. Pero nunca había sospechado que él fuera capaz de semejante maldad, y ¿cómo podía

sospechar semejante asquerosidad?

Dejando caer la cabeza entre las manos, Malcolm empezó a rezar. Por el perdón. Por *su* perdón.

El sol estaría muy por encima de los campos cubiertos de niebla antes de que él levantara la cabeza, decidido, desafiante, con el camino por fin despejado.

Jaime se enroscó bajo la ropa de cama, con las rodillas apretadas contra el estómago. Sin moverse, escuchó atentamente los sonidos rítmicos del sueño profundo y tranquilo de su prima.

Había tenido mucha suerte de que María no se hubiera despertado cuando había entrado hacía unos momentos. Habría sido muy difícil explicarle el estado de su ropa. Moviéndose en silencio, casi mecánicamente, por la alcoba que compartían, Jaime se había quitado el vestido roto, doblando la prenda con cuidado y escondiéndola en lo más profundo de los espacios cavernosos de su gran baúl de viaje.

Mientras se preparaba para ir a la cama -lavarse, ponerse la suave bata de algodón sobre la cabeza, apartar la ropa de cama-, Jaime se había encontrado realizando cada acción como en un sueño. Incapaz de deshacerse de esa sensación, se alegró de no tener que responder a ninguna de las preguntas habituales de Mary. Lo que había ocurrido esta noche, Jaime no tenía ningún deseo de discutirlo con nadie.

Allí tumbada, en los seguros confines de su cama, pensando en lo que había hecho, Jaime se encontró de repente llorando. Las lágrimas empezaron a brotar sin previo aviso, goteando por las comisuras de los ojos, sobre el puente de la nariz y desapareciendo silenciosamente entre las suaves sábanas. Sólo se dio cuenta de que había estado llorando cuando su respiración empezó a acortarse en sollozos que le sacudían el cuerpo. La idea de despertar a María, la idea de ser descubierta, hicieron que Jaime cobrara conciencia, y hundió la cara en las ondas del colchón, permitiendo sólo entonces que todas sus crudas emociones brotaran y dieran voz amortiguada a su desdicha.

Algún tiempo después, mientras se le pasaban las lágrimas, pensó con cansancio en los acontecimientos de aquella noche. Siempre se había considerado una mujer capaz de cuidar de sí misma. Incluso independiente en muchos aspectos. Pero desde que se hizo adulta, nunca había actuado con una libertad irrestricta, no antes de esta noche. Pero no era el precio de esta independencia lo que le dolía tanto: la pérdida de su inocencia, de su virginidad. Era Malcolm. Apretó aún más los brazos contra sus rodillas y apoyó la frente en ellos. Aunque hacer el amor con él no había sido lo que ella esperaba, lo cierto era que nunca había sabido qué esperar.

Lo que más le molestaba era la confusión que podía ver en su rostro, en sus ojos, el hecho de que no hubiera sido capaz de llegar hasta él, de hacerle saber la verdad. La verdad sobre ella, la verdad sobre ellos dos. Él se había enfadado mucho cuando ella llegó, y ella no había sabido cómo aliviar su dolor, aparte de mostrarse complaciente con sus deseos. Aunque eso había ido en contra de su naturaleza, no había sido lo peor. No, lo que más le dolió fue la determinación de que él pudiera renunciar a ella. Porque había visto el fuego del deseo en sus ojos, había sentido el poder arrollador de su pasión. A excepción del instante en que él la penetró con su vástago -ese momento devastador que la hizo gritar tanto de dolor como de conmoción-, sabía que había estado tan enloquecida de deseo como él.

Pero entonces, de repente, todo había cambiado. Ahora se daba cuenta de que ese cambio no hacía sino aumentar su desdicha. El cambio en él había sido tan claro y nítido como la llegada de

la noche, tan repentino como el paso de una tormenta de verano en las Tierras Altas. Tras su salvaje y poderosa embestida, Malcolm simplemente se había detenido como fulminado.

Jaime no se había movido. Mientras ella esperaba que se moviera, que continuara, que hiciera algo, el dolor desgarrador había desaparecido de repente en la vaguedad de una especie de recuerdo aturdido. El momento había quedado suspendido en el tiempo como una gota de rocío en una hoja. Como si la vida misma contuviera el aliento, el aire que les rodeaba, el fuego del hogar, la luz de las lámparas, las mismas estrellas, recordaba haber pensado Jaime, se habían detenido, esperando su siguiente movimiento. Luego, con un gemido bajo y angustiado, Malcolm se había retirado de ella. En silencio, con una lentitud atroz -sin duda, sin ningún atisbo de alegría-, se había separado de ella y se había colocado con cuidado en la cama, a su lado.

Modales, recordaba haber pensado. Así que son los modales los que recompensan el acto de amar. Y una extrema delicadeza en los modales, además. Amabilidad, solaz y sumo cuidado en el trato con la mujer. Pero nada de pasión. Se va de un solo empujón. Se fue en un momento. Se fue con un único gemido bajo y angustiado. Desapareció.

Malcolm no le había dirigido la palabra, pero la había estrechado entre sus brazos como a un niño al que acababa de pisotear. Y ella, confundida por lo repentino de todo aquello -el dolor, la herida de no saber el motivo del cambio, por la evidente decepción que había provocado en él-, se había limitado a esperar unos instantes y luego se había deslizado silenciosamente fuera de su cama. Sin que él le dijera nada, se había ido por donde había venido. Él no le había impedido irse. No la había llamado. Ni siquiera había pronunciado su nombre.

Las lágrimas empezaron a fluir libremente una vez más, y se tumbó de nuevo en el colchón, mirando fijamente a la nada negra que había sobre ella.

No se preocupaba por ella. No la amaba. Qué equivocada había estado.

Capítulo Veintitrés

EL DUQUE de Norfolk arrojó la carta parcialmente terminada boca abajo sobre la mesa cuando su paje anunció la entrada de Eduardo en la cámara. Golpeando la mesa con sus nudillos nudosos, Norfolk indicó a su secretario que saliera y esperara, y luego se volvió para saludar a su segundo hijo. Decidió que había que hacer algo al respecto, pero las personas cercanas al rey se mostraban inusualmente herméticas, y era difícil tomar decisiones sin información precisa.

"Alteza", dijo Eduardo al entrar en la cámara ricamente decorada.

Al otro lado de la puerta abierta, el duque divisó a los dos guardias que habían acompañado a Eduardo a su cámara. Ordenó a su paje que cerrara la puerta y los dejara en paz. Cuando la puerta se cerró silenciosamente, Norfolk volvió su ceño fruncido hacia el joven.

"¿Qué has hecho, Edward?" El tono del duque era áspero, mientras se apoyaba en los brazos y golpeaba de nuevo la mesa. "¿Qué?

"Por el demonio, no he hecho nada, padre".

"¿Nada?" escupió Norfolk con asco. "Guárdate eso para los torturadores del rey. Claro que has hecho algo. Muchas cosas. Pero ¿qué has hecho que haya llegado a oídos del rey?".

"Padre, yo..."

"¿Quiénes son nuestros enemigos, Eduardo?", continuó el duque. "¿Qué utilizan contra nosotros?"

Al no obtener más que silencio por respuesta, Norfolk golpeó con fuerza la superficie de madera. Llevaba demasiado tiempo en este juego como para bajar la guardia, pero ninguno de los enemigos de la familia estaba ahora en condiciones de hacerle daño.

"Tiene que ser algo. Algo lo bastante fuerte como para cambiar tan drásticamente la actitud del rey hacia ti. Ahora piensa a quién has agraviado. En quién has enfadado hasta el punto de arriesgar su propia posición al mancillarte".

Edward miró sin comprender al hombre mayor.

"Edward, piensa", espetó. "¿Qué has hecho?"

"Nada, padre", respondió. "Se me ha acusado errónea e injustamente".

"¡Oh, por los santos!"

"Y si pudiera averiguar la identidad del canalla que se ha atrevido a meterse con mi honor".

"¿Honor?" El duque levantó las manos.

"¡Juro por la espada de mi abuelo que le arrancaré la garganta a ese bastardo con los dientes!"

Norfolk hizo una pausa y estudió el rostro de su hijo. No había nada que le dijera si Edward se estaba guardando algo. Esperaba por Dios que su hijo no fuera tan tonto.

"Tenemos suerte de que lo único que se ha conseguido hasta ahora sea hacer el tonto",

advirtió el duque mientras se hundía en su silla. "Pero a menos que hagamos algo para corregir esta situación ahora, es seguro que le seguirá una acusación. Así funciona la corte. El rumor se convierte en insinuación. Y si la insinuación parece encontrar una respuesta favorable por parte de Su Majestad, entonces la insinuación se convierte rápidamente en acusación."

"Ya he sido acusado. Y condenado". Edward, bastante alterado por este nuevo giro de los acontecimientos, golpeó la mesa con las palmas de las manos. "Me siguen a todas partes. Hay guardias apostados en la puerta de mi propia cámara. No tengo intimidad. Soy un animal enjaulado, atormentado cada vez que respiro".

"No te quejes, Edward. Esto podría ser mucho peor".

"No veo cómo. En un momento me llaman a la corte. Me acogen en compañía del rey. Se me anuncia como héroe del reino. Defensor de los mares de Su Majestad. Y ahora, en el momento siguiente, me vigilan como a un ladrón. Comisiones que deberían haberme sido otorgadas se están desperdiciando entre lobos de sangre blanca que nunca han pisado la cubierta ensangrentada de un barco de oro que se rinde".

"Edward, es inútil".

"Hoy me he enterado de que el Lord Gran Chambelán va a enviar a buscar a mi tripulación... para interrogarla. Sobre mí". Edward se paseaba por la habitación con las manos cerradas en un puño y el rostro carmesí de rabia. Se detuvo y miró directamente a su padre. "¿Cómo podría ser peor que esto, Alteza? ¿Cómo podrían hacerme más daño del que ya me han hecho?".

"Fácilmente", respondió el duque en voz baja. "Se hace fácilmente. ¿Cómo crees que conseguimos -hace sólo unas semanas- que arrestaran a ese maldito Cromwell? Hicimos que lo sacaran a rastras de una reunión del Consejo. Acusado de hereje radical y traidor en virtud de la Ley de Extinción de Dominio, lo conseguimos fácilmente". Norfolk resopló sin gracia. "Ha sido un palo en mi culo durante mucho tiempo, pero soy un hombre paciente. Si Cromwell no hubiera traído a esa asquerosa zorra, Ana de Cleves, para que el rey se casara con ella, quizá aún estaríamos esperando. Pero tal como están las cosas, será un placer contemplar su decapitación".

Edward tragó saliva audiblemente mientras la sangre se le escurría de la cara. "No pudieron hacerme eso, no hay pruebas".

Tampoco había pruebas contra Cromwell, pensó el duque en silencio. Ninguna que no hubiera sido inventada. Pero se había convertido en una amenaza creciente para los poderes de los miembros del Consejo Privado, y para el propio poder de Norfolk. Entonces el destino tomó cartas en el asunto. Después de que Cromwell organizara el infructuoso matrimonio del rey Enrique con Ana de Cleves, una simple acusación había sido más que suficiente.

"No, Eduardo. No acabarás como Cromwell -dijo Norfolk, esperando que su hijo le creyera. No necesitaba que Eduardo mostrara nada que no fuera la máxima confianza. "Pero tendremos que asegurarnos de que no hay nada que se pueda tergiversar como prueba".

Durante un largo rato, Edward se quedó mirando la expresión pensativa de su padre. Poco a poco recuperó el color y se sentó en una silla, con las piernas extendidas ante él. "¿Qué voy a hacer ahora?

¿"Hacer"? Nada. Te limitarás a ocuparte de tus asuntos como si no pasara nada. Se te ha ordenado que permanezcas en la corte, así que permanecerás. Me ocuparé de que tus hombres digan lo que haya que decir... y de aquellos de quienes dudemos nos ocuparemos en el castillo de Norwich". Norfolk dirigió una mirada cómplice a su hijo. Él cubriría cualquier error que Eduardo hubiera cometido. "Algunos desaparecerán. Los demás harán lo que se les diga".

"Sí, padre".

Norfolk siguió mirando a Edward. "Y mientras tanto, confiaremos -hasta cierto punto- en la

única estrella brillante que ilumina nuestro camino".

Pasó un largo momento antes de que el rostro inexpresivo de Edward se iluminara de repente con comprensión. "¿Catherine?"

El duque asintió lentamente mientras meditaba la respuesta de su hijo. "Sí, tal vez podríamos considerarla una estrella. Pero debemos tener cuidado. El cielo nocturno está plagado de estrellas del tipo de Catherine. Y no hay forma de atrapar a una estrella fugaz".

"Pero, padre, su matrimonio con el rey seguro que nos traerá el favor de Su Majestad". Eduardo se inclinó hacia delante en su silla y apoyó las manos en el escritorio. "Tal vez debería hablar con ella, hacer que fuera a ver al rey en mi nombre. Quizá si ella me defendiera".

"No veo muchas posibilidades de que eso ocurra", respondió Norfolk con brevedad. "Esta mañana se ha marchado a Kenninghall con su creciente séquito".

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro de Edward. "No tenía ni idea de que pensaba volver tan pronto. Creía que pensaba esperar y acompañarnos".

"Quieres decir... que *la* acompañemos". El duque se miró los nudillos anudados golpeando ligeramente la mesa. "Eso pensaba yo también. Pero ella tenía muchas ganas de ir a prepararse para la boda. Cuando acudió a mí, ya había obtenido el permiso -aunque él se resistiera a concederlo- del rey."

Sus ojos siguieron a su hijo cuando Edward se levantó y empezó a pasearse silenciosamente por la habitación.

"Así que se marchó antes de que tuviera la oportunidad de buscar su ayuda".

"Eso parece".

El rostro de Edward se ensombreció de ira, se dio la vuelta y se alejó de su padre, deteniéndose para pasar la mano por el nuevo mapa del mundo en forma de globo que había al final de la habitación.

El duque de Norfolk se inclinó hacia delante y cogió la carta inacabada. La pluma del escribano, la tinta y la arena secante aún yacían sobre la mesa ante él. Tras echar un rápido vistazo a lo escrito, se volvió y miró a su hijo. "Cuando mencioné una estrella para iluminar nuestro camino, no me refería a Catalina".

Eduardo se detuvo, apoyando el dedo en el globo terráqueo y borrando la mitad de Escocia. Las palabras de su padre acabaron por calar.

"Jaime", dijo, arremolinándose.

"Sí", respondió el duque, asintiendo sin levantar la vista. "Jaime".

Cuando Edward cruzó la sala hacia él, el viejo político cogió la pluma de su secretario. "Le envió un mensaje para que se reúna con nosotros aquí en la corte".

"Entonces es la hora".

El duqueladeó la cabeza y miró a su hijo. "Creo que el rey cambiará totalmente de opinión, hijo mío, cuando le digas la verdad".

Capítulo Veinticuatro

LOS TONOS melifluos de su voz celestial, combinados con las notas puras de los niños que la rodeaban, eran sin duda el sonido más divino que Malcolm había oído jamás. Con los rostros resplandecientes a la luz de mil velas, los jóvenes cantantes y músicos estaban sentados en un pequeño círculo en el centro del Gran Salón de Kenninghall. Los ocupantes de la Sala, que hacía unos instantes bullían en su jolgorio, ahora permanecían sentados en silencioso asombro. La pura belleza de los intérpretes, el claro logro de sus benditos talentos y su entrenamiento, pero sobre todo los dulces sonidos que llenaban el aire mantenían embelesados y hechizados a todos los que podían oírlos.

Pero la atención de Malcolm nunca se apartó de Jaime mientras su mente dolorida seguía el tenor de su voz, y sus ojos adoraban cada línea, cada sombra de su rostro. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza, y él vio los mechones sueltos que se burlaban seductoramente de los suaves planos de su cuello. Sus ojos le hablaban, aunque quizá sólo a él, del secreto que compartían, y su piel pálida mostraba a una mujer que ya no era lo que había sido sólo un día antes.

Esperaba tan desesperadamente que ella levantara la mirada y al menos reconociera su existencia en la Sala. Ansiaba desesperadamente un momento a solas con ella. Ella podría matarle si lo deseaba. Sería un final que Malcolm aceptaría de buen grado. Mientras ella le diera la oportunidad de decir lo que necesitaba decir, de pedirle perdón, de permitirle desahogar su corazón, aceptaría la muerte a sus manos en un instante.

Cuando ella estrechó la pequeña arpa contra su cuerpo y empezó a rasguitar suavemente las cuerdas, él sintió los dedos de ella sobre las cuerdas de su corazón.

"¿No te parece?" El fuerte susurro de Surrey penetró por fin en los pensamientos de Malcolm. "Una actuación de lo más entretenida, ¿no te parece?".

El montañés se dio cuenta de que el conde le estaba hablando a él, pero, incapaz de apartar su atención de la visión de belleza que tenía ante sí, Malcolm se limitó a asentir en respuesta. Las palabras de la canción de Jaime eran tristes, lastimeras, y su voz cadenciosa iba directa a las cámaras más suaves de su alma. Escuchó, embelesado, consciente de que Surrey le miraba fijamente, pero decidido a no volver a distraerse de ella.

Demasiado pronto para Malcolm y para todos los demás presentes, Jaime terminó la canción y empezó a hablar en voz baja al grupo de niños dispersos a sus pies. Malcolm observó fascinado cómo tendía la mano a una muchacha pelirroja muy joven y, poniéndola en pie, la acercaba al grupo de músicos.

"Lo más satisfactorio es que los talentos de los niños se desarrollen con tanto esmero".

Las palabras de Surrey fueron rápidamente corregidas por su esposa, que estaba sentada a su

lado. "Sí, el cuidado de Jaime, querida. Todo el talento reside en ella. Ella es la que está haciendo entrar en razón a esos rufianes".

"Un trabajo desagradable", dijo Surrey bromeando.

"Podría pensarse que sí", respondió Frances alegremente. "Pero con Jaime al mando, son como patos en el agua".

"Sin duda son los patos más melódicos que he oído nunca, esposa".

Malcolm aguzó el oído, intentando captar algún fragmento de los cuchicheos que se producían entre Jaime y la niña pelirroja. Pero su intento fue en vano, pues Surrey y Frances seguían conversando. Estaba tan hermosa bajo el resplandor de las velas y las llamas que danzaban en el gran hogar.

"¿Siempre estuvo tan inspirada? ¿Incluso de niña?"

Perdido de nuevo en sus pensamientos, pasó un momento antes de que Malcolm se diera cuenta de que le habían dirigido una pregunta. La condesa de Surrey esperaba su respuesta, y Malcolm miró los rostros de ella y del conde.

"Lo era", respondió Malcolm, volviendo rápidamente la mirada hacia Jaime. La niña que tenía delante tiraba nerviosamente de la cinta rosa de su pelo y asentía a su instructor. La conferencia terminó y la pequeña cantante ocupó su lugar.

"¿Siempre tuvo tanto talento para la música?" preguntó Frances.

"Desde que la conozco, ha sido la más dotada de los músicos", respondió Malcolm.

"¿Y siempre ha tenido tantas ganas de enseñar? Realmente es una maravilla".

"Desde que era pequeña, ha estado muy ansiosa por aprender. Está totalmente en consonancia con ella encontrar la forma de impartir ese conocimiento a los demás". Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Jaime cuando se volvió para escuchar una palabra de uno de los niños mayores. Durante el más breve de los instantes, su mirada se elevó y miró directamente a los ojos de Malcolm. Su corazón se aceleró.

"¿Siempre fue tan bondadosa?". La voz de Frances era insistente. "Vamos, Malcolm, debes compartir lo que sabes. Es muy amable con todo el mundo. Mira cómo trata a esa niña".

"Nunca ha sido de otra manera", respondió Malcolm, fijo en el recuerdo de aquella breve mirada.

"¿Siempre ha sido tan impresionantemente bella?"

Malcolm y Frances giraron bruscamente la cabeza y dirigieron sendas miradas fulminantes al conde.

"¿Lo ha hecho?" preguntó Surrey con seriedad, sin dejar de apretar a Malcolm.

"No", respondió brevemente el montañés. "Jaime Macpherson era larguirucha y delgada, y siempre se comportaba de forma muy distinta a las demás muchachas".

Surrey asintió. "Así que ha cambiado mucho desde la última vez que la viste".

"Sí, así es -contestó Malcolm, conservando aún en la voz la hosca e involuntaria aspereza que le había provocado el hecho de que Surrey se fijara en la belleza de Jaime.

"Desde luego, me alegro".

"¿Puedo preguntar por qué te alegras, Surrey?". preguntó Frances, con un leve matiz de sospecha e irritación en su pregunta.

El conde se volvió hacia su esposa. "Si no hubiera cambiado, querida, habría pensado que algo iba mal".

"¿Serías tan amable de explicarme, esposo?"

"Es muy sencillo, en realidad. Aparte de ti, querida, nuestro primo Jaime es fácilmente la joven más encantadora y consumada que ha pisado Kenninghall en años." Surrey hizo una pausa

y señaló a Malcolm. "Pensar que mi amigo aquí presente permitiría que semejante belleza y talento se le escaparan de las manos, teniendo en cuenta el abierto afecto que muestra ahora, no puedo evitar pensar que debió de ser muy diferente de niña. O eso, o todos debemos estar muy ciegos ante sus defectos".

"Jaime Macpherson no tiene defectos", afirmó Malcolm con rotundidad, apretando la mandíbula.

"Creo que todos estamos de acuerdo con eso, Malcolm. Y ahora tu respuesta, sobre cómo ha cambiado, ha confirmado mi propia opinión sobre ella".

Frances enarcó una ceja mirando a su marido. "¿Qué quieres decir con 'afecto abierto'?"

El conde miró directamente a la Highlander. "Creo, querida, que nuestro invitado sabe exactamente a qué me refiero. ¿Me equivoco, Malcolm?"

"No te equivocas, Surrey".

"Lo siento por ti, pero ya es demasiado tarde". Se volvió y miró a Jaime. "Está hablada. Ya te lo dije".

"Jaime no ha intercambiado ningún voto. Aún no ha habido esponsales".

"Amigo mío, has tenido tu oportunidad, toda una vida de oportunidades, pero nunca la has reclamado como tuya".

Pero lo he hecho, pensó Malcolm en silencio, su dolor interior bloqueando cualquier sensación de triunfo.

"Pero mi hermano Edward", hizo una pausa Surrey, mirando alrededor de la habitación. "Ha reconocido su valor".

"En oro tal vez", añadió Malcolm con desdén en la voz.

"Tal vez", concedió con un movimiento de cabeza. "De todos modos, una vez que Eduardo se fija en algo que desea, o en alguien, no hay quien lo pare. Y quiere a Jaime".

El conde se volvió e intercambió una mirada con su esposa antes de volver a centrar su atención en el Highlander. "Y no pretende jugar con ella como si fuera una marioneta, ni jugar con ella como si fuera una moza".

"Surrey", dijo Frances, con consternación en la voz.

El conde no apartó la mirada de Malcolm. "Eduardo tiene la clara intención de tomar a Jaime por esposa. Quiere tenerla".

Malcolm sabía que el sentido común le dictaba que guardara silencio. Que retuviera su refutación y no diera voz a su opinión sobre este encuentro. Pero estaban hablando de Jaime, y no había nada que pudiera prevalecer sobre los sentimientos que albergaba por ella.

"No". El montañés le hizo un gesto con la mano. "Hablas como el hermano mayor, Surrey, y no como un hombre de mundo educado por el gran Humanista, él mismo. Tampoco hablas como el poeta que todos sabemos que eres. Éstas no son las palabras de un hombre dedicado a la búsqueda de la verdad. Éstas no son tus palabras, Surrey. Toma a los demás por tontos, aquí tu condesa y yo no te creemos".

El conde sonrió cuando su esposa volvió la cabeza, intentando ocultar su alegría. "Cree lo que quieras, Malcolm MacLeod. Y vete al diablo mientras lo haces. Sólo te doy los hechos".

"Sólo nos das lo que tu hermano desea que creamos".

"Te digo lo que seguro que va a ocurrir".

"Sólo si tu hermano es lo bastante listo como para igualar el ingenio de Jaime. Y, por supuesto, suponiendo que sea lo bastante sabio para valorar su aprendizaje. Y luego está la cuestión de si tiene la suficiente amplitud de miras para apreciar su bondad". Malcolm miró fijamente el rostro de Surrey. "Me pregunto si realmente crees que Eduardo es lo bastante

merecedor como para ganarse la mano de Jaime. Y aunque estabas escribiendo sobre tu buena y encantadora esposa, también podrías haber estado escribiendo sobre Jaime cuando lo hiciste,

Por lo que dice, podéis confiar en ella
Como por escrito se sellaron.
Y virtudes tiene muchas más
que yo con la pluma tengo habilidad para mostrar".

Con el rostro repentinamente pensativo, Surrey se acercó y rodeó su copa de vino con una mano. "Aunque negaré haberlo dicho nunca, amigo mío, eso es mucho pedir para Edward".

Y cómo *no* iba a pensar así, pensó en silencio el montañés, cuando él mismo -Malcolm MacLeod- no era lo bastante hombre para merecerla.

La música volvió a sonar y los presentes se callaron de inmediato. Los ojos de Malcolm no se apartaron del rostro de Jaime mientras los intérpretes continuaban con su despliegue de belleza y canto.

Los ojos de Surrey estaban fijos en el rostro de Malcolm cuando la música volvió a detenerse. "¿Pretendes presionarle con un desafío por su mano?", preguntó el conde, estudiando su rostro. Cuando Malcolm miró a sus anfitriones, Frances fingía no oír la conversación de los dos hombres.

"Eso quedaría entre tu hermano y yo, ¿no crees, mi señor?".

Surrey hizo una pausa y se llevó el vino a los labios, pronunciando sus palabras en la copa. "Juega bastante sucio, Malcolm, y odiaría ver tu cabeza clavada en un poste en el castillo de Norwich, simplemente porque subestimaste a mi hermano".

Esta vez fue el turno del montañés de sonreír mientras asentía en silencio en respuesta a las palabras del conde. "Puedo asegurarte que ya estoy bien familiarizado con sus métodos. Y estoy completamente de acuerdo con tus preocupaciones".

El sonido de las voces de los niños que se alzaban volvió a silenciar a los dos hombres en medio de su discusión. Y Malcolm apartó todos sus pensamientos y se volvió en cuerpo y alma hacia la mujer que tenía ante sus ojos.

Sabía que Eduardo nunca aceptaría un desafío suyo por la mano de Jaime. Pero algo que no había mencionado a Surrey era que conseguir que su cobarde hermano menor aceptara un desafío no sería nada comparado con convencer a Jaime de que la amaba de verdad. De hecho, luchar contra Eduardo sería mucho más sencillo que conseguir que Jaime Macpherson confiara, una vez más, en el poder de su amor.

Capítulo Veinticinco

EL MAESTRO GRAVES había dicho que era sorprendente cómo se había curado, teniendo en cuenta lo maltrecho y al borde de la muerte que había estado Malcolm sólo quince días antes. A continuación, el médico galés había asentido con la cabeza, pensativo, y le había dado al montañés un emoliente para acelerar la curación de las cicatrices irregulares de su pecho. Al enviar a su aprendiz delante de él, Graves se había detenido para preguntar a Malcolm si necesitaba que le respondieran a alguna pregunta.

Malcolm se había limitado a negar con la cabeza. No creía que el médico supiera cómo aliviar las heridas del corazón.

Así que, con una amable inclinación de cabeza, el hombre mayor le había dejado. Poco después, Malcolm había visto la carta en el suelo, cerca de la entrada de la alcoba.

Poniéndose la camisa, el Highlander cruzó la habitación y recogió la carta.

"...y también varias damas y señoras de la familia Pole. ¿Sirvientes y novios? Ahora debe de tener *cincuenta* en su séquito. ¿Te lo imaginas? Y además de toda esta gente, ha traído consigo a una docena de criadas personales". María se rodeó la cintura con las manos y giró sobre los dedos de los pies, observando el remolino de sus faldas. "¿Qué haría yo con tanta gente atendiendo a *mis* necesidades! Pero, ¿cómo puede mantenerlos a todos ocupados?".

"Quizá te pida que te unas a su círculo, Mary. Es concebible que entonces pueda ocuparse de tus necesidades. Al fin y al cabo, hay muchos para todos". El tono irónico de Jaime pasó desapercibido para su prima, cuyos ojos se fijaron de pronto en una de las ventanas y en la representación en vidrieras del escudo de armas de los Howard que adornaba la parte superior de cada una de las ventanas de la sala de música. A pesar de la oscuridad de la noche, los colores de las vidrieras eran vibrantemente rojos y dorados.

"¿Te imaginas cómo sería la vida, avanzando por el reino con el rey y su devota y hermosa reina?".

Jaime se detuvo a considerar el pensamiento, y luego lo desechó con una media sonrisa torcida y un movimiento de cabeza. Pero María seguía mirando la ventana, la corona que se alzaba sobre el escudo y el yelmo emplumado. Encogiéndose de hombros, Jaime colocó el laúd sin cuerdas que llevaba contra la pared, junto a la puerta, antes de volver a su mesa de trabajo para inspeccionar uno de los otros instrumentos que se habían apilado sobre ella.

"Sería un miembro muy útil de su círculo", dijo María soñadoramente. "Me imagino fácilmente a Catalina llevándome a la corte. Seré una de sus gentiles damas de compañía. Oh, los

cortesianos y caballeros que conoceré entonces. Todos competirán por mi mano".

"Muy útil", repitió Jaime, frunciendo el ceño ante la brisa que se había colado de repente por la ventana bajo el colorido escudo de armas, alborotando las partituras apiladas junto a su mesa de trabajo. Colocó una pequeña arpa sobre la música, se acercó rápidamente a la ventana y la cerró de un tirón. La lluvia caía a torrentes y el viento empujaba la ventana con la mano. Como una tormenta de verano en las Tierras Altas, pensó con una sonrisa. Jaime giró el pestillo antes de cerrar del todo la ventana, que quedó ligeramente entreabierta. Tenía un poco más de trabajo que hacer, y no necesitaba asfixiarse haciéndolo.

"¿Pero crees que me echará de menos?" preguntó María, pulsando distraídamente una cuerda del arpa. "¿Crees que le disgustará la decisión de Catherine de llevarme a juicio?"

Pasándose la mano por las faldas salpicadas de lluvia, Jaime levantó rápidamente la vista y miró fijamente el rostro de su prima. Por un instante tuvo miedo de hacer la pregunta, pero luego le resultó demasiado incómodo no hacerla. Se enderezó y adoptó su expresión más indiferente. "¿Quién, Mary? ¿Quién te echará tanto de menos?"

Mary lanzó una mirada nerviosa en dirección a la puerta cerrada antes de susurrar su respuesta. "Malcolm, tonto. ¿Quién sino mi salvaje Highlander?"

"Por supuesto", contestó Jaime poco antes de dirigirse a la mesa de trabajo. "Qué ridículo por mi parte no darme cuenta de que te referías a *tu* Highlander".

María soltó una risita. "Entonces, ¿crees que me echaría de menos?"

Jaime arrancó el arpa sin miramientos de entre los dedos de su prima, sin dignarse siquiera a levantar un ojo ante la expresión de excitación que sabía que debía de haber en el rostro de María.

"Por favor, Jaime, respóndeme. Lo crees, ¿verdad?"

"Apenas sé qué responder, criatura insensata". Jaime giró el arpa entre sus manos y luego se dirigió a la puerta, dejándola en el suelo con las demás. "Apenas le conozco".

María interrumpió a Jaime y la agarró por los hombros mientras volvía a la mesa. "Pero le conozco. De hecho, a veces me quedo despierta en la cama y pienso que le conozco de toda la vida. Nunca ha habido un hombre que me haya afectado como él".

Atrapado, Jaime miró el bonito rostro de María y sacó toda la paciencia que llevaba dentro. Dentro de un momento, pensó, voy a darle en su afectado culo.

"Jaime -dijo María con una nota de empatía fraternal en la voz-, ahora sé la tortura por la que debes estar pasando con Eduardo lejos, en la corte. Oh, la soledad que debes sentir cuando él no está".

Jaime se quedó inmóvil en el agarre de María y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Bajó los ojos y miró el botón de la barbilla de su prima. ¿Cuán equivocada podía estar una mujer? pensó, apretando los labios.

"Pero, Coz, ¿le has visto esta noche?". preguntó Mary, alzando la voz con excitación mientras volvía bruscamente la discusión hacia *su* Highlander. "¿Has visto qué aspecto tan devastadoramente fiero tenía? Con esa larga túnica de terciopelo negro que Lord Surrey mandó hacer a los sastres, casi podía imaginármelo de pie con su falda escocesa en algún páramo azotado por el viento, con sus ojos oscuros centelleando y el pelo revoloteándole por la cara".

Jaime respiró hondo. Había evitado mirarle durante toda la noche. Pero en su mente no tenía necesidad de imaginárselo tan galante. Sus recuerdos eran muy vívidos.

María dejó caer de pronto las manos a los lados. Luego, con una rápida mirada al rostro de Jaime, se giró ligeramente, con el labio inferior sobresaliendo y dándole a su cara el mohín de una niña malcriada.

"¿Pero has visto a Catherine?"

Jaime negó con la cabeza y pasó silenciosamente junto a su prima hacia la mesa.

"Fue vergonzoso el modo en que me apartó del camino para conseguir el asiento junto a Malcolm. Desde luego, no parecía una mujer a punto de casarse con el rey de Inglaterra. Y pensar que yo le había echado el ojo mucho antes que nadie por aquí. Y Catherine, recién llegada esta noche..."

Jaime no tenía ningún interés en escuchar cosas que hacían que su corazón se marchitara en su pecho. "Perdóname, María, pero aún tengo mucho que hacer", dijo en voz baja, recogiendo los dos laúdes restantes de la mesa y volviéndose hacia la puerta.

"¿Necesitas ayuda para llevar esto?" preguntó María con despreocupación.

Jaime echó un vistazo a los instrumentos ya organizados junto a la puerta y luego volvió a mirar a su prima.

"Éstas son las últimas", respondió, alejándose. "Pero puedes poner esas hojas sueltas de música sobre la mesa de trabajo".

"¿Qué haces con todas estas cosas rotas?". María rodeó la mesa y cogió el arpa que Jaime había colocado encima de la música. Sujetó el instrumento como si estuviera enfermo. "Sirven para poco más que leña, ¿no?".

"No", corrigió Jaime, girándose bruscamente. "A la mayoría sólo les faltan algunas cuerdas. Estas otras simplemente necesitan un nuevo acabado".

"¿Pero qué haces con ellos?"

"El constructor de instrumentos de Norwich vendrá dentro de unos días", respondió Jaime, cogiendo el arpa de la mano de María. Agachándose rápidamente, puso la pila de música sobre la mesa, y colocó el arpa en la pila correspondiente. "Las haremos reparar".

"Pero, ¿por qué? Tenemos tantos instrumentos buenos y nuevos. El profesor de música -el que Catherine, bueno, el que se fue- sólo necesitaba la mitad que..."

Jaime no estaba de humor para una charla interminable, así que se limitó a levantar la mano, interrumpiendo a su prima. "Estoy mandando reparar esto para los niños que no viven aquí en la casa. Pretendo que se lleven los instrumentos a sus propias casas".

"¿Te refieres a pedir prestado?" preguntó María asombrada. "¿Confías en ellos?"

"No. Quiero que se queden con los instrumentos".

"Pero son instrumentos valiosos. No puedes regalarlos".

"Escúchate", reprendió Jaime, feliz de encontrar por fin una forma de descargar su ira. "Acabas de decir que no tenían más valor que la leña, que no merecía la pena salvarlos. Pero ahora, al descubrir que pueden ser útiles y tal vez incluso traer algo de felicidad a la vida de unos pobres niños, esos trozos de madera se han vuelto de repente preciosos en tu mente. ¿Cuál es, querido primo? ¿Los desechamos por inútiles? ¿O simplemente dejamos que se pudran en ese baúl del rincón? ¿Por qué no me dices qué prefieres, en lugar de lo que pensaba hacerles?"

"Jaime, es que pensaba...". María se detuvo con un balbuceo y, ruborizándose hasta la raíz de su rubia cabellera, agitó una mano en dirección a los instrumentos, como si los espantara de su presencia. "Haz lo que quieras con esas cosas. No me importan nada. Sólo quería decir que ya has dado mucho a estos mocosos desagradecidos".

"Primo, por favor, no empeores las cosas. Sólo te pido que no te metas en mis asuntos".

¿"Entrometerme"? ¡!" Con un movimiento de cabeza, Mary se dirigió hacia la puerta. "Ni se me ocurriría entrometerme".

Jaime la observó, algo aliviado de que su prima se marchara. Pero María no llegó a la puerta. Sus pasos vacilaron a medio camino de la habitación, como si acabara de recordar algo

importante. Se quedó quieta un momento. Luego, mientras Jaime se afanaba en la mesa de trabajo, su prima dio una vuelta serpenteante por la sala de música. Cuando regresó junto a Jaime, parecía haber olvidado por completo su desacuerdo.

"Creo que debo hablar con él", anunció Mary con aire de decisión. "Daré el primer paso. No estaría bien que se enterara por otra persona de que Catherine podría volver a llevarme a los tribunales".

Jaime no contestó, sino que miró alrededor de la habitación buscando una forma de distraerse. La pila de partituras sueltas definitivamente requería un recurso, y volvió su atención a la tarea.

"Seguramente, siendo prisionero y escocés, se consideraría indigno de acercarse abiertamente a mí con muestras de su afecto".

El golpe de la palma de la mano de Jaime sobre el tablero de la mesa hizo que María diera un respingo de alarma.

"Sí, Malcolm es escocés. ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en ser escocés?", espetó. Sus ojos se clavaron en el rostro enrojecido de Mary. "Guárdate ese esnobismo idiota para Catherine y los que disfrutan con esa cháchara ociosa y pretenciosa. No me interesa oírlo".

"De verdad, Jaime, no tienes motivos para alterarte tanto".

"Tengo motivos para estar enfadada". La voz de Jaime tembló al pronunciar las palabras. "Puede que Malcolm MacLeod sea prisionero de Eduardo, pero sigue siendo un hombre honorable. El laird de su pueblo. Surrey y Frances han considerado oportuno tratarle como a un invitado y no como a un bárbaro; ciertamente, tú podrías considerar oportuno -considerar tu deber- tratarle de la misma manera."

"Le he estado tratando..."

"¡María!" la interrumpió Jaime. "No sé qué te pasa. Hace un momento le llamabas prisionero y escocés como si fuera un criminal o estuviera deshonrado de algún modo. Por lo visto, le consideras indigno, simplemente por tu elevado e imaginario estatus. Y eso vino inmediatamente después de decirme cómo debes luchar por sus atenciones. Y eso, después de alabarle por su aspecto, por sus modales. ¿Qué es, querida? ¿Es falso o verdadero? ¿Es el humilde canalla o es el noble sabueso? Dime cómo lo quieres. ¿Le odiarás o le amarás?"

Con los ojos llenos de lágrimas, María se quedó boquiabierta mirando a su prima.

"Le quiero", susurró antes de darse la vuelta y salir corriendo de la habitación.

Cuando la puerta se cerró de golpe, Jaime se arrodilló junto a la mesa. Las ruidosas lágrimas que María derramaba camino de su alcoba se parecían poco a los silenciosos sollozos que sacudían el cuerpo de Jaime Macpherson. Enterrando el rostro entre las manos, Jaime liberó por fin la fuerza contenida de su dolor. Las lágrimas cayeron sobre su vestido mientras se acurrucaba en aquella sala de música.

Jaime volvió los ojos hacia las ventanas. La lluvia seguía golpeando sin piedad contra el cristal, y su corazón empezó a hundirse bajo un aplastante peso de miseria, como nunca antes había conocido.

Capítulo Veintiséis

CUANDO ABRIÓ LA VENTANA, el viento y la lluvia amainaron momentáneamente, y el montañés entró silenciosamente en la habitación.

Ella no levantó la cabeza ni se movió, sino que permaneció como estaba: acurrucada sobre las rodillas, de espaldas a él. Jaime seguía llorando; podía ver que tenía los hombros encorvados hacia delante y temblaba un poco. Sin apartar los ojos de ella, Malcolm metió la mano por detrás y cerró la ventana. El viento y la lluvia volvieron a arreciar, y el sonido de las gotas golpeando los cristales en forma de rombo, junto con la caída del pestillo, penetraron en su soledad, y su cabeza se giró para mirarle.

Su expresión de sorpresa dio paso rápidamente al alivio y -aunque él se atreviera a pensarlo- a la felicidad, a medida que la reconocía. Pero también había algo extremadamente vulnerable en su actitud, en su rostro. Dio un paso en su dirección y se detuvo cuando Jaime se puso rápidamente en pie y miró nerviosa hacia la puerta de la sala de música. Aunque sin duda le había dado todos los motivos para temerle, lo último que Malcolm quería ahora era que Jaime huyera de él.

Con una rápida mirada por encima del hombro, Jaime cruzó la habitación hacia la puerta. Malcolm estuvo a punto de llamarla, pero vaciló, inseguro de repente sobre qué decir. Había estado esperando junto a la ventana, deseando que Mary Howard saliera por esa misma puerta, pero sabía que si Jaime realmente quería irse, no había nada que pudiera decir que pudiera detenerla.

Llegó a la puerta en un momento y se detuvo. Jaime dejó caer la barra del pestillo en su sitio mientras Malcolm sentía que le invadía una sensación de alivio. No huía de él. No iba en busca de ayuda. No tenía miedo de quedarse a solas con él. Vio cómo se daba la vuelta y apoyaba la espalda en la puerta.

"Tenía que verte, Jaime", dijo finalmente.

Tenía la voz ronca de tanto llorar. "Bajaste por el muro. Podrías haber continuado en la noche. Podrías haber escapado". Se secó rápidamente las lágrimas de la cara.

Malcolm sabía que la verdad sonaría hueca y falsa después de lo que le había hecho, así que se mordió la lengua. ¿Cómo podía admitir que para él no había forma de abandonar aquel lugar, a menos que ella se marchara con él? "¿Hasta dónde llegaría en una noche como ésta?"

"Cierto", susurró ella. "Y sin nadie que te ayude a llegar al camino del norte".

El tacto del rígido pergamino dentro de su bota le recordó a aquellos que le ayudarían, pero no era el momento de sacar ese tema. En realidad, sólo había traído la carta por si ella rechazaba de plano su presencia. Desde luego, no quería que pensara que la carta tenía algo que ver con la razón por la que había bajado del muro para verla.

"¿Te encuentras mal?", le preguntó en voz baja, mirándole las ojeras.

Sacudió la cabeza, claramente poco entusiasmada por pensar en sí misma. Por primera vez, levantó los ojos hacia el pelo mojado y la ropa empapada de él, y le susurró su preocupación. "Estás empapado".

Malcolm miró el charco de agua que rodeaba sus botas y se quitó la camisa de lino mojada de la piel. Sonrió tímidamente. "Hay un poco de niebla ahí fuera. También ha hecho de la escalada una aventura".

"Has... has estado fuera un tiempo, entonces", dijo ella, bajando la mirada hacia sus manos fuertemente entrelazadas.

El montañés pudo ver en su rostro que intentaba recordar todo lo que había ocurrido, todo lo que pudo haber oído de la conversación anterior entre ella y Mary.

"Sí, una noche encantadora para pasear... de no ser por los aullidos del viento y la lluvia, y los ocasionales truenos que agitan la cabeza de un hombre. Aunque ésta es una pobre excusa para las verdaderas tormentas que tenemos en las islas, ¿no te parece, Jaime?". Sus palabras eran mentira, pero esperaba que aliviaran su malestar. "Pero debo admitir que me sentí agradecido cuando por fin vi a esa tonta prima tuya salir de la habitación".

El montañés pudo sentir su mirada sobre él mientras se acercaba al crepitante fuego de la chimenea. Giró la cabeza cuando ella se apartó de la puerta y dio un par de pasos hacia él.

"Lo siento", dijo Jaime, buscando por la habitación algo que ofrecerle. "No tengo ni vino... ni nada más que ofrecerte".

Malcolm estaba seguro de que la urbanidad de su tono le arrancaría el corazón. Deseó que se enfadara más, que lo maldijera y lo injuriara. Se habría sentido mejor con un trato así.

"No necesito nada más, muchacha, que lo que ya hay en esta habitación. Sólo bajé ese muro con la esperanza de verte".

Jaime se puso ligeramente rígido cuando ella se acercó a la chimenea, pero Malcolm no vio ninguna otra respuesta a sus palabras. Sin decir palabra, se agachó ante el fuego y empezó a añadir trozos de leña a la cálida hoguera.

Malcolm admiró el brillo titilante de las llamas crecientes sobre su pálido perfil. De pie, a sólo un par de pasos, luchó contra el impulso de agacharse y estrecharla entre sus brazos. Abrazarla hasta que le concediera el perdón que buscaba. A la luz del fuego, Jaime parecía tan hermosa y, sin embargo, tan distante.

Extendió la mano para sentir el calor. Sus ojos se centraron en la madera crepitante.

"No sé lo que quieres, pero he terminado con lo que estaba haciendo aquí". Jaime señaló vagamente hacia la pila de instrumentos que había junto a la puerta mientras se enderezaba. "Así que debería irme, como tú también, antes de que te pillen aquí. Por supuesto, puedes quedarte todo el tiempo que desees. Abre la puerta, por favor, antes de marcharte". Jaime se encontró hablando sin rumbo, así que se detuvo y miró la puerta.

La mano de Malcolm en su codo le impidió apartarse.

"No te vayas, muchacha -le dijo con suavidad. Su mirada se clavó en los dedos de él, que descansaban sobre la manga de su vestido. "No me arriesgué a romperme el cuello, Jaime, para visitar una sala de música vacía".

El rápido destello de sus ojos, el repentino rubor de sus mejillas, recordaron al montañés que Jaime podría pensar que se había escapado para pasar otro momento como el que habían compartido dos noches antes. Sacudió la cabeza ante la pregunta no formulada.

"¿Crees que podríamos quedarnos aquí y hablar?" sugirió Malcolm, intentando calmar su evidente preocupación. "Parece que no hemos tenido ocasión de pasar ni un momento juntos

sin... sin que algo se interpusiera".

Jaime vaciló, silencioso e inseguro. Había tantas cosas que deseaba decir. Un momento como éste era exactamente lo que había esperado cuando escaló las paredes hasta su habitación. Pero ahora, algo en sus suaves palabras la confundía. Quería confiar en aquella oferta de paz. Deseaba desesperadamente estar cerca de él.

"Quédate, muchacha".

Vio cómo le retiraba la mano del brazo, de mala gana, lentamente. Sabía que tenía el poder de forzarla, la capacidad de seducirla. Sabía que podía hacer lo que quisiera con ella. Pero en lugar de eso, le permitía decidir.

Su suave voz golpeó el corazón de sus preocupaciones. "Necesito decirte algo sobre lo que ocurrió entre nosotros la otra noche".

"No lo hagas". Ella lo miró a la cara. No podía hacerlo. Le ardía la cara de vergüenza ante la mera mención de su estupidez. "Me quedaré, pero sólo mientras...".

Sus palabras se interrumpieron, pero la lenta y solemne inclinación de cabeza de él le dijo que lo comprendía. No abordaría ese tema. Al menos, no ahora.

Le vio echar un vistazo a la habitación y luego acercarse a grandes zancadas a dos pesadas sillas talladas que había contra una pared. Observó sus poderosos hombros, sus pasos seguros mientras llevaba las sillas hacia ella con facilidad. Había bajado el muro del palacio bajo la lluvia torrencial como si no le supusiera más esfuerzo que caminar por un jardín. Y su rostro no mostraba miedo. Se extrañó de que no le preocupara la posibilidad de ser descubierto en aquella habitación. Pero quizá ella misma necesitaba que le recordaran que, al subir a su habitación, había actuado con la misma insensatez. A pesar de sí misma, sonrió al pensar que tal vez había algo en su infancia tan al norte que les había enseñado a desafiar tales peligros.

"Tengo una idea", dijo con una sonrisa fácil. "¿Fingimos que estamos en el castillo de Dunvegan, milady?".

Miró el apuesto rostro de Malcolm mientras le tendía una de las sillas para que se sentara. Sin duda tenía la habilidad de cautivarla, pensó mientras empezaba a sentarse.

"No", estalló ella, saltando de nuevo de la silla. "¿Qué estamos haciendo? Malcolm, te encadenarán si te descubren aquí".

"Ni lo pienses, muchacha", se burló, palmeando la silla. "No hay nadie más que nosotros. ¿Quién sino dos duros montañeses vagarían por ahí en una noche como ésta?".

"Sé que Surrey y Lady Frances se han retirado".

"Cierto". Malcolm sonrió. "Siéntate, Jaime, e imaginémonos en Dunvegan, con las aves marinas revoloteando en una danza sobre nuestras cabezas, y las focas grises ladrando y cortejándose en el lago. Allí también es principios de verano, paloma mía, y la estación del cortejo es dura para las felices bestias. Aquí estamos, en el Gran Salón de Dunvegan".

"Quizá sería más seguro que estuviéramos en Benmore", respondió ella, sin perderle de vista y tomando asiento con cautela. El castillo de Dunvegan, antigua fortaleza del clan MacLeod, se alzaba sobre una roca que dominaba las centelleantes aguas azules y vigilaba el extremo occidental de la isla de Skye. Pero Dunvegan era el castillo de Malcolm, un lugar al que Jaime nunca iría a menos que la acompañara su familia. Un lugar que ahora guardaba para ella recuerdos de humillación y tristeza. Por otra parte, el castillo de Benmore, situado en lo alto del río Spey, había sido la fortaleza del clan Macpherson durante siglos. Ella se había criado allí. Era el lugar donde había visto por primera vez a Malcolm MacLeod.

"No, muchacha. No Benmore", respondió el montañés, sacudiendo la cabeza mientras se sentaba, acercando la otra silla. "Me temo que no puede ser".

"¿Y por qué no, me gustaría saberlo?"

"El silencio", susurró, mirando alrededor de la habitación. "¿Has conocido *alguna vez* el castillo de Benmore tan silencioso y quieto?"

Ladeó la cabeza y una sonrisa se dibujó en su rostro. Lo que decía Malcolm era cierto. No se oía nada. "Nunca", respondió ella. "Benmore es un lugar mucho más ruidoso que Kenninghall".

"¿Has encontrado alguna vez en Benmore una habitación tan vacía?"

Siempre parecía haber -a cualquier hora del día o de la noche- una docena de niños correteando por los acogedores interiores del castillo de Benmore. Tal vez ésta había sido la razón por la que ella había abierto originalmente la sala de música a los estudiantes más jóvenes y de menor alcurnia. Miró alrededor de la pequeña sala. Activa o silenciosa, la sala era su lugar de refugio favorito en este palacio.

Pero Malcolm tenía razón. Estaba vacía. Y, por primera vez, se dio cuenta de que no era el encanto de la habitación ni su calidez lo que la atraía hasta allí, sino su soledad. Era un lugar donde podía estar sola, una sala de trabajo, un lugar de instrucción. Un lugar donde practicar su música y soñar con la felicidad.

"Nunca", susurró ella, sus ojos atraídos por los de él. "No, Malcolm. No puedo imaginarme a Benmore así".

"Entonces está decidido", respondió. "Cierra los ojos un momento y... aquí estamos, en el castillo de Dunvegan".

Jaime cerró los ojos y conjuró una visión de la fortaleza de los MacLeod. En su mente podía ver claramente los gruesos muros de piedra, las torres y las cámaras añadidas a lo largo de los siglos. Pensó en la última vez que había navegado hasta el lago Dunvegan, pero entonces se detuvo, apartando rápidamente de su mente los recuerdos de aquella última visita. Aquel día, mientras contemplaba la gran estructura que se alzaba sobre el agua, había pensado que estaba a punto de convertirse en la esposa del laird de los MacLeod. Aquel día, él se había casado con otra, y Jaime apartó ese pensamiento de su conciencia.

"En cierto modo, sin embargo", continuó Malcolm tras una pausa. "Creo que el castillo de Dunvegan puede ser un lugar mucho más terrible que aquí, incluso. Tienes razón, Jaime. No creo que..."

"No lo es", interrumpió ella en voz baja, viendo las paredes gris claro que se alzaban sobre ella. "La isla de Skye es salvaje y hermosa, desde los riscos y picos de los Cuillens hasta las rompientes de Rubha Hunish. En verdad, Malcolm, debes de ser un bárbaro para pensar que es espantosa".

"Pero lo es, muchacha", insistió él, provocándola afablemente. "De hecho, es terrible. ¿Acaso no recuerdas cómo pueden instalarse las densas nieblas durante días, para estallar al final con un cielo tan azul que te lastimará los ojos?"

Casi podía sentir el suave roce de la brisa marina contra su rostro. "Sí, entiendo lo que quieres decir".

"Sabía que estarías de acuerdo". Sacudió la cabeza. "¿Seguro que no habrás olvidado a esos despreciables bribones que habitan las islas, con sus lenguas groseras y sus maneras poco corteses?"

"Sí, el susurro de su acento celestial me llega incluso mientras hablas", respondió ella, mirándole con aire de leve acusación. "Y caminar por los senderos de Skye sólo para que todos los labradores, pescadores y pastoras sonrían de placer al verte es algo desconcertante, ciertamente. Sí, y pensar que, desde la época del Gran Diluvio, esta gente ha sobrevivido frente a todo. Incluso han prosperado contra los males del hombre y de la naturaleza. Hay algo muy malo

en que sean tan bondadosos".

Sus ojos se clavaron en los de ella, y Jaime pudo ver sus emociones a flor de piel.

"Y ese ennegrecido montón de roca. Dunvegan, con sus impías mazmorras".

Ella igualó su mirada. "Sí, Dunvegan. El castillo sobre la roca".

"Un bloque de fría piedra y madera", susurró, "azotado por los aullantes vientos del mar desde que el hombre está en Skye".

"Sí", susurró ella a su vez. "Un castillo que resuena con los ecos de la propia música de Dios y de los días pasados".

"Ecos", dijo en voz baja. "Sí, en salones vacíos y cámaras vacías, y un laird malhumorado que frecuenta el lugar".

Sonrió. "Festín, buena compañía, la fastuosa hospitalidad de un amo generoso que sólo ha traído honor a esos salones".

"Och, es un lugar sin arte. Cámaras sin luz".

Sacudió la cabeza. "Ahora puedo verlo, el Gran Salón en llamas con la chimenea abierta. El nuevo salón y sus amplias ventanas acristaladas".

"Pero, por desgracia, no hay arte".

"¿No hay arte?" El susurro de Jaime tuvo la fuerza de un grito, que a su vez le hizo reír. Por la forma en que se reclinó en la silla y las líneas de su rostro se arrugaron con diversión, era evidente que pretendía irritarla. Y ella respondió con gusto. "Eres un auténtico bárbaro, Malcolm MacLeod, si no reconoces la obra de Felipe de Anjou, el mejor pintor de Europa, como una obra de puro genio".

"Muy bien, te concederé que las obras de Felipe de Anjou, o deberíamos decir de Elizabeth Macpherson, tu buena madre, son en verdad obras maestras sin parangón. No hay nada en ese castillo que valore más".

Ella le miró con recelo. "¿Nada, mi señor? ¿No estarás exagerando un poquito sólo para buscar un favor?". Mientras hablaba, Jaime alisó enérgicamente sus faldas con las manos, tocándole una de las rodillas sin querer.

Malcolm la miró, apretando los puños en un esfuerzo por no estirar la mano y atraerla a su regazo. El fuego que se había agitado en sus entrañas amenazaba ahora con descontrolarse. Su mirada se fijó en los ojos brillantes y burlones de ella. Las miradas juguetonas y seductoras avivaron las llamas de su deseo. La deseaba.

"Quizá, si lo pensaras un poco", añadió con una media sonrisa. "Tal vez, si dejaras de criticar uno de los lugares más hermosos de las Islas Occidentales... de toda Escocia, tal vez recordarías también otras cosas que atesorar en tu hogar".

Frunció el ceño, con el entrecejo profundamente fruncido, como si fingiera pensar. Pero no pensaba en Dunvegan, ni en Skye, ni en Escocia. Sus pensamientos se detenían únicamente en el hermoso rostro de Jaime, en la curva de su mejilla, en las ondas de cabello de ébano que caían en cascada sobre unos hombros esbeltos y perfectos. Malcolm se giró bruscamente en la silla, apartando la mirada de ella. Necesitaba pensar en otra cosa, pero su necesidad de ella también ardía en su cerebro. Había utilizado aquella conversación para sacarla de su caparazón. Para darle la libertad de sentirse a gusto con él... otra vez.

"Los hermosos monumentos... hermosos monumentos", repitió, con toda la calma que pudo. "Pero no hay vistas".

"La majestuosa vista de los picos gemelos de Healaval, las Tablas MacLeod, desde las ventanas que miran al oeste", corrigió ella.

"Sí", respondió él, negándose por pura fuerza de voluntad el placer de contemplar sus pechos

lentos y femeninos. "Pero dentro de los muros de mi castillo, un recinto vacío. Un patio yermo". Estaba calando hondo.

"¿Y te has olvidado del nuevo jardín acuático? O, al menos, era nuevo la última vez que lo vi". Jaime sonrió ahora alegremente, y sus ojos miraron a lo lejos, viendo aparecer ante ella una escena de agua cayendo. "Y el camino que conducía a él, con el castillo y el lago Dunvegan extendiéndose detrás".

La mirada de Malcolm siguió la grácil línea de sus nalgas y piernas. Embelesado por su belleza, ya no pudo apartar los ojos de ella. La belleza y la emoción de su descripción de Dunvegan se desvanecieron en la distancia, sustituidas por una belleza más vívida, una emoción más apremiante. Volvió a mirarla a la cara.

Su mejilla se sonrojó bajo la intensidad de su mirada abierta, pero no apartó la vista. Y mientras Malcolm seguía mirándola, un escalofrío recorrió visiblemente su cuerpo. Finalmente, apartó la mirada y la clavó en su regazo, pero demasiado tarde. Había visto el reflejo de su propio deseo.

Malcolm dejó escapar un largo suspiro mientras pasaba el momento. Se le metió en la cabeza que no podía meterle prisa. Había venido hasta aquí con la esperanza de que su charla fuera un viaje de aprendizaje y de recuerdo. Y así había sido, hasta este momento. Pero ahora debía enfriar su sangre, se recordó a sí mismo.

"No hay tradición", soltó. Sus ojos se clavaron en los de él con el renovado desafío. "Sé lo que le pasa al castillo de Dunvegan, *tanto* a los MacDonald *como* a los MacLeod. Esos isleños no tienen sentido de la tradición".

"¿Y qué hay de los gaiteros del clan MacDonald? ¿Y de la Bandera de Hadas de los MacLeod?", sugirió suavemente, frotándose la palma de la mano sobre el muslo. "¿Y el Cuerno de Rory Mor?".

"¿El cuerno de Rory Mor?" Se pasó una mano por la mandíbula. Pensó en la noche en que se convirtió en laird de los MacLeod. Parecía que había pasado tanto tiempo. Malcolm entornó los ojos y la miró desafiante. "Tú, muchacha, eras demasiado joven para recordar nada de la última vez que se utilizó el Cuerno".

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa. "No era demasiado joven". Inclinando la cabeza hacia un lado, empezó a reírse de su evidente incomodidad. "Y aún me acuerdo".

"Eras poco más que una cría, moza villana".

"Mis recuerdos se remontan mucho, mucho más atrás, te lo aseguro. "Además, ¿cómo podría olvidar un día tan emocionante? El Gran Salón abarrotado del castillo de Dunvegan. El ceremonial de verter la jarra y media de clarete en el Cuerno...".

"No, muchacha. No digas nada más". Malcolm se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la cara dramáticamente hundida entre las manos. A través de los dedos parcialmente abiertos, el montañés la miró.

"Y tú, un hombre tan apuesto y fornido, a punto de convertirte en señor de tu pueblo. Recuerdo el silencio de la multitud cuando te llevaste la antigua vasija a los labios. La tradición exigía un trago fuerte. Debes bebértelo de un trago. Nada de apartar el cuerno hasta que se acabara el vino, y nada de caerse. Sí, es la tradición". Jaime se detuvo un momento, apretando los labios como si se esforzara por recordar los detalles. Malcolm se encogió, esperando sus siguientes palabras. "Eso es. Ahora lo recuerdo. Puedo verlo todo con claridad. Recuerdo que la tía Fiona se acercó al viejo sacerdote. Había sacado una caja antigua. Abrió la tapa y sacó con cuidado la Bandera de las Hadas y la envolvió. Sí, la bandera que había permanecido oculta durante tantos años. Oh, Malcolm, ¿cómo olvidar los vítores y la salvaje celebración que

siguieron?".

La miró con una repentina expresión de alivio. "¿Eso es lo que recuerdas?"

Malcolm se sentó y apoyó sus grandes manos en los brazos tallados de su silla. La sensación de relámpago que le había atravesado cuando Fiona le había colocado la Bandera sobre los hombros era una sensación que Malcolm no había experimentado nunca, ni antes ni después. No era tanto una sensación de poder como de fuerza. De magia. Fue entonces cuando, por primera vez, sintió el toque de... de aquel otro mundo.

"Y recuerdo que enfermaste", asintió, sonriendo con picardía. "Tampoco mucho después".

El Highlander le gruñó amenazadoramente, pero interiormente sonrió al recordarlo. A los dieciséis años, para Malcolm era muy importante que nadie supiera de su aversión "poco masculina" al vino y las bebidas alcohólicas. Durante los días anteriores a la reunión, había intentado ignorar que incluso un trago de vino podía provocarle, en muy poco tiempo, un terrible nudo en la garganta y la imposibilidad de respirar. Y aunque había ocultado su secreto, se había bebido el trago con fines ceremoniales, también sabía muy bien la terrible enfermedad que le sobrevendría. Pero de eso hacía ya mucho tiempo, y el recuerdo no le producía ahora ni el menor vestigio de vergüenza.

"¿Por qué me seguiste fuera del Gran Salón?". Su rostro formó un ceño feroz, pero Jaime no se dejó engañar. Pudo ver el brillo divertido en sus ojos. "Debería haber sabido que no podría escapar de ti ni siquiera entonces".

Aunque, en realidad, pensó Jaime, lo había intentado. Malcolm había escapado del Gran Salón poco después de beber el vino. Salió por las robustas puertas, cruzó el atestado patio, atravesó la baja puerta de agua y bordeó el lago Dunvegan, iluminado por la luna, hasta un lugar solitario. Allí, al abrigo de un peñasco, el joven laird se había derrumbado de rodillas, expulsando lo que para él era veneno hasta que las oleadas de espantosas arcadas remitieron por fin.

Y Jaime le había seguido, mirándole, respetando su necesidad de estar solo, pero velando por él a pesar de todo.

"Estaba preocupada por ti, aunque no sabía lo que el vino podía hacerte".

"Sí, mi oscuro y vergonzoso secreto. Pero después de todos estos años, eres la única que lo sabe, muchacha". Se acercó y acercó bruscamente la silla de ella a la suya, sin dejar de fruncir el ceño. "¿Pero no sabes la magnitud del peligro en que te pusiste aquella noche? ¿De ser la única testigo de la desgracia de un laird? ¿De admitirlo ahora? ¿No sabes lo que haría un hombre desesperado como yo por preservar su honor? Och, qué grave peligro, Jaime Macpherson".

Ella negó con la cabeza, luchando por contener la risa. Volvió a tirarle de la silla, de modo que ahora estaba frente a él.

"Esperaba que no me hicieras daño", respondió ella. "Pero supongo que estaba lo bastante a salvo, ya que -después de vaciarte la barriga- apenas podías sentarte, Malcolm MacLeod".

El montañés se encogió de hombros, se sentó en la silla y le cogió las manos.

"Eso era antes", gruñó, mientras sus manos se deslizaban lentamente por los brazos de ella. "Pero ahora, paloma mía, debemos remediar esa situación. Porque, en efecto, aún recuerdas aquella noche. Sigues en posición de destruir mi...". Hizo una pausa, frunciendo el ceño mientras intentaba pensar en la palabra adecuada.

"¿Tu reputación?", preguntó ella en voz baja y ronca, estremeciéndose cuando las manos de él le acariciaron los hombros.

"Sí, ésa es una razón tan buena como cualquier otra". Malcolm le rodeó suavemente el esbelto cuello con las manos.

Sus labios se separaron ligeramente. De repente, aquello se había convertido en un momento de pasión. La mirada de él ya no hablaba de diversión ante un recuerdo del pasado. Sus ojos oscuros enviaban un mensaje de deseo, mientras que la firmeza de su mandíbula hablaba de autocontrol.

"¿Algún último deseo, mi señora?" Su voz estaba cargada de emoción. Las manos de Malcolm acunaban ahora su rostro, y su pulgar le acariciaba suavemente el labio. "Habla, muchacha. Habla como si éste fuera el último momento de vida que te queda. Di tu paz, Jaime, y revela tus deseos más íntimos, antes... antes de que pagues por ese horrible crimen que cometiste cuando eras una jovencita".

Jaime se puso en pie de un salto, y las manos de Malcolm se apartaron de su rostro. Colocando las palmas de las manos sobre sus hombros, le empujó hacia atrás en la silla. Sus ojos buscaron los de ella, pero ella le dio poco tiempo para reflexionar sobre el futuro.

Su boca se apoderó de la de él, y Jaime Macpherson le besó con toda la pasión que guardaba en su interior.

Capítulo Veintisiete

AL OÍR el suave golpecito en la puerta, Jaime saltó del regazo de Malcolm, a punto de tropezar y caer al suelo. Pero la mano de él, que permanecía en sus caderas, la sostuvo en el momento de pánico.

"¿Quién es?", llamó temblorosa.

"Traigo un mensaje de Lady Catherine, ama". La voz de la mujer era un mero susurro.

Jaime miró con recelo a Malcolm. Aunque ella intentó zafarse de sus manos, él consiguió recogerla en su regazo. Ella tosió un poco, intentando recobrar el sentido y encontrar la voz.

"¿Qué es lo que quiere mi primo?"

"Solicita tu presencia en sus aposentos, ama".

"¿Tan tarde?"

"Sí, mi señora. Desea verte antes de retirarse a dormir".

"Muy bien. Dile que ya voy".

Cuando el sonido de los pies resbaladizos del criado se alejó de la puerta, Jaime volvió la mirada hacia Malcolm y rezó una oración de agradecimiento por haber atrancado la puerta de la sala de música.

"Que Catherine se vaya al infierno", susurró Malcolm contra los labios de Jaime mientras la estrechaba más en su regazo. Su boca se cerró rápidamente sobre la de ella, antes de que pudiera expresar su siguiente preocupación. Pasó un momento, o una eternidad -no sabía cuál-, mientras ambos saboreaban el beso sin aliento. Finalmente, Jaime se separó.

"Tengo que irme", le susurró al oído. Jaime apreciaba la forma en que sus brazos la estrechaban contra su pecho, la forma en que sus manos recorrían el liso lino de su vestido, haciendo que su piel ardiera al contacto con él incluso a través de las capas de ropa que llevaba.

"Seguramente enviará de vuelta a otra persona", continuó Jaime, inclinándose hacia su tacto mientras sus dedos subían desde la cintura de ella y se extendían acariciando su pecho. "Conociendo a Catherine, estoy seguro de que se impacientará y...". Las palabras se le secaron en la garganta cuando Malcolm tiró del escote de su vestido, dejando al descubierto un pecho. Su cuerpo se arqueó cuando la boca de él se aferró al pezón erecto. "Oh, Malcolm -jadeó, y un rayo salió disparado de su pecho hasta el centro de su vientre.

Jaime se puso rígido entre sus brazos cuando se oyó el sonido de otro par de pasos que se acercaban por el pasillo. Malcolm apartó de mala gana la boca de su pecho y le subió el vestido. Los pasos continuaron más allá de su puerta.

"¿Qué les pasa a estos malditos ingleses?". se quejó Malcolm, apartándose un mechón de pelo de la frente y colocándoselo suavemente detrás de la oreja. "De repente, no tienen otra cosa que hacer que molestarnos. ¿No saben que queremos que nos dejen en paz?".

Ella rió suavemente y apoyó la cabeza en su hombro. "Espero que no".

La fulminó con la mirada y luego sonrió antes de inclinarse y besarla castamente en los labios. "Pero, muchacha", gruñó. "¿No estamos en el castillo de Dunvegan?"

"Ojalá lo fuéramos", susurró ella. Le puso una mano en el hombro, se bajó de su regazo y empezó a sacudirse las faldas.

Él también se levantó y, echando una mirada crítica sobre su desaliñado estado, soltó una risita. "Confío en que no pienses ir directamente a los aposentos de tu prima Catherine".

"¿Soy un desastre?" Ella le miró con ojos sonrientes. "Al menos, no parece que haya estado escalando los muros del palacio bajo una lluvia torrencial".

"No, Jaime, no lo sabes". Malcolm alargó la mano y le acarició la piel suave y cremosa de las mejillas, luego le tocó el pelo, pasando los dedos por la suavidad satinada de las ondas de ébano, tan hermosas en su desorden. Le rozó ligeramente el cuello con la punta de los dedos y tocó los lugares donde su boca había despertado tanto placer. "El único problema para mí es que, al ver tu estado despeinado, ella podría sacar la conclusión de que hemos...".

Cuando sus palabras se interrumpieron, sus mejillas adquirieron un tono rojo más intenso -un carmesí que le recordó una vez más sus transgresiones contra ella- y le reprendió.

Pero le miró a la cara y sus ojos no contenían ningún reproche. "Eres un bribón, Malcolm MacLeod -dijo, poniéndole las manos en el pecho y volviéndole hacia la ventana. El montañés permitió que ella lo empujara a través de la cámara, pero plantó los pies a unos pasos de la forma en que había entrado. Se volvió hacia ella y tomó sus manos entre las suyas.

"Entonces, ¿estoy perdonado?", preguntó, con voz baja y suave.

No había motivo para que él explicara lo que quería decir, ni para que ella preguntara. Ambos sabían a qué se refería.

Jaime asintió en respuesta. "No te culpo de nada, Malcolm".

Cuando él abrió la boca para seguir con el asunto, ella le apretó los dedos con firmeza contra los labios. "No más", susurró ella, poniéndose de puntillas y sustituyendo la mano por los labios.

Sintió que la rodeaba con sus brazos, y luego descubrió que su boca poseía la suya, y que su cuerpo se rendía al suyo.

En el interior de Jaime estallaron llamas fundidas que la consumieron, quemaron toda razón, engulleron todo pensamiento. Instintivamente, se arqueó contra él mientras sus manos se aferraban a su espalda.

Jaime inclinó la cabeza, permitiéndole profundizar en los recovecos de su boca, y su cuerpo respondió a su creciente necesidad. El deseo crudo corría por sus venas, una fuerza creciente y furiosa que crecía con ímpetu desenfrenado. Lo deseaba.

Al darse cuenta de ello, Jaime despertó a la conciencia de una mujer completamente nueva, y sus sentidos inundaron su espíritu con un hambre feroz que igualaba a la de Malcolm MacLeod... y era un hambre que no se negaría.

Ella se apartó. Su rostro estaba a sólo un suspiro, con la marca vidriosa del deseo en los ojos. Catherine estaba esperando, y Jaime no podía arriesgarse a que Malcolm quedara atrapado aquí. Respiró hondo, sacudió la cabeza y lo giró de nuevo hacia la ventana.

Tenía la voz ronca cuando volvió a mirarla. "¿Quizá preferirías que volviera?", preguntó, con una sonrisa dibujada en los labios mientras empujaba el marco de la ventana.

"Me volveré loca si no lo haces".

"Entonces, en aras de tu cordura, quizá debería quedarme aquí hasta que vuelvas".

Sonrió, con el corazón palpitando de emoción ante aquella perspectiva, pero prevaleció el sentido común y, tras una leve pausa, negó con la cabeza.

"No, Malcolm. Esta noche no. Es demasiado tarde y no sé para qué me quiere mi primo". Su mirada seductora la hizo querer explicarse más, no tanto por él, sino para convencerse a sí misma. "No sé cuánto tiempo estaré retenida allí. Y además, yo... bueno, existe el riesgo de que te encuentren fuera de tu alcoba. Piensa en lo que pasaría si te encontraran desaparecida".

"Cobarde", susurró, inclinándose y robándole un último y rápido beso.

"Villano".

Se rió y sacó las piernas a la terraza de piedra. Había dejado de llover con fuerza y el aire se estaba despejando. Mirando hacia arriba, pudo ver que algunos trozos de cielo y estrellas se habían abierto paso a través de los espesos bancos de nubes, y una luna de marfil coqueteaba ahora con las oscuras ráfagas que pasaban. Sus agudos ojos escrutaron los campos que se alejaban de aquella prisión dorada... hacia la libertad... hacia Escocia.

"¿Jaime?", llamó en el último instante.

Se asomó a él desde la ventana, su silueta silueteada por la luz de las velas de la sala de música que había más allá.

Había tenido la intención de contarle el mensaje que había recibido, la carta que se le había caído dentro de la puerta, pero ahora eso parecía tan poco importante para todo lo que había ocurrido.

"Podrían verte", advirtió en voz baja. "¡Vete, por favor!"

"Sí, muchacha", dijo, accediendo a su deseo. Con una inclinación de cabeza, se dirigió por las sombras de la pared hacia las gruesas enredaderas que conducían a su alcoba.

Cada pasada del cepillo por su cabello sólo servía para alimentar su furia. Sentada ante un espejo y observando cómo las oscuras hebras de su cabello cobraban vida bajo las manos de sus sirvientas, Catalina maldijo al desdichado Jaime.

"¿No le dijiste que viniera enseguida?"

Las manos nerviosas de la joven sirvienta, que estaba bajando las sábanas, se detuvieron bruscamente. "Sí, milady".

"¿No le has dicho que me retiro por esta noche y que es de suma importancia que la vea enseguida?"

"Lo hice, milady. Lo juro".

"Entonces, ¿por qué no está aquí?" se quejó Catherine, tirando irritada de los anillos que llevaba en los dedos y arrojándolos sobre la mesa que tenía delante. "¿*Intenta* enfurecerme?"

Ninguna de sus cuatro sirvientas, que se afanaban en atender las necesidades de su señora, respondió. De hecho, aparte de la joven sirvienta que había llevado el mensaje a Jaime, las demás fingían claramente no oír nada de lo que se decía. Y ésa era exactamente la forma en que Catalina prefería a sus sirvientes. ¡Con la lengua trabada!

Volviendo la vista hacia la copa, Catalina se llevó la mano a la nuca y extrajo el collar ornamentado y enjoyado que Enrique le había regalado antes de partir del palacio de Nonsuch. Sin darle importancia, arrojó el regalo sobre la mesa, junto a los anillos. Se sentó hacia delante mientras las mujeres seguían acariciando su cabello castaño dorado. Por primera vez en una semana, se sentía libre de la sofocante perspectiva de su próximo matrimonio. Sus ojos vagaron amorosamente por el rostro que le devolvía la mirada. Admiró la tez cremosa; el cuello largo y delgado; la piel impecable expuesta por encima de su camión de seda. Dejando que su mirada siguiera bajando, se divirtió en silencio pensando en lo fácil que era atraer a los hombres hacia

ella: bastaba con inclinar la cabeza o, como mucho, echar un vistazo a aquellas seductoras curvas y sombras entre sus pechos. Catherine suspiró y, mientras observaba cómo subían y bajaban sus pechos, llenos como orbes, pudo sentir una creciente opresión en la unión de sus piernas.

Inclinando lánguidamente la cabeza hacia un lado y dejando que las pinceladas siguieran el movimiento de su cabeza, Catherine imaginó a Edward en la habitación. Sintió que se humedecía ante la idea de tenerlo aquí ahora, de su cara enterrada en el valle entre sus pechos, su boca chupándola y extrayendo la esencia de su placer. Se imaginó a sí misma encima de él, guiándolo hacia su interior, llevándolo hasta el fondo y sintiendo cómo se cerraba a su alrededor como una vaina. Catherine pasó una mano acariciando la parte delantera de su camión y tomó entre sus dedos el pezón duro y erecto que sobresalía a través de la fina tela.

"Cabron", maldijo de pronto en voz baja, consciente una vez más del recuerdo de su codiciosa falta de consideración hacia ella.

"Más fuerte. Cepillaos más fuerte", prácticamente gritó a las mujeres que le acariciaban el pelo. Luego, apartándoles las manos de un manotazo, Catalina se echó un chal de seda sobre los hombros y se retorció en la silla, dirigiendo toda su ira hacia su encogida mensajera. "No me importa que tengas que arrastrarla por el pelo, tráeme a esa asquerosa moza de inmediato".

La joven sirvienta no pudo mover los pies con la suficiente rapidez mientras corría hacia la puerta.

Mientras deambulaba, lámpara de mecha en mano, por los largos pasillos de Kenninghall, camino de los aposentos de Catherine, Jaime no tardó en perderse en un sueño satisfecho por esta última visita de Malcolm. Casi sin darse cuenta de lo que le rodeaba, Jaime fue prácticamente pisoteado por la muchacha que salía a toda prisa por la puerta de Catherine. La expresión de alivio en el rostro de la joven cuando levantó su vela chisporroteante fue elocuente para Jaime.

"Oh, Ama Jaime", gritó la joven. "Gracias. Muchísimas gracias".

Mirando de la cara de la sirvienta a la puerta cerrada de la cámara y viceversa, Jaime soltó una risita. "¿Tan malo es?"

La sirvienta se limitó a asentir, royendo nerviosamente uno de sus dedos.

"Bueno, entonces tal vez debería esperar y no molestar a Su Majestad esta noche... o más bien a Su Pronta Majestad". Las palabras de Jaime estaban hechas en broma, pero sólo sirvieron para que una expresión de terror apareciera en el rostro de la mujer más joven. "¿No crees que debería esperar a mañana, cuando quizá esté de mejor humor?"

"No, milady", respondió rápidamente la muchacha, sacudiendo la cabeza con énfasis. "Hará que me despellejen viva si no regreso con vuestra señoría, de inmediato".

¿"Despellejado"? repitió Jaime. "No puedo creer que la querida Catherine haga cosas así. Y a una joven inocente como tú".

"Sí". La sirvienta movió la cabeza, con voz apenas susurrante. "Aunque acabo de unirme al personal de Su Maj... de Su Señoría, creo que a los demás, bueno, creo que les habrán hecho algo horrible. Nunca hablan, Señora. Cualquiera diría que les han cortado la lengua".

Jaime contuvo la sonrisa mientras asentía hacia la puerta. "Bueno, amigo mío, no nos quedemos aquí en ese caso. Continúa. No creo que pudiera perdonarme si fuera la causa de que perdieras la piel... o la lengua".

"¿No te parece que este dormitorio más grande es menos acogedor que el anterior, Catherine?". Jaime se paró en la puerta y miró a su alrededor. Aquella habitación era muy distinta de la que había compartido con Catalina y María, la que Jaime aún compartía con María. Pero Catalina, ahora destinada al trono de Inglaterra, debía ser alojada con un estilo adecuado a su posición. Ésta era, con mucho, la mejor de las habitaciones de invitados del palacio. Pero a pesar de todas sus burlas, Jaime no envidiaba nada de la situación de su prima.

Jaime contempló el esplendor de la suite real, debidamente impresionado por los paneles de roble tallado y la repisa de la chimenea, el suntuoso terciopelo rojo de las cortinas y la fina calidad de los muebles acolchados. Aunque la habían introducido por la "alcoba de la dama", estaba segura de que la sala de estar y las alcobas contiguas estarían igualmente bien decoradas. Miró la enorme cama con dosel que ocupaba uno de los lados de la habitación, con sus cortinas de oro y la insignia del rey Enrique en el cubrecama bordado y doblado sobre la cómoda a los pies de la cama. El material brillaba a la luz de una veintena de velas, y parecía haber por lo menos una docena de finos vestidos tendidos. Tuvo la sensación de que había visto a alguien preparando un banquete. Pero entonces se le ocurrió que Catalina se *estaba preparando para una* fiesta. Su propio banquete de boda triunfal.

"Me alegro mucho de que, por fin, hayas encontrado tiempo para mí". La voz de Catalina destilaba sarcasmo, pero Jaime lo ignoró, volviéndose para encontrarla sentada ante una mesa con dos sirvientas, armadas con los mejores cepillos de cerdas de jabalí, revoloteando a su alrededor.

"Intenté dejarlo para más tarde, pero no había nada que hacer en mi habitación -respondió Jaime con alegría, volviéndose de nuevo para maravillarse con las galas que había por allí. Ahora no le sorprendía cómo María podía haberse enamorado tan rápidamente de todo aquello. "Así que decidí pasarme a ver si... necesitabas algo".

"Qué considerado has sido al venir", respondió Catalina, despidiendo a sus criados, "teniendo en cuenta que he tenido que mandar a buscarte dos veces".

Moviéndose con confianza por la habitación, Jaime miró por encima del hombro. "¿Por qué querías verme, Catherine?".

"Siempre la criatura impaciente. ¿Pero no se te ocurre ninguna galantería que quieras transmitirme antes de que empecemos? ¿*Tan* poco educados son en Escocia?".

Jaime volvió la mirada hacia Catalina, que ahora empezaba a mirarse en el espejo. Las sirvientas se movían en silencio por la habitación, ocupándose de tareas imaginarias. Ninguna levantó la vista. De hecho, se le ocurrió que ninguna había reconocido su llegada a la sala. Y ninguna había pronunciado palabra. De repente, pensó divertida que tal vez la sirvienta, que había permanecido juiciosamente fuera, en el vestíbulo, ¡había dicho la verdad! Jaime contuvo el impulso de reír.

"¡Oh! ¿Cómo iba a olvidarlo?", estalló, con voz risueña. "Enhorabuena por tu próxima boda. No podría imaginar una pareja más adecuada".

Catalina la miró fijamente en el espejo, y Jaime le devolvió la mirada inocentemente. Por un momento, la intención del rey luchó visiblemente por contener su temperamento y luego, con un movimiento brusco, hizo señas al resto de sus sirvientas para que salieran de la habitación. Una a una, hicieron una reverencia a su señora y salieron, de nuevo sin mirar a Jaime. Y una vez que la puerta se hubo cerrado tras la última alma que se marchaba, Jaime observó cómo Catalina se ponía en pie.

En el rostro de Catherine había una mirada apreciativa y depredadora. Era una cazadora y se movía como un gato por la sala. El instinto le dijo a Jaime que se alejara de su prima, que levantara alguna barrera contra el golpe esperado, pero se mantuvo firme. Conocía a Catherine desde hacía mucho tiempo y no le temía.

La voz de Catalina era grave e insinuante. "He oído que tú misma estás de enhorabuena. He oído noticias de tu próxima boda".

Mientras Jaime se quedaba mirando a su primo, se le escurrió hasta el último vestigio de la alegría que había llenado su alma mientras había estado con Malcolm. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a discutir y dejar las cosas claras con aquellos Howards? ¿Cómo iba a decirle lo que pensaba a aquella mujer, cuando aún no había tenido la oportunidad de hablar con el propio Edward?

"Un partido de lo más afortunado para ti, por lo que veo", continuó Catalina. "Cuando oí la noticia por primera vez, en la corte, sólo pude pensar en lo inteligente y joven que resultaste ser, después de todo. No se te nota que estás embarazada de él. ¿Cómo le convenciste? ¿O a su padre, el duque?"

"Eso que dices es una vileza", respondió Jaime en un susurro. Si ésa era la táctica que había elegido su prima, Jaime decidió que, dijera lo que dijera Catherine, no dejaría que nada la provocara para revelar la verdad.

"Oh, ahórrate eso", se mofó Catalina, caminando alrededor del inmóvil Jaime. "Ambos sabemos que este matrimonio te dará todo el derecho a permanecer en Inglaterra. Qué apropiado para alguien que desprecia su propia tierra natal".

"¿Desprecia?" dijo Jaime en voz baja. "Nunca he despreciado Escocia".

"¿No? Pero aquí estás, ¿no es así? Desde hace más de un año, y parece que te quedas". La lenta sonrisa de Catherine hizo que Jaime maldijera su propio juicio por permanecer tanto tiempo en Kenninghall. "Y dime, ¿cuántas veces has vuelto a tu amada Escocia durante este tiempo? ¿O visitado a alguno de tus parientes? Pero no, eso sería difícil, ¿verdad?"

Jaime se quedó mirando el cabello castaño dorado de su prima, la mirada altiva de su rostro. No tenía sentido explicárselo. Al menos, no a Catherine.

"Un partido de lo más interesante", apremió la intención del rey. "Una nueva vida. Por no hablar del nombre y el título que ganarás al casarte con Eduardo".

Jaime cruzó los brazos sobre el pecho, clavándose los dedos en la carne de los brazos, conteniéndose para permanecer en silencio.

"Y de un solo golpe", continuó Catalina, "librándote de un maldito apellido escocés y sustituyéndolo por el noble... Howard".

"Ya has dicho bastante", dijo Jaime en pocas palabras. "No me quedaré aquí, sólo para escuchar cómo intentas menospreciarme a mí, a mi hogar y a mi familia. ¿Para esto me has mandado llamar? ¿Para utilizarme como blanco de tus retorcidas flechas de vanidad y orgullo? ¿Qué te he hecho, Catherine, para merecer este trato?"

Catherine ni siquiera respondió a sus preguntas. Las dos mujeres se miraron fijamente y, aunque lo primero que pensó Jaime fue darse la vuelta y abandonar la sala, algo en su interior se resistía a dejar que Catherine la echara del campo. Así que se mantuvo firme y aguantó la mirada fulminante que su prima le dirigía.

"¿Cuándo acudió a ti por primera vez?"

La pregunta de Catherine cayó en picado como una bola de fuego desde el cielo, y Jaime se puso en marcha, con el corazón palpitándole de miedo. ¿Cómo podía saber lo de Malcolm? La voz de Jaime vaciló ligeramente al responder. "No sé a qué te refieres".

"Ahórrame las tonterías inocentes, primo. Olvidas que soy un experto en el arte de aparentar

inocencia".

Jaime frunció el ceño. "No sé de qué estás hablando".

"Me haces perder el tiempo. ¿Cuándo?"

"Y yo podría decir lo mismo de ti, Catherine", replicó Jaime, con el temperamento de nuevo a flor de piel. "Tampoco tengo tiempo para quedarme aquí escuchando tus viles acertijos. Conmigo no se juega, primo. Me marcho". Pero no había dado un paso hacia la puerta cuando la voz de su primo la hizo girar.

"¡Alto, zorra testaruda! Sabes que me refiero a Edward. Ahora dime *cuándo* fue la primera vez que vino a ti".

Le costó contenerse, pero Jaime consiguió disimular su asombro. "Estás preguntando si Edward...". Ella negó con la cabeza. "¿Cuando vino a mí *por primera vez*? ¿A mi *cama*?"

Catherine asintió, con una sonrisa desagradable dibujada en el rostro. "En general, le gustan más jóvenes. Creo que le gustan los niños, en realidad. Así que me preguntaba si tú, que ya has pasado la edad que le gusta...". Agitó una mano en el aire con indiferencia, pero Jaime no se dejó engañar por la farsa. Había una mirada de desesperación en sus ojos cuando sus preguntas se volvieron más concretas. "Quiero saber si te cogió cuando llegaste aquí hace un año. Quiero saber si te ha tenido todo este tiempo. Quiero saberlo".

"Quieres saber lo que no te concierne", espetó Jaime. "Te aseguro que los sucios intereses de Edward no me interesan en absoluto. Y en cuanto a si él y yo -sintió que se ruborizaba profundamente- hemos compartido... hemos intimado alguna vez..."

Jaime interrumpió sus palabras. ¿Por qué dejaba que aquella mujer la inquietara? No había motivo para explicarle nada. Catherine no tenía derecho a saberlo.

"Esta discusión ha terminado, Catherine -anunció, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta. Abrió la puerta de un tirón, se levantó y miró a la joven. "Y, en futuras charlas, ten la amabilidad de ahorrarme esas galanterías".

"No eres virgen", murmuró Catherine en voz baja cuando la puerta se cerró de golpe tras Jaime. "Ese bastardo ya te ha llevado a su cama. Sí, vertió su semilla en ti, dijo. Y ni siquiera pudiste negarlo".

Tiene que ser así, pensó. Si Jaime fuera inocente, habría negado la acusación. Habría derramado lágrimas por el cuestionamiento de su virtud. Así son las mujeres, pensó Catalina, asintiendo. Tan tontas, pensando en su virtud como si fuera una olla de oro, las joyas de Solimán. Como si, intacta, fuera algo de lo que presumir. Y por lo que llorar, cuando se pierde. Pero Jaime no había hecho eso. No, la zorra no había hecho eso.

Se quitó el chal de seda de los hombros y lo dejó caer al suelo, se dirigió a la cama y una sonrisa se dibujó en su rostro. Esto iba a ser más fácil de lo que había pensado. Jaime se había puesto nervioso con tan poco tanteo que Catherine estaba segura de que, con un poco más de esfuerzo, podría alejar a la tonta muchacha avergonzada. Y entonces sólo quedaría Edward. ¡El arrogante e insufrible Edward!

Capítulo Veintiocho

"VUELA, BELLEZA", dijo Surrey al soltar al halcón negro, y los tres cazadores a caballo observaron cómo el pájaro se elevaba cada vez más en el brillante cielo azul. Cuando el ave voló en círculos sobre la pradera abierta, el conde se volvió hacia su halconero. Evan se encontraba a una docena de metros del grupo montado, y Jaime podía ver al grupo de hombres y niños más allá de él. En el caballo, a su lado, Malcolm estaba sentado observando los preparativos de la cacería. Le hizo bien al corazón verle en el aire, aunque una punzada de tristeza le golpeó por la falsedad de la escena. Era menos libre que el halcón que volaba en círculos. Pero, como aquella noble ave, cuando el día se hubiera convertido en atardecer, Malcolm volvería a su jaula. Sus ojos se encontraron con los de él, y su corazón dio un brinco ante el intercambio que le dijo que aprobaba su decisión de unirse a ellos en el último momento.

"Muy bien, Evan", llamó Surrey. "Haz que los muchachos saquen algo de caza".

Los jinetes apremiaron a sus caballos y los hombres y los niños se dispersaron, avanzando lentamente por el campo y bajando una pequeña pendiente hasta la orilla de un pequeño arroyo, mientras golpeaban la larga hierba y la maleza con sus gruesos palos. Un grupo de sauces y abedules que sobresalía de la orilla del agua burbujeante parecía un escondite ideal para los faisanes que buscaban, y Jaime mantuvo los ojos fijos en el lugar.

El ciervo, fuerte y veloz, salió disparado de la arboleda con una brusquedad que dejó sin aliento a Jaime.

Mientras se elevaba un grito entre los hombres, Surrey tomó una lanza de uno de ellos.

"Bajad al halcón", gritó a Evan, espoleando a su caballo tras el ciervo que corría. En un instante, los hombres -y también el halconero- corrían por el campo en persecución del conde y su presa.

La avalancha de hombres, los gritos, la confusión que les rodeaba, inspiraron a Jaime el pensamiento de que éste era el momento de actuar. Ahora, rápidamente, a la luz de esta bendición que la fortuna les había concedido. Clavando los pies en el costado de su caballo, lo impulsó hacia delante, galopando rápidamente al lado de Malcolm.

"Debes irte ahora, Malcolm. Puedes escapar".

Al ver la expresión de incredulidad en su rostro, se inclinó en su dirección y prácticamente gritó su súplica. "Vete. Debemos agarrar a Oportunidad por el trinquete. Ni siquiera sabrán que has desaparecido hasta que sea demasiado tarde. E incluso entonces, cuando lo sepan, les diré que te envié de vuelta al palacio... por algo... por algo. Inventaré una mentira para contársela".

Malcolm seguía sentado en su caballo, como clavado en el sitio, y Jaime miraba ansiosamente a través del campo a los hombres que se rezagaban siguiendo la estela de Surrey.

"Podrían volver en cualquier momento. Por el amor de Dios, Malcolm, puede que nunca haya

un momento mejor que éste. Cabalga hacia el norte. Vamos!"

Malcolm negó con la cabeza.

"¿Pero por qué?", suplicó ella. "¿No lo ves? Surrey *quiere* que escapes".

El montañés volvió a negar con la cabeza y, mientras ella le miraba asombrada a la cara, supo que no emprendería ninguna acción en respuesta a su súplica.

"¿Tantas ganas tienes de librarte de mí, muchacha?"

"Por Sus Heridas, no es momento de cuestionar mis motivos". El temperamento de Jaime se encendió. "Lo que te digo que hagas es por tu propio bien. Debes irte. No hay forma de saber cuándo regresará Eduardo. Temo que si te encuentra así...". Sus palabras se interrumpieron en un sentimiento de impotencia. Frustrada por su falta de voluntad para aprovechar el momento, volvió la cara hacia la brisa del oeste y se secó una lágrima de rabia mientras intentaba dominar la agitación que sentía en su interior.

Malcolm dio la vuelta a su caballo y ella observó cómo impulsaba la montura hacia delante hasta que el montañés estuvo casi cara a cara con ella. Cuando él le tendió la mano, ella pensó que estaba cogiendo las riendas, y sus ojos se clavaron en él. Su mano era cálida y fuerte al agarrar la suya.

"¿Qué es lo que temes, Jaime?"

Sus ojos parecían reclamarla con un poder que ella no podía resistir. Tardó un largo rato en ordenar sus pensamientos para responder. "No puedo volver a verte herida", susurró suavemente. "Y me temo que sentirás el peso de la ira de Edward cuando le diga que no tengo intención de aceptar su oferta de matrimonio".

"¿Verdad, muchacha?"

"No, Malcolm. No seré su pretendida. Nunca seré su esposa".

La creciente presión de su mano y el destello de excitación que iluminó sus ojos hicieron que el rostro de Jaime ardiera de placer. Era evidente que Malcolm no compartía su miedo. Pero estaba claro que le complacía su respuesta. Vio casi con timidez cómo él se llevaba los dedos a los labios.

"Hay algo de lo que necesito hablar contigo". Malcolm desvió la mirada hacia el otro lado del campo. "Supongo, sin embargo, que éste no es el momento apropiado".

Su corazón latió con fuerza cuando él se volvió para mirarla. Su rostro estaba nublado por la incertidumbre, pero al mirarla a los ojos, ella vio que su rostro se despejaba.

"Bueno, muchacha", continuó con una sonrisa. "Como dices, la Oportunidad está calva por detrás, así que será mejor que nos hagamos con él antes de que pase".

Sin decir una palabra más, Malcolm pasó la pierna por el cuello de su caballo y se dejó caer ágilmente al suelo. Levantando los brazos, la ayudó a bajar también. Jaime se echó voluntariamente en sus brazos.

Puede que sólo estuvieran ellos dos en el prado, ya que la mayoría de los hombres hacía tiempo que se habían marchado persiguiendo al ciervo que huía, y los pocos que quedaban estaban tan lejos, bordeando el extremo más alejado del campo, que no representaban ninguna amenaza para los dos amantes.

Escudada por los grandes cuerpos de los dos caballos, Jaime tardó en quitarle las manos de los hombros tras ser bajada de su corcel. Y Malcolm nunca aflojó el agarre de su cintura mientras la estrechaba contra él.

"Te quiero, Jaime", susurró mientras su boca saboreaba los dulces labios de ella. "Sé que soy un canalla vil e indigno, y apenas digno de tu amor o de tu mano. Admito que te he hecho mal y te he causado dolor... en la isla de Skye y aquí, en este lugar dejado de la mano de Dios. Acepto

de buen grado tu condena si me consideras un granuja y un villano. Una bestia inútil de las Highlands que no ha hecho otra cosa que traer la ruina a tu vida".

Jaime sonrió brillantemente y sacudió la cabeza, las lágrimas que ahora corrían libremente por sus mejillas brillaron a la luz del sol antes de empapar el terciopelo negro de su túnica. Apoyando la mejilla en su corazón, lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fuerza.

"¿Quieres casarte conmigo?" Su voz era ronca. "¿Quieres ser mi esposa?"

Jaime le miró a la cara, y las dificultades de su posición desaparecieron ante la alegría de su pregunta.

"Malcolm, he esperado toda mi vida para oírte decir estas palabras".

Sonrió con picardía yladeó la cabeza. "¿Quieres decir que soy un villano, un granuja y una bestia de hombre?"

Ella se rió mientras le plantaba los puños en el pecho. "Sí, aunque creo que valoraré sobre todo la parte de 'vil e inmerecida'".

"¿Ah, sí?", dijo con una media sonrisa. Luego la estrechó más contra él, y de repente todo el humor desapareció de su rostro. "Entonces, ¿quieres casarte conmigo?"

"Sí. Eso haré", susurró ella, alzándose sobre las puntas de los pies y acercando la boca a los labios de él. "Te amaré, me casaré contigo y te apreciaré el resto de mi vida".

Sus palabras envolvieron acariciadoramente su corazón. Calentaron la sangre de su vida. Mientras permanecían juntos, Jaime sintió que el alma de ella salía de su cuerpo para encontrarse con la de él en algún lugar entre ambos, y sintió que sus espíritus se entrelazaban.

Sin poder contenerse más, la boca de Malcolm se apoderó de la suya, robándole el aliento mientras su duro cuerpo la empujaba contra el costado del caballo. Con un gemido en lo más profundo de la garganta, le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso, acogiendo con agrado el roce de su lengua, deleitándose en el apretón de sus labios mientras él la besaba con más fuerza, cediendo con placer a la amorosa presión de sus caderas.

Nada puede detenernos ahora, pensó.

Nadie volverá a interponerse entre nosotros, juró.

Y en el cielo, muy por encima de ellos, una vez más el halcón volaba en círculos, buscando pacientemente a su presa.

Capítulo Veintinueve

"¡CATHERINE!" Lo repentino de la voz del conde de Surrey sobresaltó a la joven, que se giró para mirar a su primo mayor. "*¿Tienes idea de por qué mi padre haría semejante petición? ¿Por qué, en nombre de Dios, querría Su Alteza que Jaime fuera enviado a la corte con tan poca antelación? Después de todo, él y Eduardo planean regresar pronto a Kenninghall. ¿Por qué ahora, Catherine? ¿Y por qué con tanta prisa?*"

Catalina sacudió la cabeza mientras meditaba su respuesta, pues ella también deseaba conocer la respuesta. Había sido muy cuidadosa en su conversación privada con el rey. Había necesitado asegurarse de que Eduardo y el duque nunca adivinarían la identidad del acusador de Eduardo. Pero ahora, al oír la noticia de la citación de Jaime, Catalina se preguntó si ambos la habrían descubierto de algún modo. Durante un largo momento se quedó mirando la carta del duque que colgaba de la mano de Surrey. Pero, ¿cómo podían haberse enterado de algo? Estaba segura de que Enrique no la traicionaría y arruinaría su relación con su propia familia. ¿O sí?, se preguntó. No, decidió rápidamente. El rey seguía muy enamorado de ella, y ella pensaba mantenerlo así.

Pero ¿de qué serviría, pensó Catalina, volviendo sus pensamientos a la carta, llamar la atención de Enrique sobre su prima escocesa?

"Quizá Eduardo esté suspirando por su separación de Jaime -sugirió Mary, atrayendo todas las miradas hacia donde estaba sentada con una labor de aguja sobre el regazo.

Catherine ahogó la risa con una tos.

María asintió con convicción. "Tal vez Su Alteza crea que ésta es la mejor manera de calmar los corazones doloridos de Eduardo y Jaime. Si me pides mi opinión..."

"Cosa que nadie ha preguntado", añadió brevemente Catalina.

Mary miró en su dirección, desconcertada y ruborizada. Pero al ver la repentina incomodidad de su posición, Surrey se acercó a ella, animándola a continuar mientras Catherine se daba la vuelta.

"¿Qué decías, Mary?"

Con una rápida mirada en dirección a Catalina, la mujer más joven volvió a empezar. "Bueno, me parece que el hecho de que Jaime haya sido convocado a la corte es, en muchos sentidos, una bendición para ella. Y su actitud ha sido tan prohibitiva desde que Eduardo se marchó. Por mi parte, he estado rezando por su pronto regreso y el fin de su miseria".

Desde su silla junto a una ventana, Frances levantó la vista de su propia labor de aguja y entró en la discusión por primera vez, saliendo en defensa de Jaime. "No creo que Jaime haya estado visiblemente disgustada ni desdichada. Desde luego, ha estado más ocupada que cualquiera de nosotros ocupándose de lo que ocurre en palacio. Así que si parece un poco

distante, creo que está en su derecho. Estoy seguro de que tiene muchas cosas en la cabeza".

Mary sacudió la cabeza y volvió la mirada hacia abajo. "No estoy siendo crítica, Lady Frances. Es que nunca la había visto tan irritable". Mary echó una ojeada al conde, que volvía a hojear el contenido de la carta del duque. Continuó, pero esta vez en tono confidencial dirigido a Frances. "Bueno, enferma de amor o simplemente ocupada, no me gusta la forma en que nos trata".

¿"Tratarnos"? respondió Frances con una risa amable. "¿Estás segura de que no te estás imaginando todo esto?"

"No lo estoy", respondió ella petulante. "Esta misma mañana, sabiendo que estaría muy interesada en unirme a los hombres en su cacería, Jaime abandonó nuestra alcoba sin despertarme ni dejarme un mensaje". Miró a Frances con los ojos redondos. "Ni siquiera pensó en extender la invitación de lord Surrey a cabalgar a ninguna de las otras damas".

"No había ninguna invitación para ella", dijo Surrey sin rodeos, levantando la vista de la carta.

El rostro sorprendido de Mary se sonrojó y luego hizo un mohín, mientras se volvía hacia Frances avergonzada y un poco enfadada. "¿Está diciendo que a *ti* tampoco te han invitado? ¿Que Jaime Macpherson es la única mujer de Kenninghall digna de unirse a los hombres en su deporte?"

Frances se apartó de Mary, sólo para encontrar los ojos sonrientes de su marido mirándola directamente a los suyos.

"Oh, mi amor", intervino Surrey con una mirada de fingida sorpresa. "No tenía ni idea de que te interesara la equitación. Sólo pensé que después de la última ni..."

"Eso bastará, Surrey", ordenó Frances, luchando contra el creciente rubor de sus mejillas.

El conde apartó los ojos del rostro resplandeciente de su esposa y miró a María.

"Primo", dijo seriamente. "Malcolm y yo, por casualidad, nos cruzamos con Jaime de camino a los establos. La oferta de que nos acompañara no la habíamos concertado antes".

"Pero aun así, milord".

"Eso es todo lo que hay que contar, María".

Frances dirigió su atención al rostro de su marido. Surrey no era de los que se permitían demostraciones de mal genio, a diferencia de Eduardo, cuyas demostraciones abiertas de ira eran insuperables. Pero el conde tenía la extraña habilidad, sobre todo cuando se enfadaba, de parar en seco a un interlocutor con sólo inclinar ligeramente la cabeza y cambiar aún más ligeramente el tono. Frances reconoció el cambio y lo miró fijamente. Mary, en el extremo receptor del enfado del conde, se quedó sentada un momento -abriendo y cerrando la boca una o dos veces- antes de volver tranquilamente su atención a la labor de aguja que tenía en el regazo.

El movimiento de Catherine hacia las ventanas atrajo la mirada de Frances. La joven sonreía, y parecía estar disfrutando de la eficacia con la que Surrey detuvo la charla de María. Frances observó lo que pretendía el rey mientras ella se alejaba, ahora claramente preocupada por sus propios pensamientos. Frances miró a su alrededor y se encontró de nuevo con los ojos de Surrey clavados en ella. Siguiendo su silenciosa orden, se levantó y juntos se dirigieron al otro extremo de la sala.

"Jaime tiene que irse", susurró. "No tengo más remedio que enviarla de inmediato".

"¿Has hablado ya con ella de esto?"

Sacudió la cabeza. "La carta sólo ha llegado desde que hemos vuelto de cabalgar. No he tenido ocasión".

Frances se quedó mirando el fino tejido del jubón de su marido. "Así que tampoco has

hablado aún con Malcolm".

"No es asunto suyo".

"¿No es cierto?" preguntó Frances en voz baja, levantando los ojos hacia la penetrante mirada de su marido.

Surrey no respondió.

"¿Puedo hablar primero con Jaime?" Lanzó una mirada disimulada en dirección a las otras dos mujeres de la sala. "Antes de que se entere por ellas".

Con suavidad, Surrey posó una mano en la mejilla de Frances. "Intentas ganar tiempo para ella, amor mío. Pero debe ir cuando la llamen".

Su mujer apoyó la cara en la palma de su mano. "No la obligarás a actuar contra su voluntad. Debe ser ella quien decida".

"Está en Inglaterra, mi amor. Y se ha puesto al cuidado de mi padre. Es un poco tarde para que cambie de opinión, teniendo en cuenta los motivos de la citación del duque". La expresión de duda en el rostro de Frances le dijo que no estaba convencida. "Piensa en cuando nos conocimos. Debiste de tener tantas reservas para casarte conmigo como Jaime con respecto a Eduardo".

"Más. Sin duda", se burló Frances.

"Lo sabía". Se rió. "Pero, ¿ves? El corazón humano puede *aprender* a amar. Sinceramente, ¿no estás de acuerdo?".

"Déjame hablar con ella primero". Frances volvió la cara y le depositó suavemente un beso en la palma de la mano.

"Como quieras, mi amor".

"Pero, Surrey", dijo ella, sonriendo al mirarle a la cara, "Edward *no* se parece en nada a ti".

Sus ojos brillaron con el amor que sentía por ella, y sus miradas se sostuvieron durante un largo instante. Entonces, mientras Surrey sonreía, recordó la carta que tenía en la mano.

"Frances, una cosa más", dijo tendiéndoselo. "Me gustaría que echaras un vistazo a esto. Hay algo más en él que debería ayudar a convencer a Jaime de que vaya. Quizá sea el motivo de la citación, aunque no lo sé".

Cuando Surrey dejó de hablar, Frances alargó la mano y le arrebató el pergamino. Se acercó a una ventana y examinó rápidamente la carta del duque. Pero antes de haber recorrido la mitad de la sala, se volvió y levantó los ojos hacia los de él.

Jaime se sobresaltó al verle acercarse, interrogándole con una clara nota de ansiedad. "¿Cómo has entrado?" Malcolm la arrinconó contra la pared y detuvo su pregunta con un beso.

"Por la puerta", respondió él, conteniendo sólo un suspiro. Sin vacilar, sus labios descendieron sobre la suave curva de su mejilla, la aterciopelada piel de su cuello.

Jaime apoyó las manos en su pecho e intentó apartarlo.

"Malcolm, vete por donde has venido. Lady Frances está..." Sus palabras fueron silenciadas una vez más por la boca de él cerrándose sobre la de ella. Pasó un largo rato antes de que ella pudiera liberar los labios y recuperar el aliento. Jaime miró ansiosamente en dirección a la puerta y, al ver que ahora estaba atrancada, se volvió e intentó sin éxito empujarle hacia la ventana. "He recibido un mensaje de que Frances desea reunirse conmigo aquí dentro, y seguramente entrará pronto. Tendrás que salir por la terraza".

"¿A plena luz del día, muchacha?", canturreó. "Seguro que los soldados del duque me abaten".

"No podemos permitir que nos encuentre aquí juntos", interrumpió ella, intentando de nuevo mover su gigantesco cuerpo por la sala de música. Pero su esfuerzo fue inútil.

Le rodeó la cintura con un brazo con más fuerza y la abrazó mientras le robaba otro beso. "Te he echado de menos, Jaime".

"Nos vimos hace sólo una hora o así". Ella intentó apartarse, pero los brazos de él la rodeaban como si fueran de acero.

"No podía mantenerme alejada".

"Eres un canalla, Malcolm MacLeod, pero esta vez debes ceder a mis deseos", susurró ella suavemente contra su rostro, y al girarse en sus brazos, el montañés cedió ahora de mala gana, soltándola y permitiéndole que lo condujera a través de la cámara. "Sería un final terrible para ti si Frances nos encontrara juntos aquí. Sé que ya debe de estar de camino. Debes irte ahora, Malcolm".

Jaime abrió de un empujón la ventana de cristal de diamante. "Ahora vete", ordenó.

Malcolm asomó la cabeza y miró arriba y abajo por la terraza de piedra, dorada a la luz del sol de la tarde. "¿Estás segura de que debo ir por aquí?", preguntó, volviendo a mirarla.

Ella asintió. "Sí, y que sea rápido".

"Pero, Jaime. Seguro que alguien me ve escalando el muro del palacio".

"Deberías haber pensado en eso cuando viniste hasta aquí, tonta", la regañó suavemente. Sin embargo, la llamada a la puerta hizo que se pusiera rígida donde estaba. Se apresuró a empujarlo hacia el marco de la ventana. "Haz lo que tengas que hacer, Malcolm, pero no dejes que Frances te encuentre aquí".

Le puso una mano suave en la cara. "Muy bien, mi amor. Ve y abre la puerta. No te preocupes por mí".

Jaime depositó un rápido beso en sus dedos extendidos mientras se escabullía por la larga ventana. Dirigiéndose a la puerta, se alisó las faldas y se pasó rápidamente una mano por el pelo. Jaime levantó la barra y saludó a la mujer que esperaba de pie en el amplio pasillo.

"Ah, Jaime. No estaba seguro... bueno, ni siquiera estaba seguro de si habías vuelto ya de los jardines".

"He vuelto hace un momento", respondió, abriendo la puerta de par en par y animando a Frances a entrar. "El criado que enviaste habló de un asunto de cierta urgencia para esta reunión. ¿Ocurre algo?"

Frances se dirigió directamente al centro de la habitación. "Te diré lo que sé/ Oh, me alegro tanto de que ya estés aquí".

Jaime se volvió bruscamente en dirección a la mirada de la condesa. Ver a Malcolm sentado en su mesa de música le produjo un momento de confusión. Su expresión era inexpresiva y, desde luego, parecía como si fuera perfectamente natural que estuviera allí. Le sonrió inocentemente.

"Bueno, no se me ocurre ninguna razón para esperar", empezó Frances. "Jaime, si no te importa..."

Jaime la miraba mudamente, aún no recuperada del todo de su conmoción al encontrarle en la cámara. Súbitamente consciente de los ojos de la condesa sobre ella, se sacudió para salir de su aturdimiento y empujó la pesada puerta para cerrarla. Un mareo inesperado la invadió y apoyó la espalda contra la puerta. Se llevó una mano húmeda a la frente y, tan bruscamente como había llegado, el mareo desapareció. Sabía que Frances esperaba que estuviera aquí. Con la ira creciendo en su interior, Jaime le dirigió una mirada tan fulminante como pudo reunir. El pícaro podría haberle dicho la verdad y haberla ahorrado todo este pánico innecesario.

Frances estaba claramente dispuesta a no malgastar palabras. "Ha llegado un mensajero de la corte con una carta del duque. Su Alteza requiere tu presencia en el palacio de Nonsuch, de inmediato".

Jaime palideció una vez más mientras miraba confundido a Frances. El rostro de la otra mujer no revelaba alegría alguna al comunicarle la noticia.

"No se ha dado ninguna razón para esta citación", continuó Frances. "Aparte del hecho de que es extremadamente urgente que salgas inmediatamente para el tribunal".

"Pero, ¿por qué? ¿Qué significa esto? No puede ser, Lady Frances". Jaime negó con la cabeza. Ella no iría, pensó miserablemente. Sintiendo como si le hubieran clavado una barra de acero en el corazón, buscó el rostro de Malcolm. La súbita ira en su expresión había fruncido su ceño en una masa de pliegues oscuros. Le vio levantarse de la silla y volverse hacia la condesa.

"Así es, dulzura mía", prosiguió Frances. "Y hay que ocuparse de mil preparativos. Debemos pensar en el..."

Malcolm la interrumpió. "Espera, lady Frances. No está bajo la tutela de la corte de Enrique, ni depende del duque de Norfolk", dijo fríamente. "Es una invitada en esta casa. Y qué derecho tiene Su Alteza a convocarla contra su voluntad".

"Pero tiene derecho. Como su verdadero tío". Frances hizo una pausa y miró un momento la expresión severa de Malcolm antes de continuar. "Surrey está segura de que sabes lo que debo decir, aunque no estamos seguros de que Jaime sea consciente... bueno, por eso te hicimos llamar. Debe saber la verdad".

"¿Qué verdad?" gritó Jaime, mirando ansiosamente de la cara de Frances a la de Malcolm.

Frances continuó dirigiéndose al Highlander. "Su Alteza... en su carta..."

"Por favor, Frances", exigió Jaime. "¿Qué verdad? ¿Qué hay en la carta?"

La condesa se volvió. "Ven", dijo en voz baja, "ven y únete a nosotros", suplicó, tendiendo una mano hacia Jaime. "Sé que, entre los dos...". Miró a Malcolm. "Quizá todos podamos entenderlo".

"No tomaré parte en esto, Lady Frances", dijo sombríamente el montañés. "Nada".

A Jaime le temblaban las rodillas mientras los miraba a los dos, pero aun así se las arregló para dar los pocos pasos que le separaban de una silla. Tenía que sentarse, pues de algún modo sabía que, fuera lo que fuera lo que estaba a punto de oír, su vida nunca volvería a ser la misma.

Frances respiró hondo y volvió a mirar a Malcolm. "Sabiendo lo corta que puede ser a veces Surrey, insistí en que me permitiera hacerlo yo misma. Pero ahora me encuentro buscando desesperadamente las palabras adecuadas".

"¿Por qué no te pones a ello?", prácticamente ladró Malcolm mientras plantaba las manos sobre la mesa. "Habla claro, lo que debas, y luego déjala en paz".

Frances se volvió hacia Jaime. "Quizá esta información debería haber venido de quienes sabes que son tus padres".

"No había motivo para que se revelara nada de esto", volvió a interrumpir Malcolm, golpeando la mesa con el puño antes de enderezarse hasta alcanzar toda su estatura. "¿Dónde está Surrey? No saldrá nada bueno de esto, te lo aseguro. Dime qué vil propósito se oculta tras todo esto. ¿Quién elige este camino, Lady Frances? ¿Adónde conducirá todo esto?"

Frances se hundió en la silla más cercana. "En verdad, no puedo decir qué hay al final de esto".

"Por favor, vosotros dos", suplicó Jaime. "Estáis hablando de mí como si ni siquiera estuviera aquí. Y, sin embargo, está claro que esta información, esta verdad, puede ser de suma importancia para mí y para los míos. De todas las personas, Malcolm, tú de mi tierra natal..."

Frances giró la cabeza y miró fijamente a Jaime. La expresión de su rostro seguía denotando su incomodidad. Pero Jaime pudo ver la determinación en sus ojos.

"Tu tierra natal es Inglaterra, Jaime", corrigió ella. "Pues eres la hija del rey".

Capítulo Treinta

LA IRA la desgarró como el hielo dentado de la inundación invernal.

"No", susurró Jaime con frialdad.

"Tu madre, María Bolena, era la verdadera sobrina de Su Gracia, el duque de Norfolk. También fue, durante un breve período, amante del rey Enrique. Tu madre huyó a un país extranjero y naciste en secreto. Más tarde, tras la muerte de tu madre, te criaron tu tía, Elizabeth Bolena, y su marido, Ambrose Macpherson, a los ojos del mundo como si fueras suya. Dile que esto es verdad, Malcolm".

"No admito nada", replicó el montañés, con el rostro como una máscara de acero. "La historia que he oído es que el *hijo* de María murió al dar a luz".

La mente de Jaime se agitó mientras Frances miraba fijamente a Malcolm. Cuando Jaime miró lo que pretendía, supo que lo que Frances decía era, por supuesto, cierto -lo de ser hija de Mary- y que Malcolm simplemente intentaba protegerla.

"Dime lo que sabes, Frances", dijo en voz baja, volviéndose hacia la mujer.

"Poco más puedo decirte. Simplemente no puedo entender por qué Isabel Bolena decidió ocultarte...".

Jaime vio cómo la ira de Malcolm salía de repente a la superficie.

"¿Y ésta es la verdad?" interrumpió Malcolm, mirando acusadoramente a Frances. "Incluso si permitimos que exista la más mínima posibilidad de que lo que has oído sea cierto, ¿has considerado que quizá no sea toda la verdad? Hablas como si Elizabeth Macpherson hubiera cometido un crimen al intentar mantener a Jaime alejado y a salvo de los carniceros ingleses. ¿Has considerado qué harías tú mismo si tus hermanas fueran asesinadas una a una a manos de ellos?".

Frances se sonrojó mientras buscaba una respuesta. "¿Asesinada? Pero la reina Ana... bueno, era culpable de... bueno... Ana...".

"Sí, ¿y qué hay de Ana?" argumentó Malcolm. "¿No ves ninguna carnicería en ello? ¿Qué culpa hay en dar a luz a un niño muerto? ¡Y esto después de dar a luz a una hija sana! ¿Cómo es que la culpa debe recaer sobre ella cuando vuestro rey ya había dirigido sus ojos lascivos hacia Jane Seymour? ¿Brujería? No, la lujuria es lo que hay en el fondo de todo esto".

"No", jadeó Frances, llevándose una mano a la boca. "No puedes decir esas cosas".

"¿Crees que no?" Malcolm hizo caso omiso de sus palabras. "¿Y la hermana de Ana? ¿Por qué no preguntas cómo fue asesinada María por la espada de un caballero inglés, ante los propios ojos de Isabel?".

"Malcolm", suplicó Jaime, levantando una mano hacia él mientras se ponía en pie. Dio un paso hacia él y miró fijamente la furia que ardía en sus ojos. "Tenemos mucho de que hablar. Y

sabes que Lady Frances no quiere hacerme daño".

El montañés se detuvo un momento mientras se le pasaba el enfado. Se pasó una mano por la cara y se volvió de nuevo hacia la mujer sentada. "Sí, como dices. Pero, condesa, tu marido y yo aprendimos del mismo maestro que quizá sólo haya un pelo que separe la Verdad de la Falsedad. En las últimas semanas, he llegado a saber que eres una mujer sabia y justa... como también lo es tu marido. Así que sólo te pido que reflexiones más detenidamente antes de culpar tan libremente. Tanto si Jaime es hija de Elizabeth y Ambrose Macpherson como si es hija del propio Suleimán, puedo asegurarte que todo lo que han hecho por ella ha sido por amor a la muchacha".

"Te creo, Malcolm", dijo Frances en voz baja.

"Entonces debo pedirte disculpas, milady, por hablar con tanta firmeza. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras se deshonra a la gente que me importa".

Frances se quedó mirando su regazo un momento antes de asentir como respuesta, y luego se puso en pie. "Jaime, creo que Malcolm y tú tenéis asuntos que discutir. No pretendía deshonrar a nadie a quien aprecies. En cuanto a tu herencia...". Una triste sonrisa se dibujó en el rostro de la condesa. "Cierto o falso, Su Alteza lo cree. Y también, al parecer, Edward".

Jaime miró a los ojos grises de la condesa cuando la mujer alargó la mano y la tocó cariñosamente en el brazo. La mirada era firme y verdadera.

"Y ahora os dejo a los dos". Frances se volvió hacia la puerta pero, al recordar algo, se detuvo. "Le he pedido a Surrey que te dé un día más para prepararte, así que tú y tu acompañante no saldréis hasta pasado mañana".

"¿Señora?" La aguda llamada de Malcolm hizo que Frances se detuviera junto a la puerta. Se volvió y miró en su dirección. Su voz adquirió un tono mucho más suave. "Sobre el nacimiento de Jaime. ¿Dónde te has enterado?"

Jaime sabía que Frances no tenía por qué responder a la pregunta de Malcolm. Por eso se sorprendió cuando la otra mujer decidió hacerlo.

"Ignoraba que fuerais realmente pariente de los Howard, hasta hoy", respondió Frances, volviéndose hacia Jaime. "Pero por lo que me ha contado mi marido, su padre el duque lo sabe desde hace mucho tiempo". Hizo una pausa y miró incómoda al suelo.

"¿Cuánto tiempo?" preguntó Jaime.

El rostro de la condesa no podía ocultar su angustia ante lo que iba a decir. "Tu tía, Ana Bolena, reveló lo que te he contado al duque de Norfolk la víspera de su decapitación. Creo que lo hizo con la esperanza de que su tío lo utilizara de algún modo con el rey, para perdonarle la vida".

"Pero Su Alteza nunca hizo lo que ella esperaba, ¿verdad?". preguntó Jaime.

Frances negó con la cabeza. "No lo sé. Aunque Su Alteza actuó como representante del rey en su juicio, perdió mucho con la caída de Ana Bolena. No puedo decir si el duque acudió alguna vez a Enrique. Pero es posible que su información fuera simplemente...".

La condesa se encogió de hombros y miró resignada a Jaime. No necesitaban palabras. Todos sabían que si Enrique se hubiera enterado, Jaime habría sido convocado a la corte hacía tiempo.

"Anne perdió la cabeza en la cuadra", continuó Frances. "Eso es todo lo que sé".

Sin decir nada más, Frances salió de la cámara y la puerta se cerró tras ella. Jaime miró fijamente en dirección a la mujer que se marchaba. De repente, se encontró rodeada de imágenes y voces de antaño.

Una barcaza se mecía suavemente en la corriente del río. Al otro lado de una diminuta ventana, los verdes campos de Francia pasaban perezosamente. Una mujer de pelo ébano,

abriendo los brazos con esfuerzo, acogió a Jaime en el interior del oscuro camarote. Su pobre madre, enferma, apenas salía de la estrecha litera.

Jaime recordaba claramente a María, su madre. Recordaba el afecto que había dispensado a su única hija en aquellos últimos y dolorosos días. Jaime había sido ese niño.

Ahora, de pie junto a Malcolm, se rodeó con los brazos para bloquear la frialdad que penetraba en sus huesos.

Una tumba recién cavada en una ciudad medio destruida por el fuego. Ella, una muchacha pequeña y solitaria, de pie junto a ella. No sabía a quién enterraban en ella, pues su madre se había ido al cielo. Eso le habían dicho. El cálido abrazo de su tío, Philip. El pequeño secreto que ambos compartían: que Philip era realmente bueno, amaba a Elizabeth, disfrazada de hombre durante años. Trabajando como artista para mantenerlos. Para protegerlos.

Jaime recordaba el largo viaje que siguió a la muerte de su madre, la culpa, las plegarias de perdón sin respuesta. Entonces había estado segura de que había sido culpa suya que su madre se hubiera marchado. Incluso se había preguntado si Dios había decidido castigarla por querer más a Isabel que a su madre.

Las manos grandes y los brazos fuertes que la abrazaban allí, en la humedad del cementerio. La voz profunda de un hombre con cara de cicatriz que prometía cuidar de ellas y no dejar nunca que Elizabeth se marchara al cielo. Aún podía ver sus profundos ojos azules, del color del mar en un día soleado. Ojos brillantes de bondad y amistad. Ambrose Macpherson. El hombre al que aprendería a amar como a su padre.

Jaime se dio cuenta de repente de que su cuerpo empezaba a temblar. No, Enrique de Inglaterra nunca había sido su padre, sino Ambrosio. Y Elizabeth siempre había estado allí. Hasta donde alcanzaba la memoria, Elizabeth había estado allí.

Los brazos de Malcolm la rodearon y Jaime se inclinó hacia las manos que la atraían hacia él. Sin decir palabra, se volvió y ocultó el rostro contra su pecho, encontrando consuelo en la fuerza y el sentimiento que emanaban de su presencia.

La abrazó con fuerza, sus manos le acariciaban suavemente la espalda.

"Lo siento", le susurró suavemente al oído. "Siento que la verdad haya tenido que salir a la luz de esta manera". Ella levantó los ojos hacia su rostro. "Lo que sabe el duque *es la* verdad, y es un secreto que ha estado bien guardado. Conozco a la gente a la que llamas familia desde hace casi toda mi vida, y quiero que me creas cuando te digo que siempre te han querido como a su propia hija. Y la única razón por la que han ocultado todo esto no ha sido otra que protegerte de...".

Cuando las palabras de Malcolm vacilaron, Jaime las terminó por él. "De la maldad a la que ahora debo enfrentarme. De los peligros a los que me he expuesto voluntariamente".

Le apartó un mechón de pelo detrás de una oreja mientras la miraba a los ojos. "¿Estás enfadada con ellos? ¿Con Elizabeth y Ambrose por lo que han hecho?"

"No", gritó ella, sorprendida por su pregunta. "¿Cómo podría? ¿Cómo podría enfadarme con aquellos dos por quererme, por protegerme y por cuidarme como a su propia hija?". Jaime apoyó el costado de su cara contra el pecho de él y escuchó por un momento los fuertes latidos de su corazón. "Nunca me trataron de forma diferente a mis hermanos, Michael y Thomas, y siempre les he querido por ello. Malcolm, siempre he sabido que no era su verdadero hijo".

Hizo una pausa y la agarró por la barbilla, levantándola para poder mirarla a los ojos. "¿Sabías la verdad?"

"Esa parte", respondió. "Siempre supe que mi verdadera madre era María, y recuerdo el viaje en el que murió. Pero nunca supe cómo murió".

"Sí", dijo Malcolm. "Lo que dije también era la verdad".

Jaime apartó los ojos mientras se empañaban, pero luego volvió a mirarle a la cara. "Y sobre mi padre. Aunque sabía que Ambrosio no era mi verdadero padre, aprendí a conocerle a través de los ojos de mi tía y a quererle por sus tiernos cuidados hacia todos nosotros."

"Pero siempre les llamabas tus padres".

"Porque yo quería que lo fueran. Porque lo son. Y recé a Dios para que pensarán en mí como si fuera suya". De repente, Jaime sintió que se le cerraba la garganta, ahogándola. Con un esfuerzo, se tragó su emoción.

"Sabes que sí, muchacha".

"Sí, pero hay más. Hasta el día de hoy, me resulta difícil admitir que pocos días antes de que María perdiera la vida, deseé en secreto que Isabel fuera mi verdadera madre". Se enjugó una lágrima brillante. "Verás, los escasos recuerdos que tengo de María siempre están empañados por las imágenes de nosotras en Florencia, y de su... rechazo hacia mí. Pero Elizabeth... Elizabeth siempre mostró su amor. Todo lo que mi madre dejó de ser, mi tía *lo fue*".

Unas cuantas lágrimas más rodaron por sus mejillas. Súbitamente avergonzada, bajó la cabeza. "Qué tonta he sido al decir todo esto. Culparla después de tantos años, después de todo lo que debió de sufrir, para morir tan joven, de una forma tan horrible".

Malcolm le levantó la barbilla y la miró a los ojos brillantes. "Es una tontería culparte por cómo te sientes".

"Cambió mucho antes de morir", susurró Jaime. "Creo que incluso intentó hacer las paces conmigo. Por pocos que fueran los días que le quedaban, hizo todo lo posible por demostrarme que me quería. Sé que es por eso por lo que debería recordarla y no por lo que hubo antes".

"No elegimos lo que recordamos y lo que olvidamos, muchacha. Pero creo que, con el tiempo, una vez que hayas aprendido a perdonar, puede que esos últimos días con ella sean lo único por lo que la recuerdes."

Ella asintió como respuesta y volvió a fundirse en el calor de su abrazo.

"No sabías nada de Enrique de Inglaterra, ¿verdad?"

Jaime negó con la cabeza. "Y no me interesa saber nada más de él. Para mí no es más que un lascivo que sólo ha traído miseria a tantas mujeres en su desdichada vida."

"Pero tú eres su hija".

"Y eso no significa nada para mí, Malcolm. María podría haberse acostado con el más humilde de los campesinos, me da igual". Jaime se dio cuenta de que los puños cerrados de ella estaban firmemente plantados sobre su pecho. "En lo que respecta a mi vida, lo que importa no es quien plantó la semilla, sino quienes me criaron. Ésos son los que aprecio".

Malcolm la estrechó contra su pecho. "Ojalá Elizabeth y Ambrose hubieran podido estar aquí para oír estas palabras. Tu madre estaba desconsolada de preocupación antes de que me marchara de Escocia, preocupada por cómo te sentirías cuando por fin supieras la verdad."

Jaime se apartó y miró inquisitivamente a los ojos de Malcolm. "¿Hablaste de esto con mis padres antes de salir de Escocia?"

"Pues sí". El montañés buscó las palabras adecuadas. "Elizabeth pensó... bueno, que si me cruzaba contigo en mis viajes..."

"Dijiste que ibas a Rotterdam, no a Inglaterra. ¿Cómo pudiste cruzarte conmigo?" Jaime se quedó mirando la expresión repentinamente avergonzada de su rostro. "¿Qué estás ocultando?"

"¿Qué te hace pensar que me estoy guardando algo?"

Le golpeó el pecho con los puños una vez, con los ojos encendidos. "Ya he tenido bastante con hacerme la tonta por un día. No me trates más como tal".

Le cogió las manos y se las llevó a los labios. "Jamás. Nunca volveré a tratarte mal ni a considerarte menos que la maravilla que realmente eres".

"No intentes halagarme con tus encantos de las Highlands, Malcolm MacLeod. Di la verdad. ¿Por qué razón te tomó mi madre confianza? Conozco a Elizabeth, y no habría hablado de esto con nadie a menos que hubiera una buena razón para ello. Así que dime por qué te lo han contado".

El montañés le puso ambas manos sobre los hombros. "Ambrose y Elizabeth me lo contaron todo justo antes de salir de Escocia en este viaje porque...". Hizo una pausa y la miró profundamente a los ojos. "Porque sabían que yo iba a ser un hijo para ellos".

"¿Un hijo?"

"Sí. Bueno, un yerno", aclaró. "Esposo de su hija. Pensaron que era importante que yo supiera la verdad, y también que era imperativo que te lo contara todo, antes de sacarte de Inglaterra."

Se le encogió el corazón ante sus palabras, pero también sacudió la cabeza, perpleja. "¿Elizabeth y Ambrose sabían de nuestro pretendido matrimonio antes de que yo lo supiera? ¿Les pediste permiso primero, y aceptaron, sin saber siquiera si te tendría?"

El montañés le cogió ambas manos. "No creo que cosas como la lógica o el decoro se apliquen a nosotros, amor mío. Después de todo, tú misma anunciaste nuestro matrimonio al mundo sin consultarme nunca sobre el tema. Todo eso lo hiciste antes de cumplir los cinco años".

"Antes no, mentiroso descarado. *Tenía* cinco años".

"Muy bien", respondió, concediendo con un encogimiento de hombros y una sonrisa torcida. "Como quieras. Pero aun así, después de lo que has hecho, no veo ningún error por mi parte en hablar con ellos".

Ella le rodeó el cuello con las manos y le miró fijamente a los ojos. "Lo que hice, mi señor, lo hice antes de tu boda. Las cosas cambiaron después de aquel día. ¿O has olvidado que fui herida, lastimada, humillada?"

"No, muchacha", respondió Malcolm, con el rostro cada vez más serio. "¿Cómo podría olvidar algo así?"

"¿Cómo?" Jaime miró su rostro sólido y apuesto. ¿Cuánto tiempo había amado aquel rostro, la mirada de ternura de aquellos ojos oscuros? Un sentimiento de calidez, de felicidad, fluyó a través de ella. "Pero, Malcolm, tú no te dirigías a Inglaterra. Por lo que a ti respecta, me quedaba en esta tierra para siempre. Que nadie supiera, no tenía intención de regresar jamás a Escocia".

"Es verdad. Y también sabía que me odiabas. Lo recuerdo muy bien, amor mío".

"Entonces, ¿qué, en nombre de la Santa Madre, te dio la idea... la idea...?"

Le rodeó ligeramente la cintura con las manos. "¿La idea de buscar tu mano en matrimonio hablando primero con tus padres? ¿De viajar a Rotterdam con planes ya preparados para ir a *buscarte*? ¿De haber pensado con tanta antelación como para que un barco se reuniera con nosotros en la costa de Inglaterra en el momento oportuno?"

No encontraba palabras para expresar la inquietud que empezaba a invadirla. Aquello era una locura; él no podía saberlo.

"He tenido un sueño", susurró mientras la acurrucaba más contra su cuerpo.

Ella le miró asombrada.

"Sí". Asintió. "Olvidas que soy el laird de un pueblo que cree en hadas y espíritus".

"¿Y el sueño te decía lo que estaba por venir?"

"Sólo en parte, muchacha. Santiago, el vidente, vino a mí en este sueño".

"¿Quién es ese James?", preguntó en voz baja.

Su mano le acarició la espalda. "Un anciano, antiguo cuando yo no era más que un bairn. En opinión de todos, murió mucho antes de que tú pisaras la isla de Skye. Cuando era muchacho, solía verle sentado junto a la puerta del viejo Priorato y hablando con todos los que pasaban. Muchos isleños decían que tenía la segunda vista. Otros decían, cuando la anciana priora no estaba al alcance de su oído, que era un espíritu, que pasaba de momento por el cuerpo enfermo del anciano. Incluso se contaba que se había aparecido al rey ante el campo de Flodden y le había advertido de su próxima muerte. Y había muchas otras historias de Santiago avisando de lo que estaba por venir. Siempre me asustó de niño, hasta que un día sus palabras me salvaron la vida".

"¿Predijo algún peligro?", preguntó ella.

"Eso hizo", añadió Malcolm. "Peligro para mí y para Fiona. Pero como estaba ansioso, ignoré su advertencia. Y cuando todo se hizo realidad, se apareció a Alec Macpherson y lo envió a salvarnos".

Jaime se pasó un leve dedo por la frente anudada. "Crees en su magia".

"Creo en su vista", corrigió Malcolm. "Desapareció después de aquello y todo el mundo creyó que había muerto. Pero volví a verle el día de la reunión en que me convertí en laird. Estaba allí. Muchos susurraron que era James quien había escondido la Bandera de las Hadas durante tanto tiempo, esperando a que un hombre justo se convirtiera en laird de los MacLeod. Otros debieron de verle también, pues la noticia de su presencia allí se extendió como el fuego del páramo por la Gran Sala de Dunvegan. Creo que convenció a muchos de que, en efecto, era su legítimo líder".

"Su espíritu puede haber ayudado", argumentó Jaime. "Pero tú *eres* el verdadero heredero".

Sacudió la cabeza. "Yo era hijo único de Torquil, pero ilegítimo, por haber nacido fuera del matrimonio. Mi padre había sido laird. Eso era cierto. Pero era un hombre que había vendido su alma al diablo en su juventud y nunca se había preocupado por su pueblo durante su traicionera y miserable vida." Malcolm dejó escapar un profundo suspiro. "Y mi madre era una simple campesina seducida o forzada -no importa cuál- por la maldad de Torquil. Me dijeron que ni siquiera vivió lo suficiente para mirarme a la cara después de nacer".

Jaime no intentó contener sus emociones mientras lo abrazaba con fuerza. "¡Oh, Malcolm! Los dos éramos almas perdidas. Nacidos de padres que no se preocuparon por nosotros y madres que murieron demasiado jóvenes".

El montañés la miró amorosamente a los ojos. "Y ambos tuvimos la suerte de ser encontrados y cuidados por gente que nos quería como si fuéramos suyos. Y pensar que tu camino y el mío nunca se habrían cruzado de no ser por estos Macpherson".

Jaime se echó hacia atrás y sonrió con ternura mientras pasaba los dedos por los bordes cincelados de su ancho rostro. "¿Dijiste que se te apareció en sueños? Ese Jaime, el vidente".

Malcolm asintió. "Sí. Tras la muerte de Flora, mi vida se volvió tan oscura y desnuda como las mazmorras de Dunvegan. Vacía, de no ser por los fantasmas que me acechaban día y noche. Y créeme cuando te digo que no fue el amor por ella, ni siquiera la pena, lo que creó aquel terrible vacío. Era simplemente que sabía que, de algún modo, había cometido un gran error. Que al casarme con ella había traicionado alguna confianza. Que tal vez incluso había causado su muerte y me había privado de...". Le cogió la barbilla entre los dedos y la levantó, hasta que pudo mirarla a los ojos. "Y habías desaparecido, descarada. No te encontré por ninguna parte".

"Creo que no habrías querido verme en ese momento".

"Pero lo hice", respondió. "Esa última mirada que me echaste, allí de pie con ese impresionante vestido blanco junto a la puerta de la capilla. No pude olvidar aquella mirada. Me

perseguías, Jaime, incluso desde lejos".

Ella se ruborizó bajo su ardiente mirada. "Dijiste que la vidente se te apareció en sueños".

"Lo hizo", los dedos de Malcolm le acariciaron la cara, trazando el contorno de su pelo oscuro. "Me dijo que ya era hora de que fuera a por ti".

"¿Después de *mí*?"

Asintió con la cabeza. "Me pidió que fuera a la tierra lejana, Inglaterra, y trajera de vuelta a Skye a mi verdadero pretendido. La de buena sangre, te llamó. La mujer que aún sufría por mis malas acciones pasadas. Porque ella no había hecho nada para merecer tanta infelicidad, dijo. Luego dijo que ya era hora, y que mi alma nunca estaría verdaderamente tranquila hasta que se emparejara con la compañera que le correspondía".

Ella se derritió ante sus palabras. "¿Cómo sabías que era de *mí* de quien hablaba?"

"Porque te he visto". Las grandes manos de Malcolm enmarcaron su rostro. Sus ojos eran tan oscuros como el cielo nocturno y, sin embargo, confiados. "Mientras James hablaba, no había más visiones ante mis ojos que tú. Tu rostro era todo lo que podía ver. Tu hermoso cuerpo envuelto en aquel vestido blanco, atormentándome, castigándome por haber sido tan tonto".

"Malcolm", susurró su nombre mientras le rozaba los labios con un beso. "Nunca fue mi intención causarte dolor".

Contuvo su deseo de aplastar la boca de ella contra la suya. "Ven conmigo la semana que viene. Vuelve conmigo a Escocia".

Al recordar las horribles noticias que había traído Frances, Jaime se echó hacia atrás en sus brazos, presa de un pánico repentino. Sus ojos se llenaron rápidamente de lágrimas. "Pero me enviarán al tribunal antes de esa fecha. No puedo ir al Palacio de Nonsuch, Malcolm. No puedo. ¿Pero cómo puedo impedirselo?"

La voz de Malcolm era tranquilizadora. "Tu padre, Enrique de Inglaterra, no puede conocer la verdad de tu identidad. Si lo supiera -si se hubiera enterado recientemente-, habría un séquito de caballeros y damas preparados y esperando para escoltarte de vuelta a la corte. Supongo que, al convocarte con tanta premura, el duque de Norfolk -o Eduardo- debe de tener algún plan turbio para ganar poder o el favor del rey."

"¿Pero cómo les aportará eso algo? Seguramente, ahora que tiene un heredero, el príncipe Eduardo, al rey no le importará nada..."

"No, muchacha. No creo que sea en la sucesión en lo que está pensando el duque". Malcolm la soltó y se volvió hacia la ventana. "Hay algo más".

"Sea lo que sea, debo encontrar la forma de convencer a Surrey de que no me envíe allí". Jaime pudo oír cómo le temblaba la voz. "Cometí el error de ponerme bajo el cuidado de los Howard y ahora soy tan prisionera como tú".

Malcolm, con el rostro animado y alerta mientras reflexionaba sobre el problema, se volvió al oír sus palabras y volvió a estrecharla entre sus brazos.

"Tal vez si intentara huir", gritó Jaime desesperado. "Tal vez si me disfrazara y desapareciera en la oscuridad de la noche".

"No harás tal cosa". le reprendió Malcolm. "¿Adónde irías en esta campaña? ¿A quién conoces fuera de este palacio?"

"Mi propia madre lo hizo. Y Elizabeth, hace años, cuando mi madre aún me llevaba en brazos".

Malcolm le rodeó la cintura con las manos y la miró con desprecio. "No pienses más en eso, Jaime. Eran otros tiempos, y Elizabeth tenía ayuda. Nosotros, sin embargo, tenemos otras posibilidades que no hemos investigado".

"¿Sí?", preguntó ella, mirándole fijamente. "¿Qué posibilidades hay?"

"Ya te hablé antes de organizar que un barco se reuniera con nosotros. Pues bien, llegará con la luna llena de la víspera de San Juan, a un pequeño pueblo pesquero al norte de Harwich".

"Una nave. Así que es real", susurró.

"Sí, tan real y seguro como que tú y yo estamos aquí de pie".

Los ojos de Jaime se entrecerraron cuando se le ocurrió una idea. "Pero la víspera de San Juan es dentro de más de una semana. Podrían enviarme al palacio de Nonsuch mucho antes".

"No lo harás", prometió. "Te doy mi palabra... de que eso no ocurrirá".

Enredando los dedos en su pelo, Malcolm tiró de ella y la besó. Un instante después, aún aturdida por la brusquedad y la intensidad del beso, Jaime abrió los ojos cuando él se apartó.

"Pero prométeme que no harás ninguna tontería, Jaime".

"¿Tonto?"

"Sí. Debes confiar en mí cuando te digo que tenemos amigos". Le puso un dedo en los labios carnosos y suaves, y luego hizo ademán de retroceder. "No puedes huir, ni esconderte, ni ponerte en peligro. ¿Me lo prometes?"

"¿Adónde vas?", preguntó ella, en lugar de hacer el pacto.

"Para perseguir una idea. Si tengo éxito, podríamos salir de ésta".

Ella le agarró la mano. "¿Pero cuándo lo sabrás?"

"No lo sé. Quizá esta noche".

Jaime le miró fijamente mientras el atisbo de un plan empezaba a surgir en su mente.

"Vendrás a verme más tarde, entonces".

"Sí". Ella asintió. Después de haber perseguido un diseño propio, terminó en silencio.

Capítulo Treinta Y Uno

"¿Y ESPERAS QUE LA ENVENENE?". El médico galés interrumpió a Malcolm con un tono que era más un gruñido que una respuesta. Aquel hombre era demasiado estúpido incluso para escuchar al montañés.

"¿Has perdido la cabeza?" preguntó enfadado Malcolm. "Si se pone un poquito enferma por esto, si tiene la más mínima molestia, te retorceré tu escuálido cuello con mis propias manos".

Graves se puso en pie de un salto, levantándose sobre las puntas de los pies como un gallo indignado. "¿Me retorcerás el cuello? ¡Vaya, salvaje arrogante con cuello de toro! En un momento me pides que encuentre la forma de enfermarla para que no vaya a juicio. Al siguiente, me amenazas de muerte si hago precisamente eso. ¿Qué quieres, tío?

Malcolm contuvo su ira. "Sólo te pedí que la ayudaras a fingir una enfermedad. Todo debe de ser fingido".

"¿Y por qué iba a hacer tal cosa? Quieres que me arriesgue a la horca por desobedecer los deseos del duque".

Frustrado, Malcolm luchó contra la fuerte inclinación a estrangular al hombre. Sin embargo, por muy bien que pudiera hacerle sentir en ese momento, también sabía que aquella violencia alegre no ayudaría en nada a Jaime. Exhaló un largo y lento suspiro e intentó controlar su temperamento. "Aprecio vuestra lealtad familiar, maese Graves. Y después de todo lo que has hecho por ayudarme estos últimos días, después de los mensajes que has hecho enviar de un lado a otro entre mi gente y yo, no quiero que pienses que estoy menospreciando la confianza que existe entre nosotros."

El médico levantó un dedo huesudo y lo apuntó al pecho del Highlander. "Hice todo eso porque Ama Jaime me lo pidió, babuino. En realidad, he querido deshacerme de ti desde el primer momento en que arrastraron tu cadáver hasta aquí. Pero lo que me pides que haga ahora es interferir en el matrimonio de esa muchacha con el hijo de mi amo".

"No se casará con Edward Howard. Puedes confiar en mi palabra".

"Sí, mientras tú estés cerca, no lo hará. Pero si me deshiciera de ti -si te ayudara a volver con los tuyos-, creo que lo haría".

"No, maese Graves. No es tan sencillo, como bien sabes". Malcolm sacudió la cabeza. "Sabes mejor que yo que Edward no merece su mano...".

"¿Y tú lo eres, supongo?"

"Quizá no", respondió Malcolm con seriedad. "Pero no pretendo obligarla a ir a ninguna parte en contra de sus deseos. Y no voy a arrastrarla a los tribunales por un vil uso destinado a favorecer mis propios intereses".

"¿Estás diciendo *que eso* es lo que le están haciendo?"

"¿Cómo explicas esta citación del duque y su hijo?" presionó Malcolm. "Si las intenciones de Eduardo al querer a Jaime en la corte eran honestas, ¿por qué tanta prisa? ¿Qué razón hay para tanto secreto? No se le ha dicho otra cosa que prepararse y partir con un día de antelación. Por lo que ella sabe, su vida podría correr peligro allí".

"No me corresponde a mí cuestionar los planes del duque para la mujer".

"¡Por el Rood, tío!" Malcolm levantó las manos.

"Sí, y aunque se te permite pasear y cabalgar con lord Surrey, aquí sigues siendo un prisionero, y tampoco estás en condiciones de cuestionar nada".

"Lo que pido es para Jaime, viejo loco".

El médico permaneció un momento en silencio, pasándose una mano por la calva y estudiando el rostro del Highlander mientras meditaba las palabras de Malcolm. "¿Y me preguntas esto en su nombre? ¿No tienes intereses propios en juego?"

Malcolm miró fijamente al hombrecillo. "No tergiverses mis palabras, maese Graves. Y no me obligues a mentir. Mis motivos ya se los he expresado a Jaime, puesto que ella es la única interesada. Pero en cuanto a lo que te pido que hagas, puedes creer que tengo en mente su bienestar y felicidad. Debes aceptar mi palabra al respecto. Pero si se marcha al palacio de Nonsuch, como ha ordenado el duque, no habrá vuelta atrás. Estará perdida...".

Un ligero golpe en la puerta detuvo sus palabras, y el médico, haciendo caso omiso de la interrupción, frunció el ceño hacia el montañés. "¿Es éste su deseo, hombre? Debes decírmelo".

Malcolm asintió. "Sí".

"Entonces te avisaré".

"¿Cuándo?" insistió Malcolm, haciendo caso omiso de un segundo golpe en la puerta.

El médico dio un paso hacia la puerta cerrada. "¿Qué piensas hacer, Highlander? ¿Quemar el palacio si no estoy de acuerdo?".

"Haré lo que haya que hacer, maestro Graves. Ella no desea irse, y haré todo lo posible para que ese deseo se cumpla".

El médico caminó rígidamente hacia la puerta. "Tendrás noticias mías antes del anochecer".

Catherine deseaba poder distinguir las palabras amortiguadas que entraban por la puerta. La voz del montañés era siempre la más nítida, aunque de vez en cuando el tono de la voz del otro le llegaba con más claridad a través de la gruesa puerta de roble. Estaba claro que discutían por algo, y la curiosidad de Catherine se despertó. Abanicándose las trenzas castaño doradas sobre los hombros, esperó, esforzándose por oír lo que Malcolm decía. Curiosamente, el montañés despertaba en ella algo más que curiosidad, y había echado de menos ver su rostro escabrosamente apuesto.

Sí, pensó, aquel hombre definitivamente le interesaba. Anoche, tumbada sola en la enorme cama de su fría habitación, se había encontrado considerando el hecho de que nunca había tenido un escocés. No había razón para que permitiera que sus planes de castigar a Edward interfirieran con su deporte. De hecho, este hombre, Malcolm MacLeod, tenía mucha más presencia que Edward. Era más alto y mucho más apuesto, con su cabello castaño alborotado y su mirada oscura y melancólica. Su complexión ancha y poderosa; el aspecto que tenía la noche anterior durante la cena, con los brazos cruzados sobre el terciopelo negro de su túnica; la forma en que los músculos de sus muslos y pantorrillas se transparentaban a través de las medias. Los labios de Catherine se entreabrieron al recordarlo y sintió el comienzo de aquella familiar agitación en

la unión de sus muslos. Sería un amante excelente, de eso estaba segura. Y la tonta de Mary... con su enamoramiento infantil por aquel hombre. Catherine sonrió y respiró hondo. ¿Qué sabría una virgen de pocas luces como Mary sobre cómo satisfacer a un hombre como Malcolm?

Mirando hacia arriba y hacia abajo por el pasillo, Catherine se pasó las manos por el corpiño del vestido, alisando el terciopelo acolchado. Al no ver a nadie, dejó que sus dedos se detuvieran en sus pechos. Podía sentir los pezones excitados a través de la tela. Lo tendría en su cama, y lo tendría pronto. Su cuerpo pedía a gritos el contacto de un hombre, y el montañés lo haría muy bien.

Las voces al otro lado de la puerta ya no se oían en absoluto. Impaciente, Catherine levantó la mano y llamó a la puerta. Primero tenía que resolver este asunto. Era demasiado lista para permitir que Edward arruinara sus planes. Aún tenía que sufrir por sus pecados contra ella.

Los brillantes ojos de Catherine no se apartaron del rostro de Malcolm mientras llamaba por encima del hombro. "Hablaré con vos en un momento, maese Graves".

Malcolm dejó que sus ojos viajaran desde el rostro de la mujer hasta la pequeña mano blanca que descansaba en el pliegue de su codo. Intentó ocultar el fastidio que le producía que Catherine lo abordara tan abiertamente en el pasillo.

"Me gustaría veros esta noche en mi habitación, señor -susurró en un tono que, sin duda, pretendía ser invitador.

Malcolm siguió contemplando los finos dedos enjoyados y se consideró muy afortunado de que el médico se hubiera alejado hacia el turbio interior de su consulta. Se alegró de que el anciano no hubiera oído la invitación de aquella mujer. Sí, pensó, eso era *todo lo que necesitaba*: que Graves pensara que tenía una aventura con todas las mujeres de Kenninghall. Sin duda, eso le ayudaría a mejorar su reputación, pensó Malcolm con ironía.

"¿Hay algo concreto, milady, por lo que queráis verme?". Intentó pensar en una forma de no ofenderla directamente, pues había algo en Catherine que le hacía creer que sería extremadamente peligrosa cuando se cruzara con ella.

"¿De verdad tengo que contarte con detalle lo que tengo en mente?", arrulló, con voz aún suave y seductora.

"Quizá no", respondió rápidamente. "Pero me temo, milady, que tengo otros compromisos para esta noche".

"¿Te van a volver a encadenar?", preguntó.

Malcolm la miró a la cara, sin saber si sus palabras eran una sugerencia o una amenaza.

"El conde ha pedido verme -dijo, moviéndose lo suficiente para que la mano de ella se soltara de su brazo-. "Creo que desea pasar algún tiempo revisando unos manuscritos que acaba de recibir de la biblioteca de nuestro difunto maestro, Erasmo".

"Bueno, eso no llevará mucho tiempo".

Malcolm retrocedió otro paso. "Con lord Surrey nunca se sabe". Se inclinó caballerosamente en su dirección. "Pero no debo entreteneros, milady".

"¿Quizá en otra ocasión?", le preguntó.

Pero Malcolm no dijo nada mientras desaparecía por el pasillo.

Catherine se enderezó las faldas en torno a los pies, cruzó las manos sobre el regazo y miró tímidamente al anciano médico. "Oh, maese Graves, creo que nunca he conocido a un hombre que envejezca tan bien como vos. Anoche le decía a lady Frances que en la corte no tenemos la suerte que ella tiene de contar con un hombre tan apuesto para cuidar de su salud." Su amplio pecho subía y bajaba mientras suspiraba y lo miraba desde debajo de sus pestañas agitadas.

La piel del hombre enrojeció, el rubor se extendió desde su cuello encapuchado hasta la parte superior de su calva cabeza, y se afanó en enderezar las hileras de hierbas dispuestas sobre su mesa de trabajo. "¿Qué puedo hacer hoy por vos, ama Catherine?"

"Tengo este dolor". Se llevó una mano a la nuca y se frotó la base del cuello. "Aquí, maestro Graves. Empezó anoche y me mantuvo despierta media noche. Hay un nudo; lo noto ahora mismo... ¡ay!". Frunció el ceño, fingiendo un malestar repentino.

El médico rodeó la mesa y se puso a su lado. Apartó suavemente la mano de ella y colocó sus dedos callosos sobre la piel de su cuello.

Catherine inclinó la cabeza y gimió seductoramente en respuesta a sus caricias. "Oh, amo Graves, desde luego tiene usted tacto". La mano del hombre siguió buscando el nudo inexistente. "Sí, ya me siento mucho mejor", susurró ella.

El médico se apartó bruscamente, pero ella se volvió rápidamente y se agarró de una mano. "Oh, no dejéis que siga sufriendo, maestro Graves".

"No encuentro ningún bulto... ningún nudo que indique un espasmo. No... no encuentro nada malo en ti -tartamudeó el hombre-.

Sin soltarle la mano, Catherine se puso lentamente en pie y se acercó a él. "Oh, pero hace un momento, cuando me estabas tocando el cuello... sentí un dolor agudo que me llegaba hasta el corazón... aquí", susurró, levantando la gran mano de él y colocándola firmemente contra su pecho izquierdo, justo por encima del escote bajo y cuadrado de su vestido. Él intentó retirarse de nuevo, pero ella lo retuvo. Acercándose aún más, apretó sus dedos contra la carne firme. "¿De qué cree que puede ser esto, señorito Graves?"

El hombre tenía los ojos clavados en su pecho y la boca abierta.

"Oh, tal vez necesites mirar mejor", arrulló. Levantando lentamente la mano que tenía libre, Catherine bajó el corpiño del vestido, dejando al descubierto las sonrosadas puntas de sus pechos. Con un tirón de la mano, el médico, presa del pánico, se retiró y prácticamente echó a correr hacia el otro extremo de la habitación. Ella observó su espalda con una sonrisa y luego volvió a colocarse el vestido en su sitio. "¿Tiene alguna idea de cuál puede ser mi dolencia, maestro Graves?"

Todavía de espaldas a ella, el hombre sacudió la cabeza y murmuró algo inaudible como respuesta. Muy satisfecha de sí misma y del éxito de sus burlas, Catherine cruzó la habitación en su persecución. No podía dejar escapar a su presa tan fácilmente.

"Madre mía", dijo sorprendida, deteniéndose detrás de él. "Mira las marcas que tus dedos han dejado en mi piel".

Graves se giró y contempló consternado las huellas rojas en su pecho blanco como la leche.

"Maestro Graves, ciertamente tú -un estimado erudito y médico, un hombre de ciencia, un sanador de renombre-, ciertamente tú debes ser capaz de hacer algo por mí. No me dejarás sufrir ahora, ¿verdad?"

El médico retrocedió cuando la joven se acercó. Corriendo alrededor de la mesa de trabajo, levantó una mano para rechazarla. Ella se detuvo, sonriendo inocentemente.

"Sí, ama. Prepararé algo para ti. Una poción para beber. La enviaré a tus aposentos. Relajará el nudo de tu cuello. Te ayudará a dormir".

"Ah, una poción para ayudarme a descansar". Catherine sonrió mientras cogía un manojo de romero de la mesa. Se lo acercó a la cara e inhaló su inconfundible aroma. Frunció los labios y miró al médico. "¿Pero cómo sabré cuánto tomar? Si tomo demasiado, ¿no me pondré enferma?".

"Claro que sí, ama", gruñó el médico, pasándose la mano por la brillante coronilla. "Pero yo..."

"Quizá deberías subir y administrártelo tú mismo, maese Graves. Mientras me preparo para acostarme, podrías..."

"No, no, basta ya, ama Catherine. Enviaré instrucciones claras con la poción".

Catalina hizo un mohín al hombre, y luego volvió a levantar el manojo de hierbas, aparentemente estudiándolas. "Envíe lo que envíe, maese Graves, ¿podría enviar lo suficiente para que pueda compartir un poco con mi primo, Jaime?".

Los ojos del hombre se clavaron en los de ella. "Deja en paz a esa muchacha. No tiene ninguna enfermedad que yo sepa que requiera la medicina que te envió".

Catherine frunció el ceño y dejó el romero sobre la mesa. "Oh, no la has visto desde que recibió la noticia hoy, ¿verdad?".

"¿Qué noticias puede haber, ama?" dijo Graves evasivamente, volviéndose y mirando los frascos de ingredientes que se alineaban en los estantes del consultorio.

Dio un paso alrededor de la mesa y sacudió la cabeza con exagerada angustia. "Pobre criatura. La arrastran al palacio de Nonsuch para que esté con lord Edward en un momento en que él está... bueno, digamos que no es el mejor momento para que vaya". Catherine cogió un manojo de belladona y otro de acónito y los contempló. "Quizá lo que planeas enviarme no sea lo bastante fuerte para todo lo que ella debe soportar".

El ceño fruncido del anciano le indicó que tenía su atención.

"Pocas personas aquí en Kenninghall saben lo que le ocurre a Lord Edward en la corte". Su voz tenía un tono confidencial mientras bajaba hasta convertirse en un susurro. "Tiene muchos problemas, maese Graves. Ha caído en desgracia ante el rey". Bajó aún más la voz y volvió a dejar las hierbas sobre la mesa. "Sólo sé la verdad porque acabo de dejarle allí. Está vigilado en todo momento por los hombres del rey y no se le permite salir de los terrenos del palacio. Temo por él. Y el duque hace todo lo posible por mantenerlo en secreto".

"¿En qué lío se ha metido? ¿Y de qué sirve meter a esa pobre muchacha en medio?".

Catherine se encogió de hombros, ignorante. "Ojalá supiera más. Quizá piensen que Jaime podría encandilar al rey con su aspecto y su música. Pero no veo nada que ella pueda hacer para ablandar a Su Majestad. Después de todo, hice todo lo que pude, y me temo que fue en vano. Además, es medio escocesa". Miró con complicidad al médico. "Ya sabes lo que se siente al ser un extraño. Jaime se sentirá desgraciado. Ya está muy, muy angustiada". Catalina negó con la cabeza. "Y tiene todo el derecho a estarlo. La ira de mi futuro marido no es algo con lo que se pueda jugar; Jaime conoce muy bien el triste final que tuvo nuestra prima, Ana Bolena. Y ahora, aquí está nuestro Jaime, una Bolena y además escocesa. Me preocupa su seguridad, pues quién sabe si la ira de Enrique no se extenderá a Jaime. ¿Quién sabe si no resultará ser ella la que realmente sufra al final?".

Catherine le dio la espalda al médico, apartando las lágrimas de sus ojos secos y dándole la oportunidad de reflexionar sobre sus palabras. A falta de encargarse a alguien que hiciera daño a Jaime, cosa que no estaba dispuesta a hacer, todavía, aquel anciano le ofrecía la mejor manera de impedir que aquella moza fuera a ver a Eduardo. Pensó que sus palabras habían sido eficaces, bastante convincentes. Quizá sólo hiciera falta eso, una medicina de algún tipo, una poción que la enfermara para viajar. Catherine quería a Jaime aquí, vivo, a su alcance. Allí podría apartar la

mente de la muchacha de los pensamientos sobre Eduardo. Una vuelta de tuerca más para hacerle sufrir aún más.

Catherine giró sobre sí misma y se encaró con el médico. "Debe haber algo que podamos hacer. Debemos hacerlo. ¿No estáis de acuerdo, maese Graves, en que es nuestro deber ayudarla a superar esto, antes de que cometa alguna imprudencia por su cuenta?"

"¿Crees que podría?"

Catherine asintió. "Es tan orgullosa y, sin embargo, tan tímida a la hora de buscar la ayuda de los demás. Me temo que podría hacerlo. ¿Quién sabe en qué problemas podría meterse?"

El médico frunció el ceño. "Veré lo que puedo hacer, ama Catherine".

Logró contener una sonrisa de triunfo. "¿Debería quedarme aquí? Quizá pueda ser de ayuda".

"No, te lo agradezco". El médico se dirigió rápidamente hacia la puerta, abriéndola de par en par. "Seguid vuestro camino, ama Catherine. Puedo arreglármelas bastante bien".

Mientras se dirigía hacia la puerta, pensó si debía seguir indagando. Pero la expresión adusta del médico le dijo que estaba convencido y que ya estaba diseñando un plan.

"¿No me olvidarás?"

"No, ama. No me olvidaré de ti".

"Muy bien", dijo Catherine, sonriendo para sí misma mientras salía de la habitación del médico.

Capítulo Treinta Y Dos

"PERO, ¿por qué tengo que esperar? Quiero ir al tribunal *ahora*".

Jaime ignoró a Mary, pero Frances, evidentemente mucho más molesta por las quejumbrosas quejas de la joven, le espetó.

"No es el momento de discutir *tus* deseos, María. Las cosas ya son bastante difíciles intentando preparar a Jaime".

Con un suspiro lo bastante alto como para que lo oyeran todos los presentes, Mary se sentó en el borde de la cama y se enfurruñó.

"Cuando llegue el momento, María, partirás con Catalina, si ella te acepta. No olvides que, aunque ahora su séquito es numeroso, cuando se case con el rey tendrá innumerables asistentes más. Piensa que, aparte de las seis "grandes damas", habrá sin duda al menos cuatro o cinco damas de la cámara privada y una docena de asistentes de alto rango, además de las damas de honor." La condesa hizo un gesto a los sirvientes para que sacaran un baúl vacío y lo dejaran abierto ante ellos. "Seguramente, también habrá un lugar para ti, pero ahora mismo estamos aquí para ayudar a Jaime a prepararse. ¿Habéis olvidado ya que os prestasteis voluntarios para ser de alguna utilidad?".

La pregunta de Frances no obtuvo respuesta y Mary siguió gimiendo y quejándose de lo injusto de todo aquello. Pero mientras las dos mujeres continuaban con su discusión, Jaime hizo oídos sordos. No quería hacerlo. Mirando a su alrededor, se estremeció al ver el desorden que la rodeaba. Como lazos de cuerda retorcida, todo parecía atraparla a cada paso.

Jaime retrocedió mientras una sirvienta abría otro baúl ante ellos. Se suponía que estaba eligiendo su vestuario para la corte. Mirando en dirección a Frances y Mary, que seguían discutiendo junto a la cama, Jaime no pudo evitar una sonrisa irónica. Con un gesto de la mano, indicó a la sirvienta que se marchara e hizo un gesto para que su propia sirvienta, Caddy, la ayudara. No necesitaba tanta atención ni tantos sirvientes. Deseaba que todos ellos se marcharan y la dejaran en paz. Jaime buscó a ciegas en las profundidades del baúl, sacó una tela enrollada y se la entregó a Caddy.

No fue hasta que le estaba entregando a Caddy la siguiente prenda, un vestido cuidadosamente doblado, cuando Jaime se dio cuenta de que su sirvienta no se había movido y permanecía inmóvil, sosteniendo la tela deshilachada delante de ella. Con el ceño fruncido, Jaime le arrebató el vestido y se quedó mirando el hombro desgarrado. Sintiendo de repente muy avergonzada, hizo una bola con la prenda entre las manos. Ése era el vestido que había llevado aquella noche, la noche en que se había arrastrado hasta la habitación de Malcolm y hasta su cama. Sujutando el fardo contra su pecho, Jaime miró rápidamente a su alrededor. Caddy ya estaba ocupada sacando otras prendas del baúl y colocándolas para que Jaime las eligiera,

mientras Mary y Frances seguían discutiendo.

Sujetando la suave lana contra su pecho, Jaime pensó en Malcolm. Él le había dicho que idearía un plan, uno que evitaría que la enviaran con Eduardo. Pero ahora, sintiéndose cada vez más desesperada a medida que se acercaba el momento de la partida, se preocupaba por el peligro que podría acarrearle. No tenía conexiones, ni amigos de confianza, ni parientes ni compañeros guerreros en este palacio. ¿Cómo podría salvarla de su tío y su primo sin exponerse a un riesgo terrible, tal vez insuperable?

Tratando de distanciarse de toda la conmoción que la rodeaba, Jaime se trasladó a una pequeña mesa de trabajo junto a la ventana. Mirando por encima del hombro, descubrió, curiosamente, que nadie en la sala veía su retirada con mucha preocupación. Volviéndoles la espalda a todos, contempló los jardines, que se extendían bajo la ventana y rebosaban de color.

Malcolm había mencionado que dentro de una semana llegaría un barco a un pueblo pesquero cercano. Lo único que tenía que hacer era arrastrar los pies durante ese tiempo, hasta que pudieran escapar a Escocia. Con ese simple pensamiento, le invadió una sensación de calidez y Jaime sintió que su corazón florecía de alegría. Esta vez sería muy diferente, pensó. Volvería a Skye sabiendo que él la quería como esposa. Cerrando los ojos, trató de imaginar a su familia, sus rostros amorosos. Por la Virgen Santa, cuánto los echaba de menos ahora. Qué tonta había sido al pensar que podía distanciarse de ellos y seguir siendo feliz.

El sol, dorado en su descenso, irradiaba calor a través de los cristales en forma de rombo. Por impulso, Jaime abrió la ventana y respiró los dulces olores del verano. Pero pronto las alegrías de la naturaleza cayeron en el olvido al considerar, una vez más, los apremiantes asuntos que aún tenía ante sí. Cómo podía permanecer donde estaba... y evitar que Malcolm asediara Kenninghall.

Jaime miró confundido cómo el médico le fruncía el ceño y le impedía la entrada a la consulta.

"He dicho que no pierdes mucho el tiempo, ¿verdad, jovencita?"

Jaime miró detrás de ella hacia el pasillo vacío, buscando a la persona a la que iban dirigidas las palabras del maestro Graves. "¿No?", dijo al fin, enarcando las cejas interrogadoramente.

"No, tú no, ama. Los duendecillos y las hadas que bailan en el pasillo que hay detrás de ti". El hombre sacudió la cabeza y abrió la puerta, dirigiéndose de nuevo al interior de la cámara. Totalmente perplejo, Jaime entró en silencio y cerró la puerta.

"Por supuesto, tú", continuó irritado el médico, poniéndose la cofia de lino en la cabeza y tirando bruscamente de ella para colocarla en su sitio. "Tu último mensajero se ha marchado hace un momento. Y el anterior..."

"¿Mis mensajeros?" interrumpió Jaime, siguiendo de cerca al médico.

El galés no respondió a su pregunta ni acusó recibo de su interrupción. Se detuvo junto a su mesa de trabajo -dispuesta con diferentes hierbas, un mortero y algunos cuencos de diversos tamaños- y pareció meter algo con una cuchara en una bolsita de cuero. Jaime miró con curiosidad por encima de su hombro, pero no pudo distinguir exactamente lo que hacía. Sin embargo, pudo ver que sus movimientos eran rápidos, furiosos. Vio con el ceño fruncido cómo le daba la espalda y le bloqueaba la vista. Su mal humor no tenía sentido, pero era evidente que estaba enfadado con ella por algo que había hecho. No sabía qué *podía haber* hecho, pero si él quería discutir con ella, tendría que ser él quien lo hiciera. Ella tenía asuntos más importantes que atender, y si el viejo iba a ser desagradable, entonces necesitaría tiempo para pensar en otra

cosa.

"Maestro Graves", dijo, aclarándose la garganta. "He venido a pedirte un favor".

"¿Así que no tienes intención de casarte con el hijo de mi amo?"

Jaime abrió la boca y volvió a cerrarla cuando el anciano médico se volvió y la miró. La pregunta directa del hombre y su fría mirada no le dejaron otra opción que decir la verdad. "No, señor. Eso no lo sé -reconoció con firmeza, negando con la cabeza.

"Demasiado bueno para él, supongo".

"En realidad no es cuestión-"

"¿Y lo sabe él, ama? ¿Lo sabe lord Eduardo?"

Jaime volvió a negar con la cabeza en respuesta.

"¿Y Su Gracia, el duque?" El rostro del médico era acusador.

Dejó escapar un largo suspiro, el temperamento bullía inesperadamente en su interior. "No, maese Graves. A nadie de la familia Howard se le ha comunicado mi decisión sobre este matrimonio. Y me gustaría saber cómo..."

"Entonces, ¿no crees que ya es hora de que les cuentes la verdad, tus deseos?". El hombre esperó su respuesta, sosteniendo la pequeña bolsa en una mano y luego en la otra.

"Sí, es cierto", respondió ella al cabo de un momento. Jaime buscó palabras para explicarse, pero luego golpeó con el puño la palma de la otra mano en señal de frustración. "Pero que me aspen si lo hago en la corte del rey. Si voy allí ahora, como me han convocado, estaré declarando públicamente que estoy de acuerdo con este combate. ¿Qué voz tendría cuando llegue allí? Yo, un escocés y una mujer. Ninguna".

El hombre la miró a la cara y Jaime le devolvió la mirada.

"Fue obra mía, ¿verdad?", preguntó al fin. "Te habrías quedado aquí en Inglaterra y te habrías casado con lord Edward si no hubiera sido porque me entrometí en la vida del montañés, ayudándote a mantenerlo con vida, pasando tu carta a quienes podían enviarla al norte".

Sorprendido por el giro de la conversación, Jaime le devolvió la mirada a su rostro, que fruncía el ceño. Había un corazón bondadoso más allá de aquel exterior áspero, y la evidencia de ello asomaba.

"No, maese Graves. Nada de esto ha sido obra tuya. Ha sido el destino, un giro de la rueda de la Fortuna. Estaba destinado a ser así". Miró más allá de él, hacia las hierbas frescas y secas que había sobre la mesa. "Malcolm y yo estábamos destinados a estar juntos y nada de lo que él o yo hiciéramos, por grande que fuera la distancia que pusieramos entre nosotros, nada podría separarnos. Creo que, independientemente de que nos ayudaras o no, de algún modo acabaríamos juntos".

"Sí, acabaréis en alguna mazmorra, y me temo que os haré compañía a los dos".

"¿Y en compañía de quién crees que preferiría estar?"

Las pobladas cejas del hombre parecieron relajarse un poco. "Intentas que me sienta mejor, muchacha".

Jaime no pudo contener la sonrisa que se le escapaba. "¿Has dicho 'muchacha'? Empiezo a pensar que tienes más escocés del que quieres admitir".

Agitó una mano en el aire negando la acusación. "Sólo quiero asegurarme de que no se me considerará responsable de que nos dejes para siempre. Y no es por miedo a ningún hombre por lo que digo esto", se apresuró a añadir. "Es sólo que... bueno, creo que la gente que de verdad importa por aquí... bueno, contigo dejándonos...". Se quitó la cofia de la cabeza y la arrojó sobre la mesa, pasándose la mano por el cráneo calvo. "Mira a los niños, la alegría que les da pasar tiempo en esa sala de música tuya. Piensa en las mujeres, en cómo idean formas de atraerte a sus

casas sólo para charlar, para poder presumir ante el resto de sus compinches de cómo has pasado todo el día con ellas, de cómo has compartido una comida con ellas. ¿Y has visto a los hombres? Es un milagro que las mujeres no te estén desgarrando miembro a miembro con lo bien que piensan de ti los hombres. Si no fuera porque eres tan buena como hermosa, no sé cuáles serían sus sentimientos hacia ti. Una sonrisa tuya y los jóvenes, por lo menos, estarán soñando durante quince días". El médico hizo una pausa y frunció el ceño. "Si te vas, ama Jaime, creo que no les resultará fácil a ninguno de ellos".

Jaime se detuvo y se quedó mirando al hombre. Nunca le había oído decir tanto, con tanta elocuencia. Se tragó el nudo que le subía a la garganta.

"Ni conmigo tampoco", dijo con suavidad, poniendo una mano en el brazo del médico. Tenía que decir lo que pensaba, aunque temía que, una vez que empezara, le resultara extremadamente difícil mantener sus emociones bajo control. "Me he encariñado con la gente de Kenninghall. Pero tengo que volver a donde pertenezco. Tengo que casarme con la persona a la que amo. El destino nos ha dado una segunda oportunidad al cruzar nuestros caminos, aquí. No puedo dar la espalda a Malcolm. No puedo simplemente olvidar el amor que siento por él".

Se miró las manos, luchando contra las emociones que amenazaban con hacerla llorar. No quería llorar aquí, ante aquel hombre, cuando aún no le había pedido ayuda. La idea de que pudiera considerar sus lágrimas una forma astuta y femenina de convencerle de que la ayudara no le resultaba especialmente atractiva a Jaime. Sobre todo después de todo lo que había dicho sobre lo molesta que sería su marcha para las personas que más le importaban.

Parpadeando las lágrimas de sus ojos, le miró a la cara. "La razón por la que he venido aquí..."

"Sí, ama. Está listo", dijo tendiéndole la bolsa.

Se quedó mirando la bolsa gris que el médico sostenía en su fornido puño.

"¿Qué hay preparado?", preguntó en voz baja.

"No cuestionarán mi juicio, ama. Nadie te llevará a los tribunales. A menos *que* quieras ir allí".

Ella alargó la mano y él le puso la bolsa en la suya. "Pero yo no..."

"Toma esto esta noche antes de acostarte, y mañana por la mañana al amanecer encontrarás una excusa para enviar a un criado a buscarte. Y cuando no consigan despertarte, entonces entraré yo mismo para ver cómo estás".

Jaime abrió el lazo de la bolsa y miró en su interior. "¿Qué es esto que voy a llevar?"

"Un compuesto de semillas de lechuga dorada, amapola blanca y semillas de mandrágora. Mezcla en una bebida no más de esta cantidad". Le mostró la medida con la punta del dedo meñique. "Seguro que te proporcionará un sueño reparador. A menudo se lo doy a la gente que no puede dormir".

Miró al médico. "¿Y qué pasará cuando por fin despierte?"

"Para entonces, si el Señor quiere, alguien estará lo bastante asustado como para mandar a buscarme". Se levantó y se masajeó el hombro dolorido. "Después de revisarte, les diré que podrías tener la enfermedad verde y un toque de bazo. Me creerán cuando les diga que debes permanecer en cama".

Jaime miró vacilante de la bolsa a la cara del médico. "¿Tengo que fingir estar enfermo? Temo que se den cuenta de semejante artimaña".

"No veo cómo podrían", respondió Graves con seguridad. "Mañana, cuando entre a verte, te pondré en la frente un paño tratado con una fuerte medicina. Eso te hará dormir todo el día. Créeme, el conde no te enviará de camino cuando vea mañana tu rostro pálido en esa cama".

"¿Qué habrá en esa medicina?" preguntó Jaime con curiosidad.

"Aceite de violetas, un poco de opio y leche. Los mezclo y los envuelvo en un paño de lino, y pongo la cataplasma contra tu sien durante unos instantes cada vez."

"¿Y eso me sentará mal?"

"No, ama, sólo si usas demasiado. De la forma en que lo haremos, sólo dormirás y dormirás. Y lo bueno es que podemos hacerlo durante todo el tiempo que quieras seguir siendo una inválida. Sólo tienes que tomar cada noche el compuesto que te he dado, y yo tendré preparada la cataplasma junto a tu cama, para que podamos colocarla en tu sien cuando sea necesario."

Jaime aferró la bolsa con fuerza en la mano y la estrechó contra su pecho. "¿Seré capaz de salir de esto cuando llegue el momento? Sus palabras se interrumpieron, aunque siguió mirando fijamente al galés.

"Sí", respondió. "Sólo tienes que dejar de tomar el compuesto. Y no utilices la cataplasma durante un día antes... antes de que llegue tu hora, y estarás bien".

Se guardó la bolsa de cuero en el bolsillo de la falda y luego alargó la mano y abrazó al hombre. "Gracias.

"Vete antes de que cambie de opinión, ama", replicó bruscamente mientras le daba suaves palmadas en la espalda. "Vete, muchacha".

Capítulo Treinta Y Tres

MALCOLM SACÓ el brazo por la ventana y la atrajo hacia la cámara. Era tan ligera como un pájaro.

"Tienes que prometerme que no volverás a trepar así, muchacha", le dijo, estrechándola entre sus brazos sin darle siquiera la oportunidad de quitarse la capa. "Te romperás el cuello si pierdes un punto de apoyo".

Ella echó la cabeza hacia atrás y sonrió a su atractivo rostro. "Bueno, había pocas posibilidades de que me cayera. Creo que los ángeles me habrían sostenido".

Levantó la mano y apartó la capucha de la capa. Sus dedos recorrieron suavemente la piel de la sien, la mejilla y los labios entreabiertos. La capa estaba fría y húmeda por el aire nocturno, pero su piel era cálida y sus ojos brillaban como estrellas en un cielo sin luna. "¿Tanto deseabas venir a verme?".

Ella asintió, depositando un beso en la punta de sus dedos.

"Oh, Jaime", gimió, incapaz de contenerse. Aplastó su cuerpo contra su pecho mientras sus labios devoraban su dulce boca. "Ha sido un infierno, mi amor, esperarte aquí arriba. No puedo decirte cuántas veces pensé en bajar ese muro tras de ti".

Bromeando, le dio unos ligeros besos en la línea de la barbilla. "Me alegro de que no hayas venido a por mí. La habitación que comparto con Mary es un campo de batalla de gente no deseada y baúles. Lady Frances. Caddy. Todos los criados de Kenninghall. Me llevó un buen rato echarlos a todos. Y luego fui a ver al señorito Graves".

Malcolm le metió la mano por debajo de la barbilla y le desató la corbata de la capa. "Así que pensó en una forma de evitar que te enviaran al palacio de Nonsuch".

Se apartó y le miró a los ojos. "¿Sabes?"

"Sabía que lo haría".

Ella apoyó las manos en el pecho de él. "¿Así que también acudiste a él?"

"¿Cómo que también?"

"Yo también fui", respondió ella. "Pero para entonces él ya estaba decidido a ayudarnos a superar esto". Le abrazó con fuerza y volvió a mirarle a la cara. "Pensábamos lo mismo".

"Sí, muchacha", dijo él con voz ronca, de repente embelesado por el brillo de sus ojos y la belleza de su rostro. Sus manos se movieron por sí solas y le quitaron la capa de los hombros, tirándola al suelo. La estrechó contra su pecho.

Jaime le rodeó el cuello con las manos y se puso de puntillas. "Te quiero, Malcolm. Y sé que todo irá bien. Dejaremos este lugar dentro de una semana y zarparemos hacia Escocia".

"Y nos casaremos en Skye, si te parece bien", le susurró al oído.

Malcolm cerró los ojos un momento y juró en silencio una vez más que la mantendría a salvo

hasta que llegara el momento de partir. El último mensaje que Graves había entregado decía que el barco aún debía llegar, como estaba previsto, durante la celebración de la víspera de San Juan. Malcolm sabía que si no estaba en una lancha en el punto de encuentro, zarparían y regresarían en la siguiente luna llena. Pero él estaría allí... con Jaime. Y por ahora, los dos tendrían que sentarse y esperar su momento. Era fácil decirlo, pensó. Hacerlo de verdad era otra cuestión completamente distinta.

"Malcolm", susurró ella, acurrucándose más contra su pecho. "Cuando fui a ver al maestro Graves al principio, dijo algo... dio a entender que había más de una persona que le había visitado hoy, antes de que yo llegara, pidiéndole lo mismo por mí".

"¿Crees que había alguien más que yo?"

Ella asintió. "Sí, al principio se irritó al verme. Dijo algo de que yo enviaba mensajeros". Se apartó y le miró a los ojos. "Aparte de ti, no se me ocurre nadie que quiera ponerse de nuestro lado en esto. Creo que todos en Kenninghall quieren enviarme al palacio de Nonsuch".

Malcolm se pasó una mano por su sedoso cabello. "Cuando salía de la cámara del médico, vi entrar a Catherine. ¿Crees que podría hacer algo por ti?"

Jaime puso los ojos en blanco. "No me atrevería a aventurar por qué mi prima podría tener necesidad de ver al médico, pero dudo mucho que lo hiciera en *mi* beneficio. He tenido el honor de pasar unos momentos en su compañía desde que regresó, y puedo asegurarte que no tiene el menor interés en ayudarme. No le caigo muy bien a Catherine, Malcolm".

"Yo diría que no sabes juzgar muy bien a las personas", gruñó burlonamente, bajando la boca hasta el cuello de ella.

"De hecho, creo que me odia".

Los besos del montañés le calentaban la piel. "Entonces tendremos que volver a odiarla".

Jaime, tratando de concentrarse en sus palabras, se encontró cada vez más atrapada en el puro placer que sentía de sus labios contra su piel. "Aún desearía saber quién fue el que fue a ver al maestro Graves... por mi culpa...".

Su propio interés por el tema se desvanecía rápidamente, como una flor que se deja caer en la corriente deslizante de un arroyo de montaña. Sintió que su respiración se aceleraba a medida que su cuerpo se amoldaba a las duras líneas del cuerpo de él. La tirantez de sus pechos, el agitado dolor de su vientre: todas estas sensaciones eran tan maravillosas, tan superiores a todo lo que había sentido antes. De repente, lo único que le importaba era tener sus manos sobre ella, en su cara, en su pelo, en su piel. Ahora pensaba con nostalgia en la maravilla de sentir sus dedos buscando los pliegues secretos de su feminidad. La estrechez del vestido la sofocaba al recordar la sensación de su boca chupándole los pechos.

Su voz apenas rompió su ensoñación mientras sus manos rozaban despreocupadamente el costado de sus pechos. "Si no era Catherine, muchacha, ¿quién podía ser?"

No encontraba las palabras. Lo único que quería era que él le acariciara los pechos turgentes.

Lo hizo. Su respiración se detuvo cuando él pasó la mano por el suave terciopelo de su corpiño hasta la curva de su pecho. "¿Qué hay de María? ¿Podría ella hacer algo así en tu nombre?"

Sacudió la cabeza. Su voz sonaba ronca en su propio oído. "También ha aprendido a detestarme". Jaime no sabía muy bien cómo había conseguido pronunciar aquellas palabras. Tenía la lengua seca y el cuerpo ardiendo.

Jaime cerró los ojos mientras él la atraía suavemente hacia sí. Sus manos recorrieron las curvas de sus nalgas y, cuando su parte media se deslizó contra su protuberante virilidad, un gemido escapó de sus labios. Ella supo que él también lo sentía, porque respiró agitadamente y le

inclinó la cabeza hacia atrás con un beso salvaje, que la consumía por completo. Y cuando se apartó, se quedó sin aliento. Ella lo miró a los ojos nublados por la pasión y vio que él luchaba por controlar algo en su interior... algo crudo.

"Jaime", dijo, con la voz entrecortada. "¿Quién más... quién..."

"Me importa un bledo quién me odie", consiguió decir. "Malcolm... quiero... quiero que me lleves".

Una expresión de alivio iluminó sus facciones, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, y apoyó la frente en el pelo de ella. Al ver su respuesta, su timidez se disipó en el aire, y Jaime se abrió de un tirón la parte delantera de la camisa.

"¿Estás segura, muchacha?", ronroneó mientras los labios de ella besaban y saboreaban la piel de su pecho. "Quizá si esperáramos, te sentirías más..."

"Enséñame cosas". Vacilante, deslizó una de sus manos más abajo, sobre las ásperas cicatrices de su pecho, sobre las duras líneas de su estómago.

"¿Pero no sería más fácil para ti estar en nuestro propio...?". No pudo terminar. La mano de ella le acariciaba el miembro duro a través de la manguera.

"Enséñame a hacerte el amor", susurró entre suaves besos mientras sus labios se movían sobre los tendones de su pecho.

"I? ¿Te enseño? Lass, me robas el control. Mi sentido de la razón". Al mirarle a la cara, Jaime vio que la luz de sus ojos cambiaba, y la voluntad de Malcolm se unió a la suya. "Sí, mi amor, mi Jaime. Ha llegado nuestro momento".

Había anhelado. Lo había deseado. Ella era suya.

Ninguno de los dos recordaría jamás cómo la levantó y la llevó a la cama con cortinas. Pero allí, sobre el alto colchón, a la luz de una sola vela, la ropa que les estorbaba fue arrancada con fuerza y arrojada al suelo. Pero cuando la piel se tocó con la piel, Jaime sintió que Malcolm fijaba sus músculos y ralentizaba la pasión que sin duda se desataba en su interior.

No habría que meterle prisa. Y al mirarle a la cara, supo que estaba decidido a cumplir su petición.

"Esta noche pretendo darte placer. Me propongo mostrarte el amor como debería haber sido la primera vez".

La primera vez que habían hecho el amor, ella había estado demasiado nerviosa, demasiado confusa, para plantearse siquiera qué debía hacer. Pero ahora todo era distinto. Tumbada y desnuda bajo el montañés, Jaime se entregó por completo a las sensaciones que él despertaba en ella mientras su boca y sus labios rendían homenaje a cada centímetro de su cuerpo. A medida que su cuerpo se calentaba y él succionaba primero un pecho y luego el otro, tuvo la vaga sensación de que podría llevarla a la locura. Intentó cogerlo con las manos. Su boca estaba desesperada por probarlo, por hacerle lo que su boca torturadora le estaba haciendo a ella. Esto no se parecía en nada a lo que habían compartido antes, así que le siguió la corriente, disfrutando como él le indicaba.

Malcolm acercó sus labios a los de ella, sus dedos peinaron las negras ondas sedosas de su cabello, mientras su lengua buscaba descubrir cada suave recoveco de su boca. Jaime se retorció bajo él, sus manos inquietas, insistentes, consiguiendo finalmente enredar los dedos alrededor de su eje palpitante. Su aliento se entrecortó en su pecho cuando ella levantó las caderas para guiarlo hacia el interior.

Apartó la boca. "No, mi amor. Todavía no".

Ella lo miraba con los ojos entrecerrados, respirando entrecortada y rápidamente mientras él iba dejando un rastro de besos por su cuerpo. Arqueó la espalda, sintiendo ahora la dulce tortura

de sus labios cerrándose en torno a su pezón, de su lengua acariciando la piel estirada mientras succionaba. No tuvo que esperar mucho y sus labios se cerraron en torno a su carne, arrancándole un gemido de lo más profundo de la garganta. Pero él no había terminado con ella. Cuando sus labios abandonaron sus pechos y descendieron por la sensible piel de su vientre, ella le agarró el pelo con ambas manos. Y al instante siguiente, cuando sus manos se movieron bajo sus nalgas, levantándola, cuando su lengua encontró los suaves pliegues de su feminidad, Jaime estuvo segura de que iba a morir.

Catherine miró con sigilo a la joven sirvienta que jugueteaba seductoramente con el guardia de hombros anchos frente a la puerta de la cámara del Highlander. No pudo evitar sonreír cuando la joven se volvió tímidamente, dándole la oportunidad de atraerla hacia sí y apretarle los pechos en el acto. La sirvienta, a su vez, respondió echándose hacia atrás y pasando una mano burlona por los lazos de su bragueta. Incluso desde donde estaba, Catherine pudo darse cuenta de que el guardia estaba dispuesto a inmovilizar a la joven contra la pared y tomarla allí mismo. Pero había pagado demasiado bien a la muchacha para que estropear los planes de la futura reina. Retrocediendo hasta las sombras del muro, Catherine observó cómo la joven susurraba algo al oído del hombre antes de separarse de él riendo.

"Aunque su guardia dura hasta el amanecer, nos seguirá en cinco minutos, milady", susurró la muchacha al doblar la esquina. "Y el montañés está solo".

Catherine intentó ocultar su escalofrío de excitación mientras miraba hacia el pasillo. Todo su cuerpo ansiaba el contacto de un hombre, el contacto de este hombre. Se ciñó más la capa y trató de contener su lujuriosa expectación. Pronto se retorcería bajo él, sólo tenía que ser paciente y dejar que su sirvienta hiciera su trabajo.

"Debes mantener ocupado al soldado", dijo Catalina, con un movimiento de cabeza en dirección al guardia. "Por esta noche".

La joven hizo una reverencia con una sonrisa irónica. "Será un placer, milady".

Jaime gritó de alegría cuando por fin la penetró. Respondiendo a sus embestidas con sus propios movimientos sincrónicos, juntos ascendieron a alturas de placer que trascendían todo pensamiento, toda emoción, toda conciencia.

Momentos después, ella enredó lánguidamente los dedos en su cabello despeinado y sonrió al ver la expresión de satisfacción en su rostro. Malcolm estaba tumbado sobre ella, con la cara cómodamente apoyada en sus pechos. El torrente de sensaciones -el éxtasis que había sentido en el esplendor de su sexo- no se parecía a nada que pudiera haber imaginado. Jaime parpadeó y se le escapó una lágrima. No podía permitir que la grandeza del momento mágico que acababan de compartir se echara a perder por un llanto tonto. Una y otra vez Malcolm MacLeod la había llevado a las estrellas, dejándola deleitarse con el calor de su radiante luz, y luego la había traído de vuelta a la tierra para compartir su placer. Y la última vez -ella arqueó la espalda mientras él frotaba su áspera mejilla contra sus sensibles pechos-, la última vez había sido sin duda un atisbo del paraíso.

"¿Te estoy aplastando?", preguntó él, girando la cabeza y llevándose el pezón a la boca.

"Sí, aplastado, roto, astillado de dicha", respondió ella, hundiendo más los dedos en su pelo.

Sus labios soltaron el pecho de ella, y subió hasta su cuello, sin dejar de burlarse y saborear su piel.

"No puedo saciarme de ti, muchacha -gruñó. Su mano rozó sus costillas y se posó en su cadera. Instintivamente, ella le rodeó la cintura con la pierna. "Pero debería dejarte descansar un rato". Se llevó el suave lóbulo de la oreja a la boca.

"¿Recuerdas cuando me pediste que tuviera a tu hijo? Ella levantó las caderas lentamente, sintiendo cómo él se endurecía al moverse. Él apoyó la cabeza en la almohada, junto a ella. Ella metió la mano entre los dos y lo agarró. "¿Crees que ya hemos plantado la semilla? ¿Crees que ya estoy encinta?"

Levantó la cabeza y la miró profundamente a los ojos. Ella vio allí amor, pasión y felicidad. "¿Cómo voy a saberlo, mi amor?", respondió él con una tierna sonrisa. "Pero quizá deberíamos intentarlo una vez más, por si acaso".

"Sí, por si acaso", repitió ella sin aliento, guiando la punta de su eje hacia su interior.

Catherine observó cómo el guardia desaparecía por el pasillo. Por detrás, creyó ver que el joven ya se había desabrochado la bragueta antes de desaparecer en la oscuridad. Adelantando la capucha de su capa para cubrirse el rostro, Catalina se inclinó y recogió la trinchera con la comida que la sirvienta había dejado para ella. Aunque era poco probable que viera a nadie a esas horas, no podía permitir que la sorprendiera ningún transeúnte entrometido. A la luz de la antorcha, se dirigió hacia la entrada de la cámara. La muchacha le había comunicado que no había pestillo en la puerta de la Highlander, que habían quitado la barra del interior. Pero, por un momento, Catherine se detuvo, contemplando si debía llamar a su puerta y esperar una invitación o simplemente entrar y sorprender al apuesto Highlander.

Un estremecimiento la recorrió cuando decidió que le gustaba más la segunda opción y puso la mano sobre el pesado picaporte de hierro de la puerta.

Malcolm la rodeó con los brazos, intentando no romper la conexión de sus cuerpos mientras los hacía rodar a ambos en la cama... y consiguió que ella se desparramara sobre él. Ella soltó una risita mientras él tiraba de sus rodillas hasta que se arrodilló derecha, a horcajadas sobre él.

"No sabía que pudiéramos hacerlo así", susurró antes de jadear mientras lo penetraba más profundamente.

Levantó la mano y le apartó el pelo por encima de los hombros, cogiéndole los pechos con las manos. "Y de muchas otras maneras", consiguió decir. Tenía una belleza impresionante, el pelo de ébano largo y salvaje, los ojos nublados por la pasión. Sus pechos llenos y redondos, altos y orgullosos, con los pezones completamente excitados, llamaban a su contacto.

Malcolm la observó moverse arriba y abajo sobre su virilidad hinchada, acelerando el ritmo mientras se mecía con gemidos cada vez más profundos en sus embestidas cuidadosamente sincronizadas. Una vez más, estaba dispuesto a derramar su semilla dentro de ella. Una vez más, estaba desesperado por liberarse.

Así que cerró los ojos ante la belleza que tenía delante e intentó ganar algo de tiempo.

El repentino sonido de pasos y voces de mujeres sirviendo por el pasillo hizo que Catherine se girara asustada y rozara ligeramente la gruesa puerta de roble. Girando el rostro con súbito pánico, consideró la posibilidad de alejarse por el pasillo y desaparecer en los sombríos rincones del más allá. Pero estaba tan cerca de su objetivo que no pudo apartarse. Cogió el picaporte y probó la puerta en silencio. La chica tenía razón. No había ninguna barra que la asegurara. Rápidamente dejó la bandeja en el suelo y desapareció en la habitación.

Capítulo Treinta Y Cuatro

AL APRECIAR el estado demacrado de su hijo, el duque de Norfolk movió la cabeza con desaprobación.

"Sólo porque se te haya aconsejado permanecer en estos aposentos, Edward, no tienes por qué parecer condenado a muerte". Caminó furioso hacia el centro de la sala y apartó una silla de su camino de una patada. "¿Cómo esperas que alguien te considere inocente, cuando tú mismo tienes aspecto de haber estado tres días en el potro?"

Eduardo ignoró la actitud desdeñosa de su padre y se levantó de la silla para llenar su copa. "He oído que el rey ha rechazado nuestra petición por escrito".

Los ojos del duque se clavaron en el perfil de Eduardo. "¿Quién ha estado aquí?"

Edward cogió la jarra de vino de la mesa y llenó su copa hasta arriba. "El honorable Robert Radcliffe, conde de Essex, vuestro siempre buen amigo, el Lord Gran Chambelán".

El ceño fruncido del duque se ensombreció aún más por el disgusto. "¿Cuándo estuvo aquí?"

"Esta misma mañana".

"¿Qué quería?"

"Tuvo la amabilidad de decirme lo que mi propio padre no tiene el valor de decirme".

"¡Edward!"

El grito del duque levantó bruscamente al joven. Aunque se recuperó rápidamente, lanzó una mirada burlona a su padre y escurrió la copa de vino. "¡Bah!"

"¿Qué te ha dicho el Lord Chambelán?"

El labio de Eduardo se curvó al notar el matiz de contención que ahora marcaba la pregunta de su padre. "Ha dicho que cualquier súplica que haya que hacer debe venir de mí. Y tengo tres días para defenderme de los 'rumores' que circulan sobre mí. Si no se puede responder a esas lenguas de serpiente, se me presentará una acusación formal, y convocarán al Tribunal del Alto Mayordomo." Eduardo volvió a llenar su copa y la levantó en dirección a su padre. "Y, padre, brindo por la suerte de que no formes parte de ese tribunal".

El color cada vez más intenso de la cara del anciano, el apretamiento de su mandíbula, el destello de ira en sus ojos -en el pasado- habrían bastado para detener en seco a Edward. Pero ahora, llevándose de nuevo la copa a los labios, soltó una breve y desagradable carcajada.

"Eres un tonto, un tonto borracho".

"¿Lo soy, Alteza? ¿Soy tonta por pensar que sois, por encima de todo, el hombre del rey? ¿No fuisteis el juez en el juicio de vuestra propia sobrina, Ana Bolena? ¿No fuisteis vos quien le dijo tan valientemente que era una adúltera y que, por tanto, debía perder la cabeza?"

"Basta, Edward".

"Pero, padre, te olvidas de ti mismo. Ana no era una adúltera. Era verdaderamente inocente y,

sin embargo, no hiciste nada por salvar su vida. De hecho, hiciste todo lo posible para asegurar una sentencia condenatoria".

"Tenía que morir. El rey quería eliminarla".

"Y tú obedeciste". Eduardo volvió a reír amargamente. "De hecho, llegasteis a inventar las pruebas".

"La fortuna de la familia estaba en juego", gruñó el duque.

"Y así muere". Eduardo negó con la cabeza. "Entonces, Alteza, ¿desea el rey que yo también sea destituido? ¿Acaso tu lealtad al rey supera todos los lazos paternos? ¿La 'fortuna de la familia' está por encima de la vida de tu propio hijo? ¿Fuiste tú, padre, quien habló al rey de los tesoros que no he entregado?".

"Estás borracho, Edward. Y empiezas a darme asco". El duque miró con desdén en su dirección antes de volverse hacia la puerta. "Te digo que tu futura esposa llegará a finales de semana. Una vez que esté aquí y haya sido presentada a Su Majestad como tu esposa y como su hija, todo estará resuelto... a menos que estés tan decidido a arruinarlo todo."

Edward se encogió de hombros, incrédulo, antes de llenar de nuevo su taza.

"Contrólate, muchacho. Ella salvará tu cuello de la cuchilla del verdugo. Y te digo que ella puede ser tu única oportunidad. Pero debes intentar actuar con un poco más de nobleza. Por todos los diablos, eres un Howard, Edward". El duque puntuó su admonición con un fuerte golpe de nudillos sobre la mesa.

"Sí, por el demonio", repitió Edward con una risa amarga.

El duque sacudió la cabeza y miró fijamente los ojos vidriosos de su hijo. "Y aunque la utilizaremos en nuestro provecho, recuerda esto. Jaime es una buena mujer. Podrías pretender, al menos, merecerla".

Capítulo Treinta Y Cinco

DESGRACIADAS BESTIAS, pensó.

Mirando más allá de la abertura drapeada de las pesadas cortinas de la cama, Catherine maldijo en silencio la espalda desnuda de la mujer, sus nalgas elevándose y descendiendo sobre la brillante hombría del Highlander. Vio cómo sus manos le agarraban las caderas a medida que aumentaba su ritmo, y anheló que la abrazaran de ese modo. Catherine no podía ver el rostro de la moza, pero las ondas de pelo negro que se extendían por la impecable espalda la enfurecieron de repente.

Quería arrancar a la mujer de su abrazo y arrojarla al pasillo, pero contuvo su ira. No podía exponerse. Catherine se retiró al rincón negro junto a los pies de la cama y esperó... y observó. Dejó que sus ojos recorrieran las musculosas piernas del Highlander, hasta sus muslos tensos, hasta la verga completamente extendida en su unión, penetrando una y otra vez a la mujer. Catherine se encontró temblando de excitación, humedeciéndose de anticipación. Su mano se deslizó dentro de la capa. No llevaba nada debajo, y sus dedos acariciaron las voluptuosas curvas de sus pechos, rodearon la punta endurecida de su pezón.

Maldijo a la zorra. Ahora debería ser ella quien lo cabalgara. Y estaba preparada, pensó, mientras sus dedos se deslizaban por su vientre hasta llegar a sus húmedos pliegues. Había venido aquí voluntariamente para compartir con el montañés una noche de pasión que los complaciera a ambos. Y aquí debía esperar. Oh, y él también estaba preparado, eso podía verlo. Empujando con más fuerza, una y otra vez, y luego levantándose de la cama y chupando los pechos de la libertina.

Catherine contuvo el gemido que oyó empezar en su propia garganta. Pero ya no tenía sentido detenerlos. A medida que el resplandor de calor se extendía por ella, apoyó la espalda contra la pared. Pero será mejor que acaben pronto, pensó amenazadora.

Los gritos jadeantes de la joven eran cada vez más agudos, y la atención de Catalina se dirigió, momentáneamente, hacia ella. Mañana mandaría azotar a la moza. Tal vez lo haría ella misma. La espalda y las nalgas perfectas de la puta llevarían su marca a partir de mañana, de eso estaba segura. Y luego la enviarían al castillo de Norwich, para complacer al vil carcelero Reed y a sus hombres. Cuando acabaran con ella, lamentaría haber mirado a aquel hombre, a cualquier hombre.

¿Y él? Los ojos de Catherine se entrecerraron en su poderoso cuerpo. Ella le utilizaría. Cuando quisiera. Le exigiría que la complaciera, una y otra vez. Y lo disfrutaría. Le castigaría si le fallaba. Le castigaría de todas formas. Ya podía sentir su larga y gruesa polla dentro de ella. Después de todo, sería mucho mejor que Edward.

Deprisa, malditos seáis los dos, maldijo en silencio, mientras su cuerpo pedía a gritos

satisfacción. *Terminad vuestros asuntos, porque yo soy la siguiente. Y no me importa esperar a nadie.*

Su cuerpo se arqueó en el momento de su liberación, y Malcolm la sintió apretarse como una vaina a su alrededor. Cuando ella gritó de éxtasis, el último vestigio de su control estalló en una bola de fuego de pasión. No podía contenerse. Sólo existía la necesidad de derramar su semilla dentro de ella.

"Jaime", gritó en voz alta, haciéndola rodar sobre la cama bajo él. Mientras se aferraban el uno al otro, bastaron unas cuantas caricias feroces para dejarlos a ambos jadeantes y agotados.

La mente de Malcolm se aclaró en unos instantes y, aunque aún no se había recuperado lo suficiente como para rodar hacia un lado, se dio cuenta de que, a través de la bruma de su clímax, había oído un ruido junto a la puerta. Levantándose y contemplando su rostro sonriente, se dio cuenta de que si había habido algo, Jaime no lo había oído.

Malcolm miró a través de la habitación hacia la puerta de roble oscuro. ¿Se había abierto y cerrado una puerta en algún lugar cercano? pensó. Con cuidado, se levantó de Jaime, cubriéndola con las sábanas y alcanzando el candelabro parpadeante.

Escuchó mientras cruzaba la cámara hacia la puerta. Sólo había silencio. El montañés puso la oreja contra la madera, pero seguía sin oír nada. Abriéndola un poco, se asomó a la tenue luz del pasillo. Sorprendido por no ver a nadie montando guardia en el lugar habitual, abrió aún más la puerta y salió de la habitación. No había nadie en ninguna dirección. Ni un alma. Malcolm se rascó la barbilla y volvió a su dormitorio, cerrando la pesada puerta tras de sí.

"¿Había alguien allí?" preguntó Jaime en voz baja, sentándose en la cama, con las mantas recogidas recatadamente a su alrededor.

"No... bueno, tal vez alguna moza de paso", respondió Malcolm, cogiendo una jarra de vino de la mesa antes de emprender el camino de vuelta hacia la cama. "Pues mi siempre vigilante guardia se las ha arreglado para desaparecer. Debía de ser toda una moza para atraerlo de su puesto".

Jaime se quitó las sábanas y saltó de la cama. "Si ya no está allí, quizá deba salir ahora, por la puerta".

Malcolm llenó profundamente sus pulmones mientras contemplaba la perfección de su cuerpo desnudo. Ella sonrió y se recogió el vestido. Con un suspiro, echó un vistazo a la jarra que tenía en la mano y luego miró por encima del hombro hacia la puerta.

"Sí. Tendremos que dejar esto para otra ocasión. Prefiero que vuelvas a tu habitación sana y salva... y que no vuelvas a trepar por ese muro".

Jaime caminó lentamente hacia él, con los ojos brillantes. A medida que se acercaba, Malcolm sintió que su compostura empezaba a flaquear. No podía ignorar sus curvas femeninas, sus largas piernas, el pelo negro que caía sobre sus pechos altos y firmes.

"¿Qué pensabas hacer con esta bebida?", preguntó ella, dejando caer el vestido al suelo al detenerse ante él y apoyando las manos en su pecho.

"Bueno, muchacha", empezó roncamente. "Como sólo tengo una copa, que debes usar tú, por ser la invitada, pensaba tumbarte aquí y verter *mi* ración de este vino sobre ti. Creo que así podría beberme toda la jarra llena".

"Pero ambos sabemos que el vino actúa como un veneno en tu cuerpo".

"Sí, pero teniendo el placer de sorber de tus curvas, muchacha, agradezco el dolor".

Incluso en la penumbra, la vio sonrojarse. Pero entonces ella alargó la mano y le quitó la jarra, sustituyéndola por otra de la mesa auxiliar.

"¿Agua?", preguntó ella, tocándole en el brazo.

"Sí, Jaime. ¿Por qué?"

"Me encuentro muriendo de sed, amor mío. Y creo que tu idea de beber hay que probarla".

"¿Y el guardia?", respondió con una sonrisa.

Ladeó la cabeza con elegancia. "Esperemos que la moza sea su verdadero amor".

"Y le mantiene ocupado hasta el amanecer".

Ella sonrió y tiró de su brazo. "De algún modo, creo que lo hará. Sí, Malcolm, estoy segura".

Capítulo Treinta Y Seis

JAIME INTENTÓ DARSE la vuelta y dejar que su mente volviera a dormirse, pero la mano áspera y callosa que tenía en la sien la mantuvo en su sitio. Intentó abrir los ojos y mirar la cara del amo Graves, pero sus párpados, pesados por la somnolencia, no se movían ante su orden silenciosa. Había gente en la habitación, podía oír sus voces hablando de su estado. Pero el hombre, la voz del médico, era la que llevaba una nota de alarma.

"...ha habido muchos que han muerto de bazo..."

"¿Pero cómo ha podido surgir tan de repente? Anoche no tenía síntomas de ninguna dolencia".

Jaime reconoció el timbre de incredulidad en la voz de Francia, así que rezó para que el médico le diera una respuesta convincente.

"He visto muchos casos de ello en mis años, milady, y a menudo aparece de repente. Una dolencia 'tomada en un pensamiento', como dicen los tutores en Cambridge".

Jaime sintió una humedad contra la sien, el estiramiento de un paño sobre la frente. Ésta debe de ser la poción de la que había hablado el médico, pensó. La que la haría dormir.

"El término se refiere realmente a una depresión grave, Lady Frances", continuó el maestro Graves. "Lo que los galenistas siguen llamando desequilibrio de los humores. Cualquier tipo de ansiedad o preocupación puede provocar la dolencia. Pero lo que debemos tener cuidado de evitar es una fiebre cerebral".

"Oh, amo Graves". Jaime notó ahora la alarma en la voz de Frances.

"Ahora bien, milady, si desea saber cuál es la causa del ataque, tenemos que hacer memoria. ¿Es posible que recibiera alguna noticia angustiosa? ¿Se sintió alterada por algo en la última semana o así?"

Todo iba bien, pensó Jaime a través de una creciente neblina. El médico había vuelto a dirigir las preguntas hacia Frances con bastante astucia. Jaime trató de hacer acopio de todo su ingenio para poder oír lo que le decían. Esperó las explicaciones de Frances. Pero la condesa no parecía dispuesta a revelar al galés lo que sabía.

"Lady Frances", la bonita voz de Mary cortó el breve silencio que reinaba en la habitación. "¿Qué hay de su partida a la corte mañana? Su Alteza espera que llegue esta semana. Pobre Lord Edward. No podemos hacerle esperar".

"Ésa es la menor de nuestras preocupaciones en este momento", respondió Frances. "El maestro Graves habla todo el tiempo de mujeres jóvenes que pierden la vida a causa de esta desgraciada enfermedad. Por lo que a mí respecta, Lord Edward puede esperar".

"Pero aún así..."

"Mary, creo que debes encontrar otra cosa que hacer". La voz de la condesa traicionó su mal

genio. "Seguro que no has olvidado que mi marido resulta ser hermano de lord Eduardo. Surrey dará todas las explicaciones necesarias a Lord Edward. Jaime, por otra parte, necesita que la cuiden, y es nuestro trabajo, mi trabajo, ayudarla a superar esto. *Su* bienestar es la principal preocupación ahora. ¿Lo entiendes?"

Incluso con los ojos cerrados y la mente a la deriva, Jaime pudo oír a María refunfuñar audiblemente mientras salía enfadada de la cámara.

Tras una ligera pausa -¿o fue una hora?-, la condesa volvió a hablar, pero su tono era ahora completamente distinto.

"¿Qué podemos hacer por la pobrecita, maestro Graves? ¿Cómo podemos ayudarla a superar esto?"

La cataplasma de la sien le calentaba la piel. Mientras una sensación de hormigueo se extendía por su frente, un ligero mareo empezaba a hacerle girar la cabeza. Pero aun así, el corazón de Jaime se encogió ante la genuina preocupación de Frances.

"Tienes que dejarla descansar, milady. El sueño no debería hacerle daño. ¿He mencionado que también lleva un tiempo luchando contra un toque de la enfermedad verde?"

"Sí, tú lo has dicho".

"Me temo que eso la ha debilitado".

El médico le quitó el paño de lino de la frente y extendió un poco más de la poción húmeda contra su piel. Jaime tuvo la repentina sensación de caer, lentamente, como una hoja o una pluma. Pero también tuvo una creciente sensación de miedo. Un abismo se extendía bajo ella y no encontraba ningún asidero que detuviera su lento e irrevocable descenso.

"Si intentáramos forzarla a recuperar la consciencia, sería su fin. Le entraría fiebre cerebral, y eso la mataría seguro, milady".

"¿Se recuperará? preguntó Frances, la alarma en su voz alcanzó un nuevo tono.

"Sí, es muy posible. Sin perturbaciones y con mucho descanso, su cuerpo podría decidir desprenderse de esta miseria impía. Puede que se despierte..."

Jaime trató de esforzarse para oír más, pero las voces ahora eran amortiguadas.

Surrey... un mensaje... poción... Malcolm...

En lo más profundo de su mente, Jaime abrió los ojos en busca de él, pero la oscuridad que la cubría y su continua caída eran todo lo que comprendía.

Malcolm ignoró la pregunta susurrada de Catherine, se volvió en dirección a Surrey y se centró en la discusión del conde con lady Frances. Estaban hablando de Jaime y del mensajero que habían enviado antes con noticias para el duque. Cuando habían abordado el tema del estado de Jaime, Malcolm había interpretado bien su papel, mostrando gran sorpresa y tristeza. No podía permitir que aquella buena gente sospechara que todo era una treta.

La mano de Catherine en su rodilla sacudió la cabeza de Malcolm.

"Oh, como te he preguntado antes, ¿debe haber algo que se te ocurra que pueda ser responsable de esta horrible enfermedad que se ha llevado a nuestro primo?"

Malcolm le apartó la mano de la rodilla y la miró inquisitivamente a la cara. "¿Qué te hace pensar que yo sabría algo más que tú, ama?"

"Bueno", arrulló Catherine trazando dibujos con los dedos sobre el mantel de lino de la mesa.

"Vosotros dos sois de la misma tierra, y he oído que os criasteis prácticamente en el mismo hogar. Pensé que... bueno, en Escocia, ¿los hombres y las mujeres no comparten los mismos

intereses? ¿Quizá algunas de las mismas pasiones?"

"No sé qué estás...", empezó irritado. "La gente es igual, ama. Da igual que vengas de Inglaterra, de la India o del Nuevo Mundo. Todos somos iguales. Pero sigo sin ver qué tiene que ver esto con la enfermedad de Jaime".

Catherine se detuvo y se lamió los labios, estudiando su rostro desde debajo de unas largas pestañas doradas. Pero los labios carnosos y la tez cremosa de la mujer no le atraían en absoluto. De hecho, Malcolm se sintió más repelido que excitado por su cándida apreciación y su abierta invitación. Volvió a centrar su atención en Surrey, pero la mano de Catherine se apoderó rápidamente de su brazo. De mala gana, volvió a mirarla.

"Es difícil", dijo, inclinándose hacia delante y hablando en voz baja. "Tan difícil hablar claro en esta sala abarrotada. Tal vez, si pudiéramos..."

"No, ama", respondió Malcolm con demasiada brusquedad, moviendo el brazo para que los dedos de ella cayeran de su lugar de descanso en el codo de él. "Debemos recordar quién eres".

"Sí". Suspiró. "Así debe ser". Se encogió de hombros, con la boca torcida hacia abajo en un mohín. Sus dedos se agitaron al acercarlos al escote bajo y cuadrado de su vestido. Fingiendo que alisaba la tela sobre ellos, le miró a la cara con una sonrisa de complicidad.

Malcolm, enfadado consigo mismo por haber sido atraído a mirar la parte superior de los voluptuosos pechos que se desparramaban por el ajustado corpiño, apartó los ojos.

"Ya me lo imaginaba", bromeó ella en voz baja. "¿Tu habitación, tal vez? ¿O prefieres venir a la mía?"

"Tampoco, ama".

Volvió a apoyarle una mano en la rodilla. "¿Y si nos encontramos en la alcoba de Jaime? Estará inconsciente. Podríamos estar solos allí".

Esta vez Malcolm le apartó bruscamente la mano de la rodilla. La miró fijamente, buscando una forma de hacer que la mujer comprendiera. Pero ella continuó sin detenerse.

"Me gusta estar encima", susurró ella, ignorando totalmente su rechazo. "Y por lo que he...". Se detuvo y le dedicó una media sonrisa. "Bueno, eso es aceptable para ti, ¿no?"

Malcolm echó bruscamente la silla hacia atrás y, con una breve excusa dirigida a Surrey y a su esposa, salió furioso del vestíbulo.

Catherine miró despreocupadamente en dirección al inconsciente Jaime mientras se dirigía hacia la mesa que había junto a la cama. Al sentir que un par de ojos la miraban incómodos desde la puerta de la habitación, se volvió brevemente hacia la sirvienta. "¿A qué esperas? Ve y haz lo que se te ha dicho".

La nerviosa muchacha apretó las manos con fuerza delante de ella. "Pero, milady, el amo Graves me ha dicho que no abandone su lecho por ningún motivo hasta que regrese el sirviente de Cad... Ama Jaime".

"No la estás abandonando, criatura tonta. Estoy aquí con ella. Y tú -soltó Catherine- vas a mi habitación a por mi capa rojiza, la que tiene flores de oro bordadas en los bordes. No creerás que voy a ir a ninguna parte hasta que vuelvas, ¿verdad?"

La muchacha negó con la cabeza. "No, milady. Es que..."

"Vete y no hables más. Ya podrías estar de ida y vuelta, descarada. Fuera!"

Catalina observó cómo la joven desaparecía rápidamente por la puerta. Luego, mirando de nuevo al inmóvil Jaime, se acercó más a la mesa, estudiando las diversas jarras y cuencos. La

tonta sirvienta, encantada de responder a sus preguntas cuando Catalina había llegado por primera vez a la habitación, le había ofrecido voluntariamente todo lo que necesitaba saber sobre los cuencos y los paquetes de medicamentos doblados en vitela que yacían esparcidos sobre la mesa. Esto era mucho mejor de lo que había esperado, pensó Catherine, sonriendo al coger una de las mezclas en polvo.

Volviéndose hacia Jaime, Catherine se inclinó sobre la cama y miró el rostro de la joven. Jaime parecía bastante indispuerto. El señorito Graves, pensó Catherine con una sonrisa irónica, sería muy útil en el futuro, pues ciertamente había demostrado aquí su ingenio. La moza no se iría pronto con Eduardo.

Una cataplasma de lino yacía sobre un cuenco en un pequeño taburete junto a la cama. Oisqueando el paño y luego el paquete de medicina que tenía en la mano, Catherine decidió que eran lo mismo. Miró fijamente a Jaime. Sabía que las medicinas que administraba Graves podían ser veneno. Recordó las habladurías desagradables que habían circulado cuando la duquesa de Buckingham, tratada de un dolor de cabeza, había perdido el uso de ambas piernas tras tomar demasiada medicina que le había dado un médico de la corte.

Catalina disponía de poco tiempo antes de que regresara el criado. Humedeciendo de nuevo la cataplasma de lino en el cuenco, vertió la mezcla pulverizada sobre la tela.

Qué moza! pensó, colocando la cataplasma sobre la frente de Jaime. Esto podría ser mejor que los azotes. Pero la bruja escocesa era buena, consiguiendo que Eduardo se volviera tan loco que llegara a pedir su mano en matrimonio. Catalina no estaba dispuesta a perdonarla. Verla acostarse con el apuesto montañés había sido demasiado para la futura reina. Jaime pagaría caro haber intentado robarle los hombres de Catalina.

Jaime susurró algo en sueños y movió los brazos con inquietud, apartando las mantas. Tenían que ser pociones para hacerla dormir, Catalina estaba segura de ello. Volviendo la vista a la mesa, miró la jarra con la taza al lado. Lo que el amo Graves tenía pensado para Jaime no era lo bastante fuerte, por lo que a Catherine respectaba. Ella le daría más, mucho más. Cogió la taza medio llena de agua y vertió más polvo del paquete.

Jaime gimió. Era un gemido largo y lastimero, y Catalina le devolvió la mirada. Dándose la vuelta, se sentó en la cama junto a la mujer dormida y, levantando la cabeza, se llevó la copa a los labios. Jaime pareció forcejear al principio, pero luego abandonó la lucha y sorbió la bebida.

Catherine observó cómo el pálido rostro de la mujer que yacía en sus brazos se convulsionaba ligeramente antes de caer en el olvido total.

"Zorra", susurró.

Apartándose, se levantó y colocó la bebida junto a la jarra. Sería mucho más fácil de lo que había pensado. Si esto no funcionaba, decidió Catherine, simplemente volvería mañana -todos los días, de hecho- y complementaría las ministraciones del querido médico con las suyas propias.

Disfrutaría enormemente de esas visitas. Desde luego que sí.

Capítulo Treinta Y Siete

EL RUIDO de los cascos de los caballos sobre el pavimento de piedra se combinaba con los ladridos de los perros y los gritos de los adiestradores, amortiguando las voces de los dos hombres. Pero Malcolm y el médico interrumpieron su conversación cuando varios sirvientes pasaron a toda prisa portando ballestas, arcos largos y lanzas. Los ojos del montañés se fijaron en la gran entrada norte del palacio, de la que Surrey saldría en un momento. Cuatro jóvenes criadas con cestas de comida estaban allí, charlando amistosamente con un par de fornidos guardias.

Malcolm metió discretamente el mensaje doblado en el interior de su túnica ceñida mientras palmeaba el flanco del excitado cazador que le habían encomendado montar.

"¿No queréis cabalgar con nosotros, maese Graves?", preguntó en voz alta cuando pasó un paje conduciendo un fino corcel negro hacia la entrada.

"¡Bah!", respondió el médico. "Tengo cosas más importantes que hacer".

El hombre se detuvo en seco cuando el sonriente conde de Surrey salió al patio y, poniéndose los guantes, se dirigió directamente hacia el cazador negro.

El maestro Graves observó al conde pensativo. "Ojalá se preocupara por esta gente con la misma pasión que se preocupa por su caza y sus libros".

Malcolm siguió la mirada del hombre. "Cuando llegue el momento, lo hará. Sabe que tiene mucho que aprender, pero su padre, el duque, aún goza de buena salud. Y su hermano Eduardo, aunque ignora las necesidades de cualquiera salvo las suyas propias, goza del favor del padre. No, no es una cuestión de pasión. Surrey lo ve como una cuestión de paciencia".

El médico dirigió al montañés una mirada pensativa, pero no dijo nada, volviendo su atención en dirección al noble inglés.

"¿Cómo le va a Jaime?" preguntó Malcolm en voz baja.

"Descansando. Como debe ser".

"¿Está comiendo y bebiendo lo suficiente? preguntó Malcolm. "Anoche oí decir a lady Frances durante la cena que Jaime lleva dos días sin despertarse lo más mínimo. Todo esto forma parte de la estratagema, ¿no es así?".

El médico le puso una mano sobre un hombro dolorido. "Podría ser actriz en las obras del santo, me parece. Ayer reduje la cantidad que le dábamos, así que mis medicinas sólo deberían adormecerla un poco. Con eso, sólo debería tener somnolencia y cortos ratos de sueño, no el estupor en el que parece estar. Pero, de nuevo, no la he visto sola desde entonces. Como siempre ha habido otras personas cerca, puede que esté actuando incluso conmigo".

"Quiero que dejes de darle lo que sea que le hayas estado dando", afirmó Malcolm con firmeza. "Surrey ya ha enviado un mensaje a su padre diciéndole que se ha puesto enferma. Creo que se ha resignado a no enviarla a juicio durante un tiempo".

Graves asintió. "Yo mismo estaba pensando que es lo que hay que hacer. Creo que Caddy, la sirvienta de Ama Jaime, empieza a estar bastante preocupada por su ama".

Malcolm giró sobre su montura mientras la partida de caza se preparaba para partir.

"¿Cuándo piensas llevártela?", preguntó el médico en voz baja.

Malcolm se inclinó, fingiendo fijar una correa en el estribo. "La víspera de San Juan. Quizá la víspera".

"Queda menos de una semana. Puede que para entonces no tenga las piernas debajo".

"Debemos hacer lo que sea necesario". Malcolm miró con determinación al médico y luego palmeó la carta doblada que llevaba metida en el cinturón. "Pero quién sabe qué noticias me has traído hoy. Puede que... todo se haya retrasado. Puede, maese Graves, que tengamos más tiempo del que pensamos.

Eduardo deslizó la carta sin abrir de Catalina en su cinturón mientras su padre entraba en la habitación.

El duque de Norfolk no aceptó la oferta de vino de su hijo ni su propuesta de tomar asiento. De hecho, Eduardo se dio cuenta ahora de que su padre no había avanzado más de tres pasos en la sala. Así que, pensó, el duque le estaba rechazando, desvinculándose de su propia parentela y de cualquier fechoría de la que se acusara a Eduardo. De repente, esto se hizo evidente en el comportamiento del anciano y Edward lo tuvo muy, muy claro.

Pero él ya conocía el motivo de esta visita. El mismo mensajero que le había traído la carta de Catalina hacía unos instantes también había llevado el mensaje de Surrey al duque. El hombre le había transmitido las noticias de Jaime, aunque sabía muy pocos detalles, aparte de que una repentina enfermedad había fulminado a la señora. Pero antes de marcharse, el hombre había sugerido que el mensaje de lady Catalina podría proporcionar más respuestas. Eduardo se palpó el cinturón, donde estaba la carta.

"Así que, padre, he oído que mi querida amada ha decidido hacer de novia involuntaria".

"Está enferma, Eduardo. Pero mejorará", añadió el duque. "Surrey me ha asegurado en esta carta que, en cuanto mejor, la enviarán aquí, al palacio de Nonsuch".

"Pero para entonces puede que mi cabeza esté en una pica y a medio camino del Puente de Londres", dijo Edward con una falsa sonrisa mientras se acercaba y llenaba la taza que tenía en la mano. Haciendo una pausa, apartó la bebida y la miró fijamente. "¿Crees que puedo utilizar la carta de mi querido hermano en mi defensa, padre? ¿Crees que los grandes señores de la Corte del Alto Mayordomo me perdonarán basándose en mis propias palabras?". Se rió amargamente. "¿Podrías verme haciendo mi alegato? *Señores míos, tenéis que perdonarme la vida. Después de todo, soy el futuro esposo de Jaime Tudor. Sí, mis señores. ¡Tudor! Es la hija bastarda del rey. Gracias a mí, mis señores, ha salido a la luz su verdadera identidad. Reuniendo a padre e hija. Qué corazón tan generoso tengo!*"

"Escribiré una carta a Su Majestad y le pediré que retrase tus audiencias", dijo brevemente el duque, interrumpiendo la charla del más joven.

"¿Pero no crees que estaría mejor si no lo hicieras?" preguntó Edward con una sonrisa burlona. "Conociéndote a ti y a tu reputación, padre, temería que tu carta me hiciera más daño que bien". Agarró su taza. "¿Acaso no soy ahora un terrible lastre para ti? Antes de que empezaran a surgir estos ridículos rumores, volvías a ser favorecido a los ojos del rey, gracias a su lujuria por Catalina. Pero ahora, un hijo acusado. Qué desgracia debes pensar de mí". Eduardo

levantó su copa en señal de saludo al anciano antes de apurar hasta la última gota.

El duque de Norfol le gruñó desde donde estaba, tan lejos. "No es tu supuesta villanía lo que me deshonra, Eduardo, sino tu cobarde comportamiento de ahora. Todo porque te han detenido".

"Encarcelado", corrigió Edward.

¿"Encarcelado"? ¿Has olvidado lo que eso significa realmente? Tú, el hombre que ha convertido el Castillo de Norwich en el terror de todos los que alguna vez han estado encadenados. ¿Consideras *esto* una prisión?" Los ojos del duque miraron en dirección a las jarras de vino y a la cama desarreglada del otro extremo de la habitación. "No permitimos la prostitución ni la bebida en nuestras prisiones, Eduardo".

Edward se rió. "¿Putas?"

El duque agitó una mano en el aire. "No me importa cuánto oro desperdicies en estas mozas. Lo único que me importa es que vuelvas a *parecer* respetable".

"No creo que los buitres que picotean los cadáveres tras las ejecuciones sean muy exigentes en cuanto al aspecto".

"Edward, sigue actuando así y estarás condenado".

"¿No lo estoy ya?" Se acercó y volvió a coger la jarra de vino.

"He hablado con Su Majestad".

Edward hizo una pausa, con la jarra en la mano. "¿Le hablaste de Jaime?"

"Sólo he insinuado", dijo alentador el duque. "No he mencionado su nombre ni su paradero. Pero hablé como si hubiera oído rumores de un amor real".

"¿Y?" preguntó Edward, repentinamente más reanimado de lo que había estado en días.

"Su Majestad estaba muy interesado en saber más. Eduardo, no importa cuál sea el veredicto del Tribunal del Alto Mayordomo. El rey tiene el poder de indultar".

Edward volvió a dejar la jarra y la taza sobre la mesa y miró a su padre a la cara. "¿Y crees que perdonaría a un yerno?"

"Parecía complacido, curioso y a la vez contento de oír lo que tenía que decir". El rostro del duque reflejaba la confianza de sus palabras. "Así que deja de hacerte el mártir condenado. Prepárate. Surrey la enviará aquí en cuanto se recupere, y entonces tendrás la oportunidad de presentarla -a tu esposa- a Su Majestad."

Edward se recostó en la silla y reflexionó sobre todo lo que acababa de oír decir a su padre. "Pero ¿y si el hecho de que me haya casado con ella le enfada más? Mi cabeza seguirá adornando una pica en lo alto del Puente de Londres".

"Eso ya lo he pensado".

"¿Lo has hecho?"

El duque se pasó una mano por la parte delantera de su túnica de terciopelo. "Sí. Retorceremos un poco la verdad y le diremos lo sorprendidos que estamos al enterarnos nosotros mismos. Y luego le ofreceremos anular el matrimonio, como muestra de su lealtad y buena voluntad".

"¿Anulado?" Edward se levantó rápidamente.

"Sí". El duque levantó la mano para silenciar a su hijo. "Pero no habrá anulación. Mientras hablamos estoy haciendo redactar unos documentos, fechados hace dos meses, que atestiguan los esponsales. El arzobispo de Norwich ha renunciado a las amonestaciones, y sólo queda una simple ceremonia y la consumación." Norfolk dirigió una mirada hacia la cama deshecha. "Y creo que serás capaz de hacerlo".

"Haces que todo parezca tan sencillo".

"Lo es", recalcó el duque. "El rey estará satisfecho de que su hija -incluso sin la condición de

la legitimidad- haya encontrado un matrimonio adecuado con una gran familia que le es leal. Lo único que tienes que hacer, hijo mío, es sentarte y esperar su llegada, quizá dentro de unos días".

Edward dio un paseo alrededor de su silla y se llevó una mano al cinturón, donde estaba la carta de Catherine.

"Límpiate y prepárate. Seguro que las cosas mejoran".

Eduardo agradeció las palabras del anciano con una inclinación de cabeza. Pero un momento después, cuando la pesada puerta de roble se cerró tras su padre el duque, sacó la carta de Catalina de su escondite y rompió el sello.

Capítulo Treinta Y Ocho

TRAS DEJAR ENTRAR AL MONTAÑÉS, la pequeña mujer miró vacilante hacia arriba y hacia abajo por el pasillo antes de retroceder hasta la habitación y cerrar la puerta con firmeza tras de sí. Un instante después, Caddy siguió a Malcolm MacLeod hasta el lado de la cama de Jaime. Mientras él se inclinaba sobre el armazón dormido de la joven y la tocaba suavemente en la mejilla, la mujer mayor la miraba, con una expresión ansiosa que coincidía con la sombría del rostro del hombre.

"Me alegro mucho de que hayas venido. No se encontraba bien y no sabía a quién acudir, milord", dijo la voz de la mujer por encima del hombro de Malcolm. "Quiero decir que el maestro Graves es quien se supone que debe cuidarla, pero sea lo que sea lo que le está dando, mi señora está terriblemente enferma. Lleva dos días sin abrir los ojos. El primer día que se acostó en esta cama durmió casi todo el día, pero aun así se despertaba de vez en cuando. Sabía dónde estaba, pero esta vez...". La mujer se retorció nerviosamente las manos. "No puedo evitar pensar que algo va mal".

Los dedos de Malcolm recorrieron los labios secos de Jaime y acariciaron la suave piel de su rostro. "El médico dijo que ayer dejó de tomar todas las pociones". Le quitó un paño de lino empapado de la frente. "¿Qué hace esto aquí?", preguntó brevemente, llevándose el paño a la nariz y sacudiendo la cabeza. El dulce y empalagoso olor del opio.

"No lo sé, mi señor", susurró preocupada la mujer. "Pensé que lo había dejado el maestro Graves. No sabía que llevara nada. Pero, de todos modos, no se lo he puesto en la frente. Desde ayer, cuando el médico dijo que iba a reducir las medicinas, no le he dado nada. Pero entonces yo...".

Malcolm tocó las manos de Jaime. Estaban frías y húmedas. "¿Quién ha estado cuidando de ella cuando no estabas aquí?".

"Una de las sirvientas de lady Frances se ha sentado con mistress Jaime cada vez que voy a las cocinas a por comida". La mujer se inclinó y retiró el paño de lino empapado de la mano extendida de Malcolm y le dio uno seco en su lugar.

"¿Quién más?" preguntó Malcolm mientras limpiaba suavemente la frente húmeda de Jaime. "¿Quién más se ha quedado a solas con tu ama?".

La mujer siguió la mirada de Malcolm cuando éste hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa. Comprendiendo su petición, vertió agua de una jarra en un cuenco de madera.

"Nadie más", dijo ella, entregándole el cuenco.

Cuando empezó a mojar el paño en él, Malcolm se quedó mirando el líquido, luego se lo llevó a la cara y lo olió.

"Se le ha añadido algo. ¿Ha bebido hoy agua de esta jarra?".

"Hoy no, mi señor". La mujer se inclinó y miró con incredulidad el líquido turbio. Sacudió la cabeza con firmeza. "Por el alma de mi madre, no lo ha hecho. Intenté que bebiera antes un poco de caldo que traje de la cocina, pero estaba demasiado adormilada para hacer nada al respecto. Pero entonces... sé que lavé esta jarra y le puse agua fresca esta mañana. Pero aquí... estas cosas sobre la mesa. Quizá alguien mezcló algo".

Malcolm miró en la dirección que señalaba la mujer mayor. Aún quedaban restos de lo que el médico debió de utilizar antes. "¿Quién más, aparte de los sirvientes de los que hablaste, ha estado aquí? ¿Quién de la casa?"

Mientras hablaba, la mujer mayor empezó a recoger lo que quedaba de las medicinas en una bandeja. "Lady Frances viene cada pocas horas a ver cómo está el ama. Pero siempre que ella ha venido, yo he estado aquí. Y mistress Mary estuvo aquí el primer día que esta pobre niña enfermó, pero no ha vuelto desde entonces. De hecho, ya se ha llevado todas sus cosas de esta cámara". La mujer se detuvo un momento y luego se animó al pensar en algo. "Espera. La sirvienta que estaba aquí cuando volví con el caldo me dijo que Mistress Catherine se había detenido aquí antes de su viaje".

Malcolm miró por encima del hombro. "¿Se quedó Jaime a solas con Catherine?"

La mujer enrojeció antes de asentir con la cabeza. "Sí que me lo dijo... dijo algo sobre que Ama Catherine la había enviado a su habitación a por una capa. También mencionó que era el segundo día consecutivo que Ama Catherine olvidaba algo en su habitación y la enviaba a buscarlo. Y ayer, también, la muchacha me dijo que su señoría esperaba aquí con Jaime hasta que ella regresara". Caddy se llevó al pecho un pequeño saco de hierbas. "No creerás *que* le haría daño".

La expresión de ira en el rostro del montañés la hizo callar.

Malcolm volvió a mirar a Jaime mientras arrojaba la tela de lino a un lado y enmarcaba el frío rostro de Jaime entre sus manos. Estaba pálida y sin vida, con la respiración agitada. Se quedó mirando las ojeras que tenía. Maldita sea Catherine, maldijo Malcolm en voz baja. Esto era obra suya. Ahora todo estaba claro. Había estado envenenando a Jaime, dándole más de lo que necesitaba... o dándole otra cosa.

"¿Pero por qué, milord?" graznó Caddy. "Todo el mundo ama..."

La mujer mayor siguió hablando, pero Malcolm estaba demasiado enfadado para escuchar. Debería haber adivinado que Catherine no tramaba nada bueno hacía dos noches, cuando le había invitado a reunirse con ella en la habitación de Jaime, que yacía inconsciente. Malcolm maldijo en voz baja: "¡Bruja asquerosa! La mataría ahora mismo si estuviera cerca.

"Ve tras el médico", ladró a la mujer mayor. "Ve tras él y tráelo aquí de inmediato".

Caddy, moviéndose como una mujer de la mitad de su edad, salió a toda prisa de la cámara y recorrió el pasillo.

El largo corredor de piedra serpenteaba hacia abajo, hacia la oscuridad, siempre hacia abajo, hacia el vacío. Unas manos la agarraron mientras corría, sujetándola, empujándola. Su corazón latía con tanta fuerza que creía que estaba a punto de estallar; sus pulmones estaban a punto de colapsar. Jaime se retorció y giró, apartando las manos, intentando desesperadamente seguir adelante.

Y el sonido de los pasos de Eduardo -agudos, aterradores como un trueno- se acercaba cada vez más.

"¡Putas! ¡Putas! Putas!" Sus gritos continuaron, vacilantes en su claridad, como si sus palabras estuvieran sumergidas -una y otra vez- en alguna nube espesa, en un charco turbio y arremolinado, en un sudario.

Y echó a correr. Jaime miró por encima del hombro la figura masculina que la perseguía. Cayó contra la pared. Las manos que la agarraban habían desaparecido, sustituidas ahora por piedras húmedas y resbaladizas que le picaban en la piel como veneno. Agujas de dolor atravesaron su carne, grabando sus huesos en mil lugares.

Ahora le fallaban las piernas. Le dolían los hombros y la cara de cansancio. Más lejos, pensó. Un poco más. Podía ver el abismo. La negrura se abría ante ella. Las piedras se movían bajo sus pies y él seguía acercándose.

Sonido de hombres. Otros hombres. Sus voces apagadas más cerca. Arriba.

Jaime intentó gritar, pedir ayuda. Pero no había voz. Ningún sonido.

La respiración de Edward iba justo detrás. Debía gritar. Las manos de Jaime se aferraron desesperadamente a su garganta, a su boca. Sus dedos arañaron con pánico la piel y el hueso, hasta que un horror la invadió con la fría humedad de la muerte.

No tenía boca.

"No puedes escapar, puta. Tu fin está aquí".

Malcolm sujetó los brazos de Jaime a la cama mientras el médico ladraba órdenes a Caddy, que se movía a toda prisa por la habitación. Mientras la joven se agitaba en la cama, su cabeza se retorció de un lado a otro y sus piernas pateaban con saña la ropa de cama.

"Jaime". El montañés la sacudió suavemente. "Es un sueño, mi amor. Un sueño".

Abrió la boca en sueños, pero no gritó. Al cabo de unos instantes, la agitación empezó a remitir y ella se tranquilizó un poco, aunque sus manos seguían forcejeando contra el agarre que él ejercía sobre ella.

"Despierta, Jaime -dijo Malcolm, soltándola y tapándola con las mantas.

El Highlander tuvo que reprimir sus emociones cuando vio el torrente de lágrimas rodar por los ojos de ella y desaparecer en el oscuro nacimiento de su cabello. Malcolm la envolvió con la manta y la levantó sobre su regazo, estrechándola contra su pecho. Sus ojos tenían algo más que un matiz de acusación cuando se volvieron hacia el médico.

"¿Cómo es que duerme tan tranquila durante tres días y de repente le da este ataque?".

El hombre mayor no apartó los ojos de la mezcla que estaba preparando.

"Catherine debe haberle dado a Jaime algo más de lo que había aquí. Es un riesgo darle algo más, pero si podemos neutralizar el...".

De repente, ante ella se alzó un hombre, bloqueándole el paso con su ancha y poderosa mole. Sus ojos se fijaron en los de él, que brillaban en un rostro carnoso que parecía sorprendentemente suave, incluso en la oscuridad. Extendió las manos y Jaime sintió que la elevaba en el aire. Lejos, hacia el espacio superior, y luego cayendo, cayendo. Más allá del corpulento gigante, hacia la oscuridad, cayendo y aterrizando. Una escalera y el olor húmedo y pesado de la muerte.

Sentía venir a Edward. No había otro lugar que no fuera abajo. Voló alrededor de los

escalones oscuros, más cayendo que corriendo. Pero hacia abajo, siempre hacia abajo.

Sus maldiciones giraban en torno a su cabeza como viento ardiente. Edward seguía detrás de ella.

Pero allí. De nuevo pudo oírlos. El sonido de las voces. ¡Tan cerca!

Graves se quedó de pie al final de la cama con la taza vacía en la mano.

"Ya no podemos hacer nada más que esperar".

Malcolm miró a Jaime, acurrucado entre sus brazos. Aún le brillaban gotas del líquido en los labios. No había abierto los ojos. No había dicho ni una palabra. Pero había permitido que le diera la bebida.

Volvió a maldecir a Catherine. Qué fácil debía de ser para la mujer-diablo aprovecharse de Jaime mientras era tan vulnerable, mientras era tan incapaz de defenderse. Pero, ¿por qué de este modo? ¿Realmente pretendía la mujer, después de jugar con ella, asesinar a Jaime? ¿Qué motivo podía tener para tal maldad?

Apretó los dientes con furia silenciosa. ¿Cómo había podido ser tan tonto como para permitirlo?

"¿Cuánto falta para que despierte?" preguntó Malcolm, estrechándola contra su pecho.

El médico miró con cansancio el rostro feroz del montañés. "Ojalá lo supiera. El cuerpo tiene sus propios caminos. Y lo que siempre hemos creído sobre él está cambiando".

"¿Cuánto tiempo, galés?"

El médico se quitó la cofia y se pasó la mano por la calva. "Estos medicamentos llevan días haciéndola dormir. Puede que tarde al menos ese tiempo en despertar. Pero también puede que no despierte nunca".

Malcolm apartó la mirada un momento. Cuando volvió a mirar, su rostro era una máscara. Miró a Caddy, que ahora trabajaba afanosamente al otro lado de la habitación, demasiado lejos para oír sus palabras. "Me la llevo conmigo".

El médico bajó la mirada hacia la taza vacía que tenía entre las manos. "La propia ama Jaime me lo dijo. Pero debo advertirte que es mejor que esperes a que recupere sus piernas antes de arrastrarla por tierra hasta algún barco".

"Sabes mejor que yo que no nos queda tiempo". Los ojos de Malcolm eran penetrantes. En tres noches se reuniría con el barco. Eso significaba que Jaime tenía que estar lo bastante bien para viajar en dos días. "Si sigue indispuesta cuando llegue el momento, volveré a necesitar tu ayuda".

El médico se volvió y dejó la taza sobre la mesa. "Aunque haya despertado, es dudoso que esté preparada para viajar. Y debes considerar el gran peligro en que la pones. Viajar con una mujer enferma o debilitada... con los hombres del duque enviados tras vosotros. ¿Hasta dónde crees que podrás llegar antes de que te alcancen? ¿Qué crees que ocurrirá cuando te arrastren de vuelta? ¿Qué crees que le ocurrirá a Jaime cuando lo hagan?"

"No malgastes tus palabras. Me la llevo conmigo". El tono de Malcolm transmitía la fuerza de su convicción. "Ya nos has ayudado mucho, pero déjame asegurarte que hay otros que nos ayudarán a encontrar el camino a la costa".

"Entonces, ¿qué más necesitas de mí?"

"Si sigue enferma", respondió Malcolm, "te necesitare".

El hombre mayor miró fijamente al Highlander y luego volvió a colocarse la cofia en la

cabeza. "Ah, bueno. La vida de un tonto es alegre".

La tortura de cada paso amenazaba ahora con matarla. Jaime llevaba toda la vida huyendo. Bajando los escalones, para siempre hacia abajo.

Y Edward no se daba por vencido. Oyó el sonido del acero al llegar a otro rellano. Cuando miró por encima de su hombro, pudo ver la espada larga y ancha en su mano. Lanzándose de cabeza a la oscuridad, siguió luchando contra el dolor.

"Nunca escaparás de mí, puta". Su voz retumbó en su cerebro. "Eres mía. ¡Mía! Y pagarás con tu sangre".

Cuando Jaime gimió y se agitó, Malcolm -sujetándola firmemente entre sus brazos- la zarandeó ligeramente, pero fue en vano. La joven volvió a quedarse callada y quieta.

El Highlander miró a Caddy, que había estado rondando cerca y que volvió a tomar asiento junto al extremo de la cama. Carraspeó y buscó las palabras adecuadas.

Cuando ella levantó la vista hacia él desde su costura, él le hizo un gesto con la cabeza. "No he sido muy amable contigo en el pasado. Y, sin embargo, me has tratado muy decentemente. Mejor de lo que me he merecido, diría yo".

"Sí, mi señor".

Malcolm volvió a asentir con una suave sonrisa. "¿Has estado con Jaime desde que se marchó de Escocia a Inglaterra?"

"No, mucho más, mi señor", respondió la mujer. "La primera vez que estuve con mi señora fue cuando la enviaron a Francia. Era sólo una muchacha, aunque muy bonita, como sabéis".

"Creo que no lo sabía". Los ojos de Malcolm se redondearon con sorpresa. "¿Así que estabas con ella cuando vino al castillo de Dunvegan?"

Ella asintió. "Sí".

Malcolm sacudió la cabeza con incredulidad. "Entonces me asombra de verdad que no me mataras en vez de ocuparte de mí cuando estaba herido".

"Nunca podría hacerlo", dijo la mujer con sencillez. "Mi ama siempre se ha preocupado demasiado por ti".

"Sí", susurró Malcolm en voz baja, mirando a la mujer dormida que tenía en brazos. Desde que la había levantado en su regazo horas antes, parecía estar menos inquieta.

"Me quedaré aquí con ella si quieres ir después de cenar". Malcolm miró alentadoramente a la mujer mayor.

"¿Tal vez pueda traeros algo, mi señor?"

Sacudió la cabeza. "Vete, Caddie. Yo cuidaré de ella".

La mujer mayor asintió con la cabeza mientras dejaba a un lado la costura y se levantaba de la silla. Al detenerse junto a la puerta, se volvió y miró al montañés y a su señora.

"Sé que lo harás, milord", dijo ella. "Cuidar de ella, quiero decir". Hizo una reverencia y salió corriendo de la habitación.

"¿Jaime? ¿Puedes oírme, muchacha?"

"Ayúdame, Malcolm". Corrió hacia el sonido, consciente de repente de que estaba gritando. Se palpó la boca, los labios, los dientes. Volvió a gritar, tropezando con sus faldas rotas mientras avanzaba hacia la voz de él. "¿Dónde estás, Malcolm?"

respondió Edward desde detrás de ella. "Nunca podrás escapar de mí, moza. Jamás". Oyó el silbido, sintió el viento frío de su espada cortando el aire. La hoja le rasgó el pelo, arañándole la piel de la base del cuello.

"Aquí, Jaime. Aquí estoy. Extiende la mano, muchacha. Coge mi mano".

"No puedo, Malcolm", gritó asustada. Sintió que la sangre le corría por la espalda. "¡Malcolm!"

"Debes ser castigada, adúltera. Puta!"

"¡*Malcolm!*"

Vio el cristal de frente y, a través de él, la silueta de un hombre. Era su sombra. La sombra de Malcolm esperando, con la mano extendida.

La imagen cambió. Sólo pudo ver su vestido desgarrado, un rostro cansado enmarcado por un pelo salvaje y harapiento, un cuerpo sangrante que avanzaba tambaleándose, llevado por unas piernas exhaustas que se arrastraban hacia el espejo.

"¿Dónde estás, Malcolm?" En el reflejo, vio que la espada se alzaba detrás de ella, sobre ella. El filo brillaba como el ámbar en la oscuridad. Como un arma forjada en los fuegos del infierno.

"Serás utilizada, moza. Por mí. Por mis hombres. Y luego morirás".

Alcanzó el vaso. Separando los dedos, clavó su cuerpo contra él. Apretando la cara contra el calor del cristal, gritó su nombre una vez más. "¡*Malcolm!*"

Su corazón dejó de latir en su pecho. Justo por encima de su hombro, fuera de la oscuridad de su terror, Jaime observó en el espejo cómo Edward avanzaba en la turbia penumbra. Sin ningún lugar a donde ir, sin forma de luchar, le vio sacar la daga de su vaina mientras con la otra mano le cogía el pelo.

Se dio media vuelta. No quería morir. No se rendiría.

"Está acabado", dijo Eduardo, con los ojos brillantes como carbones.

La mano atravesó el cristal como si fuera agua. Jaime la miró un momento, y luego a Eduardo. Tenía la boca abierta, la daga colgando flácida a su lado.

Jaime alargó la mano, agarró la de Malcolm y se fundió con la superficie. Se movió a través de una bruma, llevada por una nube mientras el sonido de las frustradas amenazas de Edward se hacía cada vez más tenue a medida que ella atravesaba la plata y se adentraba en la luz.

Capítulo Treinta Y Nueve

"¿HAS VISTO AL REY?"

"No, muchacha. Ni me importa".

El sol de primera hora de la tarde brillaba sobre los jardines y las praderas de más allá, y Malcolm se sentó en el asiento de la ventana intentando concentrarse en la vista. Resultaba bastante difícil fingir indiferencia ante el sonido del chapoteo del agua a sus espaldas. En el otro extremo de la cámara, discretamente oculta por un biombo y con Caddy montando guardia con el aspecto feroz de una leona, Jaime se bañaba felizmente en la bañera de madera que habían subido para su uso.

No te preocupes por el rey, pensó. La fantasía de arrojar a Caddy de la cámara y ocuparse él mismo del baño de Jaime estaba haciendo estragos en su imaginación.

"¿Pero ni siquiera te están vigilando?". La voz de Jaime, que aún sonaba débil por su terrible experiencia, transmitía, no obstante, su excitación. "¿Ningún guardia? ¿Nadie en absoluto?"

"No. Y Surrey me dice que mientras me mantenga fuera de la vista, preferiblemente en mi propia cámara, tampoco me encadenará". Malcolm miró por la ventana cuando un nutrido grupo de cortesanos, Surrey y lady Frances entre ellos, salieron del palacio. El rey no parecía estar con ellos. Tampoco Catalina. Mientras avanzaban por una franja verde, el montañés decidió que el grupo se dirigía hacia el serpenteante río situado en el extremo opuesto de la pradera repleta de flores. "Con la inesperada llegada del rey Enrique a Kenninghall esta mañana, Surrey pensó que lo mejor era no llamar la atención sobre el hecho de que los Howard retienen a un escocés como rescate. Sobre todo cuando parece que Eduardo nunca declaró que tuviera tal premio en su poder".

Caddy salió de detrás de la mampara, lanzó una mirada de sospecha a Malcolm y luego llevó un montón de toallas a su ama.

"Frances vino a hacer una breve visita esta mañana, mientras estabas con lord Surrey", llamó Jaime, aunque Malcolm vio distraída su atención por el sonido de ella al levantarse y salir de la bañera. "Y tras darme noticias de la llegada del rey, me dijo que estabas peleándote con Surrey".

"No fue una pelea, muchacha", desafió Malcolm. "Simplemente necesitaba recordarle sus responsabilidades como conde".

"Lo cual, según Frances, incluía velar por mi bienestar".

"Sí, es lo correcto". Malcolm se recostó en el asiento de la ventana y abrió las piernas ante sí, con los ojos clavados en el biombo de madera tallada, imaginando qué hacía ella exactamente al otro lado. "Mis palabras precisas para él fueron que había demostrado ser un anfitrión inútil y que había fracasado estrepitosamente al cuidar de ti. Teniendo en cuenta que Catherine estuvo a punto de salirse con la suya... bueno, en pocas palabras le hice comprender que a partir de ahora

cuidaría de ti yo misma".

"¿Y estuvo de acuerdo?"

"Sí, después de nuestra pequeña pelea". Malcolm, que ya no podía permanecer sentado, se levantó y empezó a pasear por la habitación. Había algo que no le había dicho a Jaime, por miedo a parecer demasiado esperanzado. En el transcurso de su discusión, Surrey le había hecho un breve resumen de lo que le ocurría a su hermano en el palacio de Nonsuch, insinuando los cargos que podrían imputarse a Eduardo. Y, para sorpresa de Malcolm, el conde le había confesado que se alegraba de que Jaime no hubiera estado lo bastante bien como para hacer el viaje.

"¿Crees que alguna vez hará algo con Catherine?"

La pregunta de Jaime paró en seco a Malcolm. Levantó la vista y observó cómo Caddy sacaba un vestido de la cama.

"No, ahora está más allá del juicio de los simples mortales. Y con el rey aquí, estoy bastante seguro de que ni siquiera se dirá nada... por ellos. Cualquier reprimenda pública sólo traería más desgracia a la familia Howard. Y a eso nunca se arriesgarán. Los sentimientos de Surrey eran que debíamos intentar custodiarte y mantenerte a salvo..."

"...lejos de Catherine". Jaime terminó su frase desde el otro lado de la pared.

"Lo cual no debería ser demasiado difícil, con Henry aquí". Malcolm se detuvo una vez más ante la ventana. La compañía de hombres y mujeres se perdía de vista al otro lado de la pradera.

Consideró la posibilidad de contarle su plan, pero no quería agobiarla demasiado mientras siguiera tan débil. Al verla despertar anoche, luchando valientemente contra los efectos de las drogas, el montañés se había alegrado, aunque sabía que necesitaba tiempo para recuperarse. Pero tiempo no tenía, pues partirían de aquí mañana por la noche.

Hacía días que Malcolm intuía que Surrey no lamentaría verle escapar, y su conversación de esta mañana lo había confirmado. Malcolm no sabía si lo hacía para desafiar a su padre y a su hermano o como muestra de la amistad que compartían. Quizá fuera una combinación de ambas cosas, pero en realidad no importaba. Lo que sí importaba era la complicación añadida de que el rey y su séquito merodearan por Kenninghall. Eran problemas que debía tener en cuenta.

"No creerás que el rey está aquí porque se ha enterado de algo sobre mí, ¿verdad?". Jaime salió de detrás del biombo de madera.

Las palabras que había formado como respuesta se desvanecieron, olvidadas en su lengua, mientras contemplaba impotente la visión que tenía ante él. Sus ojos la absorbieron como si estuvieran desesperados por saciar una sed inexorable.

"¿He cambiado?", preguntó ella, mirando nerviosamente el lino cremoso de su vestido. "Estoy mucho más delgada, ¿verdad?"

"No, Jaime. Eres perfecto".

"Pero me miras de forma tan extraña".

Sacudió la cabeza mientras caminaba hacia ella. Sin palabras, la estrechó entre sus brazos y la abrazó con fuerza. El torrente de emociones que se agolpaban en su corazón, la sensación de alivio que sintió al ver su hermoso rostro, despierto de nuevo y luminoso, todo ello le hizo enloquecer con el simple deseo de abrazarla.

"Creo *que* he cambiado", le susurró por fin al oído. "Nunca lo habría creído posible, pero mi amor por ti ha conseguido crecer aún más... mucho más de lo que jamás había creído posible. Me duele pensar en ti". Enredó los dedos en su pelo aún húmedo y le inclinó la cabeza hacia atrás hasta que sus miradas se cruzaron. "Soy un loco sin ti. Un loco aullante y enloquecido. Verte ahora, saber por fin que vuelves a estar bien, me hace querer caer de rodillas y..."

Se puso de puntillas y acalló sus palabras con los labios.

Se separaron mientras Caddy tosía cortésmente, cada uno estremecido por la fuerza de su amor. Pero Malcolm no le soltó la mano mientras la acompañaba a una silla junto a la ventana.

"Entonces, ¿crees que la visita de Henry aquí puede tener algo que ver conmigo?"

"A Surrey no le pareció, y yo le hice la misma pregunta". Los ojos de Malcolm observaron a Caddy mientras trabajaba diligentemente en el otro lado de la habitación, tratando obviamente de darles intimidad. "Pensó que la visita del rey era un mero capricho suyo para ver a Catalina. Al parecer, Enrique estaba de caza y ni siquiera se tomó la molestia de avisar al duque de que venía".

La expresión de alivio en el rostro de Jaime era demasiado evidente, pero su cara se nubló rápidamente de preocupación. "¿Qué hay de nuestros planes?"

"En realidad", dijo acariciando la suave piel de su mano, "después de haber tenido un poco de tiempo para pensarlo, creo que su visita aquí podría ser una bendición para nosotros".

"¿Lo es?"

"Sí". Sonrió. "Al menos ahora sabemos dónde estará Catalina mientras nos preparamos para el vuelo".

"Nuestro vuelo", repitió Jaime, con el rostro resplandeciente de nuevo. "Dime qué debo hacer".

Enrique VIII, rey de Inglaterra, haciendo caso omiso de los vasos que se entretenían en el centro de la sala, dio la vuelta al enorme anillo de esmeralda en su carnosa palma mientras Catalina lo miraba impaciente. Un momento después, una vez que el rey hubo estudiado detenidamente el ornamentado engaste de la gran joya, agarró la cadena que atravesaba el anillo y la dejó colgar ante sus ojos.

"¿Y bien, mi gran oso?" preguntó Catalina, acariciando la rodilla del rey e intentando no sonar demasiado ansiosa. "¿Es tuyo?"

Henry ignoró su pregunta mientras seguía estudiando la cadena oscilante, con el ceño fruncido. "¿Dices que esto estaba en posesión de una prima, Cat?"

Catherine miró en dirección a Mary. La mujer rubia estaba sentada al otro lado del Salón, con el rostro enrojecido por la ira. Su mirada no se había dirigido ni una sola vez hacia el rey -ni hacia Catherine- desde que había entrado.

Harta de los lloriqueos de Mary, Catalina ya se había ocupado de ella. Esta tarde, Enrique había accedido a enviar a Mary Howard al norte, para que se uniera al séquito de su hermana Margarita, la enferma reina madre de Escocia. Éste sería sin duda el fin de todos los sueños de grandeza de María, pensó Catalina. Pero que le sirviera de lección. Y pensar que la pequeña tonta quería *asistirla*.

"En verdad, señor, mi prima María, a quien conoces, me dice que se encontró con esto por casualidad. Así que lo puso en mi conocimiento. Lo reconocí, por supuesto, como un anillo casi idéntico al que ya adorna..."

"¿Por casualidad?" preguntó brevemente Enrique. "¿La mujer dio por casualidad con una esmeralda tan preciosa como ésta?"

Catalina sintió que se ponía nerviosa bajo la mirada penetrante de Enrique. "Bueno, María estaba siendo sacada de una cámara que ha estado compartiendo con una prima lejana, una tal Ama Jaime. Y este anillo... bueno, de alguna manera ha estado en posesión de esta prima lejana.

Y supongo que se extravió... estas cosas pasan, sire... y por error el anillo cayó junto con las cosas de Mary".

Los fríos ojos de Enrique se apartaron lentamente de la oscilante cadena, suavizándose sólo ligeramente al posarse en Catalina. "¿Quién es esta ama Jaime?"

"Como he dicho, mi amor. Una prima lejana".

"¿Y vive en Kenninghall?"

"Lo ha hecho durante el último año", respondió rápidamente Catherine.

Enrique miró alrededor de las mesas abarrotadas. "No me la han presentado".

"Lleva unos días enferma en cama, pero acabo de enterarme de que por fin se está curando".

Los ojos de Enrique volvieron de nuevo al anillo colgante.

Catalina hizo todo lo posible por contener su sonrisa de satisfacción mientras el rey fruncía el ceño. Por fin parecía que mordía el anzuelo. Aunque no sabía qué saldría de que Enrique supiera que Jaime era nieta de Tomás Bolena y, además, medio escocesa, el instinto de Catalina le decía que merecería la pena. Y el hecho de que Jaime hubiera ocultado claramente uno de los anillos de Enrique parecía insinuar algo turbio. Al menos, eso esperaba Catherine. Hoy había intentado hacer otra visita a la moza, pero aquella criada maleducada le había impedido la entrada.

"¿De quién es hija?"

Catalina sonrió recatadamente a su pretendida. "Es nieta de Tomás Bolena". No pasó por alto el redondeo de los ojos de Enrique al volver a mirarla con sorpresa. "Su madre..."

"Tráemela", ordenó Henry, cortándola.

"Pero ella, estando enferma..."

Enrique se puso en pie de inmediato y se volvió para ladrar al conde, que lo observaba a poca distancia. "Envía a esta señora Jaime a mi cámara, Surrey, de inmediato".

"Señor", se acercó Thomas Culpepper, un caballero de la Cámara Privada del Rey. "Los tres que deseabais ver han llegado de Norwich, y el carcelero Reed está de camino".

El rey gruñó y se dio la vuelta mientras el caballero se inclinaba y sonreía generosamente a su futura reina.

Catalina observó, engreída y satisfecha, cómo Enrique, con su séquito a cuestas, salía del salón con la cadena y el anillo fuertemente apretados en el puño.

Mientras Jaime miraba con ojos desencajados al espejo, sintió que la ansiedad y la ira luchaban por el dominio. Inspiró largamente y miró el reflejo de sus manos. Le temblaban. Jaime las metió profundamente en los bolsillos del vestido y observó cómo Caddy recogía la última onda rebelde en la espesa capa de pelo que le caía por la espalda.

"Déjame ir a buscar a lord Malcolm", dijo la mujer mayor con suavidad, prendiendo el gorro de lino almidonado en el pelo de su señora. "Quizá pueda ayudarnos".

"No puedo permitir que muestre su rostro ante el rey", respondió Jaime. "Correría un gran peligro. No debe saberlo".

"Pero, ¿y tú?"

"Estaré bien", argumentó Jaime. "Lady Francis sólo dijo que el rey desea que me presenten. Eso es todo. No hay nada más". Si pudiera creerse sus propias palabras, pensó Jaime.

Terminando de peinarse, Caddy empezó a alisar los puños de las mangas de Jaime. "Se enfadará mucho cuando se entere de que has abandonado tus aposentos... estando aún tan débil. ¿Seguro que no quieres que vaya tras él? No hace ni una hora que ha vuelto a su habitación. No

dormirá antes de que le suban la cena".

"No, aunque te lo agradezco", dijo Jaime en voz baja, sonriendo para sus adentros ante el nuevo afecto que Caddy sentía por Malcolm. "Mientras el rey y sus hombres deambulen por ahí, Malcolm pone su vida en el más grave peligro cada vez que pisa los pasillos".

"Pero no quería que te quedaras sola. Le di mi palabra, ama. Déjame ir y al menos díselo".

Jaime negó con la cabeza. "Te prohíbo que acudas a él. No hay nada que él pueda hacer por mí que no pueda hacer yo misma". La joven se levantó de la silla y puso suavemente la mano en el brazo de su sirviente. "Todo irá bien".

"Pero estás muy pálido".

La cariñosa preocupación de la mujer provocó una leve sonrisa en los labios de Jaime. "Por favor, ve y dile a Lady Frances que estoy listo".

Capítulo Cuarenta

CON UN CALOR que sólo pueden generar los hombres acostumbrados a un gran poder, el rey de Inglaterra continuó golpeando implacablemente a los tres hombres que tenía delante, y Jaime permaneció inmóvil junto a la puerta cerrada de la gran alcoba. La habitación, iluminada por una docena de velas y lámparas, parecía resonar con la energía de la furia del monarca. Ella y lady Frances intercambiaron una mirada furtiva, ambas contentas de que Enrique Tudor hubiera decidido ignorar el hecho de que habían entrado.

Jaime miró de nuevo en dirección a su amiga, agradeciendo con un gesto de la cabeza la pequeña sonrisa que sabía que Frances pretendía infundirle confianza. ¿Cómo iba a agradecer a la mujer que no la dejara en la puerta para enfrentarse sola a aquel hombre?

Este hombre. Jaime miró en dirección al rey furioso. Su padre. Cuando sus ojos estudiaron sus facciones corpulentas, lívidas por la ira, sus ojos se apartaron de los hombres y se centraron en el rostro de ella. Al igual que su mirada, se encendió en ella una ira repentina e incontrolable. El rey sólo hizo una breve pausa en su diatriba antes de volver a centrar su atención en los hombres. De repente, se preguntó por la furiosa batalla de palabras que se libraba en su cabeza, y cómo podía contener su lengua para no pronunciarlas.

Incluso a pesar de su edad, que se reflejaba en su corpulencia y en la flacidez de su rostro, Enrique Tudor seguía siendo un hombre formidable. Y al ver cómo aquellos hombres se estremecían abiertamente ante su brusca expulsión de la sala, Jaime no pudo evitar preguntarse si a su madre la habían echado tan brutalmente. Hirviendo con más odio del que se creía capaz, Jaime fulminó al rey con la mirada. Aquel hombre había sido responsable de la muerte de su madre y de su tía, Ana Bolena. Y ahora ella también era tan vulnerable ante él. Sabía que, para él, ella no sería más que otra Bolena indeseable.

Con la debida deferencia, los desfavorecidos salieron humildemente de la sala.

"Condesa". Enrique fulminó con la mirada a Jaime mientras se dirigía a lady Frances, su voz transmitía una nota de impaciencia. "Ya no hay necesidad de que permanezcas aquí".

Frances hizo una reverencia y miró dubitativa a Jaime. "Señor, si os place, estaría encantada de quedarme por si reaparece la enfermedad de Ama Jaime".

Enrique se quedó mirando a las dos mujeres.

"Majestad", añadió Jaime con una reverencia. "Hoy sólo he salido de mi lecho de enfermo. Si Vuestra Majestad nos lo permite". La ira y la decepción la aguijonearon por dentro, pues su excusa sonaba cobarde incluso a sus oídos. Pero a pesar de la hostilidad que sentía hacia aquel hombre, sabía que la presencia de Frances ofrecía la protección de la civilidad, y no quería desperdiciar las oportunidades de Malcolm y las suyas cuando sólo faltaba un día para que se hicieran realidad.

Mirando de nuevo al rey, buscó una señal en su expresión. Pasó un largo momento antes de que asintiera con la cabeza.

Volviéndose hacia lady Frances, las palabras de Enrique fueron amables al invitarla a acercarse y tomar asiento. Pero Jaime, que seguía de pie junto a la puerta, se encontró en el blanco de dos ojos penetrantes. Se preguntó si él buscaba algún parecido. Sabía que su madre era mucho más baja de estatura que ella. Por los cuadros que había pintado su tía, Jaime también sabía que María había sido más voluptuosa de pechos y caderas que ella. Jaime se parecía más a Isabel que a su propia madre. Tal vez ésa fuera una de las razones por las que, a lo largo de los años, le había resultado mucho más fácil fingir ser su hija. Pero ahora todo eso podía ser inútil.

Porque, aunque odiaba admitirlo, mientras estudiaba las facciones del rey, veía algo en su semblante, en la curva de su mejilla, que sabía que podría encontrarse, incluso a la luz de aquellas velas, en su propio rostro.

El filo de la voz de Enrique Tudor cortó el aire cuando por fin volvió a hablar. "He oído que eres nieta de Tomás Bolena".

"Así es, señor -respondió Jaime en voz baja-.

"Es curioso que nunca hayamos oído hablar de ti mientras tu abuelo estuvo en nuestra corte".

"Me crié en otra parte", respondió Jaime. "No fue hasta mucho más tarde en su vida cuando tuve la oportunidad de pasar algún tiempo en su compañía".

Los ojos del rey volvieron a detenerse en las facciones de Jaime. Luego, bruscamente, se inclinó y cogió una cadena de la esquina de la mesa. La brillante esmeralda verde centelleó a la luz de la habitación. "¿Cuál es vuestra edad, señora?".

"Diecinueve -respondió sintiendo que se le erizaban los pelos del cuello al ver su anillo en poder del rey. A pesar de que su curiosidad y su creciente mal genio la empujaban a preguntarle cómo había conseguido su anillo, se resistió a la pregunta.

Los ojos de Enrique parecen fijarse en la mirada de Jaime sobre el anillo que lleva en la mano. "¿Es... esta baratija tuya?".

Hizo una pausa, sus ojos estudiaron otro anillo, uno que rodeaba el dedo del rey. Uno idéntico al anillo que colgaba del extremo de la cadena. "Sí, señor".

"¿Y cómo es que has llegado a poseerla?"

Enrique empezó a balancear la cadena hacia delante y hacia atrás, dejando que se enrollara alrededor de sus dedos y luego hacia atrás. Los ojos de Jaime, atraídos por la acción, se clavaron en el anillo que adornaba su dedo.

"El anillo era una prenda que me dieron mis padres", susurró al fin.

Dejando caer el anillo descuidadamente sobre la mesa, el rey atravesó la habitación hasta donde ella se encontraba.

Jaime miró incómodo en dirección a Frances, que estaba sentada tranquilamente con las manos en el regazo y los ojos fijos en el rey.

"No te hemos preguntado por tus padres. Tu madre sería hija de Tomás Bolena". Jaime sintió que las palmas de las manos empezaban a sudarle cuando Enrique se acercó a ella.

"Lo era, señor".

Enrique se detuvo a un paso de ella. Cuando se cernió sobre ella, Jaime sintió de repente que todo el valor de hacía unos momentos se le escapaba del alma, y bajó la mirada de su rostro al gran medallón que colgaba del cuello del rey. Siguió un largo silencio mientras sentía los ojos de él estudiando su rostro.

"Tienes su pelo oscuro, su tez clara".

La forma en que pronunció las palabras no dejó ninguna duda en la mente de Jaime de que

estaba hablando de María Bolena. Y cuando alargó la mano, ella tuvo que esforzarse para no estremecerse cuando él tomó un mechón suelto de su cabello entre sus gruesos dedos. Permaneció inmóvil, conteniendo la respiración, hasta que, al cabo de un momento, la mano de él cayó a su lado. Ahora estaba segura. La mirada lejana de él le había dicho mucho. Él sabía la verdad. Sabía que era hija de Mary.

"Y Jaime también ha sido bendecido con parte de su naturaleza artística". La voz de Frances hizo girar la cabeza del rey. Atónito, Jaime miró a su amiga, dándose cuenta de lo que Frances intentaba hacer. "Siendo el gran conocedor de música que sois, sire, estaríais encantado, estoy segura, si escucharais a Jaime tocar y cantar su música".

Haciendo acopio de ingenio, Jaime se limpió rápidamente las húmedas palmas de las manos en el liso lino de su vestido. "Si los amigos de una persona no exageran sus talentos, señor, ¿quién lo haría?". Sonrió serenamente cuando el rey se volvió hacia ella. "Pero con toda humildad, al haber sido criada en una casa finamente sintonizada con las artes, teniendo como huéspedes habituales a los mejores eruditos y artistas de Europa, una joven difícilmente podría evitar desarrollar su talento lo mejor posible".

Los ojos de Enrique eran penetrantes cuando miraron de Frances a Jaime. "No recordamos que tu madre tuviera un gran talento".

Maldijo para sus adentros, pensando en su pobre madre muerta en el suelo. Luchó por mantener la compostura.

"Pero, señor", intervino Frances. "Tú mismo eres poseedor de varios productos de esos talentos".

"¿Eh? ¿Qué es eso?"

"Pinturas de la reina Margarita y su familia, creo".

"¿Qué, mi hermana?"

"Sí, sire", añadió Jaime, notando que sus ojos se habían redondeado por la sorpresa. "Pero el talento de Isabel Bolena era de los que no podía ni quería practicar al aire libre. Al menos, no hasta que tu hermana, la Reina Madre, la invitó a unirse a su corte en Linlithgow. Los retratos de la familia real adornan todos los castillos reales de Escocia. Si me permitís decirlo, Majestad, su exquisito uso del color y la textura sólo rivalizan ya con las mejores obras de vuestro propio Holbein."

A Jaime le pareció que Enrique apenas había escuchado nada de lo que ella acababa de decir. Finalmente, se dirigió a ella. "¿Eres hija de Elizabeth?", preguntó, con incredulidad en la voz.

No hubo pausa en su respuesta, ni duda alguna en su mente cuando Jaime abrió la boca para responder. "Lo soy, Majestad".

El rey de Inglaterra se pasó los dedos gordos por la barba mientras consideraba su declaración. Jaime reflexionó sobre la mentira que le había dicho a su propio padre. Pero, de algún modo, sabía que ésa era la intención de su madre.

"Elizabeth. Siempre me he preguntado qué fue de ella". Enrique se volvió y paseó pensativo por la sala.

"Fue a Florencia, señor, dominó su arte en el estudio del mismísimo Miguel Ángel, antes de ir a Escocia y establecerse allí".

El rey se agachó y volvió a coger la cadena y el anillo. "¿Y tu padre?", preguntó, volviéndose hacia ella.

"Ambrose Macpherson".

"Sí, el diplomático escocés", añadió Enrique. "Por supuesto".

Las rodillas de Jaime se tambalearon de repente bajo ella, y el rey y Frances estuvieron a su

lado en un instante. El alivio de que él aceptara su historia la deleitó y, al mismo tiempo, la mareó. La sentaron en una silla junto a Francés, y su cabeza se despejó de inmediato, aunque el rey insistió en servirle una copa de vino.

Le observó mientras él acomodaba su gran peso en una silla frente a ella, y volvió a coger el anillo.

"¿Sabías que esta baratija nos perteneció en otro tiempo?".

Ella negó con la cabeza. "No, señor".

Los ojos de Henry brillaron al contemplar el verde oscuro de la piedra. "Entonces suponemos que no sabes cómo llegaron tus padres a tenerla".

Volvió a sacudir la cabeza.

"Tu padre ganó este anillo en el torneo que celebramos en el Campo de Paño de Oro. Derribó al mejor de nuestros caballeros ingleses en una justa para ganar esta prenda".

Jaime se quedó mirando el anillo. Sabía que había sido allí donde Ambrose y Elizabeth se habían conocido.

"Pero ahora, al conocerte y saber tu edad...". Una sonrisa se dibujó en el rostro del rey. "Diríamos que el premio que obtuvo vale mucho más que esta baratija".

Ella le miró con las cejas levantadas.

"Tu padre es demasiado intrépido, demasiado franco para ser un buen diplomático. A ningún diplomático realmente bueno se le respeta... ni siquiera se confía en él. Pero, ¿dónde estábamos?"

"El torneo, señor", sugirió Frances.

"En efecto. Recordamos que después de que el escocés recogiera este premio, se acercó nada menos que a la hija de nuestro embajador francés, Sir Thomas". Se volvió hacia Frances con una carcajada estruendosa. "Le dio el anillo".

"Un regalo generoso", añadió Frances.

"¿No diríais que el rendimiento superó su inversión, lady Frances?". Enrique puso una mano en el hombro de Jaime mientras sonreía a la condesa. "¿Lo ves ahora? Esta joven es lo mejor que ha producido ese Campo de Paño de Oro".

Cuando Frances se levantó de la silla, Jaime también se puso en pie, inseguro de cómo responder.

"Lady Francis, os agradecemos esta visita -dijo el rey, conduciéndolos hacia la puerta. Detuvo a Jaime con un ligero toque de su mano. "Y la próxima vez que visites a tu padre, envíale mis saludos. Aunque hace veinte años estaba dispuesto a desenvainarle y descuartizarle por frustrar mis planes respecto a Francia, con los años he aprendido a valorar ese talento."

Jaime hizo una pequeña reverencia y se volvió hacia Frances, que esperaba junto a la puerta.

"Y tu madre", añadió Henry.

Jaime se giró para mirar al rey.

"Era la más inteligente de los tres. Salúdala de mi parte".

Se detuvo un instante. Elizabeth era la única superviviente de los tres, y Jaime se preguntó si se refería a eso. Pero no se atrevió a quedarse a preguntar.

"Oh, te has olvidado de algo".

Jaime abrió la mano cuando el rey dejó caer el anillo en su palma. Cuando él se volvió y cruzó la sala, ella se quedó mirando un momento la esmeralda y luego al hombre que nunca sabría la verdad.

Capítulo Cuarenta Y Uno

"TE ESTARÉ AGRADECIDO MIENTRAS VIVA", susurró Jaime, apretando suavemente la mano que la agarraba del brazo en la gran puerta de roble de la cámara del rey.

Dependiendo ahora del apoyo físico de Frances, Jaime sentía como si cada paso que daba lo diera con el peso de cien toneladas arrastrándose a sus pies. Ahora se daba cuenta de que había necesitado todas sus fuerzas para enfrentarse al rey. Pero no creía que hubiera sido capaz de hacerlo sin la ayuda de Frances.

"Esperemos que sea una larga vida la que nos espera a ti... y a mí... teniendo en cuenta lo que acabamos de hacer para arruinar los planes del duque de Norfolk".

Jaime volvió la cabeza y miró la expresión resignada de la otra mujer.

"Oh, tan bien deberías saberlo". Frances se encogió de hombros. "Eduardo está prisionero en el palacio de Nonsuch a la espera de que se reúna el Tribunal del Alto Mayordomo".

Jaime miró fijamente a su amiga. "¿Qué significa eso, Frances?"

"La acusación puede ser de traición". dijo Frances con sencillez. "Por lo que Surrey ha oído, alguien se ha presentado con el rumor de que Eduardo ha retenido en el mar un botín que capturó en nombre del rey".

Jaime guardó silencio. Sabía que era cierto. Muchas veces, desde que llegó aquí, había oído a Eduardo alardear de su astucia en este asunto. "Entonces, ¿qué tienen que ver estas noticias con nosotros? ¿Qué planes hemos arruinado?"

Frances miró a Jaime a los ojos. "Tu repentina citación para comparecer ante el tribunal".

"¿Sí?" susurró Jaime.

"Surrey y yo lo discutimos, y decidimos que el rey no debía tener conocimiento de... otra hija, lo que ahora sabemos que es la verdad".

"Creo que el rey se sintió aliviado al pensar que yo no era hija de María Bolena".

"Cierto. El príncipe heredero es un hombrecillo enfermizo. Si, Dios no lo quiera, muriera antes que el rey, otra hija sólo complicaría la sucesión".

"¿Pero qué hay de los planes del duque?"

"El duque y Eduardo os convocaron para casaros con Eduardo a toda prisa, antes de presentaros a Su Majestad. Una vez casado con la hija del rey, el perdón real para Eduardo estaría asegurado".

"Y lo hemos evitado acudiendo al rey".

"Por supuesto, no tuvimos elección cuando te mandó llamar".

El corazón de Jaime latía alegremente por su buena suerte de no haber ido al palacio de Nonsuch cuando la habían convocado. Entonces se le ocurrió un pensamiento. "Pero si el conde sabía tanto por esa carta...".

Frances palmeó la mano de Jaime. "Surrey merece tu confianza, querida. No se enteró de todo hasta que estuviste postrada en cama. El arzobispo de Norwich envió un mensajero a Surrey -suponiendo, naturalmente, que mi marido estaba en el plan de su padre- en busca de información para redactar los papeles de tus esponsales con Eduardo."

"Dibujando papeles sin contar nunca con mi consentimiento". Jaime se detuvo y miró preocupado a los ojos de su amiga.

Frances asintió. "Sí, tienen fecha de hace dos meses".

"¿Pero cómo han podido?" Jaime se llevó una mano a la frente y se apoyó pesadamente en un panel de madera tallada.

Frances la condujo a uno de los asientos de la ventana. Mirando hacia el pasillo vacío, la condesa hizo un gesto con la mano para disipar los temores de Jaime. "No creo que debas preocuparte por lo que se ha hecho. Al salir de los aposentos de Su Majestad, no me cabe duda de que estaba convencido de que eres hija de Isabel y no de María. Así que el duque puede decir todo lo que quiera. Ya le has dado al rey motivos suficientes para no creer en sus afirmaciones. Pero Norfolk no estará contento".

Jaime tocó suavemente a Frances en el brazo. "Sabías todo esto y aun así me ayudaste. Debería haber pensado que, estando casada con un Howard, tu primera lealtad sería hacia ellos".

Frances sonrió. "Lo es, Jaime. Pero sólo siento devoción por Surrey, pues es un hombre de honor, y verdaderamente el más digno de todos".

"Ya lo veo". Jaime sonrió, pero entonces su rostro se nubló. "Está muy lejos de su hermano".

"En efecto", respondió Frances. "Desde Caín y Abel, dos hermanos no habían sido tan diferentes".

Las velas esparcidas por varias mesas sólo conseguían ahondar las sombras que acechaban en la cámara.

Catherine apartó las sábanas cuando el hombre alto y corpulento se acercó a la enorme cama. Recostándose y acurrucándose tímidamente, lo observó con ojos lentos y persistentes mientras él se abría la parte delantera de la bata. Aunque le costó, logró poner su habitual expresión de asombro ante lo que veía debajo.

Se arrodilló cuando él le hizo señas y se acercó al borde de la cama. Levantó las manos en el aire y sonrió cuando el rey le puso la camisa de seda por encima de la cabeza. Con gran satisfacción, vio que sus ojos se centraban en sus pechos. No esperó a que se relamiera, sino que alargó la mano y atrajo su boca hacia un pezón.

Siempre era así. Siempre igual, pensó. La empujó hacia la cama, con la boca aún pegada al pezón. Ella utilizó la rodilla para frotarse contra su virilidad. Si pudiera encontrar algo de placer en lo que él le hacía. Ahora estaba empalmado, pero ¿por cuánto tiempo? Abierta bajo él -con las manos, las piernas y las caderas haciendo los movimientos que sabía que a él le gustaban-, miró el dosel que cubría la cama y recordó la escena que había presenciado entre el desdichado Jaime y el montañés.

Casi podía sentir al escocés sobre ella. Podía imaginar su pasión. Malcolm le chupaba ahora los pechos con una boca firme, un juego tentador de lengua y dientes. Dejó que sus manos recorrieran la espalda de su amante. Le rodeó la cintura con las piernas.

Enrique levantó su gran bulto y pasó del pecho de ella al cuello, acurrucando la boca en el suave lugar que había bajo su oreja. Catherine sabía lo que vendría a continuación, y estaba

preparada cuando él la penetró, súbita y rápidamente. Ella gimió como de costumbre y siguió mirando el dosel.

Podía imaginarse las piernas largas y musculosas de Malcolm, su pecho ancho y lleno de cicatrices, sus manos dándole forma y apretándole los pechos. Podía sentir su larga y gruesa vara penetrándola. Una y otra vez, penetrándola profundamente.

Catherine imaginó que su mano era la del Highlander mientras metía la suya entre sus cuerpos. Podía sentir los fuertes dedos de él deslizándose entre sus cuerpos, y se sentía cada vez más excitada con cada embestida. Sentía sus dedos acariciando la fuente de todo placer. Él respiraba agitadamente en su oído y su ritmo implacable la empujaba cada vez más alto. Con un gruñido parecido al de un oso, derramó su semilla dentro de ella, y su propia liberación lujuriosa sólo tardó un instante en llegar.

Pero segundos después, el roce de sus bigotes de jabalí le devolvió la verdad. No era un montañés el que estaba entre sus piernas. Era Enrique Tudor, tendido sobre ella. Catalina giró el rostro con disgusto.

La gran cama crujió cuando el rey rodó sobre su espalda. Sus manos se cruzaron cómodamente sobre su pecho agitado. "Si pensáramos que nos echabas tanto de menos, Cat, la pequeña visita de esta noche con tu primo se habría pospuesto".

"¿Y cómo ha ido tu pequeña charla?"

"Nada de lo que debas preocuparte", respondió en pocas palabras. Pero luego, girándose con cierto esfuerzo, le puso una mano fornida sobre el pecho. Henry le apretó el pezón erecto entre el pulgar y el índice. "Qué tigresa estabas hace un momento. Nunca te había oído gritar".

Para ocultar su decepción por su negativa a hablar de Jaime, Catherine esbozó una sonrisa. Al sentir el roce del pulgar sobre su pezón, se volvió y lo miró a los ojos.

"Eres tan magnífico", respondió ella, dejando que sus dedos rozaran la piel de su pecho y bajaran por su vientre distendido. "Un amante tan excitante. Sabes que sólo pensar en ti me vuelve loca. No veo la hora de casarme, mi oso lujurioso".

La risa de Henry retumbó en lo más profundo de su pecho. "Sólo recuerda, Cat, que después de casarnos, aún no puedo pasar todo mi tiempo entre tus piernas".

"¿Y por qué no?", preguntó ella, poniendo un mohín en la cara a modo de réplica. Levantó la rodilla y la puso sobre la ingle de él, apoyando la cabeza en la palma de la mano. "Conozco a muchos hombres que darían su vida por ocupar tu lugar".

El destello de cólera en el rostro del rey cerró la boca de Catalina en un instante.

"Cuidado, mujer, con hablar así", espetó él, dándose la vuelta y empujándola de nuevo sobre la almohada. "No olvides tu lugar".

Catalina se quedó mirando mientras el rostro de Enrique se cernía sobre ella.

"Deshonraos y vuestra cabeza adornará la pared de mi cámara. ¿Me entiendes, Gato?"

Catherine Howard asintió. Había poco margen para discrepar.

Capítulo Cuarenta Y Dos

EL SUAVE GOLPE en la puerta de la habitación atrajo la mirada de ambas mujeres hacia la entrada de roble. Con una inclinación de cabeza en dirección a Caddy, Jaime balanceó cansadamente las piernas sobre el borde de la cama y buscó su bata. Hacía sólo un momento que se había retirado y necesitaba desesperadamente descansar, tanto en cuerpo como en mente.

Al volver la vista hacia la puerta, vio a Caddy discutiendo en voz baja con quienquiera que estuviera al otro lado. Pasó un momento mientras Jaime intentaba decidir si sería más rápido ocuparse ella misma de aquella visita tardía o dejar que lo hiciera su sirvienta. Lanzó una mirada melancólica a su almohada y supo que lo que realmente deseaba era volver a la cama y dormirse. Pero estaba claro que quienquiera que las visitara no aceptaba fácilmente el rechazo. Con un suspiro de resignación, Jaime se levantó y se dirigió a la puerta.

Antes de que hubiera cruzado la mitad de la distancia, vio que la puerta se abría y Malcolm entraba. Tras él, Caddy salió de la cámara, cerrando la puerta tras ella.

Su cansancio se evaporó en el aire de la noche al precipitarse en sus brazos. Malcolm la estrechó contra sí, le besó la cara y rozó sus labios con los suyos antes de levantarla en brazos y llevarla de vuelta a la cama. Sin decir palabra, la depositó suavemente en el centro y empezó a echarle la ropa de cama por encima. Ella luchó contra las sábanas.

"No deberías haberte levantado de la cama", me regañó. "Ahora quédate quieta y deja de pelearte conmigo".

"No, matón. Tendrás que entrar aquí conmigo y sujetarme", susurró Jaime con una sonrisa.

"No puedo, muchacha. He venido aquí para hablar...".

Las palabras se perdieron en sus labios mientras ella se desabrochaba lentamente el cinturón que sujetaba su bata. Arrojando la prenda exterior a un lado, sonrió al ver el destello de deseo que brillaba en los ojos de él. Aunque la bata era de algodón y ciertamente modesta, sus ojos la observaron como si no llevara nada. Se recostó en la cama y abrió los brazos.

"Eres una bruja -susurró él con voz ronca, sacudiendo la cabeza y acercándose de nuevo para taparla con las mantas. Una vez que la gruesa manta separó su cuerpo del de él, se inclinó sobre su abrazo y la besó con una minuciosidad que la dejó sin aliento.

Cuando se apartó, Jaime suspiró feliz.

"Jaime, amor mío, hemos tenido un repentino cambio de planes -dijo Malcolm con seriedad, sosteniéndole la cara entre las manos-.

"¿No te irás sin mí?", preguntó ella, presa del pánico e incapaz de mantener la nota de miedo fuera de su voz. "*Tienes que llevarme contigo. Tienes que hacerlo. Estoy bien para viajar...*".

"Nunca daré un paso sin ti, muchacha". Se inclinó hacia ella y volvió a besarle los labios. Esta vez, cuando él trató de apartarse, ella le abrazó con fuerza y le devolvió el beso a

conciencia.

Esta vez suspiró cuando ella rompió el beso.

"Háblame de este cambio de planes", susurró.

Malcolm tardó un momento en ordenar sus pensamientos. Pero entonces sus ojos volvieron a centrarse en el rostro de ella. "En un principio habíamos planeado partir la víspera de San Juan".

"Sí, Caddy me ha dicho que, aunque faltan tres días para la celebración, la gente ya se está reuniendo desde kilómetros a la redonda. Puede ser una buena distracción para nuestra huida".

"Cierto, pero no esperaremos hasta entonces".

"¿Ah, sí?", dijo ella, con voz excitada.

Malcolm sonrió mientras dejaba que sus dedos acariciaran la suave piel de su rostro. "Sí. Evan me ha avisado esta noche".

"¿Evan?", preguntó asombrada. "¿Ese buen hombre nos está ayudando en nuestra huida?".

"Lo es". Malcolm asintió. "Bueno, nuestra nave llegó hace dos noches y volverán mañana por la noche, así que nos vamos antes de lo previsto".

Jaime se estremeció ante la idea de marcharse. "Así que es real. Nos vamos a casa".

"Sí, muchacha, lo haremos. Mañana por la mañana al amanecer", respondió Malcolm. "Surrey me ha dicho hoy que el rey tiene previsto regresar a caballo al palacio de Nonsuch después del desayuno. Así que si partimos al amanecer, podrían pasar horas antes de que alguien se diera cuenta, con todo el alboroto que rodea la partida del rey."

Jaime no pudo contener su excitación mientras le echaba los brazos al cuello y lo abrazaba con fuerza. "Me pondré la ropa y estaré lista en un instante".

"No, mi amor". Le depositó un beso en los labios antes de empujarla de nuevo sobre la almohada. "Quiero que descanses todo lo que puedas en las próximas horas. Iré a buscarte antes del amanecer".

Jaime hizo una pausa, una mirada preocupada apareció en sus ojos. "Malcolm, me gustaría traer...".

"Lo siento, cariño. Pero me temo que tendrás que dejar todas tus cosas".

"No". Sacudió la cabeza con una leve sonrisa. "Me refería a Caddy. No sé cómo podría dejarla".

El ceño de Malcolm se frunció un momento mientras reflexionaba sobre el asunto. "¿Sabe ella algo al respecto?"

Jaime negó con la cabeza. "No. No se lo he dicho".

"La llevaremos", dijo con naturalidad. "Sólo tendremos que robar un caballo más".

Jaime volvió a animarse mientras le pasaba los dedos por el pelo. "No hace falta. Podría montar en tu regazo. ¿Recuerdas cómo me llevabas de paseo cuando no era más que un pequeñín?".

"Entonces eras una niña", susurró, apoyando la frente en la de ella, sonriéndole a los ojos. "Contigo sentada en mi regazo ahora, me temo que perderíamos a Caddy en poco tiempo. De hecho, no sé si llegaríamos a Harwich en un día".

Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella. "Si te metieras en esta cama conmigo ahora, quizá mañana te resultara más fácil tenerme montada en tu regazo".

"¿Tú crees?", bromeó él, usando la lengua para trazar la línea de sus labios.

Jaime asintió cuando llamaron suavemente a la puerta. Ambos se pusieron rígidos.

"Sólo es Caddy". Lo dijo como una maldición. "Pensándolo bien, creo que no la llevaremos con nosotros".

Jaime sonrió. "¿Ha estado montando guardia delante de la puerta?"

"Quería montar guardia dentro, para mantener..."

"¿De besarme?", terminó ella, levantando la cara y rozando sus labios con los suyos. "¿O tal vez de tocarme?" Dejó que sus manos recorrieran la musculatura nervuda de su espalda. "¿O tenía miedo de que me hicieras el amor?". Se echó hacia atrás y lo miró de forma sugerente.

El montañés tragó saliva una vez. "Creo que estaba más preocupada por mí que por ti. Es decir, ella sabe lo vulnerable que soy. Y lo exigente que puedes llegar a ser".

Le golpeó directamente en el pecho. "Eres un granuja, Malcolm MacLeod".

"Sí, pero soy tu bribón, mi amor. Sólo tuyo".

El segundo golpe en la puerta los separó. Tras darle un prolongado beso en los labios, Malcolm se levantó para marcharse.

"¿Hasta el amanecer?", preguntó.

"Hasta entonces, mi amor".

Maldito Henry, maldijo. Ningún hombre le diría lo que tenía que hacer. Catherine repitió sus palabras en su mente mientras subía las escaleras. Bueno, dijera lo que dijera, ella haría lo que quisiera, y no aceptaría a ningún amo.

Y maldito sea también Edward, murmuró al llegar al último piso del palacio. Si no hubiera sido tan cruel, pensó, si la hubiera tratado mejor, iría a *su* cama. Maldito sea.

Malditos sean todos.

Malcolm sintió su presencia en cuanto cerró la puerta de su habitación.

Al entrar en la habitación, sintió que la ira le subía al pecho. La capa desechada, tirada descuidadamente al suelo, le dijo que sus instintos eran correctos. Catherine estaba aquí.

Mirando en dirección a su cama con cortinas, vio una vela parpadeando tenuemente sobre una mesa auxiliar, pero la mujer no estaba allí. Al girar la cabeza, encontró rápidamente a Catherine, sentada tranquilamente en una silla junto a la ventana. Sus cabellos castaños dorados caían en cascada sobre sus hombros... y lo que fuera en lo que se había envuelto.

"Empezaba a preguntarme si volverías alguna vez", arrulló. Mientras hablaba, Catherine se levantó lentamente, dejando que la manta que sostenía cayera en un charco a sus pies. La piel de su cuerpo desnudo brillaba a la luz de las velas. "Pero entonces supe que sólo sería cuestión de tiempo que te cansaras de esa tonta moza".

Malcolm permaneció donde estaba, aunque todos los impulsos de su ser gritaban que cruzara la habitación y le rompiera el cuello.

"No puedes resistirte a mí, y lo sabes". Sonrió, alzando las manos hacia sus pechos, levantándolos tentadoramente. "Te he observado, contemplándolos con tus ojos. Ahora son tuyos, como el resto". Catherine extendió la mano hacia abajo, acariciando su propia piel.

Malcolm no estaba ni cerca de caer presa de los encantos de Catherine. Seguía luchando contra la violencia que sentía hacia la mujer, con las manos cerrándose en puños a los lados.

"Ven a mí, Highlander", ronroneó, caminando lentamente hacia él. "Estuve aquí, ¿sabes? Te vi con ella. Sé de lo que eres capaz. Sí, vi cómo la penetrabas una y otra vez. Pero ella no puede satisfacer a un hombre como tú, ¿verdad? Por eso has vuelto ahora de su cámara. Necesitas más

mujer de lo que es Jaime, para que se ocupe de tu placer. Me necesitas a mí".

La mano de Catherine subió y le tocó la camisa, deslizándose más abajo sobre su duro vientre. Él le agarró la muñeca con una fuerza que la hizo gritar de dolor.

"Animal", se rió ella, soltándose la muñeca. "Sólo *me alegre* de ayudarte a prepararte".

"Vete, mujer". Los ojos de Malcolm ardieron al mirar penetrantemente los de Catherine. "Vete ahora".

Ella se rió con ganas mientras negaba con la cabeza. Le puso las manos en el pecho y le miró a la cara. "No lo haré. No hasta que hayas pagado la deuda que tienes conmigo".

"¿Qué deuda? No te debo nada".

"Pero tú sí", susurró ella, trazando de nuevo con los dedos las líneas de su vientre. Él volvió a agarrarla por las muñecas, con más fuerza que antes, y la apartó de un empujón. Ella volvió a reír. "Aquella noche en que te encontré follando con ese desgraciado de Jaime, mientras yo, Catherine Howard, estaba allí en el rincón -desnuda y dispuesta a correrme contigo-, ése fue el momento en que ambos contrajisteis vuestras deudas conmigo".

"Estás enferma, mujer -respondió Malcolm entre dientes apretados-.

"No, insensato. *La* puse enferma", respondió ella. "Así fue como empezó a pagar. Poniéndola enferma, dándole más de lo que necesitaba -más, en cualquier caso, de lo que pretendía aquel viejo y cariñoso médico-, empecé a cobrar su deuda. Pero sólo empecé, porque aún no he terminado con ella. Aún tiene que pagar más, mucho más. Pero de ti necesito...".

Con un movimiento como un relámpago, Malcolm le agarró el pelo con una mano y tiró de la cabeza de Catherine hacia atrás. Con los ojos brillantes de expectación, le miró y entreabrió los labios con una sonrisa cómplice.

"Escucha con atención", le gruñó en la cara. "Puedes llevarte tus trucos de puta a otra parte. Aquí no conseguirás nada. Y te diré algo más. ¿Hablas de pagar deudas? Este peligroso juego al que estás jugando también tiene un precio. Ese precio es tu vida. Y no hablo de la afición de tu futuro marido a sustituir esposas". Malcolm volvió a tirarle de la cabeza, esta vez haciendo que Catherine gritara de dolor. "Si intentas siquiera acercarte a Jaime, si le haces algún daño, te estrangularé con mis propias manos".

"No te atreverías a hacerme daño", se burló ella con altanería.

Malcolm la miró un momento. Luego, con un gruñido, la arrastró hasta la ventana con tal violencia que ella perdió pie. Abriendo las ventanas de par en par, empujó su cuerpo desnudo hasta la mitad de la abertura, sujetándola sólo por un brazo y el pelo. Su piel blanca parecía casi azul a la luz de la luna, y su otro brazo se agitaba en el aire vacío.

"Soy un Highlander, ¿recuerdas?", carraspeó. "No más que un asqueroso bárbaro".

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par, asustados, mientras miraba los adoquines que había más abajo.

"Usa tu imaginación, moza". Malcolm la empujó un poco más hacia fuera. "Tu cuerpo retorcido aplastado contra las piedras de allí. ¿No puedes verlos, a los guardias que pasaban y sonreían ante tus miembros desnudos? ¿No puedes oírlos, contando historias sobre quién se había acostado más contigo? Y todos afirmando que sólo lo habían hecho por lástima". La sacudió, soltándola del brazo.

"No me dejes caer", gritó en voz alta, agitando desesperadamente las manos en el aire. "¡POR FAVOR!"

"¿Por qué no? ¿Por qué debería dejarte vivir?" La empujó aún más. Ella colgaba ahora con los pies apenas rozando el borde del marco de la ventana. "Después de todo lo que has hecho, eres tú quien debe pagar la deuda, Catherine".

"Lo juro. Lo juro", lloró. "Nunca tendré nada que ver contigo, ni con Jaime. No me dejes caer".

Malcolm volvió a sacudirla, arrancándole sollozos, pues parecía que tenía la clara intención de dejarla caer.

"*Por favor*", se atragantó. "Haré todo lo que quieras".

Su movimiento fue brusco al tirar de ella con un rápido movimiento de vuelta a través de la ventana. Pero sus pies apenas tuvieron ocasión de tocar el suelo, pues Malcolm la arrastró rápidamente a través de la cámara.

"Sí", espetó. "Lo harás".

Abriendo de un tirón la puerta de la cámara, el montañés la arrojó, desnuda y llorosa, al pasillo.

Catherine se agachó, atónita ante el rápido giro de los acontecimientos, y se quedó boquiabierta mirándole.

"No te metas en mi vida", ordenó Malcolm, cerrando la puerta y dejándola en la oscuridad del pasillo desierto.

Catherine hizo una mueca cuando la pesada puerta se cerró con fuerza en su cara. Mirando hacia arriba y hacia abajo por el pasillo, se puso rápidamente en pie y corrió hacia las sombras más profundas de una alcoba cercana.

"¡Cerdo! Animal!" Maldijo a Malcolm en voz baja mientras se pasaba una mano por la melena salvaje, haciendo que su cabello dorado se abriera en abanico sobre sus pechos desnudos. No valía ni su saliva. Y esa zorra de Jaime. Por ella, que se la quedara. Al fin y al cabo, era a Eduardo a quien quería evitar que se casara con esa zorra. Había acabado con los dos.

Furtivamente, bajó la escalera hacia su habitación, deteniéndose en cada rincón sombrío, nicho y ventana. Mientras avanzaba con pasos sigilosos, los Howards muertos la miraban desde los cuadros que colgaban de las paredes. El largo pasillo se extendía ante ella, iluminado sólo por la luna que brillaba suavemente a través de las ventanas que bordeaban uno de los lados. Cualquiera podría caminar por estos pasillos a estas horas de la noche, pensó Catherine. Pero entonces, de repente, toda la idea la divirtió, incluso la emocionó.

Catherine se sentó en el asiento de la ventana y apretó su carne caliente contra los cristales fríos de la ventana. Quizá necesitaba ampliar su círculo de... amigos. Ya atraía a hombres más guapos que antes, se recordó Catherine. En su posición, merecía hombres que la respetaran, hombres a los que pudiera enseñar a satisfacer todas sus necesidades. Hombres a los que pudiera controlar.

Catherine se animó al pensarlo, recordando el apuesto rostro de sir Thomas Culpepper y de aquel otro, sir Francis algo. Ambos eran caballeros de la Cámara Privada de Enrique, y ninguno le había quitado los ojos de encima -ni una sola vez- durante la cena.

Sí, eso era lo que necesitaba, decidió Catherine, sintiendo escalofríos. Volvió por donde había venido y giró por el pasillo hacia donde sabía que los dos hombres compartían dormitorio. Siempre valía la pena saber dónde residían los jóvenes caballeros.

Al llegar a la puerta, Catherine volvió a pasarse los dedos por el pelo, arreglándoselo con cuidado para mostrar la cantidad justa de sus amplios pechos.

Su suave llamada a la puerta fue respondida por el arrastrar de unos pasos somnolientos, y luego por la mirada sorprendida de un hombre, que estaba en camisa ante la puerta abierta y

miraba con la boca abierta su cuerpo desnudo.

"Sir Thomas", susurró dulcemente, casi sorprendida de que la hubiera encontrado desnuda en el pasillo a esas horas de la noche. "No sé cómo... Me pregunto si podrías ayudarme con algo".

El hombre miró ansiosamente por encima del hombro mientras otro hombre se acercaba.

"Sir Francis", exclamó. "Le estaba diciendo a Sir Thomas que esperaba que vosotros dos, caballeros, no estuvierais demasiado cansados para ayudar a una pobre doncella en apuros".

Ambos hombres sacudieron la cabeza como si estuvieran soñando.

"Me alegro mucho", dijo contenta, cogiendo a los dos hombres por el codo y conduciéndolos hacia la cama.

Capítulo Cuarenta Y Tres

NO PODÍA RESPIRAR.

Los dedos de Edward la rodeaban la garganta, presionándola con fuerza. Ella forcejeó con él, intentando zafarse, aflojar su agarre. Pero era demasiado fuerte. Sintiendo que el último aliento le ardía en el pecho, Jaime luchó contra él con todas sus fuerzas. Sus manos le arañaban la cara mientras sus pies intentaban zafarse de su peso.

Pero no podía respirar.

Jaime Macpherson, jadeante, se sentó en la cama, con la camisa empapada de sudor pegada al cuerpo. Llenó sus pulmones con grandes bocanadas de aire y casi lloró ante la maravillosa sensación de volver a respirar.

Se estremeció ante lo vívido del sueño, ante el horror de encontrarse cara a cara con Edward. Ante el odio que rezumaba de él mientras la estrangulaba. Se parecía tanto a aquellos otros sueños, los que había experimentado mientras yacía en aquel sueño aterrador, drogada y muerta para el mundo de la vigilia. Sintió que los temblores recorrían involuntariamente su cuerpo.

Sólo eran sueños, se recordó a sí misma, echando un vistazo a la ventana abierta. La luna, que bañaba la cámara con un pálido resplandor, se hundía en el cielo occidental, y la oscuridad seguía reinando sobre la tierra. Pero pronto, pensó. Pronto saldría de aquí y dejaría atrás sus temores. Dejaría atrás cualquier posibilidad de enfrentarse a Edward. Muy pronto.

Sintiendo frío por la brisa que entraba por la ventana, Jaime volvió a tiritar y se agachó para levantar las sábanas que había sacado a patadas durante la agitada noche.

Y entonces le vio.

Desde la oscuridad, como un demonio que se moviera lentamente y viniera a poseer su alma, su forma oscura se acercó con malas intenciones. Ella le miró con incredulidad, pensando que no era más que un espectro, una sombra, creada en su mente nublada por el sueño, pero cuando sacó la daga de su vaina, supo que no era una sombra.

"Edward", consiguió pronunciar, mirándole aterrorizada.

"¿Eso es todo lo que tienes que decir?", preguntó, acercándose cada vez más. "¿Después de todo el tiempo que he estado fuera, ése es todo el saludo que recibo de mi novia?".

Se escabulló hacia la cabecera de la cama. Sus ojos la recorrieron hambrientos, fijándose en sus pechos a través de la ceñida muda, y Jaime cogió una almohada de la cama, protegiéndose de su malicioso escrutinio.

"¿Qué haces aquí, Edward?", preguntó ella, con la voz ligeramente temblorosa. "Nadie te

esperaba".

Al llegar al lado de la cama, le arrebató la almohada y la arrojó al otro lado de la habitación. Como un pájaro herido, ella se alejó de él.

"¿Qué?", gruñó. "¿Nadie esperaba que escapara de mi prisión? ¿De mi destino? Pero todos estabais equivocados, mi cuervo". Con un rápido apretón, la agarró de la muñeca y la arrastró por la cama. "Soy un pirata mucho más que un cortesano. Escapar de esos tontos no era más que una mera molestia para alguien con mis... deseos".

Luchó contra él, retorciéndose, pero se detuvo cuando sus ojos se clavaron en la daga que ahora apuntaba a su cara. No tenía ninguna duda de que utilizaría el arma contra ella. Le miró a la cara y vio la curvatura maligna de sus labios.

"¿Por qué estás aquí?", susurró.

"Mucho mejor", siseó. Dejando caer la daga sobre la mesa junto a la cama, Edward le agarró la otra muñeca y arrastró a Jaime contra su pecho hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los de él.

"Me pregunta por qué estoy aquí". Sonrió malévolamente, bajó la boca y le dio un beso contundente en los labios.

Jaime sintió que la bilis le subía a la garganta mientras torcía la cabeza hacia un lado.

"Estoy aquí, mi pretendida, para acompañarte hasta un sacerdote". La sacudió con fuerza, obligándola a mirarle de nuevo a la cara. "Estoy aquí para obligarte a cumplir nuestros esponsales, para obligarte a cumplir tu promesa de convertirte en mi esposa".

"*Nunca* hice esa promesa". Sacudió la cabeza.

Edward soltó una de sus muñecas y, con un solo movimiento, agarró la parte delantera de su camisón y le arrancó la parte delantera, exponiendo su carne a su mirada lasciva.

"Y yo estoy aquí para consumir nuestro matrimonio", se mofó, agarrándola brutalmente del pecho mientras la empujaba hacia las sábanas. "De hecho, me gusta más este orden de cosas. Después vendrá el matrimonio. Cuando acabe contigo. Quédate donde estás".

Enderezándose, se desabrochó el cinturón-espada y dejó caer el arma sobre el extremo de la cama. Al ver su oportunidad, Jaime intentó zafarse, pero Edward la agarró por el tobillo y la arrastró bruscamente hasta el borde. Abrió la boca para gritar, pero la mano de él le apretó con fuerza los labios. Sintió que le metía la pierna entre las suyas. Con su peso sobre ella, él tanteó los lazos de su bragueta.

Le mordió la palma de la mano con todas sus fuerzas. Saboreó la sangre.

"Zorra", gritó, llevándose la mano a la boca.

Volvió a abrir la boca para gritar, pero esta vez la mano de él se cerró en torno a su tráquea, estrangulando su grito en la garganta. Jaime se encontró jadeando.

"Así que no soy tan bueno como tu asqueroso Highlander, ¿es eso?". Sus ojos ardientes se clavaron en los de ella. "Sí, lo he oído".

Sacudió la cabeza, las luces empezaron a parpadear ante sus ojos.

"Cuando acabe contigo, pensarás de otro modo". Cuando volvió a tirar de su bragueta, el agarre de su garganta se aflojó un poco, permitiendo que entrara algo de aire en sus ardientes pulmones. "Y si no me complaces, moza, haremos un viajecito al castillo de Norwich. Allí haré que te azote mi hombre Reed. ¿Sabes lo que les hace a las mujeres mientras las azota?".

Jaime empezó a agitarse aterrorizada cuando sintió que su miembro se liberaba, rozando con fuerza el interior de su muslo.

Edward bajó la mano para guiarse dentro de ella. "Hace que uno de sus hombres se introduzca en la zorra mientras...".

Jaime vio el destello de la daga sobre su hombro y, antes de que pudiera terminar sus palabras, vio cómo se hundía en su espalda.

Edward se contorsionó de dolor, levantándose e intentando girarse para enfrentarse a su atacante. Fue toda la oportunidad que Jaime necesitó, liberándose de debajo de él y rodando hacia un lado. Una expresión de horror se grabó en el rostro de Caddy cuando retrocedió, y Edward se puso en pie tambaleándose, con la empuñadura de la daga sobresaliendo de su espalda. Cuando se tambaleó hacia la mujer mayor, Jaime entró en acción.

Saltó de la cama, alcanzando lo más cercano que encontró. Su espada desabrochada yacía a su lado. Jaime agarró la hoja envainada y, con toda su fuerza, blandió la empuñadura hacia la cabeza del atacante. Las rodillas de Eduardo se doblaron y cayó al suelo como una piedra.

Con la mirada fija en la forma inmóvil que tenía a sus pies, la espada colgando de su mano, Jaime juntó la parte delantera de su desgarrado vestido. Dejando caer el arma, dio un paso atrás y se secó una lágrima que corría por su rostro.

"Está muerto", anunció Caddy, empujándole con el pie.

Jaime levantó la vista y, sin poder contenerse más, se abalanzó a los brazos de la mujer mayor. "Me has salvado la vida", gritó. "Y habría preferido la muerte a lo que estaba a punto de hacer".

"Lo siento mucho, ama. Debí de pasar por mi lado. Lord Malcolm me pidió que me quedara cerca de ti esta noche. Estaba durmiendo en la alcoba que hay junto a tu habitación cuando oí tu grito. Sé que debería haber pedido ayuda, pero yo..."

Jaime negó con la cabeza. "No había tiempo, Caddy. Si no hubieras venido cuando lo hiciste...". No pudo continuar.

Cuando las lágrimas empezaron a fluir libremente, la mujer mayor la estrechó entre sus brazos y miró al demonio desparramado a sus pies.

"¿A quién debo acudir primero?" preguntó finalmente Caddy. "¿Al conde en persona?"

"Nadie". Jaime se echó hacia atrás, sacudiendo la cabeza con firmeza. "Edward está muerto. No hay razón para que acudamos a ellos ahora. Pronto lo encontrarán, y para entonces ya nos habremos ido".

"¿Se ha ido?"

"Sí, Caddy, nos vamos de aquí esta noche. Nos vamos a Escocia". Súbitamente helada hasta los huesos, apretó las manos de la mujer y rodeó a Edward. Sacó una manta de la cama y se envolvió en ella, pero sirvió de poco para detener el temblor que se había instalado en su cuerpo. "Malcolm tenía intención de venir a buscarnos al amanecer, pero quiero que vayas a su habitación y le digas que se reúna con nosotros en la entrada sur. Luego debes ir a prepararte para el viaje".

"¿Me llevas contigo, ama?", preguntó la mujer mayor con voz trémula.

"¿Cómo podría irme sin ti?" Jaime volvió a ahogarse en lágrimas. "Pero vete, por favor. No sabemos si alguien le vio llegar a Kenninghall".

Con un rápido movimiento de cabeza, Caddy se limpió las manos en las faldas y salió corriendo de la habitación.

Al quedarse a solas con Eduardo, Jaime siguió temblando mientras el miedo y la conmoción luchaban por el control de su cuerpo. No apartó los ojos de él mientras se vestía apresuradamente con sus ropas de viaje y se escabullía fuera de la cámara.

Nell, la mujer de Evan, sostenía al bebé dormido en el pliegue del brazo mientras entregaba a Caddy la cesta con la comida. Malcolm permaneció junto a los caballos, bajo los árboles, y habló en privado con el halconero y el maestro Graves.

Jaime, agachado ante la joven Kate, intentó desesperadamente contener las lágrimas mientras la niña ataba su cinta rosa alrededor del espeso cabello de ébano de Jaime. "Es para la buena suerte, ama, y también para que me recuerdes".

"Pero cuando te di esto, fue para quedármelo", susurró Jaime.

"Y lo guardé, ama, y me trajo suerte", respondió Kate, rodeando a Jaime y abrazándola cariñosamente. "Ahora quiero que lo tengas tú. Para que te traiga suerte y te mantenga a salvo".

Jaime depositó un suave beso en la blanda mejilla de la joven y metió la mano en el interior de su capa. De alrededor del cuello sacó la larga cadena. Abriendo la manita de Kate, Jaime colocó el anillo de esmeralda y la cadena en su palma. "Dale esto a tu madre para que lo esconda y lo mantenga a salvo para ti. Y algún día, cuando seas mayor, quizá te traiga *más* suerte".

Los grandes ojos de Kate miraban atónitos el anillo mientras Jaime, depositando otro beso en el ardiente cabello de la joven, se ponía en pie.

Los ojos de Nell estaban llorosos cuando se encontraron con los de Jaime. Cuando Jaime abrió los brazos para abrazarla, la mujer asintió y la abrazó con fuerza. Las palabras carecían de sentido para expresar la abundancia de emociones que ambas sentían. Al apartarse, Jaime captó la mirada de Malcolm.

Aún podía ver en su rostro los restos de la rabia que casi lo habían arrastrado a las garras del salvajismo. Sólo suplicándole había evitado que volviera a su habitación y cortara el cadáver de Edward en cien pedazos. Caddy le había contado la verdad de lo ocurrido, y Malcolm, enloquecido por el miedo y la preocupación, había corrido hacia Jaime, sólo para encontrarla deslizándose silenciosamente hacia la escalera. Cuando Malcolm la había estrechado entre sus brazos, ella le había hecho prometer que la sacaría de palacio sin demora.

Y ahora estaban de pie, mirándose amorosamente bajo los árboles al borde de la pradera, con la libertad al alcance de la mano.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro

JAIME SE HABÍA ESTREMECIDO con sólo ver a su prima.

Alexander Macpherson, el hijo mayor de Alec y Fiona, estaba sentado en el mejor camarote del mercante armado, capitán del barco que los llevaba hacia el norte. Su presencia había sido una sorpresa incluso para Malcolm, que esperaba que un barco flamenco se reuniera con ellos.

"No esperarás que me quede de brazos cruzados y deje que otro se ocupe de la familia, ¿verdad?". Alexander, siguiendo los pasos de sus antepasados marinos, ya se había establecido, a los veintitrés años, como una fuerza a tener en cuenta en el Mar Alemán.

Mientras Jaime observaba cómo el atractivo rostro de Malcolm se relajaba en presencia de Alexander, un hombre al que había crecido queriendo como a un hermano menor, su mente vagaba por el vuelo que los había puesto a salvo.

Su viaje de un día por las sinuosas carreteras hasta el pueblo pesquero al norte de Harwich había sido duro, pero afortunadamente sin incidentes. Y una vez allí, Malcolm había podido alquilar una lancha y los hombres para remarla, en poco tiempo. Así que se habían sentado en la popa de la barca, Malcolm con una espada en el regazo, mirando con recelo a los remeros morenos, y se habían reunido con el barco de Alejandro bajo la luz de la luna llena. Pero no había sido hasta que habían subido a bordo del elegante *Elizabeth*, y el viento había llenado sus velas, cuando Jaime había sentido que la tensión empezaba a derretirse de su cuerpo.

"Tendremos que alejarnos de la costa y virar hacia el norte", dijo Alexander, reclinándose hacia atrás, con una taza en la mano y las largas piernas estiradas ante él. "El viento viene del norte, así que prepárate para un lento viaje de vuelta a casa".

"Gracias, muchacho", dijo Malcolm. "Pensamos aprovechar el tiempo ocioso que tengamos".

Jaime sintió que se ruborizaba ante las sugerentes palabras y la pícara mirada de Malcolm. Ocultando una sonrisa, apartó la mirada de su pretendido -el pícaro- y miró inocentemente a Alexander. Pero las cejas levantadas de su primo la hicieron sonrojarse aún más.

"¿Cuándo es la boda?", preguntó con una sonrisa el joven y apuesto Highlander.

"En cuanto lleguemos", respondió Malcolm.

"¿Será en el castillo de Benmore?" preguntó Alexander. "No hemos organizado una buena boda allí desde...".

"No, Alexander. Nos casaremos en la isla de Skye -corrigió en voz baja. Jaime miró fijamente a Malcolm. Necesitaba matar a los demonios de su pasado. Se presentaría en el altar del Priorato como la novia de Malcolm.

"Bueno, entonces haremos un bonito viaje de verano por las Orcadas y echaremos el ancla en Loch Dunvegan, si te parece bien".

Los ojos azules de Alejandro centellearon de alegría al pasar de la expresión cariñosa de

Malcolm a la mirada de Jaime. Dejó la taza sobre la mesa y cruzó las manos sobre su vientre plano, sacó el labio inferior y adoptó una pose paternal, frunciendo el ceño hacia los dos sentados frente a él.

"Prestadme atención, los dos", dijo con severidad. "No debéis olvidar que estáis bajo mi custodia. Así que, como amo de la *Isabel* y de todos los que navegan en ella, os digo ahora que estaré encantado de ayudaros a mantener las distancias entre vosotros. Ya le he dado a mi queridísimo primo Jaime el uso de mi cámara, y tú, Malcolm -bestia inmund- dormirás con el resto de mis marineros escorbuto e infectados de viruela en el castillo de proa."

En respuesta al gruñido de Malcolm, Alexander levantó una mano. "Lo sé. Aprecias que cuide de ti. Pero eso no es todo lo que haré por ti. Cuando os encontréis a bordo de esta nave, me aseguraré de que un chaperón, preferiblemente yo mismo, supervise vuestra visita".

Al ver que Malcolm se ponía en pie, Jaime contuvo una risita.

"Por supuesto, querrás mantenerte alejada de cualquier beso, de cualquier caricia, de cualquier acto que..."

La silla de Alexander se astilló bajo él cuando Malcolm le dio una patada a una de las patas, y un instante después el Highlander se levantó con una bota en el pecho del más joven.

"Si crees que por haber crecido hasta ser tan alto como yo voy a tratarte de forma diferente, te vas a llevar una gran sorpresa", gruñó Malcolm. "Puede que seas el amo de este barco y que te teman desde las Shetland hasta Calais, pero aún puedo manejarte con la misma facilidad que lo he hecho desde que eras un chiquillo".

"Jaime". Alejandro giró su rubia cabeza para mirarla. "¿Cómo has podido casarte con un hombre tan viejo?"

Pero antes de que pudiera responder, el joven marino agarró firmemente el tobillo de Malcolm con una mano y levantó al laird MacLeod con la otra. En otro instante, los dos guerreros estaban trabados en combate en el suelo.

"Algunas cosas nunca cambian", dijo Jaime con disgusto, poniéndose en pie y retrocediendo hasta una distancia segura. "Vosotros dos seguís siendo los rufianes y granujas que erais cuando éramos jóvenes".

Cuando los dos giraron la cabeza para mirarla, ella extendió una mano hacia Malcolm. "Uno pensaría que uno de vosotros, al menos, maduraría".

Alejandro se puso en pie primero y tendió una mano para ayudar a Malcolm a levantarse. Pero el montañés aceptó la mano tendida de Jaime. El capitán de la nave también se volvió hacia ella.

"Jaime Macpherson, no creas que nadie de los presentes va a aceptar esta admonición maternal. No olvides que eres mucho más joven que yo".

"Cuatro años, mi primo pirata", corrigió ella, pinchando a Alexander en el pecho. "Pero conociendo tu falta de sentido común, me imagino que aunque seas cuatro años mayor que yo, sigo siendo doce años superior en ingenio y sabiduría".

"¿Estás diciendo que sólo tengo una fracción de tu capacidad de razonamiento?", preguntó él, elevándose sobre ella.

Ella asintió dulcemente mientras se movía cómodamente en el abrazo protector de Malcolm. "Pero admito que tu cráneo es cuatro veces más grueso que el mío".

Alexander fingió una mirada amenazadora hacia la joven. "No puedes esconderte siempre al lado del Gigante, muchacha".

Jaime se echó a reír. Gigante... así llamaban los niños a Malcolm cuando jugaban tantos años atrás. Envolviéndole el brazo con fuerza por la cintura, miró la mirada cariñosa de su pretendido.

"Pero eso es exactamente lo que pienso hacer".

Malcolm siguió la dirección de la mirada de Alejandro hacia el galeón que había aparecido en la distancia.

"Los hombres lo divisaron en el horizonte hace unas tres horas". La expresión de Alejandro denotaba su preocupación. "Ahora está anocheciendo y el canalla está dispuesto a fastidiarnos".

"¿Crees que nos está siguiendo?", preguntó el Highlander.

"Con el viento soplando fijo del norte, puede que esté virando hacia la costa, igual que nosotros". Alexander hizo una seña a su oficial de a bordo. "Pero también podría ser que, sea quien sea, haya decidido llevarnos".

"¿Podemos adelantarnos a él, Alexander?"

"Bueno, nuestra pequeña barca no tiene las velas que tiene el galeón, pero con viento a favor le daremos guerra... y no estamos dispuestos a tumbarnos si nos atrapa". Alexander le guiñó un ojo, y Malcolm supo que se refería a los cañones que equipaban todos los nuevos barcos Macpherson.

Malcolm observó cómo el joven marino empezaba a dar órdenes para cambiar de rumbo y supo que no le necesitaban en cubierta. Sin embargo, recordando la promesa que le había hecho a Jaime de ir a verla, se dio la vuelta y se dirigió a los camarotes de debajo de la cubierta.

"Avísame si puedo ayudarte", llamó por encima del hombro.

"Sí", respondió Alejandro. "Pero no intentarán acercarse hasta el amanecer. De eso puedes estar seguro".

La última vez que Malcolm había bajado, Caddy estaba de un pálido tono verde debido a los turbulentos movimientos del mar, y Jaime se había ocupado de la anciana con todos los cuidados de una hija cariñosa. Pero ahora, el montañés sabía que tenía que convencer a Jaime de que dejara a Caddy a su cuidado y descansara ella misma. Con todo lo que había ocurrido en los últimos días, sabía que la joven no había cerrado los ojos desde que salieron de Kenninghall.

La alcanzó justo delante de la cabaña de Alexander. Una mirada a su expresión de cansancio y supo que, fuera cual fuera el argumento que ella esgrimiera, la obligaría, si era necesario, a descansar.

"Está durmiendo plácidamente en el camarote del compañero", dijo Jaime.

Malcolm la atrajo hacia sí y se sintió satisfecho al ver cómo ella hundía la cara en su pecho.

"Cuando Alejandro bajó a ver cómo estabais los dos", preguntó con ironía, "¿no envenenó a la pobre mujer?".

Jaime soltó una risita suave, pero no le soltó. "¿Por qué, se lo has pedido?"

"Ahora bien, ¿por qué iba a hacer tal cosa?".

"Para poder estar un rato a solas conmigo", bromeó ella, apretándole más fuerte.

Sus manos le acariciaron el pelo. Su boca le besó suavemente la suave cabellera negra. "Te estás quedando dormida, aquí entre mis brazos. ¿Por qué no vas a tu habitación, muchacha, y descansas un poco... mientras puedas? Yo vigilaré a Caddy por ti".

Ella se apartó lentamente y le cogió las manos. "Debería dormir toda la noche. La pobre enferma el primer día de cada viaje, pero después se recupera. Estaba agotada, pero se sentía mejor cuando se fue esta noche. Ven conmigo, Malcolm -dijo en voz baja, abriendo la puerta del camarote.

Le levantó la barbilla y la miró suavemente a la cara. "Necesitas descansar".

"Sí, así que ven y ayúdame a prepararme". Jaime sonrió por encima del hombro mientras lo atraía hacia la habitación. "A menos que quieras que le pida a Alexander que busque a otra persona para que venga a ayudarme a desvestirme. Porque con Caddy durmiendo..."

Malcolm le gruñó burlonamente mientras cerraba la puerta del camarote tras ellos. Una pequeña lámpara de mecha se balanceaba y parpadeaba desde el mamparo junto a la litera. "Nadie más que yo te ayudará en esa tarea. ¿Me oyes?"

La sonrisa que iluminó su rostro fue brillante. "Esperaba que dijeras eso". Metió la mano por detrás de él, cerró la puerta y, atrayéndolo hacia el centro del camarote, le dio la espalda. "¿Me ayudas a desnudarme?"

Malcolm se quedó mirando su hermoso perfil. En la nariz recta y perfecta, en la tentadora sonrisa que le retaba a resistirse. "Descansarás... primero", dijo mientras ella desabrochaba la capa que la cubría. Pero cuando la capa se desprendió de sus manos, se quedó mirando la sólida espalda del vestido. "Pero no hay botones que desabrochar".

Se dio la vuelta lentamente y le dejó ver los cordones que sujetaban la parte delantera del vestido.

"Pero no necesitas mi ayuda con...". Sus palabras se interrumpieron cuando ella le levantó la mano y la colocó sobre el nudo de la parte superior de los cordones.

"Creo que sí".

Los músculos de las mandíbulas de Malcolm se apretaron mientras luchaba por controlar su deseo. Estaba cansada. Y, bueno, el nudo parecía algo difícil. Y, al fin y al cabo, no era más que una pequeña cosa lo que pedía.

Sus dedos tiraron lentamente del encaje del vestido mientras sus ojos se clavaban profundamente en los de ella. Podía ver la vulnerabilidad en sus profundidades y pensó en lo que ella había sufrido sólo dos noches antes.

"¿Tienes miedo, Jaime?", preguntó con dulzura.

"Tengo miedo de quedarme sola", susurró. "Tengo miedo de dormirme y tener la pesadilla de que vuelva a perseguirme".

Sus manos deslizaron el vestido desde sus hombros hasta su cintura. Ella misma se lo bajó por las caderas y salió de él. Malcolm le cogió la mano y se llevó la palma a los labios. Una vez más, sus miradas se cruzaron.

"Nos vamos a casa, amor mío", dijo roncamente. "A donde estarás a salvo. Y te juro que daré mi vida antes que..."

"Lo sé", susurró ella contra su boca, rozando suavemente sus labios con los de él.

Ya no podía contener su ardiente deseo, su ardiente amor. La estrechó entre sus brazos y la besó con toda la pasión que ardía en su interior.

Un momento después, cuando él puso fin al beso, ella se hundió contra él. "Quédate conmigo -dijo-. "Abrazame y mantenme a salvo".

La levantó en brazos y la llevó hasta la pequeña litera. Apartó la manta y la colocó en el centro, sin apartar los ojos de ella. Contempló su cabello de ébano, esparcido por la piel de marfil de sus hombros. Su rostro, brillante como la luz de la luna. Las curvas de su cuerpo impecable, firme y femenino bajo la fina camisa.

Lo observó con ojos cariñosos mientras él se enderezaba respirando hondo y se movía afanosamente por la habitación. Al verlo ahora, vestido con una falda escocesa, con un tartán Macpherson prestado sobre el hombro, recordó todo el anhelo, toda la angustia que había sufrido por él durante los años de crecimiento. Pero todo aquel dolor no era nada comparado con el anhelo que ahora sentía por él.

Sus ojos atrajeron su mirada hacia ella. Lentamente, se levantó y le tendió una mano. Él se sentó a su lado, sus labios rozaron los suyos mientras ella tiraba del broche que sujetaba su tartán.

Un momento después, cuando los dos -despojados de sus ropas- se tumbaron en la litera, fue su amor y una necesidad desesperada de curación lo que marcó su ritmo. Ella acarició su cuerpo -sus manos aprendiendo, su corazón elevándose- mientras crecía en el conocimiento de su amor. Su boca jugaba con su piel, extrayendo su esencia, dándole placer, haciéndole ver la belleza, la seguridad de su amor, mientras él esperaba poder borrar de algún modo la brutalidad del pasado.

Cuando lo guiaba hacia ella, era la unión de sus cuerpos y dos corazones que latían en perfecta simetría. Pero cuando llegaron juntos al clímax, fue la unión de las almas, y dos espíritus cantaron en armonía eterna.

La mano de Malcolm acarició su sedoso cabello mientras seguía contemplando a su angelical, aunque dormida, amante. No recordaba cuánto tiempo había estado observándola así. A pesar de lo cansada que había estado antes de hacer el amor, había habido tantas cosas que habían querido decirse, y habían permanecido despiertos durante un buen rato. Él le había hablado de Catherine y de su presencia en su habitación cuando regresó aquella noche. Y Jaime le había hablado de su visita a Enrique Tudor, su padre, aquella misma noche. Sólo habían pasado dos noches desde entonces, pero todo les parecía tan lejano. Ya habían puesto sus mentes en el futuro y en la felicidad que seguramente les aguardaba.

El futuro era lo único que importaba ahora.

Jaime abrió los ojos y miró somnoliento a su alrededor cuando el ruido de los gritos de los hombres de arriba hizo que Malcolm se incorporara en la cama. Le tocó la mejilla y apartó las sábanas.

"Espérame -dijo. Poniéndose la falda escocesa y la camisa, el montañés se calzó las botas, cogió la espada y llegó a la puerta justo cuando Jaime se echaba rápidamente la camisa por la cabeza.

Sabía que hacía poco tiempo que se había ido de la cabaña, pues apenas se había vestido, pero a ella le pareció una eternidad.

"¿Qué ocurre?", preguntó ella, mientras él llamaba y empujaba la puerta de la cabina.

"Tienen un pequeño incendio en cubierta. Había chispeado algo de pólvora de cañón". Recogió su tartán y se lo colgó de un hombro sobre el pecho, y se abrochó la espada. "Voy a cubierta".

"¿Corre peligro de incendiarse el barco?" Jaime cogió su capa. "Tengo que ir a ver a Caddy".

Malcolm le puso las manos en el hombro y la sujetó. "El fuego estaba casi controlado y, de hecho, puede que ya esté apagado".

"Pero aún así tengo que ver cómo está Caddy".

"He visto a Caddy", respondió Malcolm. "Y está trayendo el desayuno para vosotros dos. Jaime, quiero que te quedes aquí y cierres la puerta".

"¿Qué ocurre?", interrumpió ella. "Hay algo..."

"No es nada, muchacha. Es sólo que hay un barco que nos ha estado siguiendo, y con este fuego, ahora..."

"¿Un barco?"

"Sí, Jaime, un galeón. Probablemente no sea nada. Un barco mercante, con toda probabilidad.

Pero si hay problemas, vendré y te llevaré adelante".

Abrió la boca para discutir.

"No, Jaime", dijo él, cortándola en seco. "Por favor, hazlo por mí".

Le agarró la barbilla y la levantó hasta que sus ojos se encontraron. "Por favor, amor mío".

Ella asintió y se estiró para darle un beso rápido, pero él la estrechó entre sus brazos hasta que ambos se sonrojaron con el abrazo.

"Pronto, amor mío", susurró, saliendo de la cabaña.

Jaime abrió de un empujón los amplios postigos de un extremo del camarote. Había una pequeña lancha asegurada justo debajo del portal, pero cuando se asomó, Jaime pudo ver el barco más grande navegando a menos de una legua detrás de ellos.

Volviéndose hacia el camarote, vio el puñal de Malcolm sobre la mesa y frunció el ceño. Se puso la capa y se la metió en el bolsillo interior cuando llamaron a la puerta. O él se acordaba de la daga, decidió, y volvía a por ella, o su querida Caddy había bajado.

Pero al abrir la puerta, la persona que la esperaba en el estrecho pasillo no era ni Caddy ni Malcolm.

El Highlander se pasó el dorso de la mano por la cara, limpiándose el hollín y el sudor de los ojos. "No te gusta su aspecto, ¿verdad?", preguntó.

"No, Malcolm", respondió Alexander, mirando a sus marineros, que estaban asegurando los barriles y cubos que habían estado utilizando para sofocar el fuego. "Yo no".

"¿Crees que alguien ha empezado?"

"Es posible", respondió.

Malcolm sacudió la cabeza y miró a un viejo marinero que trabajaba junto a la barandilla. Pero al hacerlo, el marinero volvió la mirada hacia él, y algo en la mirada del anciano envió frías oleadas de miedo a lo más profundo de su alma. Al retroceder, sintió de pronto como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. En el fondo de aquellos ojos azules, sintió el poder, vio el reflejo del vidente Santiago. El antiguo que había acudido a él en su sueño.

"¡Jaime!" Malcolm se volvió y gritó, corriendo como un loco hacia la puerta que daba abajo.

Pero nunca llegó a la puerta, pues Caddy irrumpió en la cubierta, con los ojos desorbitados por la preocupación.

"¡Mi ama se ha ido!", gritó, agitando los brazos.

Malcolm la agarró de la mano.

"Fuera Longboat", se oyó gritar desde lo alto de las jarcias.

Todos los ojos de la cubierta se volvieron hacia la percha del vigía.

"A popa".

El montañés saltó a la cubierta de popa del barco con Alejandro pisándole los talones. Allí, en la estela del *Elizabeth*, con el galeón descendiendo rápidamente, la lancha que había colgado de la popa subía y bajaba en medio del mar agitado. Desde aquella distancia, Malcolm pudo ver la forma de un hombre.

Y cuando la lancha cabeceó ligeramente, pudo ver en la popa la figura atada y amordazada de

Jaime.

Capítulo Cuarenta Y Cinco

LA BARCA *ELIZABETH* se acercó bruscamente. Mientras la tripulación se arremolinaba en las jarcias, preparando las velas para correr delante del viento, Malcolm observó con agonía cómo el galeón aminoraba la marcha para recoger a Jaime y a su secuestrador.

El Highlander sintió que la barca avanzaba a toda velocidad mientras las ondulantes velas blancas se tensaban sobre él.

"No volverán en sí a tiempo", dijo Alexander con seguridad, apretando el hombro de Malcolm con una mano callosa.

El montañés asintió al joven Macpherson y miró a su alrededor. A medida que el barco surcaba las aguas, los marineros corrían de un lado a otro, despejando las cubiertas para la batalla. A lo largo de los costados de la barca, se abrieron portales y las bocas de los cañones se deslizaron a la vista.

"No podemos dispararles, Alexander", dijo Malcolm. "No podemos arriesgarnos a darle a Jaime".

"*Debemos hacerlo*", argumentó el joven marino. "Si no inutilizamos el galeón en la primera pasada, desplegará sus velas y se alejará como un pájaro ante el viento. Nunca la alcanzaremos".

"Haz lo que debas, pero yo voy a subir a bordo de esa nave".

Alexander se volvió y ladró a su oficial de a bordo. "Prepara los cabos de enganche y di a los artilleros que disparen a las jarcias".

"¿A qué distancia vamos a entrar, mi señor?", respondió el compañero.

El joven marino se giró y encaró a la tripulación. "Armaos todos. Preparaos para subir a bordo del galeón. Lo tomamos ahora, muchachos".

Mientras el grito se elevaba entre la tripulación, Malcolm observó cómo Alejandro corría a popa para dirigir al timonel. Luego, sin decir nada más, se volvió y buscó a Jaime mientras los marineros del galeón empezaban a izar las velas.

Jaime se retorció y pataleó como una diablesa contra el agarre de los hombres que la arrastraban por la barandilla del barco. Pero los marineros utilizaron la cuerda que le ataba las manos por detrás para controlarla, y sin ceremonias la arrojaron boca abajo sobre la cubierta, junto a una puerta que conducía abajo.

Gruñó, tratando de recuperar el aliento, y el roce del entarimado de madera contra su mejilla le escocía la piel. Al rodar sobre un costado, sus ojos vislumbraron las botas de suela gruesa que salían por la oscura abertura de la puerta.

Una mano áspera la levantó de un tirón por el pelo, la otra le agarró la capa por entre los hombros y retorció el material para agarrarla. Cuando sintió que la arrastraban hasta ponerse en pie, un hombre corpulento y maloliente con botas se plantó ante ella. Reed, el carcelero del castillo de Norwich.

El barco se tambaleó cuando retumbaron los cañones de popa. No muy lejos, *los* cañones del *Elizabeth* respondieron, y Jaime sintió que el agarre del hombre sobre ella se aflojaba mientras todas las miradas se sacudían hacia arriba. El palo mayor, derribado por la fuerza desgarradora de los primeros cañonazos escoceses, se vino abajo en mil pedazos, cabos y velas con él.

Aprovechando el momento, Jaime pateó con todas sus fuerzas la ingle del sucio.

Reed se dobló de dolor, jadeando y maldiciendo mientras se agarraba la entrepierna con las dos manos, y Jaime se soltó, huyendo en la única dirección que le quedaba libre: por la puerta abierta.

"Déjamela a mí". El sonido del grito áspero del carcelero heló a Jaime hasta los huesos cuando se adentró en la penumbra de su pesadilla.

La bala de cañón saltó sobre el agua y rebotó en *el* casco del *Elizabeth* en una explosión de madera astillada y una sacudida que casi derriba a Malcolm sobre la cubierta cubierta de arena.

Los dos cañones de popa del navío enemigo seguían disparándoles, pero los artilleros escoceses de proa estaban haciendo claramente el mayor daño. El aparejo del barco mayor estaba hecho jirones: el palo mayor cortado en dos y los cabos y velas del galeón convertidos en una maraña de cuerdas y trapos. Implacablemente, el *Elizabeth* seguía acercándose al galeón, y los dos barcos estaban ya tan cerca que Malcolm podía ver claramente los rostros de sus enemigos.

La rabia ardía en su interior. Si le hubiera tocado un solo pelo de la cabeza, juraría...

Ahora estaban tan cerca que los marineros escoceses estaban preparados con sus cabos de agarre. Ya no habría oportunidad de que saltara una bala de cañón, pero los artilleros de popa contrarios no tuvieron tiempo de disparar otra ronda cuando Alejandro puso su barco al costado del navío enemigo con un estruendo raspante y estremecedor.

Las puertas del infierno se abrieron cuando los gritos de los guerreros se combinaron con el choque del acero, y Malcolm saltó a través de la brecha hasta la cubierta del galeón.

Jaime retrocedió más hacia las turbias sombras de humo y oscuridad, retorciendo los brazos a su alrededor y luchando por sacar el puñal de Malcolm del bolsillo interior de la capa. Finalmente, clavando el arma entre su cadera y el mamparo, consiguió sacar la daga de su escondite. Los confusos gritos de los hombres del exterior, las súbitas y estremecedoras ráfagas de cañón y los tambaleantes movimientos del barco sirvieron para templar sus nervios: sabía que su supervivencia dependía de ello. Con fuertes y torpes sacudidas, cortó la cuerda que le ataba las manos.

"La zorra no tiene adónde ir. Adelante".

La áspera voz de Reed junto a la puerta la llenó de frío pavor. Con un tirón desesperado más, las cuerdas cedieron y Jaime liberó las manos. Frotándose las muñecas por el dolor, miró a su alrededor en la oscuridad, con el humo escociéndole los ojos y el puñal preparado en el puño.

Una pila de barriles amarrados al mamparo le ofrecía el único lugar donde esconderse, pero no sería suficiente.

Sólo podía bajar por los empinados escalones. Quizá, una vez abajo, pudiera encontrar un portal por el que escabullirse. Pero con el brutal carcelero entrando, cualquier movimiento hacia los escalones llamaría su atención. Su única esperanza era que Reed pasara junto a ella y bajara. Tal vez entonces, pensó con obstinada esperanza, podría escapar por la puerta y cruzar la cubierta. Con el fragor de la batalla, tal vez podría saltar por la borda. Se desabrochó la capa y la dejó caer a su lado en el pasillo.

Vio que su sombra bloqueaba la luz. Apoyando la espalda contra la pared, Jaime esperó y contuvo la respiración. Baja, cantó en silencio. Baja los escalones.

Pero como si el monstruo pudiera oír su silenciosa súplica, sus ojos se volvieron y miraron fijamente hacia donde ella se encontraba en la oscuridad. Apretó más la espalda contra la pared, pero él se dirigió hacia ella.

"Sabía que no iríais lejos", se burló. "No os perderíais el buen rato que pasaremos en Norwich, ¿verdad? Bueno, quizá no tengamos que esperar tanto".

"Aléjate de mí", dijo entre dientes apretados, reviviendo en su mente todos los horrores de lo que Edward le había contado sobre aquel hombre.

Ahora estaba a sólo dos pasos. "Apuñalar al maestro...". Sacudió la cabeza en señal de desaprobación. "Y luego huir".

Incluso en la oscuridad, podía ver sus ojos de rata recorriéndola de arriba abajo.

"Nos lo pasaremos muy bien azotándoos para que os volváis 'ariscos'". Reed se relamió y se acercó aún más. "Y por mi parte..."

Le clavó el puñal por debajo de las costillas y directamente hacia su corazón encogido.

El hombre corpulento retrocedió sobresaltado, con las manos alrededor de la empuñadura del arma. Volvió a retroceder, golpeándose contra el mamparo, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, y ella pudo ver en su rostro que sabía que su fin estaba cerca.

El crujiente impacto de las dos naves al chocar arrojó a Jaime y a Reed a la cubierta. Poniéndose en pie de un salto, Jaime contempló el cuerpo de Reed retorciéndose en la agonía final. Se volvió y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo al oír gritos justo fuera.

No se detuvo. Volviéndose, bajó corriendo los escalones.

A pesar de la arena esparcida, la cubierta del galeón estaba resbaladiza de sangre. Cuerpos, cabos y madera astillada ensuciaban la cubierta, pero Malcolm -unas frías agujas de desesperación empezaban a introducirse en su alma- continuó abriéndose paso a tajos entre la multitud de feroces combatientes.

En ningún lugar sobre cubierta. Tenía que estar abajo, decidió, clavando su espada en el pecho de un enemigo. Allí, más allá del desenfrenado combate de una docena de hombres, había una puerta abierta, y Malcolm se dirigió hacia ella empujando a los que se cruzaban en su camino.

Tenía que encontrarla.

A ciegas, se precipitó escaleras abajo. Voló hacia abajo entre las volutas de humo, cayendo más que corriendo. Pero hacia abajo, siempre hacia abajo.

Sabía que vendrían a por ella. No había otro lugar para ella que no fuera abajo. Y mientras tanto, el olor acre y ardiente de la muerte le advertía de lo que le esperaba abajo.

Resbaló una vez, bajando, aferrándose a los peldaños hasta que recuperó el equilibrio. Y luego volvió a bajar. El sonido de las voces en el primer rellano la obligó a continuar, los gritos tan cercanos en el aire ahumado. No sabía lo que le esperaba abajo, pero sabía que un viento infernal se arremolinaba a su alrededor.

En el siguiente rellano se detuvo. Aplanando el cuerpo en las sombras, escuchó. Volvían a oírse voces. Hombres maldiciendo con rabia. Entonces oyó que las voces se dirigían hacia ella. Apartándose de la pared, avanzó a ciegas por el pasadizo, mirando por encima del hombro mientras corría.

Cuando chocó sólidamente contra él, Jaime sintió que una mano viselosa se cerraba sobre su muñeca, y ella se volvió.

Eduardo.

Mientras Malcolm arrancaba su puñal del cadáver del carcelero, el primero de los artilleros le atacó. Cortando a los tres hombres con la espada y la daga, el Highlander saltó por encima de ellos hacia la escalinata.

"Jaime", llamó a la humeante oscuridad de abajo.

Cuando Malcolm descendió a la siguiente cubierta, el segundo grupo de artilleros le estaba esperando. Se abalaron sobre él desde tres flancos a la vez, con la sed de sangre en sus ojos.

Agarrando la muñeca del primer atacante que empuñaba el cuchillo, Malcolm clavó el arma en la garganta del hombre que tenía detrás, y luego -sin detenerse- el Highlander lanzó a su atacante contra el cuerpo del tercero. Cuando los dos guerreros se apresuraron a ponerse en pie, Malcolm los atravesó a ambos, inmovilizándolos contra el mamparo.

"¡Jaime!", volvió a gritar.

Al no oír nada más que los sonidos de la batalla, el montañés desenvainó su puñal y se volvió de nuevo hacia los escalones que conducían abajo.

"Parece como si hubieras visto resucitar a los muertos, mi cuervo". Una mano de Eduardo se aferró con fuerza a la muñeca de Jaime. "Pero supongo que no estás acostumbrado a que alguien vuelva y te atormente".

Sintió que la recorría un escalofrío y Jaime apretó los dientes para evitar que le castañetearan. Pero sus ojos, clavados en su rostro, la convencieron de que Edward Howard estaba vivo... y entonces se apoderó de ella otro tipo de miedo. Un mechón de pelo enmarañado y ensangrentado a un lado de la cabeza le hablaba de su intento fallido de matarle.

La mano de Edward agarró a Jaime bruscamente por el pelo y, con una ferocidad desatada, la estampó con fuerza contra la pared. Ella jadeó, segura de que se le habían soltado los dientes con el golpe. Él le apretó el antebrazo contra el pecho, apoyando todo su peso sobre ella.

"¿No te preguntas cómo he llegado a estar vivo?"

Lo miró fijamente a los ojos, con todo su odio y su rabia acumulándose en su interior, esperando a desbordarse.

"Mi hombre, Reed, nos esperaba aquella noche. Fue él quien vino a buscarme a tu habitación. Fue él quien me encontró inconsciente. Verás, mi cuervo, si tu asquerosa sirvienta no me hubiera arañado en la espalda con mi propia daga, entonces el buen carcelero podría haber venido y haberse unido a nuestra pequeña fiesta." Los ojos de Edward se clavaron en los suyos mientras le soltaba el pelo y la tanteaba malévolamente. "¿Y dónde habíamos quedado?"

Jaime le escupió a la cara. "Cabrón", maldijo.

Se echó hacia atrás y se rió, limpiándose la saliva de la mejilla. "Verás, estaba muy decepcionado por cómo habían salido las cosas. Así que, para remediar el pasado, se me ocurrió este juegucito".

"Sólo un loco como tú consideraría un juego la matanza que se está produciendo arriba".

"Ah, el siempre considerado Jaime". Le puso el antebrazo más arriba, contra la garganta, empujándola aún más contra la pared. "¿Pero por qué nunca eres considerado conmigo? Verás, pequeño cuervo, tú eres la razón de mi ruina. Por tu culpa, soy un proscrito para mi rey y una desgracia para mi familia".

"No he tenido nada que ver con tu ruina".

"Pero lo hiciste", insistió. "Si no te hubieras acostado con el escocés como una puta, si hubieras venido al palacio de Nonsuch y te hubieras casado conmigo como habíamos planeado...".

"Sólo me querías por el poder que te daría con el rey".

Edward se rió. "Así que lo sabe".

Jaime sintió que todo su cuerpo se hinchaba de ira. "Cabrón. Bruto estúpido y medio tonto. ¿Creías que podrías engañarme para siempre? ¿Creías que me casaría contigo a la fuerza? Cómo iba a hacerlo, si estoy enamorada de...".

"¿Tu patético imbécil de las Highlands?", terminó. "Sí, ya me has oído. ¿Quién sino un imbécil pagaría a los propios espías de Reed para que te llevaran a tu barco? Te estaban esperando. ¿No te has preguntado cómo te trajeron hasta mí? Fue uno de ellos quien, después de dejarte, abordó la nave en secreto. Los otros nos trajeron la noticia. Todo lo que teníamos que hacer era atraparte. El imbécil. Por supuesto, estará muerto cuando acabe con él".

La voz de Malcolm, que la llamaba por su nombre, atravesó la oscuridad.

"Di todo lo que quieras", respondió Jaime. "Pero es tu barco el que ahora está siendo atacado. Y será tu cadáver el que flote en el mar".

"Pero al menos flotaremos juntos, tú y yo", Jaime vio el destello de su daga. Inspiró agitadamente cuando él le acercó la hoja a la garganta.

"Tal vez en la próxima vida, mi cuervo, retomemos donde lo dejamos".

Al oír el sonido de las botas de Malcolm golpeando el entarimado tras ellos, Eduardo se giró y retrocedió, arrastrando a Jaime con él como escudo, con su daga aún en la garganta de ella.

El rostro del montañés era una acerada máscara de furia y odio, y avanzó hacia la pareja con el puñal en alto.

"Espera, Scot", siseó Edward.

"Suéltala", gruñó Malcolm siniestramente.

El inglés se mofó. "Suelta tu daga".

Jaime vio cómo el pensamiento parpadeaba en el rostro de Malcolm. Y entonces su rostro se endureció.

"Mátalo, Malcolm", gritó. "Me cortará el cuello, hagas lo que hagas".

El guerrero la miró fijamente un momento, y luego volvió la vista hacia Edward.

"No hay salida, demonio", gruñó Malcolm. "Ahora estamos solos tú y yo, y no me apuñalarás por la espalda".

"Sí, así es. Pero si pretendes enviarme al infierno, Highlander, al menos no iré solo".

Con una sonrisa maligna, Edward Howard apretó la espada contra la garganta de Jaime. Pero el tajo que había planeado se marchitó en un instante cuando el puñal de Malcolm silbó en el aire humeante, atravesándole el ojo y yendo a descansar en lo más profundo del cerebro del demonio.

Jaime y Malcolm se aferraron el uno al otro en la oscuridad de la base de la escalinata, con los corazones latiéndoles al unísono. Muy por encima de ellos, el ruido de la lucha cesó de repente y, cuando se miraron, se oyó un grito de júbilo.

"¿Crees que ha sido una ovación escocesa?". preguntó Jaime, mirando fijamente a los ojos de su pretendida.

"Sí, muchacha. No lo dudo".

"¿Entonces nos vamos de verdad a casa?"

"Sí, Jaime", respondió Malcolm cuando la voz de Alexander llamó desde arriba. "Nos vamos a casa".

Epílogo

La Isla de Skye, Escocia

HOJAS DE LUZ dorada procedentes de las pequeñas rendijas de las ventanas cortaban brillantemente las nubes arremolinadas de incienso. En el altar de la capilla del Priorato, a la vista de una congregación repleta de isleños y familiares, los novios intercambiaron miradas de amor y escucharon al anciano sacerdote que permanecía en el altar de espaldas a ellos.

Formaban una pareja impresionante. Ella, hermosa y radiante con el feliz conocimiento de que ya llevaba en su seno a su hijo. Y él, magnífico y resplandeciente por las emociones que surgían en su corazón.

Pues ambos habían recibido la bendición del vidente. Se había acercado a ellos, saliendo de entre la multitud que se había congregado ante la puerta de la capilla. Allí, después de que Ambrosio y Elizabeth hubieran puesto la mano de su hija al cuidado amoroso de Malcolm, había aparecido el antiguo vidente. Llevaba en la mano una rama dorada de romero, como símbolo de su amor y fidelidad.

El silencio que se apoderó de la multitud había sido impresionante. Jaime se había acercado a ellos y había tomado sus manos entre las suyas. Mil oídos se habían tensado para oír cuando el anciano miró a los ojos de Jaime y le habló del hijo que llevaba en su seno. El que sería heredero, y el copero de la paz, y el protector de todos los clanes de Skye y las Hébridas.

Ahora, mientras la luz del sol jugaba sobre el cabello de ébano de Jaime, Malcolm sonrió al rostro de su novia. Al ver que ella se ruborizaba ante su abierta muestra de afecto, alargó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Ella le devolvió la sonrisa y volvió los ojos hacia el sacerdote.

Detrás de ellos, la congregación se agitaba inquieta en la pequeña capilla, esperando con impaciencia el intercambio de votos. Los habitantes de Skye -los MacLeod y los MacDonalds-, entusiasmados con todo lo que habían visto y oído fuera, estaban más que impacientes por empezar a celebrar esta piedra angular de la futura paz entre los clanes.

Alec Macpherson, antiguo laird de estas tierras, guardián de la juventud de Malcolm, se mantenía recto y erguido, agarrado de la mano de su esposa Fiona. Y junto a ellos, Ambrose Macpherson reunía a su lado a su llorosa Elizabeth. Detrás de ellos se encontraba John Macpherson con María, Regente de los Países Bajos, mientras una legión de hijos de Macpherson se agolpaba a su alrededor en diversos estados de desorden.

La voz del sacerdote subía y bajaba en las cadencias medidas de la mezcla de latín y gaélico. Desde detrás de la reja de bandas de hierro, a la derecha del altar, se oía el sonido de voces femeninas -las monjas del Priorato- que respondían a las plegarias.

El sacerdote levantó las manos en ofrenda, y luego se volvió y precedió a sus acólitos a bajar del altar. Malcolm se volvió y miró a su hermosa esposa, que le devolvía la mirada.

El sacerdote se detuvo un momento y la congregación pareció contener la respiración. El silencio de la capilla era profundo, tan silencioso que la mirada de Malcolm fue atraída hacia arriba por el silbido crepitante de una vela en la pared del fondo. El incienso ascendía en una espiral perezosa, y los ojos del joven laird se posaron de nuevo en el rostro de su amada esposa. No había nada que pudiera separarlos de nuevo, juró en silencio.

La vela de la pared del fondo volvió a parpadear y Malcolm se percató de un ruido en la entrada de la capilla. Al girar la cabeza, vio que la gran puerta de roble se había abierto de golpe, pero no pudo ver quién entraba, sólo que la gente que estaba junto a la puerta retrocedía con cara de sorpresa.

Cuando el joven entró tranquilamente en la capilla, su expresión fanfarrona sólo dejaba entrever su vergüenza. Alexander Macpherson casi se había dormido durante la boda de su hermanastro.

"¿Cuándo va a crecer ese muchacho?" le dijo su padre en voz baja a su mujer.

"No hasta que encuentre a su pareja, creo", susurró Fiona, abrazándose al brazo de Alec. "Te llevó al menos ese tiempo".

Alec volvió a centrar su atención en el altar y en la magnífica pareja que, cogida de la mano, intercambiaba sus votos.

"Te quiero, Malcolm MacLeod", susurró Jaime mientras la acercaba a su corazón. "Hasta el día de mi muerte".

Gracias por tomarte la molestia de leer **Los Prometidos**. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor... y se agradece mucho.

No dejes de buscar la aventura romántica de Gavin Kerr en nuestra novela extrañamente gótica, **Fuego**.

Los montañeses llamaban maldito al Castillo de Ironcross. Sus últimos lairds habían perecido en accidentes, caídas o incendios. El nuevo propietario, Gavin Kerr, no temía a la muerte. Lo que temía era el sentimiento: el dolor de la traición y la pérdida. Ahora llegaba al castillo para oír hablar de encantamientos y cultos, y para sentirse atraído por el retrato de la bella Joanna MacInnes, que murió aquí en medio de un horno de llamas. Y al mirarla, Gavin la deseó, sintiendo un anhelo imposible de tomarla entre sus brazos.

Pero la verdadera Joanna MacInnes escapó del incendio que se cobró la vida de su familia. Durante meses, ha recorrido Ironcross de noche, escondiéndose en sus pasadizos secretos, en busca de la verdad sobre la maldición del castillo. Ahora temía que se cobrara la vida de Gavin Kerr. Sin embargo, advertirle, tocarle en la oscuridad, pronto encendió otro tipo de ardor. E incluso cuando sus labios se abrieron bajo los de él, supo que se les acababa el tiempo antes de enfrentarse a un villano despiadado... a un secreto aterrador... y a una lucha entre la oscuridad eterna y el poder del amor imperecedero.

Nota del autor

Cuando nos dispusimos a escribir este libro, ya sabíamos mucho sobre Malcolm y Jaime, pues los habíamos presentado a nuestros lectores como simples niños en *Ángel de Skye* y *Corazón de Oro*. Así que el reto de este libro residía en el retrato de la verdadera familia Howard del siglo XVI, y su presencia histórica y ficticia en las vidas de nuestro héroe y nuestra heroína.

Para los muchos puristas y aficionados a la historia que hay entre nuestros lectores, nuestro uso de la familia Howard es bastante exacto, con la excepción de Eduardo, nuestro villano, y María, la prima. De hecho, incluso el palacio en forma de H de los Howard (con su ladrillo rojo cubierto de hiedra y sus ventanas góticas) existió en Kenninghall, en Anglia Oriental, hasta 1650. Y aunque hayamos alargado la afición de Catalina Howard al compañerismo, lo cierto es que fue decapitada acusada de adulterio. Thomas Culpepper y Francis Dorand, dos de sus amantes nombrados en la novela, también fueron ejecutados por sus indiscreciones. Nuestro sincero agradecimiento a Mark E. Turner, de Norfolk, Inglaterra, por su ayuda en nuestra investigación sobre Kenninghall.

Y para los que aún no hayáis leído *Corazón de Oro*, nuestra representación de Jaime como hija ilegítima de Enrique VIII se originó totalmente "de la nada", un feliz producto de nuestras traviesas mentes.

Después de escribir nuestra primera novela, *El Cardo y la Rosa*, aprendimos de los lectores que estaban tan implicados en nuestros personajes como nosotros. Celia Muir, Colin Campbell y Alec Macpherson vivían y respiraban por ellos. Gracias a todos.

Nuestros personajes son significativos para nosotros, y sus familias son importantes. Como muchos de vosotros sabéis, desde aquella primera historia, hemos creado un vasto mundo interconectado de historias que abarcan siglos. Si te interesa seguir al Clan Macpherson y más aventuras en las Tierras Altas escocesas, aquí tienes la lista completa de series:

Una Boda de Verano: la precuela de todos los cuentos de la serie Macpherson. Alexander Macpherson, el patriarca de la familia, encuentra a su pareja en Elizabeth Hay.

El Cardo y la Rosa - Mientras aún perdura el humo de la batalla del Campo de Flodden, se presentan Colin Campbell y Celia Muir, una mujer-guerrera que tiene en sus manos el destino de Escocia. Esta historia está en la lista de "Los mejores romances históricos de todos los tiempos". *El Cardo y la Rosa* presenta a Alec Macpherson, hijo mayor de Alexander y Elizabeth.

Ángel de Skye - Alec Macpherson ha servido al rey Jaime con su espada. Ahora daría hasta su alma por proteger a Fiona Drummond del pasado que la persigue y de la intriga que podría cambiar el futuro de Escocia.

Corazón de Oro - Ambrose, el hermano menor de Alec, segundo hijo de la familia Macpherson, siente un ardiente deseo por Isabel Bolena, la exquisita hija natural de un

diplomático inglés. Pero el odiado rey inglés también la desea, y no se detendrá ante nada para tenerla. Ambrose fue presentado en **Ángel de Skye**.

La Belleza de la Niebla - A John, el hermano menor de los Macpherson, se le ha encomendado traer a casa a la prometida de su joven rey, pero en el camino rescata a la misteriosa María, a la deriva en el mar.

Los Pretendidos - Malcolm MacLeod, pupilo de Alec Macpherson en **El Ángel de Skye**, y Jaime Macpherson, hija de María Bolena (**Corazón de Oro**), tienen que encontrar el camino de vuelta a Escocia desde las mazmorras del rey Tudor.

Fuego - Gavin Kerr, introducido en **Corazón de Oro**, descubre que el castillo que le han adjudicado encierra más de lo que espera: el "fantasma" de la anterior propietaria, Joanna MacInnes, que recorre las torres incendiadas y los pasadizos secretos.

Tess y el Highlander (Finalista del Premio RITA©) - Colin Macpherson, el hijo menor de Alec y Fiona (**Ángel de Skye**), llega a una remota isla de la costa de Escocia, donde encuentra a una joven solitaria, Tess Lindsay.

Trilogía del Tesoro de las Tierras Altas:

La Soñadora - Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encuentra refugio en Escocia. Pero un caso de confusión de identidad la pone en una situación comprometida con John Stewart, el conde de Athol (**Fuego**).

La Encantadora - La sensata Laura Percy (la segunda hermana de los Percy) se refugia en las Tierras Altas, pero cuando es secuestrada por William Ross, el temible Laird de Blackfearn, todos sus planes bien trazados se desbaratan.

The Firestarter - Adrienne Percy (la menor de las hermanas Percy) está escondida en las Islas Occidentales, a salvo de los enemigos de su familia, hasta que sus hermanas envían a Wyntoun MacLean para que la devuelva a las Tierras Altas. Colin Campbell y Celia Muir (**El Cardo y la Rosa**) hacen su aparición en este emocionante final de trilogía.

La Trilogía de la Reliquia Escocesa:

Mucho Ruido y Pocas Nueces Sobre los Highlanders - Alexander y James Macpherson, los dos hijos mayores de Alec y Fiona (**Ángel de Skye**), se encuentran con más problemas de los que esperaban. Alexander quiere recuperar a su novia fugitiva, pero un secreto mortal del pasado de Kenna Mackay ha salido a la luz y un villano despiadado se está acercando.

Domar al Highlander (Finalista del premio RITA©) - Innes Munro tiene la capacidad de leer el pasado de una persona con sólo tocarla. Conall Sinclair, el conde de Caithness, lleva cicatrices cortesía de los captores ingleses. Ambos se resisten a dejar que el otro se acerque, pero ninguno puede negar su creciente atracción.

Tempestad en las Highlands - Miranda MacDonnell naufraga en la mítica Isla de los Muertos con el notorio corsario Halcón Negro. Alexander Macpherson y Kenna Mackay (**Mucho Ruido y Pocas Nueces Sobre los Highlanders**) desempeñan un papel importante, y Gillie el Hada (**La Firestarter**) aparece en la novela mientras busca a su familia perdida.

Amor y Caos - Una divertidísima adaptación medieval de *Arsénico y Encaje Viejo*, ambientada en parte en las Islas Occidentales, con la aparición de Alec y Fiona (**Ángel de Skye**).

Si te ha gustado *Los Prometidos*, por favor, deja una reseña. No olvides suscribirte [para recibir noticias](#) y [actualizaciones](#) y seguirnos en BookBub.

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) *(novella)*

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) *(novella)*

[How to Ditch a Duke](#) *(novella)*

[A Prince in the Pantry](#) *(novella)*

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han creado más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, junto con dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Nacional de Escocia.

Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas para jóvenes adultos. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han ganado numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de los Revisores de la revista *Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra está incluida en la colección Biblioteca de Cultura Popular del Museo